

Mónica Steller

Just a Date



Una cita con
un arrogante
pretencioso
muy sexy

JUST A DATE

Mónica Steller

JUST A DATE

**Una cita con un arrogante
pretencioso muy sexy**



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: agosto de 2024
Copyright © 2024 Mónica Steller
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Esta novela es totalmente ficticia y cualquier similitud con la realidad es mera coincidencia.

A Verónica,
por irrumpir en mi vida y demostrar que la familia no es solo una cuestión de sangre.



CAPÍTULO 1

IVY

—¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte! —chilla Brooke.

Menos mal que no estoy al lado, me hubiera dejado sorda: tiene un chifle que se te mete en el sentido.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada. Brooke tiende a ser demasiado dramática y efusiva, pero dos «qué fuerte» auguran que ha pasado algo.

Conozco a Brooke desde la universidad, desde que coincidimos en la clase de Peter McCold con un pantalón con motivo tartán. Más tarde nos confesamos que fue algo premeditado por la supuesta procedencia escocesa del profesor McCold. Yo quería empezar con buen pie mi segundo día, ya que el primero había sido un desastre. En mi mente, ir a clase de un escocés con un tartán quedaba bien; más tarde comprendí que parecía estúpida. Brooke, en cambio, lo hizo pensando que el profesor sería un *highlander* joven y buenorro como los de los libros que tanto le gustan; otra ilusa, por eso congeniamos tan bien, supongo. Lo cierto es que McCold no tenía ni un gramo de sangre escocesa.

—Salimos en el *Times*.

—¡¿Qué?!

—Mira, mira, justo aquí —dice señalando un artículo con el dedo índice.

Just a Date

La nueva agencia de citas que noquea a las webs de citas y las demás agencias de Nueva York.

Hace un par de meses oí hablar de esta agencia; como buena investigadora, me puse a buscar, y hoy me dispongo a informaros que todas y cada una de las palabras que escuchan son ciertas.

Just a Date se creó hace poco más de dos años. Desde entonces, no ha enlazado muchas parejas, pero las que ha formado parecen irrompibles, de las del amor para toda la vida. Suena bien, ¿verdad?

El único problema es que no te aseguran encontrarte a ese amor para toda la vida. He entrevistado a un par de chicas, que se inscribieron hace unos meses, y aún no han tenido esa cita en la que conocerán a su *perfect match*; otras me han confirmado que, después del plazo de seis meses, les comunicaron que no tenían a nadie para ellas. Es una verdadera lástima que estas mujeres se queden sin su pareja ideal.

En mis entrevistas con las parejas, he de decir que todas parecían tremendamente enamoradas, algunas ya han decidido dar el paso del matrimonio.

No he podido entrevistar a las creadoras de Just a Date, pero, por el alto volumen de chicas sin pareja, me atrevo a aventurar que acuden más mujeres que hombres.

Hombres de Nueva York, si estáis leyendo esto, debéis ir e inscribiros en Just a Date: todas las chicas

merecemos encontrar un hombre ideal, yo incluida.

Ms. Turner

—¡Joder!

—¿Ha hecho un llamamiento a los hombres para que vengan a inscribirse, o solo lo parece? —pregunta Audrey, que ha estado escuchando a Brooke leer el artículo con la misma atención que yo.

No me lo puedo creer, estas cosas no nos pasan a nosotras, las fracasadas.

Hace poco más de dos años fundé Just a Date, una agencia de citas destinada a encontrar a tu pareja perfecta; si no la encontramos, no cobramos. Como es de esperar, la gente empezó a apuntarse, pero llegado el momento muchas personas no pagaban, ya que no llegaban a tener la cita, lo que es terrible.

No es fácil encontrar a la persona casi perfecta, ¿cómo alguien rechaza esa posibilidad por no pagar trescientos dólares? Puede que parezca caro, pero hay muchísimo trabajo para encontrar a esa persona, y nosotras tenemos que comer, pagar el alquiler, saldar el préstamo estudiantil, etc.

—¿Crees que los hombres van a venir en masa a inscribirse? —pregunta burlona.

Por cada inscripción de un hombre, realizamos diez de mujeres. Turner no se equivoca en suponer que faltan hombres.

—Pienso mirar en el sistema si tenemos alguna mujer con apellido Turner. Por fin voy a saber quién es ella; llevo años leyendo sus columnas.

Todas las leemos y nos hemos preguntado en alguna ocasión quién será la misteriosa periodista anónima.

—¿Podemos volver al hecho de que hemos salido en el periódico más importante de la ciudad?

Estoy en *shock*, aún no me creo que estemos en el *Times*. Es un periódico insignia, un referente. ¿Cuántas veces me he comprado un libro solo porque ha salido en las listas de los más vendidos, según el *Times*? Muchas.

—Ivy, respira. Esto va a relanzar la agencia, ¿cuántas personas pueden leer el *Times*? ¿Unos doce millones de personas?

—No me estás ayudando. —Estoy hiperventilando. Puede que esté exagerando. Tampoco es que salgamos en portada, pero esto es gordo: podría ser el empujón que nos falta para no tener que estar mendigando cada fin de mes.

No es que la agencia no vaya bien, recibimos un montón de inscripciones, pero... de mujeres. Sobre todo, nos faltan hombres. Aún tenemos algunos inscritos, para los que no hemos encontrado pareja. Somos muy meticulosas, no buscamos alguien con quien tengas cosas en común o vayas a tener una buena cita, buscamos alguien con quien puedas compartir toda una vida. Sí, es difícil, muy difícil. El proceso es largo y tedioso, pero es gratificante cuando, gracias a mi trabajo, se ha creado una pareja feliz. Hace dos semanas nos visitaron Aron y Melani, una de las primeras citas que concertamos. Vinieron a darnos la noticia de que están esperando a su primer bebé. No podéis ni imaginar la tremenda felicidad que sentí.

Antes de fundar Just a Date, trabajaba en la clínica psicológica Murphy, en terapias de pareja. A diario veía parejas sin amor; algunas simplemente se mantenían porque tenían hijos, estaban acostumbrados a estar juntos, compartían intereses económicos, etc. Muy pocas parejas se querían de verdad.

En mi opinión, una pareja con amor puede superar casi cualquier cosa, pero una pareja sin amor se desmorona con una sola brisa. Cada día llegaba a casa triste, totalmente deprimida, hasta

que un día decidí que no quería arreglar parejas rotas (que, en su mayoría, eran insalvables): quería utilizar mis conocimientos para fomentar el amor, el amor de verdad; ayudar a crear parejas que se complementen, que se entiendan, que se quieran porque están hechos el uno para el otro.

—Jake va a flipar cuando lo lea.

Un momento: ha dicho Jake. Miro a Brooke intensamente; no puede ser que esté mencionando al impresentable de su exnovio/imbécil integral/mierda seca/mentiroso.

—¿Cómo Jake? ¡Brooke! ¿Has estado viendo a Jake otra vez?

—No me miréis así. Una tiene necesidades y sabéis lo bueno que es en la cama.

—Sí, nosotras y media Nueva York.

Nosotras lo sabemos por ella, evidentemente, pero el resto, por experiencia propia. No sé ni con cuántas la engañó la última vez, siete u ocho. Eso, que descubriera ella, seguro que eran unas cuantas más.

—Solo media Nueva York.

—La otra mitad son hombres —le digo, con lo que provocó la risa de Audrey y se rompe un poco la tensión que se había creado.

Estoy demasiado nerviosa por el artículo como para discutir con Brooke por enésima vez sobre Jake; esta no es la primera que empieza a verlo solo por sexo. Al final, acaba igual de encaprichada y, como en todas las ocasiones, acabará igual de hecha mierda.

Cojo mi termo de café y me voy para mi mesa. Ya hemos perdido más de quince minutos de jornada.

La oficina es un local pequeño al pie de la calle, no como las grandes agencias, que están en los imponentes rascacielos. Me encanta mirar por la ventana y ver a las personas pasar de aquí para allá, ajetreadas, paseando, corriendo con sus auriculares y, de vez en cuando, a algún turista perdido. No es la mejor zona de Manhattan, pero estamos en un buen sitio, con mucho paso de gente y al lado de la cafetería con el mejor café de Nueva York.

Enciendo mi PC y me pongo a trabajar. No pasa mucho tiempo cuando una chica entra preguntando si somos la agencia Just a Date que sale en el *Times*.

Audrey, la encargada de los nuevos registros (y muchas otras cosas), sonrío de oreja a oreja: si sonrío un poco más, se le van a salir los dientes. Está tan emocionada como yo. Brooke, se está conteniendo. Estoy segura de que, en cuanto salga la chica, va a gritar emocionada.

La jornada es un no parar. Brooke y yo hemos tenido que posponer nuestras tareas para ayudar a Audrey, la pobre no daba abasto. Hemos hecho más inscripciones que en todo el mes.

—Creo que nos merecemos una buena cena después de lo de hoy. Yo invito.

—Vaya, vaya, debes estar contenta para derrochar así a fin de mes.

—Bueno, para algo están las tarjetas de crédito. Y, después de lo de hoy, espero que podamos formar unas cuantas parejas.

—Hay un montón de correos en los que preguntan si tenemos página web, si se pueden inscribir de forma telemática —dice Audrey.

—¿Cuánto es un montón?

—De los que he podido abrir, unos ciento cincuenta, pero aún quedan muchos por leer.

No me lo puedo creer, ciento cincuenta personas para inscribirse. ¿Cómo lo vamos a hacer?, nuestra agencia da un servicio personalizado; tengo que hacer un perfil muy detallado de cada una, tener en cuenta sus gustos, aficiones y prácticamente todo antes de emparejarla. ¿Cómo voy a hacer eso con todas las nuevas inscripciones? Son meses de trabajo.

—Voy a tener trabajo extra este finde, razón de más para invitaros a cenar y soñar por una noche.

—No te dejaremos sola, te ayudaremos. Yo no tengo nada mejor que hacer, ¿y tú, Brooke?

—¡Qué buen finde nos espera! —dice con una sonrisa.



CAPÍTULO 2

ROBERT

—... hace tres años, rechazó la propuesta del jeque Hansa porque tenía un harén. Mr. Barton es un conservador acérrimo.

Menudo cretino: eso es lo que me parece cualquier empresario que permite que la vida personal, sus opiniones, sus creencias o su religión influyan en sus negocios. Es la causa de muchas caídas empresariales; Sences S. L., una de las mejores financieras, cayó por rechazar inversores extranjeros; Factum Corporation declaró la bancarrota por no asociarse con una empresa dirigida por una mujer. Los prejuicios de los dinosaurios han hecho que pierdan todo, y lo peor es que no se arrepienten. Lo dicho: imbéciles. Aunque a veces hay imbéciles como Mr. Barton, que se puede permitir rechazar lo que quiera. Su empresa es una de las más ricas del mundo, no creo que nada pueda hacerle perder su gran imperio, por mucho que sus hijos se empeñen en ello.

—Deberíamos limpiar su imagen antes del encuentro —sugiere Kat Graham, directora de *marketing* de Anderson S. L., la empresa que dirijo.

Fue el abuelo Roger quien, hace más de cincuenta años, fundó y creó la empresa que hoy es una de las más importantes en el mundo hostelero. Empezó con su propio hotel y, poco a poco, fue expandiéndose hasta hoy, que somos número uno en hostelería rural y tres en hostelería nacional.

—No creo que funcione. Solo faltan seis meses para la reunión.

Seis meses, y mi equipo ya está desquiciado por esa reunión. Es decisiva, pues nos abriría una gran puerta al mundo hotelero en Europa. Sería mi gran aportación a la empresa. Mi padre se expandió por toda la costa este, Canadá, México y el Caribe. Conmigo cruzaremos el charco; la empresa crecerá un 150 %. Me ganaría el respeto de mi abuelo, que piensa que soy un mimado consentido. Hace dos años desaconsejó a mi padre que me dejara al cargo, como si mi carrera y mi máster no valieran de nada, solo porque me gusta divertirme.

—¿Y qué sugieres? Ya intentamos lavar su imagen cuando Ronan se jubiló.

Ronan es mi padre. Con tan solo cincuenta años, se jubiló y me dejó al frente, igual que hizo el abuelo con él. Este no dejó de venir hasta hace cuatro años, cuando su salud empeoró, y mi padre aún viene, una vez a la semana. Estoy seguro de que, si el abuelo no estuviera tan delicado y le quitara tanto tiempo, vendría más.

Son muchas las ocasiones en las que me pregunto por qué me dejó al cargo. No apoya ninguna de mis ideas; sé que Arthur y Freeman le envían informes casi a diario y que revisa todas las propuestas finales. Algunos piensan que lo hizo para cuidar del abuelo, pero puede pagar las mejores enfermeras de Nueva York; de hecho, las paga, hay una enfermera con él las veinticuatro horas.

—Creo que una relación estable funcionaría. Para la reunión, llevarías seis meses con ella, podrían incluso estar prometidos, seis meses sin escándalos y con un perfil de novio enamorado, responsable, pensando en matrimonio y familia.

Siento cómo mis tripas se mueven, y no es hambre. Seis meses de encierro y celibato, no sé si ese acuerdo merece tanto la pena. Sí que lo merece, pero... es mi vida, y debo renunciar a ella para que un viejo decrepito crea que soy mejor si no salgo y no follo. Menudo imbécil.

—¿Prometidos? —pregunto.

Esto se les está yendo de las manos. No pienso comprometerme con nadie, aunque sea una actuación.

—Sería lo ideal, eso daría una imagen de ti mucho más formal y conservadora. Pensarán que te has reformado. Nosotros dirigiremos la atención para que piensen así.

—Me lo pensaré.

Lo cierto es que no tengo ninguna intención de cambiar mis hábitos, estoy seguro de que al viejo Barton no le quedarán más de diez años de vida. Puedo esperar, negociaré con sus hijos.

Miro mi caro reloj, ya son las cinco de la tarde, la reunión se ha demorado más de lo debido. Me levanto y me despido con un «nos vemos el lunes» dirigido a nadie en particular. Bajo hasta el garaje, agradezco que nadie más se suba en el ascensor, no soporto los silencios incómodos y aún menos los comentarios absurdos para impedirlos.

Me monto en mi Aston Martin. No soy el típico millonario con un garaje lleno de coches, pero cuando vi el prototipo del V12 Vantage en la presentación hace un par de años supe que estaba hecho para mí. Mi otro capricho fue hace diez años, un Corvette que me regaló mi abuelo por mi veintiún cumpleaños. Hasta ahí, mis caprichos, pero las revistas se empeñan en pintarme como un despilfarrador de fortunas que compra coches de lujo cuando siempre va con chofer en el Audi de la empresa. No son muchos los días que conduzco, pero esta noche he quedado con Dafne después de la cena familiar de todos los viernes.

Cuando llego a casa del abuelo, vuelvo a notar ese olor que me recuerda a la muerte. Mi mente la imagina como una sombra gigantesca, negra y aterradora, escondiéndose por las esquinas al acecho de que el abuelo se quede solo para llevárselo. La culpa de esta personificación la tiene una película que vi de niño justo antes de que diagnosticaran cáncer a la abuela. Aún recuerdo aquellos tristes meses, el abuelo y papá intentaban disimular que estaban devastados, pero hasta yo, que era un niño de ocho años, pude verlo. Mamá, que aún no se había divorciado de mi padre, su primer marido, me mantuvo alejado de todo aquello. Son pocos los recuerdos que guardo de esa época, pero no logro olvidar el olor, justo el mismo de ahora.

—Buenas noches, señorito Anderson.

Me chirría escuchar «señorito» a mi edad, pero Emma, el ama de llaves, me llama así desde que tengo memoria.

—Buenas noches, Emma.

—Le esperan en el salón. Ya que ha llegado, mandaré que sirvan la cena.

Asiento, y me dirijo allí, donde me esperan el abuelo y papá.

Mi sonrisa se borra de mi cara como cada vez que veo al abuelo en silla de ruedas. El mes

pasado se cayó y se partió la cadera y la pierna derecha por tres sitios distintos. Lo han operado; probablemente, no pueda volver a caminar.

No se percatan de mi presencia hasta que estoy a un par de pasos.

—Llegas tarde —me reprocha con mala cara.

—He tenido una reunión importante.

—¿A estas horas? Todo el mundo sabe que las reuniones relevantes son a primera hora, frescos y con ganas, y no a última hora del día, cansados y con ganas de terminar. Peor aún si es viernes. ¿No te ha enseñado nada tu padre?

—Ha sido una reunión interna. —No sé por qué me justifico, si soy yo quien dirige la empresa, soy yo quien debe considerar cuál es el mejor momento para las reuniones.

Mi abuelo tiene directrices para todo. Las horas de reuniones, la mejor fecha para la cena de la empresa, la mejor forma de contratar nuevo personal, la mejor manera de despedir, cómo negociar con competidores, etc. Su método siempre es el correcto y el mejor, según él y mi padre, por supuesto.

—El abuelo tiene razón, el personal, seguro, estaba cansado, deseando llegar a casa para disfrutar del fin de semana. ¿No te enseñaron nada en Yale? Con lo cara y prestigiosa que es —dice mi padre mientras niega con la cabeza.

Odio estas cenas; ellos siempre terminan monopolizando la conversación para criticarme o psicoanalizarme. Mi padre siempre ha sido serio, pero tras el divorcio su seriedad se volvió perenne; ahora es raro verlo sonreír, menos aún divertirse. El abuelo, en cambio, siempre ha sido bromista y alegre, además de un maniático con respecto a cómo hacer las cosas en la empresa.

Emma nos avisa para que pasemos al comedor. Espero que en la cena tengamos cualquier otro tema de conversación que no sea yo.

—¿De qué era la reunión? Si es que un viejo retirado puede enterarse de los avances sobre la empresa que fundó.

Respiro hondo una, dos y tres veces, hasta bajar mi estado de ansiedad al 70 %. Con ellos, mi ansiedad no baja de un 60, así que con un 70 puedo continuar.

—Hemos fechado una reunión con Mr. Barton. Solo planteamos una estrategia inicial, aún quedan seis meses para el gran día, pero se ha fechado hoy y mi equipo estaba algo nervioso. La reunión ha venido bien para calmarnos.

—No te molestes, hijo, conozco a Barton, no se reunirá contigo —me dice sin siquiera mirarme mientras parte su filete.

—Abuelo, es un hombre formal y la reunión está fechada.

Levanta la vista de su plato y me mira unos instantes antes de decirme:

—Te digo que no se reunirá contigo, la pospondrá una y otra vez hasta aburrirte.

Que mi abuelo piense que ni siquiera se reunirá conmigo siendo el director general de una de las mayores empresas norteamericanas me molesta, y mucho.

—¿Por qué haría eso?

—No te tomará en serio, eres joven, llevas poco tiempo dirigiendo la empresa, no has hecho nada, salvo mantener las riendas que te cedió tu padre, por no hablar de tu reputación. Barton es muy conservador.

—¡Sus hijos son peores que yo! —protesto irritado. Dejo mis cubiertos sobre el plato, se me ha quitado el hambre de golpe. Me reprocha que no he hecho nada en la empresa, pero no me apoya cuando trato de crecer.

—Y por eso mismo no se reunirá contigo. No se retira por no dejar la empresa en manos de sus

hijos, no negociará con alguien como tú —dice como quien habla del tiempo mientras se lleva un trozo de brócoli a la boca.

—¿Alguien como yo? —pregunto alterado, pero sin mostrar mi tremendo cabreo. El abuelo no puede recibir disgustos, malas noticias o cualquier cosa que pueda alterar su ritmo cardíaco.

Vuelve a tomarse unos minutos para examinar mi cara, suelta un suspiro antes de dar el golpe.

—Joven, inexperto, irresponsable, mujeriego, despilfarrador, fiestero, deslenguado..., puede que me deje algo más.

Así es como me ve mi abuelo, y supongo que mi padre también, porque no lo corrige. Puede que sea joven e inexperto, pero no soy irresponsable. No he faltado al trabajo ni un día, no he llegado tarde ni una sola vez, me preocupo por que todo esté siempre como debe estar.

Me levanto de la mesa sin haber tocado mi plato, los quiero y los respeto, son mi única familia, junto con mi madre, pero no pienso quedarme sentado mientras me insultan.

—No tengo hambre, será mejor que me vaya.

El abuelo empieza a farfullar cosas que prefiero no escuchar. Mi padre se levanta para seguirme, me alcanza en el vestíbulo.

—No te vayas. El abuelo está peor, puede que no haya más cenas familiares.

Me quedo petrificado, inmóvil. Me cuesta reaccionar para darme la vuelta; veo que mi padre está serio, con la mirada más triste que le he visto nunca.

—¿Por qué dices eso?

—Tu abuelo no piensa eso de ti. Solo está enfadado con el mundo y hoy te ha tocado a ti ser su saco de boxeo —lo excusa mientras me da unas palmaditas en el hombro.

—Sí que lo piensa, piensa exactamente eso, igual que tú.

—Hijo, eso no es así.

—¡No te atrevas a decirme que no! —interrumpo—. ¿Acaso no recibes informes diarios de todo? ¿Acaso no estás más que al tanto de todo lo que pasa en la empresa? Me pregunto cada día si me cediste el puesto solo porque el abuelo está enfermo y te necesita.

—Hijo, eso no.

—¿Qué? ¿Qué no es? No me has dejado hacer nada sin vigilarme desde que te fuiste. ¿Qué hubieras hecho si hubiera querido hacer algo que no aprobaras? Ya te respondo yo: hubieras intervenido. He estudiado para esto toda mi vida, cinco años de carrera, tres másteres y tres años a tu sombra, aprendiendo el funcionamiento de la empresa, aprendiendo cómo se hacen las cosas en Anderson S. L. porque eso es lo que se espera de mí, que haga exactamente lo mismo que se ha hecho, sin innovar, sin mejorar. ¿Qué tan mal lo he estado haciendo para que penséis eso de mí? ¿O es solo porque me gusta salir y disfrutar de la vida? Mi vida personal y laboral son cosas diferentes.

Mi padre me mira con cara de sorpresa, sin decir nada. Demasiadas preguntas que prefiere no responder.

Cojo mi abrigo del armario de la entrada y me voy. No es hasta horas más tarde, tumbado en la cama del Plaza con Dafne completamente desnuda dormida a mi lado, que me resuenan las palabras de mi padre: «El abuelo está peor, puede que no haya más cenas familiares». Apenas duermo en toda la noche.

Por la mañana vuelvo a casa del abuelo, donde paso casi todo el día. Papá nos da espacio para que compartamos tiempo a solas, sabe que estoy aquí por lo que me dijo anoche.

Los fines de semana suelen ser para mí: mis fiestas, mis amigos, para evadirme del trabajo y las responsabilidades de toda la semana.

Aguanto estoico todas sus regañinas y escucho cada uno de sus consejos, aunque no tengo la menor intención de seguirlos. Me cuenta una historia de la abuela; me encanta cuando me habla de ella. La echo de menos, tanto como él.

Sé que le gustaría verme casado y con hijos, pero, si de verdad está tan mal como dice papá, no creo que llegue a verlo. Supongo que algún día formaré una familia, pero no es algo que tenga pensado hacer en un futuro próximo.



CAPÍTULO 3

IVY

Es una locura, hace casi un mes que se publicó el artículo de *Times* y aún tenemos un montón de inscripciones diarias. No son tantas como en las primeras semanas; aun así, son más de las que teníamos antes.

Esta mañana me he reunido con un informático para crear una página web; la idea es que la gente pueda inscribirse, hacerse un perfil y rellenar un cuestionario inicial. Más tarde, deberían contestar a muchas más preguntas, para hacer un informe más específico. El informático me ha sugerido la posibilidad de crear un algoritmo para que, con unas respuestas de sí o no, descartar o seleccionar otras, para que a los usuarios no les sean tan pesados los cuestionarios.

Siempre he preferido hacer las entrevistas frente a frente, pero hay una alta demanda de personas que no tienen tiempo o no quieren desplazarse. Y, aunque la entrevista final es inamovible, yo debo evaluar si el perfil es correcto y si la persona no ha mentido antes de proponer la cita. Es sorprendente la cantidad de gente que trata de mentirnos y, sinceramente, no entiendo con qué propósito. Empezar una relación basada en mentiras solo es posponer lo inevitable: que la relación fracase, seguramente, por esas mismas mentiras. Ese es el principal problema de las *apps* de citas, que casi todo el mundo miente. El aspecto físico es algo evidente, ya en el primer encuentro ves lo que hay; lo difícil es el resto.

Una vez, quedé con un chico a través de una de estas *apps*; sí, caí en la trampa. El chico no solo mintió poniendo una foto en su perfil totalmente editada con Photoshop, también me dijo que era ingeniero y, estando en la cafetería en la que quedamos, llegó uno de sus compañeros con el uniforme de McDonald's. Imagino que también mintió en la lista de cualidades, entre las que, si no recuerdo mal, estaban sincero, cariñoso, amable y divertido. Solo comprobé que sincero no era. No me molesté en volver a quedar con él.

Por eso es tan importante determinar la veracidad de la información que recibimos, para evitar malentendidos y engaños, que solo lleven a hacer daño a uno o los dos integrantes de la relación.

La web nos facilitaría muchísimo el trabajo. El problema: vale más que mi alquiler de un año. También está la opción de una más básica, pero sería lo mismo que si me envían un cuestionario relleno por correo, y tampoco es barata. Tenía muchas esperanzas en la web, pero... no va a poder ser. No puedo pedir un préstamo, aún estoy pagando el préstamo estudiantil, y la agencia

apenas da beneficio.

Me concentro en el trabajo, más concretamente, en terminar unos perfiles masculinos que se me quedaron a medias ayer, con la esperanza de que alguno sea perfecto para alguna de las mujeres que llevan más tiempo esperando.

—Ivy, acaban de llamarme de Anderson S. L. Quieren contratar nuestros servicios, y pagarán la tarifa *Luxury*.

—No tenemos tarifa *Luxury* —digo sin pensar mucho.

—Anderson S. L. ¿Esa no es la empresa del multimillonario Robert Anderson? —Brooke muerde el bolígrafo pensativa.

—Sí, no me ha especificado, pero creo que es para él.

—Estás de coña, ¿no? —Brooke salta de su silla tan rápido que casi se cae hacia atrás—. Ese mujeriego que ha salido con más modelos, actrices y cantantes que pelos tengo en la cabeza.

—Me ha llamado una alta ejecutiva para concretar una reunión. Quieren la tarifa *Luxury*.

Ambas me miran buscando las respuestas que no tengo.

—No tenemos ninguna tarifa *Luxury* —repito.

Estoy un poco alterada, nunca hemos tenido clientes de ese tipo. Normalmente, nuestros clientes son de clase media, media alta, media baja, personas de a pie queriendo buscar el amor. Ese tipo de personas no buscan el amor, solo una cara bonita, y el dinero se las da.

—Lo sé, pero han pedido una serie de cosas y están dispuestos a pagar por las molestias.

—¿Qué clase de cosas? —pregunto bastante interesada. Si pagan bien, puede que tengamos oportunidad de hacer la página web; los ricos despilfarran el dinero constantemente y, si están tan dispuestos a pagar...

—Para empezar, quieren una entrevista personal en sus oficinas, y allí explicarían qué es lo que necesitan.

—Lo que necesitan... Aquí solo se da un servicio —interrumpo. Estoy bastante tensa, esto es nuevo. Ellas también están algo alteradas, lo veo en sus caras. Las conozco demasiado bien.

—Ya sabes cómo son los ricos. Lo mismo tiene algunos requisitos extraños o qué sé yo.

—La verdad es que no. No sé cómo son los ricos más allá de lo que leo en las revistas, nunca he conocido a ninguno.

—Yo tampoco, pero... Puedo ir yo a hacerle la entrevista.

Audrey y yo nos volvemos para ver a Brooke babear como Homer Simpson cuando ve un donut.

—¿En serio, Brooke? —pregunta Audrey—. No creo que sea tu mejor idea. Esto podría estar muy bien, abrimos a un nuevo mercado, y tus cagadas son legendarias. —La sinceridad de Audrey, en ocasiones (como esta), es excesiva. Ya hemos hablado de esto muchas veces, del uso de filtros para decir según qué cosas, para evitar hacer daño a la otra persona. Aún no he podido determinar si lo intenta, pero no le sale, o le importa un pimiento.

—¿Pero qué dices? ¿Cuándo la he cagado yo en el trabajo? —dice ofendida.

Pongo los ojos en blanco: se avecina una tormenta.

—Te motivas en exceso y te dejas llevar. Te recuerdo que no te dejo que hagas inscripciones porque acabas prometiendo que le encontrarás a su pareja perfecta, y luego viene reclamando cuando no la encuentras. Y tu mayor cagada, que te empeñas en repetir: ¡Jake!

—Eso es personal —resopla exasperada. Audrey siempre trae a Jake a colación.

—Sí. ¿Qué va a decirte Jake si esta noche le dices que mañana vas a entrevistar a Robert Anderson? Ya te lo digo yo: que ni de coña. Y llegarás dando una excusa estúpida por la que no

puedes ir, e Ivy tendrá que ir a una reunión para la que no se ha preparado.

Hace tiempo que no discuten así, si no me equivoco, desde que Brooke se peleó con Jake la última vez. Audrey se enfada con Brooke cada vez que vuelve con él, está harta de verla siempre igual. Yo también, pero es su elección, y con enfadarme y pelearme con ella no voy a conseguir nada, salvo pasar un mal rato.

—Basta. Iré yo. ¿Has confirmado la reunión?

Ojalá tuviera cámaras de seguridad para poder volver a ver cómo sus caras cambian al asombro. Ambas me miran como si estuviera expulsando sapos por la boca.

—No, le he dicho que esto es algo inusual, que debía consultarlo con la jefa.

—Vaya, qué raro suena eso de jefa.

Las risas nos invaden y lo agradezco de verdad, la tensión que había entre ellas no era nada agradable. Cada vez que sale el nombre de Jake, la cosa se pone rara, Audrey se enfada, yo también, aunque intento disimularlo. Brooke tiene que lidiar con los enfados de Audrey y mis silencios.

—Le he dicho que le devolvería la llamada en cuanto hablara contigo. Parecía que tenía prisa.

Prisa no es la palabra idónea para este trabajo, la verdad es que suelo trabajar bien bajo presión, pero prefiero hacer las cosas dedicando el tiempo necesario. Si Robert Anderson tiene prisa por encontrar el amor, debería apuntarse a otra agencia.

—Está bien, fecha una reunión para cuando les venga bien.

—¿Qué hay de la tarifa *Luxury*? —pregunta Brooke.

Ya se me había olvidado. Sinceramente, no tengo ni idea de cuánto podríamos cobrarle o qué podría incluir esa tarifa.

—No hay ninguna tarifa *Luxury* —digo por enésima vez.

—Pues la inventamos.

—Podríamos cobrar la mitad por adelantado como gasto por los desplazamientos, premura y demás y la otra mitad cuando se concrete la cita, si es que eso llega a suceder. En el caso de que no haya cita, solo pagarían la mitad —dice Audrey.

Me fascina su capacidad para pasar de estar recriminando a Brooke a su tono tranquilo de trabajo. Audrey tiene un carácter fuerte, cuando se enfada y grita, podría pasar por una pandillera de Bronx.

—Nosotros no cobramos si no encontramos a la persona idónea, le estaríamos cobrando por nada. —No me parece correcto, es cierto que el trabajo se hace igual, pero me parece mal cobrarle a alguien por encontrarle pareja y no encontrarla.

—Ivy, apenas llegamos a fin de mes. Las cuentas están... Deberíamos cobrar algo simbólico por la inscripción, nuestro trabajo... Nuestro tiempo tiene valor. Sé cómo piensas, pero esto es un negocio y, a menudo, trabajamos gratis. ¿Cuántos perfiles hemos realizado sin encontrarles pareja? Todo ese trabajo, esas horas han sido gratis. Sé que te gusta tu trabajo y lo haces con amor y cariño, a mí me gusta el mío, pero así no vamos a avanzar.

—Lleva razón. Ni siquiera tenemos seguro médico, Ivy, ya tenemos una edad... —añade Brooke.

Sé que apenas llegamos a fin de mes y que las condiciones de trabajo no han mejorado mucho desde que abrí esta agencia. Ellas sabían todo, dónde se metían, el riesgo; aun así, me sabe muy mal que mis amigas apenas lleguen a fin de mes, que no puedan tener un buen seguro médico y que no podamos ir de vacaciones porque apenas nos da para pagar el alquiler.

—Lo pensaré, ¿vale?

—Está bien. Piensa si tan solo hubiéramos cobrado 20 dólares por inscripción, con todas las que hemos hecho este mes, tendríamos para el alquiler de un año de local —insiste.

Podríamos haber pagado al informático con ese dinero. No es mucho 20 dólares, la mayoría de las agencias cobran un par de cientos y muchas incluso tienen cuota mensual.

Resoplo.

Quizá tengan razón y deberíamos verlo como un negocio; al fin y al cabo, es lo que es.

—Está bien. —Las sorprende a las dos—. A partir del mes siguiente, cobraremos 20 dólares por inscripción. Y crea una tarifa *Luxury*, por si tenemos algún otro rico o rica que requiera de nuestros servicios.

—Es lo mejor, Ivy —dice Audrey complacida.

—Por fin voy a poder ponerme el aparato dental —exclama Brooke mientras me abraza y me besa en la mejilla de forma efusiva. Brooke no necesita aparato, tiene una sonrisa preciosa. Su colmillo subido la tiene obsesionada desde que la conozco.

—Una vez tuve un novio con un aparato...

—¿Cuánto hace de eso? —la interrumpe Brooke.

—Desde el instituto —dice de mal humor.

—Pues ya ha llovido; para que te acuerdes ahora de él, debes de estar bastante necesitada.

—Si me dejaras terminar.

—Termina, termina —responde Brooke pasando los dedos por la boca simulando que cierra una cremallera.

—Sabía a metal. Al besarlo, digo.

—Mejor a metal que a cenicero rancio —añado recordando a uno de mis ex.

—¿No existían los caramelos de menta en ese tiempo? —pregunta Brooke con ironía.

—Los tíos no son tan considerados.

A última hora de la tarde, pido un uber para ir a uno de los rascacielos más altos de Manhattan. He tenido poco tiempo para preparar la reunión con Anderson, pero, puesto que solo es realizar una inscripción, no le he dado muchas vueltas. Audrey ha intentado programarla para mañana, pero la mujer con la que ha hablado era incluso más insistente y cabezota que ella. Así que aquí estoy, frente a uno de los edificios más importantes de Manhattan para asistir a una reunión para la que apenas me he preparado. Miro hacia arriba, no puedo ver el final del edificio acristalado. Se ve tan imponente, tan grande. Aquí parada, mirando hacia arriba, debo de verme diminuta a su lado.

Subo hasta la última planta. Ni loca pienso asomarme a una ventana, este edificio tendrá como trepecientas plantas. A pesar de ser última hora, esto sigue abarrotado de ejecutivos.

Una mujer perfectamente vestida, como todas las ejecutivas con las que me he cruzado hasta ahora, me recibe y se presenta como Kat Graham. Reconozco el nombre, es quien ha solicitado la reunión. Insiste en que la llame por su nombre de pila, lo que me resulta extraño en este entorno tan formal. Me guía hasta una sala de reuniones mientras me habla de la empresa. Lo cierto es que no presto demasiada atención.

—Sírvete lo que gustes —dice señalándome un aparador con más electrodomésticos que en mi casa: dos cafeteras, un microondas, una nevera, un minihorno, ¿aquí se reúnen para hablar o para comer?—. El señor Anderson vendrá en cuanto pueda.

Eso no me ha gustado nada. «En cuanto pueda», ¡qué falta de puntualidad y profesionalidad! Si tienes una reunión fijada, lo ideal es estar un poco antes y, si no es posible, a la hora acordada.

Después de más de media hora esperando, estoy indignada. ¿Qué se ha creído, que como es

rico puede hacer lo que quiera y dejarme aquí esperando hasta que a él se le antoje? Va a ser que no.

Estoy esperando el ascensor cuando oigo a Kat llamarme.

—¡Señorita Walker!

Me debato entre ignorarla o girarme, pero, como no soy una maleducada, me giro, aunque mi semblante es serio. No pienso fingir que no estoy molesta.

—El señor Anderson ha ido a la sala de reuniones y no la ha encontrado. Pensamos que quizá estuviera usted en el baño, pero... —No termina la frase dado que es evidente que no, no he ido al baño, pensaba irme por impuntuales.

—¿Está ya el señor Anderson disponible?

—Sí, la espera en la sala —me responde de forma cordial, ignorando mi tono sarcástico.

Muy bien, ya que estoy aquí... Me dirijo con paso firme hasta la sala que acabo de abandonar hace apenas unos minutos. Entro y la encuentro llena de gente: cuatro hombres y dos mujeres, sentados alrededor de la gran mesa de cristal. Kat toma asiento y me señala el mismo sitio donde estaba sentada antes.

Justo enfrente, un hombre de espaldas mira por las cristaleras, ¿qué verá? ¿Nubes? Desde tan arriba no puede verse nada, ¿no? Al girarse descubro que, como imaginaba, es Anderson. Es más alto de lo que parece, y su pelo, tan negro como la noche; no tiene ni un solo cabello fuera de su sitio. Su mentón firme parece tan suave como el de un bebé, sin un solo pelo ni sombra de barba. Recorre la sala hasta llegar a mí sin quitarme los ojos de encima, con una mirada tan profunda que parece que puede ver a través de mi cuerpo y leerme los pensamientos. Toma asiento en la silla que hay libre frente a mí.

Tengo que reconocer que es más guapo en persona que en las fotos. No soy mucho de leer prensa rosa, lo he buscado mientras venía para hacerme una idea de lo que me voy a encontrar. No he encontrado nada bueno, un artículo sobre grandes empresarios era el único donde lo elogiaban.

Kat hace las presentaciones. La verdad es que no recuerdo ninguno de los nombres que me ha dicho, he estado sintiendo la intensa mirada de Anderson sobre mi persona. No me extraña que tenga la fama que tiene, es tan...

—Verá, señorita Walker, como le he comentado a la señorita Allen por teléfono, necesitamos un servicio especial, muy especial, por el que pagaremos su tarifa de lujo.

—Me lo ha comentado, pero no me ha especificado qué son esos servicios especiales que requieren. Quiero que sea específica, que me digan exactamente qué es lo que esperan de Just a Date.

—Pues necesitamos una novia para el señor Anderson.

—¿Disculpe?

He oído bien, ha dicho «necesitamos», la palabra *necesitar*, y en plural. Mis clientes acuden a mí porque buscan el amor, quieren una pareja. *Quieren*, no *necesitan*; hay mucha diferencia entre esos conceptos que, a menudo, pueden entrecruzarse en las relaciones amorosas.

—Voy a ser sincera, señorita Walker, quiero que me busque una novia, y lo más rápido posible. Necesito limpiar mi imagen de mujeriego por temas que a usted no le incumben y, según mi equipo —me señala a todos los ejecutivos, que están callados y mirándolo como si hablara un rey—, es la mejor forma. Graham leyó un artículo en el *Times* sobre su empresa, y hablaba maravillas. Por eso la hemos elegido.

Esto debe ser una broma, ¿me está pidiendo que le busque una novia para qué? ¿Limpiar su

imagen? ¿Y después qué? ¿Dejar a esa pobre chica en la estacada? No me lo puedo creer.

—Creo que se ha confundido. Debería contactar con una agencia de actores.

Anderson me clava una mirada tan fría e intensa que podría congelar un océano entero. Todos están callados, no se escucha nada de nada. Si estuviéramos en mi pequeña oficina, se escucharían el bullicio del tráfico, la gente, el pitido de las bicis de los repartidores, pero aquí, absoluto silencio. No me gusta, me siento intimidada, nunca me han agradado estos momentos de completo silencio.

—No me he confundido.

No dice nada más. Espero unos segundos por una aclaración, pues no entiendo por qué ha llamado a mi empresa para esto.

—Señor Anderson, en Just a Date lo que hacemos es encontrar a una persona ideal. Es un proceso largo, podría llevar meses. Voy a ser sincera, puesto que usted lo ha sido conmigo. No creo que usted quiera encontrar a esa persona, solo quiere alguien a quien pasear y exhibir para limpiar su imagen.

—No veo el problema. Solo tiene que concertar una cita con alguna mujer que pueda ser perfecta para desempeñar el papel de novia.

¿Que no ve el problema? Ira, siento una ira descomunal.

—Espero que entienda que mis clientas acuden a mi agencia con la intención de encontrar el amor y no para que las usen y desechen al antojo de...

—Continúe, no se corte. —Me anima a seguir con una sonrisa. Se está divirtiendo.

A diferencia de antes, oigo que alguien se aclara la garganta, el golpeteo de un zapato contra el suelo, el pulso repetido del botón de un bolígrafo. ¿Quién acude a una reunión con un bolígrafo de botón?

—Señorita Walker —interviene Kat intentando suavizar la situación—, entiendo su postura, pero nadie puede saber qué pasará entre el señor Anderson y la chica que usted elija para él. Puede que se enamoren, ¿no es eso lo que usted promete?

—No, yo no prometo nada. Tengo que declinar su oferta —digo mientras meto todas mis cosas en mi bolso y me pongo en pie. No alargo más la reunión. Me despido de forma escueta y salgo de la sala con dirección al ascensor, que tarda en llegar. No me extraña, estando en el último piso.

—Señorita Walker...

Esto parece un *déjà vu*: oigo los tacones de Kat, que se acercan a mí. ¿Por qué tarda tanto este maldito ascensor?

—Señorita Walker, debería considerarlo. La hemos elegido porque su agencia salió en el *Times* como la mejor agencia para encontrar a la pareja perfecta. Eso es lo que el señor Anderson necesita, una pareja perfecta.

—Si no he entendido mal, lo que el señor Anderson quiere es una mujer llavero.

—No entiendo —me dice desconcertada.

—Solo quiere una mujer para exhibir, para crear una imagen irreal de él, para que parezca... ¿qué? ¿Menos mujeriego? ¿Cree que alguien en todo Nueva York va a creerse ese cuento?

—Creo que está llevando esto a lo personal. Esto son meramente negocios. Estamos dispuestos a pagar una suma considerable. La historia de que Anderson ha acudido a vosotras para encontrar el amor y ustedes se lo han encontrado limpiaría su imagen y sería una publicidad aún mejor que el artículo del *Times*.

—¿Qué pasará con esa chica cuando todo termine? Cuando rompan públicamente, ¿a quién

piensa que perjudicará? Ya le respondo yo: a mi empresa. Perderé todo por lo que he trabajado. Lo siento, no estoy dispuesta a arriesgar mi futuro por un puñado de dólares.

—Estamos dispuestos a pagar 20 000 dólares.

Estos ricos se creen que con su dinero pueden comprarlo todo. No me está escuchando, ¿de qué me sirven 20 000 dólares si hunden mi reputación? La mía no, la de mi agencia. Me planteo si directamente ignorarla y no contestarle, pero mi madre me ha educado mejor de lo que me gustaría a veces.

—Lo siento, pero la respuesta sigue siendo la misma.

—Es una pena, teníamos mucha fe en este proyecto.

Abro la boca, pero no digo nada. ¿La razón?: sorpresa, ha llamado proyecto a esta treta. En serio, ¿los seis o siete ejecutivos que han acudido a la reunión no tienen nada mejor que hacer que elaborar este absurdo «proyecto»? ¿Para eso cobran la pasta que cobran?

Por fin llega el ascensor y puedo irme de aquí.

El ascensor está vacío, se va llenando de elegantes ejecutivos, parada tras parada. Todos van con el teléfono en la mano. A menudo me pregunto cómo haríamos ahora si no tuviéramos móviles. Estamos tan acostumbrados y somos tan dependientes de ellos...

Salgo del lujoso edificio, miro al suelo y veo mis brillantes tacones rojos; suelo ir en zapatillas al trabajo y allí me pongo unos tacones, pero no podía venir en zapatillas.

Esto ha sido una total y completa pérdida de tiempo, he tardado casi una hora en venir. Estoy cansada, me aprietan los zapatos, aún me queda un buen rato para llegar. Hacer todo el trayecto hasta el metro, los dos trasbordos y vuelta a caminar a casa en tacones me va a hacer unas ampollas impresionantes.



CAPÍTULO 4

IVY

—Mamá, no puedo ir —digo con tristeza en los ojos mientras enciendo la pantalla del ordenador.

—Pero es Acción de Gracias, y los niños están deseando estar contigo. No te ven desde el verano, no te van a reconocer la próxima vez que te vean —contesta mi madre.

Toda mi familia vive en Billings, la ciudad en la que nací y crecí hasta que me fui a la universidad. Desde entonces, solo he vuelto por vacaciones y festivos. Pero, desde que dejé el trabajo en la clínica Murphy, no he podido ir tanto como me gustaría. El año pasado mi hermano tuvo su tercer hijo, al que solo he visto dos veces.

—Me encantaría ir, pero sabes que no estoy pasando por un buen momento.

—Nosotros te pagaremos el avión.

La mía es una familia humilde, comprar dos billetes de avión supondría demasiado gasto para ellos. No puedo permitirlo. Tampoco puedo ir en bus, perdería el finde solo en los trayectos. Estoy deseando ir, pero no puedo.

—No es solo eso. Ahora tengo mucho trabajo, ya sabes, se acerca la Navidad y la gente se siente sola en fechas más señaladas.

No es del todo mentira, pero... es una excusa. El mes que viene iré por Navidad. Seguro que, para entonces, hemos formado muchas parejas y podré pasar las fiestas con ellos y consentir a mis sobrinos.

—Hija, trabajas demasiado. No todo en la vida es trabajar. ¿Cuándo vas a dedicarte tiempo a ti? Te pasas los días buscando parejas a los demás, pero ¿y tú? ¿No buscas pareja para ti? ¿No piensas formar una familia?

Volvemos al tema de siempre: novio y familia. Mi madre, que tiene valores tradicionales, lleva desde que tengo veinticinco diciéndome: «Con tu edad, yo ya era madre». A los veintiocho cambió la frase a «Con tu misma edad yo ya tenía dos hijos», y a los treinta pasó a «¿A qué edad piensas darme nietos?». La sutileza no es su fuerte.

Hago varias inhalaciones y exhalaciones antes de contestar.

—Te daré nietos cuando encuentre a la persona adecuada —le digo exasperada; sé que es lo que más le preocupa.

—De los más de ocho millones de personas que hay en Nueva York, ¿no hay ninguno adecuado? No me mientas, Ivy.

—No te miento. No quiero precipitarme y arrepentirme después.

Tampoco es que lo haya intentado mucho últimamente, no estoy en ese momento.

—¿Cómo vas a arrepentirte de tener hijos? Es lo más bonito de la vida.

¿Cómo conversas con una madre que no te entiende y tampoco se molesta en intentarlo? Ya le he explicado mil veces que claro que quiero una familia y una pareja, pero no he conocido aún al adecuado. Y espero conocerlo pronto, pero ¿es mi prioridad? No. Ahora mismo, mi prioridad y lo que me roba todo el tiempo, todos los pensamientos y toda yo es Just a Date. Pero es así; si quiero que esto funcione, tengo que darlo todo, no vale con un 70 % ni siquiera con un 90 %, hay que dar el 200 %. Esto es Nueva York y, si te duermes, te empujan a las vías del metro, metafóricamente hablando.

—Mamá, ya hemos hablado de esto —digo con la voz cansada; no quiero volver a explicarle lo mismo.

Escucho la campanilla de la puerta al abrirse: es Audrey. Llega bastante pronto hoy, solo son las 8:23. Ella y Brooke no suelen venir hasta las 9:15.

—Mamá, te tengo que dejar, ha llegado Audrey.

—¿Estás en la oficina a estas horas? Trabajas demasiado.

—Te dejo, mamá, que tengas un buen día.

No la dejo despedirse, directamente, cuelgo el teléfono. Mi madre es de esas típicas personas que, después de decirle «te dejo», te saca otro tema diferente. Podría pasarse al teléfono horas y horas. Hoy me ha sorprendido, suele llamarme a primera hora, es mi despertador particular. Anoche Mike y Megan salieron por su aniversario, y mamá se quedó con mis tres preciosos sobrinos. La dejaron tan cansada que hoy su llamada se ha retrasado.

—Buenos días, llegas pronto.

—Sí. Quiero adelantar un poco de trabajo. ¿Era tu madre? ¿Tan temprano? ¿Qué hora es allí?

Se quita el abrigo y la bufanda, saca sus cosas del bolso antes de meter todo en el armario.

—Las seis de la mañana.

Audrey pone los ojos en blanco, y la entiendo perfectamente. ¿Qué mujer de casi sesenta años se despierta a las seis de la mañana para llamar a su hija? Pues mi madre, solo que normalmente lo hace una hora antes. Ella nunca ha sido de dormir mucho y, con la edad, cada vez menos. Mike me contó que ya la ha pillado un par de veces dormitando en el sofá en plena tarde; me sentí fatal pensando que era por sus madrugones y le eché la bronca por despertarse tan pronto. Me sentí mejor cuando me contó que se despierta sola, que es su reloj biológico. Y que las microsiestas son culpa del aburrimiento, no del agotamiento. Sigue diciendo que tiene energía para parar un tren, y papá sigue contestando lo mismo que cuando era niña: «Para parar un tren no necesitas energía, necesitas la fuerza de Superman». Los echo de menos.

—¿Y qué tal están todos?

Audrey no ha visto nunca a mi familia, la última vez que vinieron, aún no la había conocido. Solo sabe de ellos a través de mí; aun así, se alegra cuando le doy buenas noticias y se disgusta con las malas.

—Bien, me ha vuelto a pedir que vaya en Acción de Gracias.

—¿Y?

—Sabes que no puedo ir, no puedo pagar los vuelos.

—Pues te vienes a casa, mi padre ya cuenta contigo.

Le dedico una amplia sonrisa. Tengo lejos a mi familia, pero no estoy sola del todo, aquí tengo a mi otra familia. Audrey y Brooke son como las hermanas que no tengo. Audrey es de aquí de

toda la vida, aún vive con su padre, y cada festividad que paso aquí la paso con ellos. Están solo ellos dos, su madre murió hace unos años.

Estoy revisando los correos cuando veo que Audrey me acaba de direccionar uno. La miro por encima de la pantalla, se está mordiendo el labio. Ese gesto tan característico de ella cuando está tramando algo.

Hoy lleva el pelo recogido en un moño alto. Su piel morena brilla con los pocos rayos de sol que entran por la ventana, pero el brillo que más me preocupa es el de sus ojos: sin duda alguna, trama algo.

KatGraham.depmarketing@Anderson.com

Asunto: Propuesta

Buenos días. Le escribo para saber si ha considerado nuestra propuesta de trabajar juntos.

Le envío el contrato detallado con los servicios requeridos y el pago.

También le adjunto un acuerdo de confidencialidad que deberán firmar tanto usted como la futura novia del señor Anderson.

Archivos adjuntos:

Contrato.

Carta confidencialidad.

Abro el contrato meramente por curiosidad, estoy segura de que Audrey lo ha abierto y leído antes de redireccionar el correo a mi bandeja. En él no pone nada nuevo, solo que busca una novia. Aparece una lista bastante extensa de las cualidades que debe tener dicha mujer, entre las que se encuentran guapa, alta, cuerpo atlético, pelo largo, manos pequeñas con manicura, pies con pedicura, voz dulce y melódica (nada de voz de camionera o de pito), modales, saber estar, educada, con estudios y conocimientos amplios... Además, tiene que estar dispuesta a cambiar su vestuario y posiblemente su peinado (todo a cargo del señor Anderson). Debe estar disponible para él en todo momento y dispuesta para salir cuando él lo requiera. Su pasaporte debe estar actualizado para viajar y no debe tener problemas con la ley ni aquí ni en ningún otro país. Llegado a este punto, dejo de leer, aún quedan un par de párrafos más.

—¿Para qué me has enviado este correo?

—¿Qué correo?

Se hace la tonta, cosa que no le pega nada. Además, finge fatal, sus labios se curvan hacia arriba de forma nerviosa. Intenta contenerlo, pero no puede. Rompe a reír. Entre risas, me pregunta si he leído la lista y no puedo evitar unirme a ella.

—¿En serio esperan que les encuentre una tía así? Casi todos los requisitos son físicos y los que no lo son se resumen en hacer todo lo que mande el señor Anderson como buen amo y señor del castillo —digo esto último imitando la voz de uno de los personajes de *Juegos de tronos*, lo que provoca que las risas se intensifiquen aún más.

Cuando nos calmamos, Audrey se pone seria, me mira y coge aire.

—¿Has visto lo de manos pequeñas con manicura? ¿Será uno de esos tíos a los que les molan los pies?

—¿Qué tienen que ver los pies con las manos?

—No sé dónde leí que también les gustan las manos, no solo los pies. ¿Será por los dedos? ¿O porque son extremidades? Nunca he estado con un... ¿cómo se llaman?

—¡Podófilo!

—¡Ah, sí, eso! Nunca he estado con un podófilo. ¿Has visto la cifra? Están dispuestos a

pagarnos 20 000 dólares por encontrarle una chica así. He de confesar que incluso he pensado en ofrecerme yo, ese dinero nos vendría genial para la página web. Y debo admitir que tengo curiosidad por saber si es o no un podófilo.

—¡Audrey! —No puedo creerlo, ¿cómo va ella a fingir ser la novia de ese impresentable?—. No puedes estar hablando en serio. ¿No me digas que es porque quieres tirarte a un podófilo? Ni siquiera sabes si lo es y, en el caso de que lo sea, no podrías acostarte con él. Él solo quiere una relación escaparate de cara a la galería.

—¿Por qué no? En realidad, no sé por qué han contactado con nosotras, lo que necesitan es una actriz.

—Eso mismo les dije yo.

—Aun así... quizá deberíamos aprovechar la oportunidad. Ivy, estas son las cosas que solo se te ponen delante una vez en la vida, y esta puede que sea nuestra oportunidad para mejorar, para crecer. Sabes tan bien como yo que con la web llegaríamos a más personas, nos facilitará muchísimo el trabajo y no tendremos que preocuparnos por llegar a fin de mes. —Así que esta era su intención, intentar convencerme de que aceptemos el acuerdo.

—Audrey...

—Lo sé, sé cómo piensas, sé que eres una romántica que cree en el amor verdadero, sé que creaste esta empresa para crear parejas con amor de verdad o, al menos, con posibilidad de que lo tenga, pero... no llegamos a fin de mes, Ivy, y con el amor no se come. Esto que hacemos es algo maravilloso, pero estaría bien poder salir a cenar sin tener que depender de las tarjetas de crédito.

—Es todo lo contrario a lo que representa esta empresa —digo con tristeza. Siento que les he fallado a mis amigas. Ellas se unieron a este proyecto con los ojos cerrados, confiaron en mí.

—Piensa en todas las parejas que pueden surgir de nuestra web —me chantajea.

Se cree que no lo he pensado; no pienso en otra cosa desde que hablé con el informático. Miento, también pienso en cómo podría conseguir ese dinero. Pero aceptar ese trabajo..., se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo.

—¿Cómo voy a mandar a una pobre chica a aguantar a ese engreído prepotente? No puedo.

—Yo puedo hacerlo.

La miro fijamente. Por supuesto, Audrey encaja perfectamente en el estándar de belleza y es una persona con estudios, culta, con saber estar, pero... es una pésima actriz, no engañaría a nadie. Por no hablar de su temperamento, no aguantaría ni una hora con ese engreído.

—¿Crees que no puedo? —Está tan seria que no sé si está molesta o se está conteniendo mientras intenta tomarme el pelo.

—Sé que no puedes. ¿Cuánto crees que tardarías en mandarlo a paseo cuando te pida, qué sé yo, que le traigas las copas, que te cambies de ropa porque eso que llevas no le gusta o...?

—Lo pillo, lo pillo —dice con las manos en alto—. Estoy segura de que más de una estaría dispuesta.

—¿Dispuesta a qué?

Me giro hacia la puerta, Brooke acaba de llegar. Ni me he enterado de la campanita. Lleva el pelo y la ropa mojados, otra vez está lloviendo, y yo sin paraguas. Espero que, para cuando me vaya, no siga lloviendo, o llegaré empapada a casa, como hace dos noches.

Audrey se aclara la garganta, pero no dice nada. Supongo que espera que sea yo la que se lo cuente, y eso hago hasta que empieza a chillar como una loca.

—Ha dicho que le comprará ropa, zapatos, bolsos; la llevará a eventos y de viaje. Está claro que ese trabajo tiene mi nombre. Lo haría solo por unos cuantos pares de zapatos nuevos, pero

no rechazaré el resto —dice risueña. Por la cara que ha puesto, seguro ya se está imaginando un zapatero lleno de zapatos de marca de todas las clases, sandalias, botas, *stilettos*, etc. Brooke, la obsesa de los zapatos.

—¡Ja! —suelta Audrey.

—¡¿Ja qué?!

Ya empiezan, no entiendo cómo tienen ganas de gresca desde tan temprano. Resoplo antes de pedir que haya paz, pero me ignoran, para no variar.

—¿No crees que sea capaz? —Su tono es cada vez más alto.

Se quita el abrigo con movimientos bruscos y lo deja encima de una de las sillas frente a su mesa.

—¿Crees que un tío como él va a aceptar a una tía como tú? —No me puedo creer que haya dicho lo que ha dicho. Joder, se ha pasado tres pueblos.

—¿Una tía como yo? —la reta poniéndose en jarra.

—¡Basta ya! —chillo, me da miedo el rumbo que está tomando esta conversación, no quiero que acabemos diciendo cosas de las que luego nos arrepintamos.

—¡No! Déjala que se explique. Quiero saber a qué se refiere con una tía como yo —dice alargando las últimas palabras. Brooke está muy enfadada, y ella no suele enfadarse con facilidad.

—Mírate. Solo te ha faltado dar saltitos pensando en zapatos nuevos. ¿Piensas ponerte así cuando entres en Louis Vuitton? No creo que el señor Anderson quiera una chica tan impulsiva y falta de control.

No van a cambiar nunca, siempre están así. Son como el perro y el gato, como el agua y el aceite, tan diferentes. Cuando conocimos a Audrey, pensamos que era la caña, y lo es. No tardaron en salir sus diferencias y, con ellas, comenzaron las discusiones.

Conocimos a Audrey en unas circunstancias extrañas. Era la amiga de una de las amantes de Jake; sí, el Jake de Brooke. Todo ocurrió hace casi tres años, Brooke estaba depre y salimos a tomar algo. El destino quiso que nos encontráramos con Jake, uno de sus amigos, Audrey y su amiga Pam. La cosa se desmadró bastante, hasta el punto de acabar en el hospital. Audrey comenzó a hablar con nosotras; ella fue la que nos contó que Jake llevaba meses con su amiga, que la engañaba diciendo que dejaría a Brooke por ella, pero ella sabía que eso no pasaría. Intentó convencerla para que dejara de verlo, pero estaba hasta las trancas. Después de eso, Jake dejó a Pam, y Pam no ha vuelto a hablar con Audrey. Un par de meses después, me la encontré en el súper con su padre, un hombre encantador. Era Navidad, yo no había podido ir a casa, no había vuelos debido a las nevadas. Esa fue la primera noche que pasé con la familia Allen y, por extraño que parezca, me sentí como en casa, nada de vergüenza e incomodidad como pensé que sucedería cuando no pude rechazar la invitación. Tampoco puse mucha resistencia, era Navidad y estaba sola, completamente sola. Ahora lo recuerdo y me alegro de haber ido; ese fue el principio de una nueva y bonita amistad. Cuatro meses después, le conté mi proyecto, y se ofreció para ayudar. «Mejor que seguir trabajando en el súper de la esquina y, si no funciona, siempre puedo volver al súper: el encargado está coladito por mí».

—Creo que ha mandado una lista muy detallada y no ponía nada de que no le gustaran los zapatos, como tampoco pone que tenga que ser una amargada a la que no le cabe un pelo por el culo. Quizá tenga poco control, pero poco es mejor que nada, que es lo que tienes tú.

Repaso mentalmente la lista de requisitos. No me sorprende que alguien tan superficial como el señor Anderson haya hecho una lista en la que solo se incluyen requisitos físicos o de apariencia,

ni una sola cosa referida al carácter.

—Yo no soy una amargada, y tengo más control que tú, de eso puedes estar segura.

—Quien se pica ajos mastica.

—Parecéis niñas pequeñas. ¿Queréis que os compre unos coleteros de unicornios? — interrumpo—. Ya son más de las diez y media de la mañana y aún no hemos empezado a trabajar.

Ambas se callan, cada una va a su mesa.

El día pasa con más silencio de lo común, pero no hay tensión. Ambas son de gatillo fácil, pero, después de un rato, se les pasa todo, y lo agradezco porque, si no, estaríamos con tensiones y malos rollos cada dos por tres. Audrey no tiene filtros, dice todo tal cual lo piensa, y Brooke es demasiado impulsiva, por lo que las discusiones entre ellas son habituales.

Llego a casa empapada, creo que no hay ni un centímetro seco en mi cuerpo. Dejo el bolso, me descalzo y me desnudo en la misma entrada, para no mojar todo. Hace frío, mucho frío. Enciendo la calefacción y me voy a la ducha. Siento cómo mis músculos entumecidos se van relajando con el agua caliente. Después de unos minutos, me lavo el pelo. No me queda mascarilla, así que no tardo mucho. Tampoco me queda crema corporal; por lo menos, no me he quedado sin desodorante ni pasta de dientes.

Envuelta en mi toalla rosa, me preparo una infusión calentita. Solo me quedan de relax, suelo usarlas para dormir, pero servirá. La dejo reposar mientras me pongo mi pijama preferido, después del día de hoy, lo necesito. Me lo regaló mi madre durante mi primer año de universidad, usarlo me hacía sentirme más cerca de mi hogar, de mi familia.

No he dejado de darle vueltas a lo que dijo Audrey esta mañana. Tiene razón, después de dos años, la agencia va como al principio. Tenemos las inscripciones, pero es un proceso que requiere tiempo, y ni siquiera con eso basta. Si no hacemos nada, acabaremos cerrando. Recuerdo todas las parejas que hemos formado, no son muchas, pero todas son felices. No se ha roto aún ni una sola de ellas; no poder seguir uniendo a personas así me entristece. No paro de darle vueltas a todo. La web, la propuesta de Anderson S. L., el artículo del *Times*..., ni siquiera me doy cuenta de que se me ha pasado la hora de cenar. Miro en la nevera buscando algo rápido, pero solo tengo leche, el queso rancio que se dejó Brooke la semana pasada, un yogur de plátano, medio tarro de pepinillos y la botella de champán que me regalaron Jena y Tom, una de las parejas que se conocieron a través de la agencia, tras comprometerse. Resoplo, no tengo ni tiempo ni dinero para hacer la compra. No era así como me imaginaba mi vida cuando dejé Montana: triste y sola frente a mi frigorífico vacío, comiendo un yogur de plátano. Odio el plátano. Quizá debería aceptar la propuesta de Anderson. Quizá Audrey tenga razón y deba aprovechar la oportunidad para mejorar Just a Date. Estas oportunidades solo aparecen una vez en la vida, ¿voy a dejarla escapar?



CAPÍTULO 5

ROBERT

Se enciende el piloto verde del teléfono. No me apetece hablar con nadie ahora mismo. Tengo un dolor de cabeza horrible, no debí beber tanto anoche.

—Anderson.

—Señor Anderson. —La oigo carraspear: malas noticias. Kat lleva muchos años aquí, ya era la jefa de *marketing* cuando mi padre dirigía la empresa—. Vuelve usted a protagonizar un reportaje en la revista *Amore*.

Joder, es que me persiguen. Tres semanas sin salir, más allá de las discretas visitas a las habitaciones de hoteles, donde me veo con Dafne, Claudia o Tina. Una noche, una noche con los chicos, y otra vez estoy en las revistas. Me he estado recortando, intentando limpiar mi nombre, pero con los *paparazzi* persiguiéndome de esta manera es imposible. ¿No puede un hombre tomarse unas copas con los colegas? Está bien, quizá se nos fue un poco de las manos, pero no hicimos otra cosa que beber y hacer un poco el ganso. Eric rompió unas cinco o seis botellas de *whisky* haciendo malabares, Jack imitó los bailes de PSY sobre la barra, Lewis bebió tan deprisa que se durmió en el sofá, y yo solo me limité a beber y deleitarme con el espectáculo, acompañado por una de las camareras.

—¿Qué he hecho esta vez?

—Mejor le envío el enlace.

Abro el enlace del artículo que me ha enviado Kat por el chat de la empresa. En una imagen, se me ve abrazado a la camarera, frente a Jack, sobre la barra. En otra de las fotos aparezco riéndome mientras las botellas vuelan por los aires, y pueden verse un par rotas en el suelo. En otra estoy muy acaramelado con la camarera. Joder, parece mucho peor de lo que fue. Solo nos estábamos divirtiendo. No entiendo la ceguera de la prensa por mí y Lewis. Eric es el más loco, el que más la lía, pero somos Lewis o yo los que protagonizamos los escándalos. Esta vez me ha tocado a mí.

La luz del teléfono se vuelve a encender. El día de hoy va a ser largo, eterno.

—Anderson.

Kat interrumpe mi concentración llamándome desde la puerta. Pongo la llamada en espera y le hago un gesto con la mano para que entre.

—Soy yo otra vez. La chica de Just a Date ha aceptado, pero...

Le dije a Kat que insistiera, no estoy acostumbrado a que me digan que no. Aún menos las mujeres.

—¿Pero qué?

—Tiene condiciones. —Kat sonríe traviesa, como los niños después de hacer una trastada.

—¿Cuáles? —pregunto apartando la vista del ordenador para centrar toda mi atención en ella. Tengo curiosidad.

—No me las ha dicho, me ha pedido concretar una reunión.

Sé que puede que sea un error concretar hoy la reunión dado mi estado, pero la reunión con Barton es en menos de seis meses, el tiempo corre y, si me voy a prestar a este absurdo plan, cuanto antes empiece, mejor.

—Cítala para el almuerzo. Dile a Anne que reserve en Ments para dos.

Vuelvo a centrar mi atención en mis informes.

—¿No prefieres que sea aquí con el equipo?

—No.

Kat se marcha tan rápido como ha venido.

El Ments es uno de los restaurantes en los que me reúno con algunos de mis socios; es lujoso y tranquilo, con la suficiente intimidad como para tener ciertas conversaciones. Podría haber ido a cualquier otro, pero conozco a las chicas como la señorita Walker, con una moralidad por encima del dinero y los lujos, pero es todo fachada. Todas las chicas se derriten con el incentivo adecuado, y a todas les encantan los restaurantes caros. Está claro que vendrá con condiciones, y yo también tengo las mías. Me tomo una pastilla para el dolor de cabeza y descuelgo el teléfono.

Desde la mesa donde estoy, puedo observar la entrada del restaurante. Veo el momento exacto en el que entra y se queda sorprendida; mira hacia un lado y al otro con ojo crítico, analizando todo. No tarda en acercarse al *maître*, que le señala nuestra mesa.

La observo mientras camina hacia mí. Lleva un traje de falda y chaqueta color gris, con una camisa blanca. Demasiado anodino, corriente. Hoy parece aún más bajita. Miro sus pies y veo unos horrorosos zapatos planos en color negro, con punta de pico, igualitos que los que llevaba la profesora Spanair en el internado.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, siéntese. —Se me queda mirando fijamente, y le aguanto la mirada. Sus ojos me recuerdan a un bosque al atardecer, con esas hebras doradas sobre el verde intenso.

—¿No viene nadie más? —pregunta al ver que solo hay una silla libre, la suya.

—No es necesario. Creo que soy bastante capaz de llevar esta reunión solo.

La veo tragar saliva bastante incómoda. Mira la silla, pero no se sienta.

—No muerdo; al menos, no mientras trabajo.

Me mira de un modo que no logro descifrar, suelta el aire que ha estado reteniendo, y se sienta. Espero que sea ella quien empiece a exponer cuando esté cómoda, si es que eso es posible. Creo que no he visto nunca a nadie sentado tan recto como ella ahora mismo. Le incomoda estar a solas conmigo, eso podría ser por dos cosas.

El camarero interrumpe mi razonamiento. Pido un *cabernet sauvignon* y salmón, su boca se abre para formar una o perfecta. Pide agua y nada más; insisto hasta que pide también el salmón. Le pregunto por su jornada y si ha encontrado bien el sitio.

Mi táctica para romper el hielo y que se sienta más cómoda no está funcionando. Espero hasta

que llega la comida para sacar el tema.

—La escucho, puede exponer sus condiciones.

Traga saliva y se retuerce sus pequeñas manos, una contra otra. No entiendo por qué está tan nerviosa. No parece la misma chica de la semana pasada: seria, directa, empoderada.

—No esperaba que la reunión fuera con usted.

—No veo el problema —replico sin apartar los ojos de ella.

Vuelve a retorcerse las manos, se da cuenta, las separa y las mete bajo la mesa.

—Como ya dije, mi agencia se encarga de juntar a personas que son compatibles de verdad, no como las webs de citas. Las mujeres que se han inscrito lo han hecho con la esperanza de encontrar una pareja duradera.

Ahogo la risa, pero se da cuenta y pone mala cara. Hago como si no pasara nada y bebo un sorbo de vino: exquisito. Vuelvo a fijar la mirada en ella para que continúe.

—Me es imposible proponer una cita con una de esas mujeres y usted, pero...

Se queda callada.

—¿Pero? —la animo a continuar.

—Necesitamos el dinero, y mis principios no me permiten concertar una cita, así que una de las condiciones es que la mujer que fingirá ser su novia seré yo.

Ahora es mi boca la que se abre de sorpresa. Esto no es lo que habíamos hablado. La verdad es que no habíamos hablado nada con su agencia, todo había sido a nivel interno y supusimos que aceptarían.

Nos equivocamos.

Es una mujer preciosa. Tiene piel fina y unos ojos verdes preciosos. El arco de Cupido de sus labios los hace muy apetecibles y su pelo se ve brillante, a pesar de estar recogido en un soso moño alto. Pero es muy bajita, muy muy bajita, y yo soy bastante alto. Recuerdo la frase que le dijo a Kat tras la reunión.

—¿Así que quiere ser mi llaverito? —digo con mi mejor sonrisa, esa que utilizo cuando quiero seducir a alguna chica.

La veo enderezar más la espalda, si cabe; fruncir el ceño, y apretar los labios haciendo una mueca torcida. Se está conteniendo para no mandarme a paseo, y no puedo evitar provocarla.

—Así que quiere ser usted la afortunada. ¿O no lo he entendido bien? —Provocarla de este modo es bastante motivador, podría convertirlo en mi nueva afición.

—Señor Anderson, no es que quiera, es que no puedo permitirme rechazar el trabajo, y es la única solución que he encontrado.

—¿No hay ninguna otra chica que pueda hacerlo, solo usted? Qué gran sacrificio —digo de forma sarcástica. Sus mejillas se tornan rojas: se está enfadando. Quiero ver hasta dónde es capaz de contenerse. Entonces, recuerdo la lista de cualidades que Kat le envió—. Pero, si no me equivoco, usted no reúne las cualidades que pedimos.

—He de decirle que esa lista es una gilipollez, prácticamente todas las cualidades eran requisitos ligados con el aspecto físico —replica.

—¿Y cuál es el problema? Esas son las características de mi prototipo de chica; si no es así, nadie creerá que esté con ella. Cualquiera que me conozca sabe que yo no me fijaría nunca en una chica como usted. No se ofenda, es bastante bonita, pero no es mi tipo, es demasiado bajita.

Se pone rígida, cuando termine la reunión, va a tener que irse directa al fisio.

—Pues, o se conforma conmigo, o deberá buscar una novia falsa en otro sitio. Y no es mi única condición, no toleraré que se me menosprecie, se me hable mal, me chille o cualquier otra cosa

que considere denigrante o abusivo. No tengo inconveniente en vestir adecuado a la circunstancia cuando vaya con usted, pero el pelo no se toca —dice todo tan rápido que tiene que parar para coger aire—. Ni cortes, ni mechas, ni tintes, ni nada de nada: mi pelo es sagrado. Y, si he de peinarme para una ocasión especial, me peinará mi peluquera de confianza. Dado que será una relación pública, no estaré con nadie durante ese tiempo, pero espero lo mismo por su parte, no seré una cornuda consentida, aunque sea una relación falsa; no seré el hazmerreír de la ciudad. —Se queda pensando unos segundos—. Ah, sí, una cosa más, deberá comunicarme las salidas o viajes para adaptar mi agenda.

—¿Nada más?

Se relaja y se recuesta sobre el respaldo de la silla. Parece como si se hubiera quitado un peso enorme de encima. Por eso tantos nervios y tensión.

—Eso es todo —dice antes de beberse todo el contenido de agua de su vaso. No ha tocado la comida.

—Muy bien. No.

—¿No qué?

—No acepto sus condiciones. Si no está dispuesta a concertar una cita con alguna de las mujeres que estén en sus registros con las características que le envié, la buscaré en otro lugar.

Vuelve la rigidez y la tensión a su cuerpo. Me mira; nuestros ojos conectan en un duelo silencioso. Nunca he perdido, y esta no va a ser la primera vez.

Aparta la mirada hacia sus cosas, las recoge y, con una escueta despedida, se marcha y me deja un sabor agridulce. Esperaba más resistencia, alguna pregunta, un poco de negociación; no creí que se rindiera tan fácil.

Termino mi almuerzo antes de levantarme y volver a la oficina. Su plato está intacto, es una pena que se desperdicie.

Llego a la oficina temprano. Kat está hablando con Annie, mi secretaria, que me está esperando. Una vez que entramos a mi despacho, me pide que le informe sobre la reunión con la señorita Walker. No se conforma con el resumen, me acribilla a preguntas hasta tener todos los datos.

Kat es una señora de cuarenta y ocho años, lleva en la empresa toda su carrera profesional. Es una de las joyas de la empresa, y la conozco desde que correteaba por aquí cuando no era más que un mocoso. Cuando era niño y pasaba aquí las tardes porque mi padre tenía trabajo, ella me solía llevar a la cafetería y me invitaba a merendar un donut y un zumo. A veces me trata como si fuera un niño; por el respeto y el cariño que le tengo, lo permito. Siempre cuando estamos solos.

—Explícame por qué le has dicho que no.

—Ya te lo he dicho: ella no encaja en el perfil.

—Pamplinas, eso fue solo un perfil, no esperábamos que encajara a la perfección, era solo una guía. Que sea ella es aún mejor.

—¿Ah, sí? ¿Por qué es mejor?

—Es tan romántico... Como la *wedding planner* que se enamora del novio de la boda que está planeando, la niñera del padre de la niña a la que cuida... El amor surge donde menos lo esperas. Es un cliché perfecto: el hombre se enamora de la mujer que ha contratado para que le busque el amor. Llámala y acepta.

Así es ella, dando órdenes como si fuera mi madre. Desde que la conozco es así, cuando era un niño obedecía porque era una persona mayor y mis padres me educaron bien, ahora... Bueno, no

siempre le hago caso.

—No pienso ceder.

Su mirada exigente me examina con atención, noto como si pudiera ver a través de la carne, como si pudiera saber qué pienso con solo mirarme.

—Robert, esto no es una competición. Ella no es una competidora a la que tengas que avasallar o una socia con la que negociar. Ella es la llave para que tu reunión con Barton se celebre.

Es buena, ¿verdad? Kat sería capaz de convencer a un esquimal de que necesita un aire acondicionado. Es la mejor, por eso es directora de *marketing*.

—Ya le he dicho que no. —Me muestro firme con la decisión que he tomado.

Se marcha malhumorada, no sin antes fulminarme con la mirada.

Quizá me precipité al decirle que no. No es el tipo de mujer con la que suelo estar, pero es bonita, y parece bastante inteligente. Tampoco es tan importante que no me guste, solo tendría que fingir, y quizá eso facilitaría las cosas, pondría una barrera entre nosotros dejando claro que ni ella me gusta a mí ni yo a ella.

Annie entra para recordarme que en unos minutos empieza la reunión. Aparto todos los pensamientos y me concentro en los documentos que tengo delante.

Estoy en una videoconferencia con el director de uno de los hoteles más importantes de Los Ángeles, y mi móvil no para de iluminarse. Miro de reojo: veo entrar un mensaje de Jack en el grupo. Al segundo entra otro de Eric. No suelen estar tan activos a estas horas. Siguen entrando mensajes, uno tras otro, pero hasta que no termina la videoconferencia no puedo leerlos. Jack ha enviado un enlace de una revista. Sin abrirlo, puedo ver el título y una foto, en la que aparecemos Ivy y yo comiendo.

Eric

¿Robert buscando el amor?

A otro con ese cuento.

Jack

Para eso tendría que tener corazón.

Eric



Lewis

Quizá se haya dado cuenta de que ya va teniendo una edad y quiere formar una familia.

Eric

Tiene tu misma edad, ¿quieres tú una familia?

Jack

Como si tú fueras más joven, por mucho tinte que te eches para disimularlo.

Lewis



Eric

Qué pesados.
Ya os he dicho muchas veces que no me tinto.

Lewis

Qué curioso, tengo fotos de hace una par de años con media cabeza llena de canas.

Jack

Debe ser la única persona a la que se le quitan con la edad.

Lewis

El Benjamin Button de las canas.

Jack



Eric

No os desviéis del tema.
¿Qué hace Robert contactando con una agencia de citas?

Lewis

No es una agencia normal.
No te has leído el artículo, ¿verdad?

Eric

Ya me haces tú un resumen.

Jack

No sé de qué te salen tantas canas, porque de estrés no es.

Kat irrumpe en mi despacho como un huracán, lo que me impide leer el resto de los mensajes.

—Ha salido una foto tuya con Ivy en la revista *Maxim*. Se ha filtrado que es la dueña de Just a Date, y afirman que estabas inscribiéndote en su agencia para encontrar el amor. —El tema del día—. ¿Lo has filtrado tú?

—Pensé que estaría bien que se me viera interesado en encontrar el amor.

Hablé con un contacto que tengo en la revista para un artículo, donde se expondría que, buscando el amor, me había inscrito en la agencia que había salido en el *Times* porque es la mejor para ello.

—¿Cómo no se me había ocurrido a mí? —se pregunta a sí misma; esto lo hace mucho—. Te estoy enseñando demasiado. Tú le has facilitado la información, imagino.

—¿Cómo, si no, iban a saber quién es ella?

No contaba con este cambio.

Pensé que sus condiciones incluirían no tener sexo, o no hacer daño a la chica o cualquier chorrada así. También me planteé que quisiera más dinero; eso no hubiera sido un problema.

—Veo lo que pretendías, pero... La chica parece realmente incómoda.

Abro el artículo que ha enviado Jack y voy directo a la foto. Es justo del momento en el que nos aguantábamos las miradas. A mí se me ve bastante cómodo, pero se nota que ella está tensa.

—Porque lo estaba.

Echa una ojeada a mi móvil, y levanta una ceja.

—Robert, después de este artículo debemos colaborar con Just a Date.

—Lo hemos intentado, pero hemos llegado a un punto muerto.

Esto solo muestra mi interés por buscar el amor. Podría encontrarlo en cualquier otro lugar. Si en dos semanas aparezco con una chica, ¿quién sabrá si es una cita preparada por la agencia o si me la ha presentado un amigo?

—¿Sabes? Creo que podría funcionar, tú acudes a ella buscando el amor y lo encuentras, aunque no del modo que pensabas. Ya te lo he dicho antes, el amor surge donde menos lo esperas.

—Kat...

—No —me interrumpe—. ¿Desde cuándo nos conocemos? ¿Alguna vez te he dado un mal consejo? ¿Alguna vez me he equivocado? Te aconsejo que te tragues tu orgullo de macho y aceptes el trato que te ha ofrecido. La señorita Walker es una mujer preciosa, una mujer de negocios empoderada que lucha por lo que quiere. No se me ocurre ninguna mujer mejor para ti. ¿Qué crees que pensará la gente cuando te vea con otra de las chicas con las que acostumbras a ir? Que es otra más, pero Walker no es como esas mujeres, es diferente, y por eso la gente se lo creará.

—No estoy tan seguro —digo indeciso.

Su teoría tiene bastante sentido. Yo mismo llegué ayer a la conclusión de que la falta de atracción puede ser una ventaja, pero algo dentro de mí me dice que no va a salir bien.

—Yo sí lo estoy. La idea de recurrir a la agencia era encontrar a alguien normal, además del hecho de que, cansado de tus romances de siempre, estuvieras buscando el amor. ¿Quieres o no esa reunión con Barton?

Claro que quiero esa reunión, he estado intentando concertarla más de un año. Me parece patético rebajarme a fingir un noviazgo para que ese viejo se reúna conmigo.

Sé que esto no es una buena idea, por muy genial que le parezca a Kat. Pero en algún sitio escuché que situaciones desesperadas requieren de medidas desesperadas. Aún no estoy desesperado, pero lo estaré si, a falta de una semana, Barton cancela la reunión. Espero que esto merezca la pena porque, si después de todo la cancela, igual habré hecho el imbécil para nada.

—Está bien, llámala y dile que aceptamos. Prepara los contratos para firmarlos mañana mismo.

Kat se marcha satisfecha, con una gran sonrisa, lo que hace que me sienta manipulado.

Sigo leyendo los mensajes, hay unos cuantos. Tantos que han cambiado de tema y me ahorro tener que dar explicaciones.



CAPÍTULO 6

IVY

Estoy tecleando el número de la alarma cuando suena el teléfono.

Mierda.

Siempre pasa igual, se acuerdan de llamar a última hora. Ya he apagado el ordenador, las luces; tengo todo recogido, el bolso colgado en el hombro; estoy lista para terminar de poner la alarma y marcharme a casa. Me debato entre dejar que salte el buzón o cogerlo.

Termino por descolgar el teléfono.

—Just a Date, le atiende Ivy.

—Señorita Walker. Soy Kat, de Anderson S. L. ¿Tiene un momento?

Otra vez esta gente, ¿qué quieren ahora?

—Lo cierto es que ya me iba a casa.

—No tardaré mucho, apenas unos minutos, se lo prometo.

Intuyo que voy a perder más tiempo intentando librarme de ella que en escuchar de qué se trata esta vez. Dejo el bolso sobre mi mesa y me apoyo sobre ella.

—¿De qué se trata?

—Aceptamos todas sus condiciones. Si me las envía, prepararé los contratos para mañana.

No entiendo qué ha podido cambiar de ayer a hoy. Ya me había hecho a la idea de que la página web era un imposible. Esta mañana he ido al banco, pero los intereses son demasiado altos, no puedo asumir una cuota tan cara sin saber realmente si la web va a generar más beneficios y, siendo sincera conmigo misma, me da miedo. Miedo de que todo explote, fracasar y quedar endeudada. No estoy exagerando, mi contrato del local es de cinco años, con aval bancario. Si me voy antes de ese tiempo, deberé seguir pagando el alquiler.

Le cuento a Kat que no es necesario un correo, no me apetece ponerme a estas horas a redactar nada, mis condiciones son apenas dos frases, que le digo en el momento. Ella me cuenta que se ha publicado un artículo en el que aparezco con el señor Anderson y lo que pone en él. Me confiesa que ha sido filtrado por ellos.

Me enfado bastante, pues no tenían derecho a hacer pública mi identidad, algo un poco estúpido, dado que me voy a hacer pasar por la novia de uno de los hombres más ricos del país y, sin duda, saldré en muchas revistas con él.

De camino a casa, pienso qué pensarán mi familia y conocidos cuando me vean en una revista.

Debería llamar a casa y advertir a mamá; si se entera de que tengo pareja por una revista, se va a enfadar mucho. ¿Sería mejor contarle la verdad? ¿O decirle únicamente que lo he conocido y ha surgido algo entre nosotros? No me gusta mentir a mi familia.

Estoy tan ensimismada que el camino a casa se me pasa volando. Otra vez está el ascensor roto; subir cuatro pisos con bolsas llenas de compras no es nada agradable. Sí, he tenido que volver a usar la tarjeta de crédito para comprar; era esto o comerme el moho de las paredes.

Coloco todo en el frigorífico, me doy una merecida ducha caliente. No consigo quitarme los nervios de encima, así que cojo el bote de helado, que me llamaba a gritos en la nevera del súper, y hago una videollamada de a tres.

—¿Eso es helado?

—¿Estás deprimida o te ha tocado la lotería? —Brooke siempre me saca una sonrisa hasta sin pretenderlo.

—Estoy nerviosa.

Procedo a contarles todo lo que ha pasado desde que ellas se han marchado de la oficina; básicamente, la conversación que he tenido con Kat.

—Vaya, vaya, al final, han pasado por el aro.

—¿Qué ha pasado con eso de que no eres su tipo?

Me encojo de hombros, no se me han olvidado las palabras con las que me rechazó.

—¡Es un gilipollas! Decirte que no eres su tipo..., más quisiera él.

—Y demasiado bajita —añado.

—Nada que no pueda arreglarse con unos buenos tacones. ¡No es justo! ¿Por qué el destino me manda amigas con otro número de pie?

—No es como si me fuera a llenar el zapatero.

—¡Verás cómo sí! A esos eventos de ricachones no se puede repetir, tienes que ir de estreno siempre.

—¿Qué dices? Eso no puede ser —dice Audrey quitándome las palabras de la boca.

—Ya lo verás.

—Como si alguien fuera a mirarme a mí.

—Pues claro que te van a mirar. No hagas caso a ese gilipollas, eres preciosa, vas a dejar a todo el mundo enamorado.

—No lo decía por eso. Pero a esos eventos suelen ir celebridades, y yo no soy nadie.

—Aun así, sería imposible que pasaras desapercibida.

—Y con mi ayuda, menos aún. —Brooke es una amante de la moda. Será estupendo tenerla para ayudarme y guiarme, porque yo estoy un poco oxidada.

Continuamos hablando un rato más, hasta que Brooke se desconecta. Nos quedamos solo Audrey y yo, la conversación se torna más seria.

—Sé que estoy haciendo esto por la agencia, por mi futuro, pero tengo un mal presentimiento.

—Ivy, no tienes que hacer nada que no quieras. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero la web...

—Lo sé, sería genial, pero no a cualquier precio.

Me alegra tener amigas tan buenas, que valoren mi bienestar por encima del resto. Son las mejores, sé que Brooke estaría de acuerdo si estuviera aquí. Aunque no me entendería, ella sería feliz en mi situación únicamente por la promesa de zapatos nuevos. Es increíble lo que le gustan.

—No será tan difícil, ¿no? Solo tengo que fingir.

—Eres una pésima actriz —dice riéndose.

—Se supone que intentas animarme.

—No, ¡qué val!, te estoy dando la oportunidad de echarte atrás.

—No puedo.

No me perdonaría a mí misma perder esta oportunidad por no ser capaz de pasar un tiempo con un tío. Tampoco tengo que fingir, solo estar a su lado y sonreír un poco.

—Pues entonces deja esa actitud derrotista. Eres una mujer preciosa, luchadora, empoderada. ¿Quién, con tu edad, es su propia jefa y tiene una empresa en auge? Te lo has ganado en esta ciudad, y no es fácil. Esto será nada al lado de lo que ya has hecho.

—Deberías dedicarte a motivar a la gente.

—¿Eso es un trabajo?

—Creo que sí. He oído que hay empresas con gente así para motivar a sus empleados y que sean más eficientes.

—Y si me llega un inútil, ¿crees que la terapia de choque será igual de motivadora?

No puedo evitar reírme; es que es increíble.

Seguimos hablando hasta que me siento más ligera, menos nerviosa. Puede que haya tenido algo que ver que me haya obligado a prepararme una infusión con doble bolsita de relax, porque su vena mandona persiste.

Al día siguiente, recibo una copia de los contratos, hay varios:

- un contrato de confidencialidad para mí;
- un contrato de confidencialidad para Audrey y Brooke;
- un contrato de relación;
- un contrato de fin de relación.

Paso la mañana revisándolos con Audrey; ella estudió Derecho en una universidad de Columbia, aunque lo dejó antes de terminar. Aun así, me fío de ella más que de cualquier abogado. Audrey es superinteligente, hizo un par de cursos para encargarse de todo el tema administrativo. Los hizo los dos a la vez, mientras trabajaba.

Me han citado esta misma tarde para firmarlos, y debo llevar los de confidencialidad de Audrey y Brooke, ya firmados por ellas.

—Tanto contrato para decir que no podemos decir ni mu —dice Audrey cogiendo los contratos de la impresora.

—Y que si te vas de la lengua, te van a quitar hasta la cera de los oídos —Brooke se burla desde su mesa.

—¿De verdad es necesario todo esto? —digo señalando el taco de folios que Audrey acaba de dejar sobre mi mesa, el contrato de relación, donde aparecen mil y una posibilidades de situaciones, cómo actuar, vestirme, de qué cosas puedo hablar. Lo hemos imprimido para llevármelo a casa y poder revisarlo en el momento que lo necesite.

—¿Estás nerviosa? —pregunta Brooke sentándose en la silla libre al lado de Audrey. Ya no queda demasiado tiempo, en poco más de una hora es la firma de los contratos.

—Pues un poco, más por lo que vendrá que por firmar todo eso.

Me altera el hecho de tener que pasar tiempo con Anderson fingiendo que soy su novia. En el contrato aparece muy explícito que solo mantendremos contacto siempre que sea necesario: darnos la mano al bajar del coche o paseando, un beso para que lo capten los paparazzi. No pone

nada de sexo, pero es evidente que no va a pasar, no hace falta que aparezca en el contrato.

—Estos ricos... ¿Dónde quedaron esos tratos que cerrábamos con un apretón de manos?

—¡Ala!, la sobrina del padrino, ¡que somos nosotras! —dice Brooke riendo y dándole un pequeño golpe a Audrey en el hombro.

—Nunca he visto *El padrino* —añado.

—Yo tampoco —dice Brooke con una amplia sonrisa.

—De ella me lo esperaba, pero de ti... Como se entere mi padre, te las va a poner todas, y ya te digo que no te vas a poder librar.

Agradezco que se queden de cháchara conmigo hasta que se hace la hora de marcharme. Ambas se ofrecen a acompañarme, pero me niego. Tengo las mejores amigas del universo.

Es viernes y, aunque parezca una estupidez, se nota en el aire. Las personas caminan más risueñas, las cafeterías y bares están llenos de grupos de compañeros tomando algo después de una dura semana de trabajo. Con este ambiente, ¿cómo puede alguien sentirse deprimido? Quizá quien esté totalmente solo, sin amigos ni familia con quienes pasar el fin de semana.

Para cuando llego al edificio donde se encuentran las oficinas de Anderson S. L., ya está oscuro, aunque las luces iluminen toda la ciudad.

Subo al lujoso ascensor, y los nervios, que había creído inexistentes, me golpean inesperadamente. Me miro en el espejo: algunos mechones han escapado de la cola que me hice esta mañana, apenas llevo maquillaje. Mi traje azul marino de chaqueta y pantalón ha visto tiempos mejores y esta vez sí que me he traído los tacones. Me digo a mí misma que es solo porque el traje lo pide, pero las palabras de Anderson aún resuenan en mi cabeza.

La subida se me hace eterna, por muy moderno y rápido que suba el ascensor. Nada más abrirse las puertas, veo a Kat.

—La estaba esperando —dice al ver la cara de asombro que, sin duda, he puesto.

A menudo me cuesta controlar mis reacciones. Soy como un libro abierto en cuanto a cómo me siento; no es que se me dé mal ocultar mis emociones, son las reacciones como esta las que no puedo evitar. Como cuando Tom, mi primer novio de instituto, me llevó por primera vez a cenar a su casa con sus padres. Su madre había preparado pastel de carne; en cuanto lo dijo, no pude evitar poner cara de asco y, evidentemente, se dio cuenta enseguida. En ese momento me sentí muy avergonzada, y lo único que quería era marcharme a mi casa y practicar para aprender a controlar esas reacciones. A día de hoy, sigo sin poder controlarlas; en retrospectiva, me libraron de comer un plato que odio solo por vergüenza de no decir que no me gusta. Quizá no sea algo que deba cambiar.

Esta vez entramos en un despacho con unas cristaleras de pared a pared; si no fuera porque estamos a una altura en la que no soy capaz de asomarme a menos de dos metros, sería una pasada. El señor Anderson está sentado tras una mesa que yo diría que es de madera maciza, esta no es de las que se rompen cuando... Me reprendo a mí misma por esos pensamientos.

—Aquí le dejo los contratos que debe firmar. Señorita Walker, ¿ha traído los contratos de sus empleadas firmados?

—Sí. —Saco la carpeta del bolso—. Aquí están.

—Perfecto, añádalos al resto de contratos para archivar todos juntos —dice justo antes de salir y dejarnos solos.

Me siento en una de las sillas que hay frente a la mesa de Anderson.

—¿Firmamos o no? —digo un poco nerviosa tras unos segundos de silencio, que se han sentido como horas.

El tiempo es muy relativo, a veces, un segundo puede ser eterno, y una hora, fugaz.

—Para eso ha venido, ¿o se ha arrepentido, señorita Walker? —Pronuncia mi nombre con una lentitud escandalosa. En otras circunstancias, pensaría que tiene un problema de dicción o le falta un hervor. No es el caso, solo lo hace para intentar ponerme más nerviosa.

—No, señor Anderson, no me he arrepentido, ¿lo ha hecho usted?

Saca lo que identifico, por su volumen, como los contratos. Hay dos copias, supongo que una para cada uno, y me siento imbécil por haber gastado tinta y papel tontamente esta tarde, pues claro que me darían una copia del contrato. Los pone delante de mí y veo que su firma ya está en todos los documentos, solo falta la mía. Cojo el bolígrafo que me ofrece y en silencio, sin levantar la mirada, firmo uno a uno cada contrato.

—Este es el último. Si no necesita nada más... —digo levantándome.

—Había pensado invitarla a cenar. —Mi cara me vuelve a traicionar mostrando la sorpresa que me produce su proposición—. Solo para conocernos un poco, intercambiar teléfonos y esas cosas. He pensado que con una cena sería menos incómodo.

Miro mi anodino traje con una blusa estampada. No voy mal, pero para una cena en un lugar de pijos, pues... muy acertada no voy. Lo miro a él, lleva un traje negro (seguro que hecho a medida, porque se le adhiere al cuerpo de una manera que no es ni medio normal) con una camisa negra. Supongo que en algún momento de la tarde se ha quitado la corbata y se ha desabrochado los dos botones superiores. Cometo el error de mirar más arriba, a su cara: me está observando con esa sonrisa de medio lado burlona que altera todo mi sistema nervioso.

—¿Y bien? —insiste.

—No creo que vaya apropiadamente vestida para los sitios que frecuenta.

—Deberíamos empezar a tutearnos, ¿no te parece, Ivy? —dice ignorando mi comentario sobre mi ropa.

—Sí, vale.

—Puedes llamarme Robert.

—¿Acaso no es tu nombre? Me lo dices como si fuera algo especial. No especial, mmmm, como si fuera algo que no hiciera apenas nadie, como si fuera un mote más que tu nombre.

—Muy pocas personas me llaman por mi nombre.

Supongo que será cosa de ricos, yo siempre he sido Ivy en todos los entornos, siempre me presento como Ivy, a mis clientes, cuando me presentan algunos amigos, etc.

Coge algunas cosas de uno de los cajones de la mesa, y se levanta.

—Vamos, tengo hambre.

Caminamos a la entrada de las oficinas a por mi abrigo, pero no subimos al ascensor por el que he venido. Me guía por un pasillo hasta otro ascensor; este requiere de una llave para llamarlo y bajar, ¡cómo son los ricos, que necesitan un ascensor para ellos solitos! Trago saliva incómoda al verme en el espejo, me veo aún más bajita a su lado, mido 1,57, ¿cuánto medirá él? Por lo menos 1,85 o 1,90. Trato de no mirarlo, me siento muy incómoda. No recuerdo ninguna situación en la que me haya sentido así. No puedo evitarlo, y lo vuelvo a mirar. De nuevo, me está observando con esa sonrisa. Noto el humillo saliéndome de las orejas.

Salimos del ascensor directos a un garaje. No andamos demasiado hasta que llegamos a su coche. No entiendo mucho, pero seguro que es carísimo. Es deportivo y solo tiene dos plazas. Pone música, me pregunta si me gusta y no volvemos a hablar más hasta llegar al restaurante, donde nos recibe un aparcacoches. Definitivamente, no voy arreglada para cenar en un sitio así.

Entramos al restaurante. No tenemos que esperar mucho para que el *maître* nos lleve a nuestra

mesa. Robert pide dos vinos sin ni siquiera preguntarme si me gusta el vino.

Abro la carta, los precios son desorbitados, ochenta dólares por una hamburguesa. Menos mal que yo no voy a pagar, cláusula treinta y pico, todas las cenas, comidas, desayunos, etc., correrán a cargo del señor Anderson. Me pido una hamburguesa porque soy una amante de ellas, me encantan. Tengo curiosidad por saber si vale lo que cuesta.

—¿En serio, una hamburguesa? —me reprende nada más irse el camarero.

—Sí. Me gustan las hamburguesas, ¿se me permite pedir la comida que quiera o va a ser como la bebida y la vas a pedir por mí? —le recrimino. Cuanto antes empiece a poner ciertos límites, mejor.

—No te gusta el vino. Puedes pedir otra cosa.

—Sí, me gusta pero...

—¿Pero? —Me mira con la ceja levantada y una sonrisa burlona.

¿Sabrá lo guapo que se ve así? Por supuesto que lo sabe.

—Nada, está bueno —digo tras probarlo por primera vez, y no obtengo por respuesta nada más que una sonrisa de satisfacción, que me fastidia.

Coge su móvil y, durante un rato, me limito a observar a la gente del local mientras él termina lo que quiera que esté haciendo. Parece que no le han enseñado que es de mala educación coger el móvil e ignorar a la persona con la que estás. ¿Para esto me ha propuesto venir a cenar? ¿Para ignorarme? No sé qué hacer, doy pequeños sorbos al vino de cuando en cuando. Toda esta situación es de lo más surrealista, los silencios entre nosotros se hacen eternos.

En el coche ha sido igual, absoluto silencio llenado con la música y el ruido del motor. Me he pasado todo el trayecto mirando por la ventanilla, ahora no tengo ventanilla. No quiero mirar a mi alrededor y que alguien se moleste porque una desconocida está observándolo. Tampoco quiero coger el móvil y hacer como él, porque entonces, cuando lo deje, no verá que me ha tenido aquí esperando mientras me ignora. No es hasta que el camarero trae la comida que levanta la vista del móvil; para entonces, mi copa está casi vacía.

—Dame tu número. —Se lo doy, cinco segundos más tarde me manda un wasap—. Guarda el mío.

Dos órdenes en menos de un minuto; no vamos bien, así no. Me debato entre guardar el número con el nombre Ricachón Arrogante o Imbécil Integral. Imbécil Arrogante es la combinación ganadora.

—Y porque no querías —dice rellenando mi copa.

—Yo no he dicho que no quiera.

Me mira con la ceja levantada, pongo los ojos en blanco y doy otro sorbo antes de empezar a comer.

—He reservado aquí por el vino, tienen una gran variedad. La comida no está mal.

No sé cómo estará lo que ha pedido él, pero mi hamburguesa no está tan buena. Con respecto al vino, podría beberme toda la botella sola, cosa que no voy a hacer por una razón, grande y molesta, que tengo sentada frente a mí.

—Las he probado mejores y más baratas.

—Pide otra cosa si no te gusta.

—También las he probado peores —digo antes de dar otro mordisco.

El ambiente se relaja entre nosotros, no sé si es por la comida o porque el vino está empezando a hacerme efecto.

Durante el resto de la cena no hablamos mucho más, es complicado hablar con la boca llena.

—¿Qué te hizo convertirte en celestina?

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

Le hago un resumen, con pocos detalles, se sorprende al descubrir que estudié Psicología.

—No te pega ser psicóloga.

—¿Por qué no?

—¿No deberías estar arreglando los problemas de la gente, y no creándoselos? —dice burlándose.

—Lo intenté durante unos años, pero no funcionó. —No le entro al trapo, no pienso explicarle que lo que yo hago no es crear problemas a la gente, lo que hago es darle la posibilidad de encontrar una persona con la que compartir su vida, una persona para vivir aventuras, formar una familia o, simplemente, pasar el tiempo disfrutando el uno del otro.

—¿Por qué?

—La carta de postres —interrumpe el camarero ofreciéndonos la carta.

Anderson la rechaza, está lleno, y yo, después de estar toda la cena esperando para comerme un rico postre y quitarme el mal gusto que me ha dejado la hamburguesa, digo que no. ¿Por qué? Pues porque soy medio tonta y me da vergüenza. No me daría vergüenza si fuera Brooke quien estuviera conmigo, o Audrey, o mi hermano o cualquier persona que no sea un completo desconocido con el que tengo que fingir tener una relación. Con mi negativa, Anderson pide la cuenta.

—Aún es pronto. ¿Quieres ir a tomar algo?

—No, estoy cansada. —No miento, pero tampoco me apetece ir a tomar nada con él.

El camarero trae la cuenta y el datáfono. Anderson saca la tarjeta y la acerca al datáfono sin ni siquiera mirar la cuenta. Eso sí que es tener poderío. ¿Hará lo mismo en otros lugares? Me imagino a los camareros que ya lo conozcan añadiendo un montón de propina, y él sin ni siquiera enterarse. Mirando el lado bueno, hace a mucha gente feliz.

Salimos del restaurante y siento el frío. Hace mucho más frío que hace un rato, cuando entramos. Por suerte, el aparcacoches aparece con su coche en pocos minutos. Nota mental para la próxima vez: no te dejes el abrigo en el coche aunque te bajes en la misma puerta del local.

Le doy la dirección de mi casa, la pone en el GPS y la guarda en favoritos. En el camino hablamos de todo un poco, las dos copas de vino me han soltado la lengua. Descubro que le gusta el *blues*, algunas noches va a locales con artistas independientes. Yo le cuento que me encanta The Weeknd, que estoy deseando que sea su próximo concierto aquí para ir. Me cuenta que es alérgico a los cacahuetes y las fresas, y yo le cuento que odio el pastel de carne, el plátano y que no puedo comer cangrejo. No le cuento que es porque de pequeña vi *La sirenita* tantas veces que ahora no puedo ver un cangrejo y no acordarme de Sebastián. Y, cuando parecía que estábamos congeniando un poco, llegamos a la puerta de mi edificio y todo se tuerce.



CAPÍTULO 7

ROBERT

Ivy no ha resultado ser el incordio de chica que pensé que sería. Su compañía es agradable cuando se suelta un poco.

Quedan unos kilómetros para llegar a la dirección que me ha dado. Cuando he visto el distrito, ha saltado mi alarma, este no es un barrio apropiado para que viva una mujer sola, pero, estando aquí, puedo comprobar que es mucho peor de lo que pensaba. Hay pandilleros en todas las esquinas. No he visto ni un solo edificio sin grafitis, las calles se ven sucias.

Llegamos a la dirección que me ha dado.

—¿Vives aquí? —pregunto después de observar el edificio frente al que nos hemos parado.

—Sí —responde resuelta mientras se termina de abotonar su abrigo.

—No puedes estar hablando en serio. Si no quieres que sepa dónde vives, vale, pero no me mientas. —Realmente me cuesta creer que viva aquí. ¿Acaso no puede permitirse un lugar mejor siendo la dueña de una agencia de citas?

—No te estoy mintiendo, vivo aquí, en el 4.º C —dice orgullosa. ¿Se ha parado a observar el edificio? Da la impresión de que va a caerse en cualquier momento.

—El 4.º, ¿tiene ascensor?

—Sí, pero siempre está roto —responde risueña.

El edificio es uno de los más viejos que he visto, puedo ver las grietas desde aquí. Estoy seguro de que, si el ayuntamiento viniera a pasar la inspección, lo cerraría de inmediato. ¿Cómo puede vivir en un lugar así?

—Ivy, dime que no vives aquí.

—¿A ti qué te pasa? Ya te he dicho que vivo aquí. ¿Qué pasa? ¿No quieres venir a este barrio? Pues no vengas, yo no te he pedido que me trajeras. Soy muy capaz de venir yo solita.

Se baja del coche enfadadísima sin darme opción a contestar. Me bajo, dejando el coche en doble fila con las luces de emergencia y la sigo. Me ha malinterpretado.

La cena de esta noche era para conocernos, intentar llevarnos bien. Vamos a pasar bastante tiempo juntos en estos meses, prefiero que seamos amigos.

—Ivy, espera.

Entro en el portal tras ella, que no se para. El interior es aún peor, huele fatal, no sé identificar a qué. Como me ha dicho, el ascensor está roto, tiene un gran cartel que pone «averiado». Subo las

escaleras y el olor es cada vez más intenso. No hay barandilla para agarrarse, y hay varios escalones rotos, las paredes no se pintan desde el 93, por lo menos.

Llego al cuarto piso, Ivy está abriendo la puerta. Es una puerta de mierda, no esperaba una blindada, pero, al menos, con un poco más de seguridad. Estas puertas se abren con un carnet o de una patada.

—¿Qué haces aquí? No te he invitado a subir.

—¿No me invitas a entrar?

No tengo el más mínimo interés en entrar, o que piense que lo digo con segundas intenciones. Le dije a Kat que debía haber puesto en el contrato una cláusula de nada de sexo, pero no lo creyó conveniente.

Entra y deja la puerta entreabierta, esto es lo más parecido a una invitación que voy a recibir. Entro y cierro. Aquí no hay ese olor tan desagradable, huele bien, a vainilla y canela. El piso no se ve muy grande, los muebles son antiguos, pero está todo limpio.

Ivy cruza por una puerta al final del salón, espero a que salga. Lo hace unos minutos después, descalza y con un pijama de Snoopy.

—¿Aún sigues aquí? —dice con descaro al verme de pie en su salón.

—¿A dónde voy a ir?

—A cualquier lugar. ¿Por qué has subido? —Está más relajada.

—No deberías vivir aquí, no es buen barrio y menos para una mujer que vive sola. Y este edificio se cae a pedazos, es muy peligroso.

Empieza a reír.

Me enfado. No he dicho nada divertido, no se toma en serio su propia seguridad.

—No tienes que fingir conmigo. El papel de novio protector no te pega nada —dice mientras se contonea hasta la cocina, separada del salón por una mesa alta con un par de taburetes.

Ese pantalón le queda tan pegado que puedo ver con exactitud su figura.

—¿Vas a comer helado? —pregunto como un estúpido al verla sacar un bote del congelador.

Se me queda mirando un rato antes de hundir la cuchara, llenarla de helado de chocolate y metérsela entera en la boca sin dejar de mirarme. Relame la cuchara; ¡joder con la señorita Walker!, si fuera otra persona, pensaría que quiere provocarme.

—Sí. —Vuelve a meterse una cucharada de helado, se relame los labios.

Me cuesta seguir el hilo de la conversación unos segundos.

—Acabamos de cenar. —Debe de pensar que soy estúpido exponiendo evidencias.

—Sí —dice metiéndose otra cucharada de helado—. ¿Quieres?

Quizá si pudiera lamerlo de su...

—No, gracias.

—Más para mí —dice con una sonrisa traviesa.

—¿Te has quedado con hambre?

Se queda con la cuchara a medio camino entre la tarrina y su boca húmeda y jugosa. Me reprendo de nuevo por el rumbo de mis pensamientos.

—Me apetece algo dulce. —No necesito conocerla mucho para saber que miente.

Se me da bien detectar las mentiras, desde pequeño, cuando mis padres discutían y mamá me decía que era porque papá había roto algo. Siempre usaba la misma excusa, supongo que porque era el principal motivo por el que me regañaba a mí. Pero yo sabía la verdad, era porque papá nunca estaba en casa.

—No me mientas —exijo con firmeza.

—No estoy mintiendo.

Le dedico una de mis miradas, la misma que uso en los negocios con los socios que tratan de mentirme.

—Vale. Me he quedado con ganas de algo dulce. ¿Satisfecho?

—No. ¿Por qué no has pedido postre?

—No me gusta comer sola.

—Ahora lo estás haciendo. —Vuelvo a expresar una evidencia y me siento aún más estúpido.

—Estoy en mi casa, no en un restaurante.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez. —Vuelvo a recorrer el piso con la mirada, es acogedor—. No puedes seguir viviendo aquí.

—¿No puedo? —dice desafiante levantando la barbilla mientras se mete otra cucharada de helado en la boca. Sus labios deben de sentirse fríos.

—No.

—Esta es mi casa, me importa un rábano si te gusta o no.

—¿En serio crees que la gente va a creerse que dejo que mi novia viva en estas condiciones?

El piso en sí no está mal, es incluso bonito, se nota que se ha esforzado. Es el edificio, el barrio los que me preocupan. Los medios se cebarán conmigo si sale a la luz dónde vive. Ya puedo ver los titulares: «Multimillonario deja que su novia viva en uno de los peores barrios de Nueva York mientras él sigue ampliando su gran fortuna».

—Me da igual lo que piense la gente —dice enfadada.

No sé cómo me he ido acercando a ella, apenas nos separa un palmo. Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo he ido inclinando la cabeza para mantener el contacto visual.

Ivy es muy bajita, incluso sentada en la silla alta su cabeza queda a la altura de mi pecho. Puedo ver algunas pecas en sus mejillas y las pequeñas arrugas que se forman en su frente por tener el ceño fruncido. Está muy mona cuando se enfada.

—Deberías irte.

Puede que sea lo mejor.

Me subo al coche, y activo el seguro antirrobo. Antes de poner el motor en marcha mando un mensaje por el grupo, aún es pronto.

Jack

Aún me quedan unas horas para aterrizar.

Eric

Yo estoy ocupado.

Ocupado no es un adjetivo asociado con Eric. Su padre dividió sus acciones en tres hace unos años: una parte para él, otra para Eric y otra para su hermana. No es que trabajara mucho antes de eso; ha pasado de vivir de sus padres a vivir de los beneficios.

Jack

¿Ocupado?

Lewis

Yo he salido a tomar una copa con Tony.

Robert

Vaya plan para un viernes a la noche.

Eric

¿Te parece mal plan estar en la cama con un bombón?

Jack

¿No quedas con Dafne los viernes?

Dafne no se ha tomado nada bien que cancelara nuestra cita del viernes, aunque no ha sido nada comparado con el berrinche que se ha pillado cuando le he dicho que no nos veríamos más. Es una de las condiciones de Ivy, no estar con otras personas.

Lewis

Vente. Sabes que no me gusta salir solo con Tony.

Lewis me salva de contestar y me da la excusa perfecta para cambiar el tema de conversaciones y centrar la atención en él. No les he hablado a mis amigos de Ivy ni de nuestro trato. Cuando llegue el momento, se enterarán como todo el mundo de que Robert Anderson se ha enamorado de la mujer que debía buscarle novia.

Robert

Pues no hubieras salido con él.

Jack

¿Y para qué vas? Siempre te acaba liando.

Lewis

¡Bah! No estoy para sermones.

Me despido, cierro el chat y me voy a casa directo. El camino se me hace bastante corto, no hay mucho tráfico a estas horas. Por un momento, me planteo ir a tomarme algo con Lewis y Tony, pero lo descarto. Tony no me cae demasiado bien, intentará liarnos. Lewis se verá presionado; estando yo, le dirá que sí, y él me presionara a mí para que no lo deje solo, y mañana habré protagonizado otro escándalo.

Se me hace extraño estar en casa un viernes tan temprano. Tendré que acostumbrarme a pasar las noches del fin de semana solo en casa, al menos, hasta que toda esta pantomima termine.

Me doy una ducha; me relaja y me ayuda a coger el sueño. Es mi pequeño ritual de cada noche; diez minutos bajo la ducha con el efecto lluvia, no hay nada mejor para desagarrar los músculos de la tensión del día.

—Con que una mujer —murmura el abuelo mientras sorbe su descafeinado matutino. Siempre se queja; «No sabe igual», «No es lo mismo», e insiste en que le preparen un café decente. Nunca lo consigue. Fue una de las primeras cosas que el médico le retiró, hace ya dos años, y sigue insistiendo cada día. Perseverante como él solo; quien nos conoce a ambos dice que es un rasgo que he heredado de él.

—Quiero conocerla. —Le he hablado de Ivy, la versión que contaré a todo el mundo, la versión

que Kat ha inventado. No es que no confíe en mi abuelo, pero nunca se sabe quién puede filtrar información, y por aquí pasan muchas personas a diario; el servicio, las enfermeras, el médico, etc.

—¿Para qué? —digo untando la mermelada en mi tostada.

Hacía años que no desayunaba en esta casa, la casa de mi infancia. Es la misma mesa del mismo salón en la que cenamos los viernes, pero la cena se siente como algo más formal, mientras que el desayuno es más familiar. Quizá sea la ausencia de mi padre lo que hace este desayuno más relajado.

Esta mañana me he despertado temprano, me ha parecido buena idea pasar la mañana con el abuelo, ya que anoche me salté la cena familiar para estar con Ivy. En retrospectiva, no fue mal, tampoco bien.

—Quiero conocerla. Debe ser especial, tú nunca me has hablado de ninguna mujer. —Traer a Ivy aquí no es buena idea, mi abuelo puede ser igual de encantador que aterrador. La situación con Ivy no es la mejor, solo ha aceptado por necesidad y nuestros caracteres no son muy compatibles; añadir más problemas no nos ayudará a parecer una pareja feliz ante el mundo. Anoche creía que había ido bien, hasta que descubrí que no comió postre por vergüenza y que vive en uno de los peores barrios de Nueva York.

—Abuelo, aún es pronto, no quiero asustarla —digo con una convicción que no tengo, esperando que eso lo disuada de conocerla. Mi abuelo es tan tozudo como yo, cuando algo se nos mete en la cabeza no paramos hasta conseguirlo.

—Está bien, te daré un par de semanas, pero ni un día más —resoplo derrotado, aunque al menos he conseguido dos semanas.

Me hace contarle cómo ha ido la semana y me obliga a leerle el periódico. Mi padre se ha ido aprovechando que he venido, así que soy yo quien debe hacer sus funciones, como leerle el periódico o mediar entre el abuelo y la enfermera. Los sábados no pasa el médico, y menos mal, no quiero volver a pasar por lo mismo que con la enfermera. Hay dos tipos de enfermos, los que necesitan mimos y cuidados y los que rehúyen de ellos; evidentemente, mi abuelo pertenece al segundo grupo. Parece que no se cansa de tener todos los días la misma discusión con la enfermera para terminar de tomarse la medicación.

Son casi las doce cuando recibo un mensaje de mi padre, ha pinchado una rueda y no va a llegar para el almuerzo.

—Me temo que mi padre no va a llegar para el almuerzo, deberás conformarte conmigo.

—Pediremos una *pizza*.

—Abuelo, tú no debes comer *pi*...

—No te atrevas a decirme qué puedo o no comer. Sé un buen chico y pídemelo un buen vino.

Sé que me voy a arrepentir de esto, pero está enfermo, puede que le quede poco tiempo y no creo que una *pizza* le haga empeorar. Al menos que se dé un gusto.

Pido un par de *pizzas*, y nos las comemos en silencio. Su mirada está vidriosa, pero no como cuando alguien va a llorar, sino como los ojos de un niño abriendo los regalos de Papá Noel. ¿Cuánto tiempo hace que no se salta su estricta dieta? Quizá me pase más a menudo, me gusta verlo así.

—Está claro que esa chica te hace bien, el Robert de antes de... No me has dicho su nombre —comenta con la boca llena y un brillo de diversión en los ojos.

—Ivy.

—Bonito nombre, justo hace un par de noches vi una película donde la protagonista se llamaba

Ivy.

—Sí, es un nombre bonito. —Aunque hasta ahora no me había parado a pensar en ello. ¿Qué significará? De pequeño tuve una época en la que me gustaba saber el significado de los nombres. Fue por algo que vi en la tele, ahora no recuerdo qué, pero sí que pasé días buscando los significados de los nombres de toda la familia, mis amigos, incluso de sus familiares.

—¿Se lo has dicho?

—¿El qué? —He perdido el rumbo de la conversación.

—Que te gusta su nombre. Los hombres, a veces..., qué digo a veces, siempre somos tan imbéciles que nos da miedo reconocer nuestros sentimientos. Yo no le dije a tu abuela que la quería hasta poco antes de casarnos. Ella lo sabía, por supuesto, era una mujer perspicaz, de lo más inteligente, pero yo era demasiado estúpido para decirlo en voz alta. O quizá no quería reconocer que estaba tan enamorado como DiCaprio en *Titanic*.

—DiCaprio no estaba enamorado.

—Murió por ella.

—Es una película, si fuera verdad, él mismo la hubiera ahogado.

Una sonora carcajada recorre la sala. Mi abuelo no deja de reírse, sus ojos apenas son dos ranuras. Lo veo limpiarse las lágrimas; hacía tiempo que no veía así al abuelo, se le ve tan contento..., la *pizza* ha obrado un milagro.

—Yo siempre he pensado igual. ¡Qué estúpido! Además, ambos cabían en la tabla, por no hablar de los trozos de madera que había esparcidos por todo el océano.

—No me puedo creer que estés hablando otra vez de eso.

Me sorprende la voz de mi padre desde la puerta.

—Esta vez no he sido yo quien ha sacado el tema.

En realidad, sí que ha sido él, pero no lo digo, ¿para qué? Él lo negará hasta el final y aquí todos sabemos la verdad sin tener que decirla. Mi abuelo no es fan de Cameron, y lo deja claro cada vez que tiene oportunidad.

Después de unos minutos me despido y pongo rumbo al club, donde Jack me espera.

—¿Una mala noche? —pregunto al sentarme frente a él en nuestra habitual mesa. Tiene unas ojeras bastante feas.

El local está lleno de gente tomando unas copas después del almuerzo. Hago un gesto al barman para que me sirva. Somos asiduos del local, nos conocen a todos y saben qué tomamos cada uno.

—Apenas he dormido. He llegado a mi casa a la hora de levantarme y los vecinos estaban de mudanza. Ya puedes imaginarte.

—No hace falta que imagine mucho, las dos manchas negras de tus ojos lo desvelan todo.

—Qué cabrón. Y tú, ¿qué hiciste ayer? ¿A qué se debe el cambio en tu rutina?

—Tuve una cita.

Escupe el contenido de su boca y se mancha los pantalones. No sé por qué se sorprende tanto, no es la primera vez que tengo una cita; en realidad, las tengo con bastante frecuencia.

—¿Es la cita cita?

—No sé a qué te refieres —le respondo tras una leve pausa en la que el camarero me trae la copa.

—La cita de la agencia esa en la que te has inscrito. —Jack, a diferencia de Eric, sí que leyó el artículo de la revista *Maxim*.

Ninguno creyó que estuviera buscando el amor, y no es de extrañar, me conocen, saben que no

tengo ningún interés en tener una relación romántica.

—No. En realidad, quedé con la dueña de la agencia. —Me recuesto un poco en mi asiento. Estos sillones son muy cómodos.

—Vas a tirarte a la tía a la que estás pagando por buscarte novia. —Ni siquiera es una pregunta. Ya está dando por hecho que me voy a acostar con ella. Nunca me han molestado este tipo de comentarios, ¿por qué me molesta ahora?

—No voy a tirármela. —Aunque anoche, cuando llegué a casa, me costó sacarla de mi cabeza. La veía lamiendo el helado de la cuchara, relamerse los labios. Terminé fantaseando con llevármela a la cama, pero no va a pasar más.

—Ajá. —Intenta burlarse con una sonrisa torcida, mientras mueve el hielo de su copa con un dedo. Ahora me preguntará qué dedo se chupa y, a continuación, se lamerá el alcohol del dedo que tiene dentro de la copa. Lo he visto hacerlo mil veces, casi siempre a mujeres que quiere llevarse a la cama.

Me remuevo en mi asiento, un tanto incómodo.

—Es bonita, pero no es el tipo de mujer que me llevo a la cama. —Elijo mis palabras con sumo cuidado. No puedo mostrar interés por ella tan pronto, pero tampoco puedo mostrarme totalmente ajeno a sus encantos.

—Ya veo —dice pensativo sacudiendo su dedo en la copa—. ¿Qué hay de tus chicas?

—¿Qué chicas?

Jack se limpia las manos con una servilleta, agradezco que no haga su truco del dedo.

—Tus amantes. No te hagas el tonto. Sé que te ves con Dafne desde hace años, y con Tina. ¿Cómo se llamaba la otra?

—Claudia. Y no tengo nada con ellas. Es solo sexo esporádico. No tengo que darles ninguna explicación. De todas formas, ya se habrán enterado por la revista *Maxim* de que estoy buscando novia.

—¿Y ninguna de ellas es candidata?

Por supuesto que no. No estaría con ninguna de ellas ni loco. Dafne finge ser un osito de peluche, pero es fría como el hielo, calculadora e interesada. Ha intentado manipularme más veces de las que recuerdo, ninguna lo ha conseguido y, aun así, sigue intentándolo. Ella es con la que más tiempo llevo y a la que más veo. Le gusta decir que es mi favorita, yo no la corrijo. Sabe bien lo que me gusta. Claudia es un once, físicamente es un monumento, pero la verdad es que no es demasiado lista, y me suelo aburrir bastante con ella. Que nuestra relación se base únicamente en el sexo no quiere decir que no me guste tener una conversación o salir a cenar con ella de vez en cuando. Y Tina es dulce y cariñosa, demasiado empalagosa. Con una noche con ella tengo suficiente cariño para todo el mes. Es a la que menos veía.

—Porque parece que me estás preguntando.

—Porque es una pregunta. —Hay un destello de interés en su mirada. Seguro que solo quiere material para las próximas mofas; no se lo voy a dar.

Hablamos sobre su trabajo, está preocupado por la fusión. Su empresa se va a fusionar con una en Los Ángeles, ese es su gran proyecto desde hace meses. Lleva todo el año con viajes de aquí para allá.

Aparcamos el tema cuando llega Lewis con Tony. Jack confía tan poco en Tony como yo. A ninguno se nos ocurriría jamás hablar de algo importante delante de él. La imagen de multimillonario crápula que se empeñan los medios en mostrar de mí y Lewis, ese es Tony, pero él, a pesar de ser el protagonista de los escándalos, nunca aparece en las revistas, ni siquiera le

mencionan. Su familia es poderosa, y su padre es temido en todo el país, así que las revistas lo ignoran y se ceban con los demás.



CAPÍTULO 8

IVY

Ha pasado una semana desde que salieron las fotos de Robert y yo juntos. Otras revistas han estado haciendo especulaciones, pero hasta ahora no hemos confirmado nada. La mayoría dan por hecho que Robert me ha pedido ayuda para encontrar el amor, solo que lo encontrará en mí, la persona que debe buscar su media naranja. He de confesar que cada vez me gusta menos la idea, creo que todo es demasiado enrevesado, que alguien se enterará y quedaremos como unos mentirosos. Yo perderé mi credibilidad como persona y mi empresa sufrirá muchísimo, perderé todo por lo que he luchado estos años.

Me llega un mensaje de Audrey por el chat de la empresa; me parece extraño porque tiene a dos nuevos clientes sentados frente a ella y porque no lo usamos nunca, nuestras mesas están a apenas unos metros de distancia.

Audrey

Tengo dos clientes que quieren el mismo pack que Anderson. Les he dicho que es la jefa personalmente la que está llevando a ese cliente y me han pedido hablar contigo. Dicen que están dispuestos a pagar la misma tarifa.

Ivy

Está bien, hablaré con ellos.

Tras unas breves presentaciones, Jackson y Patrick Fisher, hermanos y socios de la agencia inmobiliaria más prestigiosa de la ciudad, se sientan frente a mí. Ambos son altos, con facciones muy parecidas: mentón marcado, ojos oscuros, labios finos. Jackson tiene el pelo castaño con un aspecto muy cuidado, repeinado, sin barba, y viste un elegante traje que seguramente esté hecho a medida, mientras que Patrick es pelirrojo, luce barba de unos días, y un tatuaje asoma por la manga de su camiseta negra. Lleva varios collares y pulseras. Tiene un poco el estilo de Johnny Depp, pero más macarra. Me cuesta creer que ese hombre venda y alquile pisos en el Upper East Side, con lo clasistas que son allí.

Les explico con detenimiento cómo trabajamos en Just a Date y que el señor Anderson es solo un cliente más, con una agenda muy apretada, y por eso soy yo quien se desplaza para las entrevistas.

—Nosotros también tenemos unas agendas muy apretadas y no podemos desplazarnos hasta aquí continuamente. Pagaremos un extra si es usted quien se desplaza a nuestras oficinas. Si se organiza bien, podrá entrevistarnos a los dos allí y se ahorrará un viaje, dos por uno.

No me gusta esto, yo no trabajo así. Y no sé qué opinará Anderson, su caso debía ser especial, único, así nos enamoramos con las entrevistas y citas. Si hay otros a los que les doy el mismo trato, quizá todo se enturbie.

Por otro lado, son dos clientes, hombres, una minoría entre mis inscripciones, que en su mayoría son mujeres, y están dispuestos a pagar más para que yo me desplace a entrevistarlos.

Lo cierto es que no puedo negarme, no cuando piden lo mismo que le he ofrecido a otro cliente.

—De acuerdo, pero, ya que están aquí, rellenen los cuestionarios.

Les doy un cuestionario a cada uno, hacen una mueca de desagrado.

—¿Pasa algo?

—¿Papel? Es un poco arcaico, ¿no cree? —Veo cómo Patrick le da un rodillazo a su hermano. Su comentario no ha sido agradable, pero es cierto que es arcaico.

Ya son muchas las empresas que no usan papel y lo hacen todo digital. Me gustaría disponer de varios iPad que ofrecer a los clientes para que rellenen los cuestionarios, pero son caros, muy caros, y ahora mismo mi prioridad es la web, así que de momento lo seguiremos haciendo a la vieja usanza: entrevista, en la que el cliente responde y Audrey o yo rellenamos directamente en el PC o papel. En este caso, les he dado papel porque son dos.

—Sí, lo es. Somos un negocio relativamente nuevo. Aún no disponemos del equipo que nos gustaría tener, pero nos apañamos y el resultado es el mismo.

—No tienes por qué darnos explicaciones. Es tu negocio, puedes hacer las cosas como quieras. No le hagas caso a mi hermano, es un friki de la tecnología, ya no se acuerda de cómo escribir a mano.

Audrey, que ha estado con la oreja puesta, se ríe tan fuerte que Jackson se gira malhumorado para mirarla. Audrey no se amedrenta y le muestra una de sus mejores sonrisas.

Ambos rellenan el formulario inicial y se llevan otros dos para rellenar en casa. Quedamos en que en un par de días pasaré por su oficina a recogerlos y hacerles una pequeña entrevista inicial a solas. Normalmente, todo eso se hace en la inscripción, pero ambos decían estar muy ocupados y no tener tiempo y tampoco me parecía correcto hacerles la entrevista estando el otro delante, aunque sean hermanos.

—Vaya, estos millonetis no saben en qué gastar el dinero —dice Audrey una vez que se han ido.

—Pues ya me lo podían dar a mí. Con la falta que me hace renovar mi zapatero. —Brooke siempre pensando en zapatos, lo suyo es una obsesión.

—No entiendo muy bien por qué han venido. No los he visto muy interesados y solo ponían pegafantas para todo. Casi se dejan aquí los cuestionarios.

—¿Crees que los van a rellenar? Te digo yo que no. A mí me ha dado la impresión de que lo que querían era hablar contigo.

—Pues eran muy monos los dos.

—Así que monos, ¿eh? ¿Algo que debamos saber? ¿Quizá debamos incluirte en el listado de solteras disponibles? —digo con la esperanza de que lo suyo con Jake se haya quedado en el olvido, lo haya mandado a paseo y no sepamos nada más de él nunca más.

—¿Qué? Por supuesto que no, pero tengo ojos en la cara.

—Pues como todo el mundo, ¿dónde vas a tener los ojos si no? —Audrey ya está rebotada,

seguro que, como yo, se había hecho ilusiones con lo de Jake.

Ambas se enzarzan en una discusión sobre apariencias y primeras impresiones; prefiero no opinar, diga lo que diga una u otra, se va a molestar, así que mejor me abstengo.

A medio día recibo un escueto mensaje de Anderson.

Robert

Esta noche salimos.

Te recojo a las 7 en tu casa.

¿Cómo se le ocurre avisarme con tan poca antelación? Salgo a las cinco de la oficina, tardo cuarenta minutos en llegar a mi casa. Tengo que ducharme, lavarme el pelo, peinarme y maquillarme, todo eso sin olvidarme de elegir algo apropiado para ponerme. Mi ropa es prácticamente de trabajo y sudaderas versión estar en casa, y un par de vestidos para salir de fiesta. Encontrar algo apropiado no es tarea fácil. Y, para colmo, si no recuerdo mal, no me queda champú. Nota mental: pasar por el super. Una cosa más que añadir a lista.

Ivy

¿No podrías avisarme antes?

No sé si me dará tiempo.

¿Dónde vamos?

Me quedo mirando la pantalla, esperando que conteste.

—Este tío es imbécil.

—¿Quién? ¿El tío Gilito?

Pongo los ojos en blanco, ya estaba tardando en bautizarlo. Cada vez que lo vea, me acordaré del tío Gilito. Lo que me faltaba para mejorar el ambiente.

—Quiere quedar hoy, y me lo dice ahora. Además, le pregunto que dónde vamos, me lee y no contesta. Me ha dejado en leído.

—Vaya un imbécil.

—No me apetece nada —digo con los ánimos por los suelos.

—Te vendrá bien salir, últimamente estás muy ermitaña —dice Brooke.

—Preferiría salir con vosotras, y si no salgo más es porque salir conlleva gastar, y ahora mismo no estoy para malgastar mucho.

Audrey me propone ir al cine este finde con ella y su padre. El señor Allen es un cinéfilo, y cada mes van a ver una peli juntos, una tradición que llevan haciendo desde que Audrey era adolescente. Antes iban en familia, pero desde que su madre murió solo van ellos dos. Me han invitado alguna vez, pero nunca he ido, me sabe mal invadir ese espacio familiar.

Declino la oferta lo mejor que puedo y volvemos al trabajo.

Robert

Es una sorpresa.

Es un cabrón.

Un imbécil.

¿En serio esa es su respuesta? Una hora para decirme eso. Siento la ira bullir por mis venas. Se cree que puede darme órdenes y que yo obedeceré como su fiel sierva.

Ivy

Lo lamento, pero acabo de acordarme; esta noche tengo un compromiso previo.

La próxima vez, procura avisarme antes para hacerte un hueco en mi apretada agenda.

Esta vez, su respuesta es casi instantánea.

Robert

Sea lo que sea que tengas, cancelalo.

Te recojo a las 7.

Tú y yo tenemos un contrato, señorita Walker.

Ivy

Lo lamento, pero no puedo cancelarlo.
Pero mañana estoy libre.

Robert

Ya sabes, cámbialo para mañana.

¿No será una cita?

Ivy

El contrato no establece que yo deba informarte de mis planes en mi tiempo libre.

Robert

No te estoy pidiendo que me informes.

Has sido tú misma quien solicitó que no nos viéramos con otras personas.

¿Se te ha olvidado, señorita Walker?

Con cada mensaje mi enfado va en aumento.

No me apetecía salir esta noche, y menos aún toda la carrera para estar presentable a las siete. Aun así, no puedo dejarlo tirado. El dichoso contrato..., solo hace unos días que lo he firmado y ya me estoy arrepintiendo.

Ivy

Al menos, me dirás dónde vamos.
Necesito saberlo para vestirme de un modo u otro.

Robert

Ponte lo que quieras.

—Este tío es gilipollas —exploto. Audrey y Brooke no tardan en sentarse frente a mi mesa. No hace falta que pregunten, en cuanto se sientan, las pongo al día o, más bien, les leo todos los mensajes.

—Si hubiera un evento relevante, te habría avisado para que estuvieras perfecta. Yo creo que

iréis a cenar algún sitio, y ya está —dice Brooke.

Tiene razón, si fuera algo importante, me lo hubiera dicho antes.

Suspiro de frustración.

—Aunque me diga dónde vamos, no encontraré nada en mi armario.

—Tú nunca te has preocupado por la ropa —dice Brooke moviendo de un lado a otro un cuenco de cristal que tengo en mi mesa.

—Vas a estar guapa con lo que te pongas, pero si tanto te preocupa, ¿por qué no te vas ya? Así tendrás más tiempo para arreglarte.

Audrey pone la mano sobre el cuenco, impidiéndole a Brooke que siga moviéndolo.

—Vete tranquila, nosotras nos apañamos solas.

Me cuesta un poco, pero al final accedo. No es que no confíe en ellas ni nada parecido, pero nunca he sido de las que delegan, soy de las que piensan que tardas menos haciendo tú misma que pidiéndole a otro que lo haga por ti.

Me marcho antes de las cuatro, con toda la positividad del mundo. Tengo tiempo de sobra para arreglarme con tranquilidad.

El trayecto en metro es más ligero que otras veces, no hay mucha gente y he pillado un asiento; no siempre tengo suerte de viajar sentada. Aprovecho para avanzar un poco en la última novela que estoy leyendo; estoy bastante intrigada, pero no estoy teniendo demasiado tiempo para leer. Últimamente, me cuesta gestionar mi tiempo entre lectura y series. El mes pasado descubrí una saga de seis libros, me enganché y devoré uno tras otro, por lo que apenas vi la televisión. Otras veces me pasa al contrario, me engancha con alguna serie y dejo un poco de lado la lectura. Abro mi Kindle y me sumerjo en la época victoriana.

Mierda, mierda, mierda, me he pasado la parada.

Cierro el Kindle, lo guardo en mi enorme bolso, que me cuelgo al hombro. Estoy acostumbrada a llevar bolsos grandes y pesados, pero a mi hombro le cuesta un poco amoldarse al peso cuando me levanto.

Me pongo frente a la puerta, como si por estar aquí vaya a llegar antes; aun así, me da la seguridad de que no me volverá a pasar. Me bajo y vuelvo a coger otro metro para regresar, vuelvo a quedarme frente a la puerta hasta llegar a mi destino. Por suerte, solo han sido un par de paradas.

Paso por el súper de mi calle para coger el champú y un par de cosas más. Estoy en el pasillo de los refrigerados cuando escucho gritos y golpes. Me acerco con prudencia hasta donde se escucha el ruido y veo a dos hombres con unas medias de red en la cara; si no fuera porque lleva un arma cada uno, me reiría. Pero mi cuerpo ahora mismo está en un estado de alerta, con el corazón bombeando más rápido de lo que debería, y me empiezan a sudar las manos.

Me escondo tras la estantería, estoy acojonada, no voy a mentir, no me gustan las armas. Intento distraer mi mente pensando en quién de los dos habrá tenido la brillante idea de usar una media de red, no sirve de mucho.

Veo por el espejo antirrobo cómo sucede todo. Uno de ellos apunta al dependiente con el arma apenas a unos centímetros de la cara y lo amenaza. El otro le da una bolsa negra. El dependiente mete el dinero en la bolsa mientras los dos hombres no dejan de amenazarlo. Uno de ellos le da con el arma en la cara. El pobre chico está acojonado, no me extraña, lo estoy yo, y estoy escondida, no puedo ni imaginar cómo sería estar delante de esos dos.

Por suerte, no tardan mucho en desaparecer, solo han sido unos minutos. El problema es que ya tengo los nervios en el estómago y sacarlos no es tan fácil.

Salgo de detrás de la estantería, aún tengo el miedo en el cuerpo, pero el pobre chico de la caja está temblando. Me acerco a él y le pregunto cómo está, una pregunta de lo más estúpida, pero nunca antes he estado en una situación similar y no sé qué hacer o decir.

Otra mujer aparece tras de mí con el móvil en la mano, ya ha llamado a la policía y viene de camino.

Ayudo al chico, que se llama Fred, a sentarse. Está muy pálido. Voy hasta el frigorífico y le cojo un refresco, espero que le ayude a recomponerse.

Está muy preocupado, no lleva mucho tiempo trabajando aquí, y le da miedo que su jefe lo despidiera. Trato de tranquilizarlo, él no ha tenido culpa de nada, su jefe no puede despedirlo. Es demasiado joven, no creo que tenga muchos estudios, puede que no sepa nada sobre sus derechos como trabajador y yo no tengo ningún problema en contárselos. Hablar de todo esto me ayuda a templar mis propios nervios, desviar la atención de mi mente siempre me ayuda, es un truco que aprendí hace años.

Me quedo con él hasta que llega la policía y el alivio que siento al verlos llegar se esfuma en cuanto me dicen que debo quedarme para dar declaración de lo que he visto.

Entre pregunta y pregunta, se me hacen casi las seis. Si lo llego a saber, hubiera dicho que estaba al fondo y no he visto nada; esto me pasa por pringada.

Llego a casa y me ducho todo lo rápido que puedo. No tardo demasiado; para colmo del colmo, al final no he comprado el champú. Moño al canto, y arreglado. Mirándolo por el lado positivo, me ahorro veinte minutos de lavar, secar y peinar. Me pinto un poco, y solo me queda la ropa. Son las seis y veinte, voy bien, más o menos. Abro el armario y empiezo a pasar prendas, una tras otra; no estoy segura de nada. Después de dar dos vueltas al armario sin saber qué ponerme, decido ir probando.

Pantalón negro y blusa blanca: no, parezco una camarera.

Falda fucsia y camisa negra: no, no me gusta cómo combinan los colores. Cambio la falda por el pantalón anterior, parece que voy a un entierro. Descarto ambas prendas.

Un vestido de punto gris: esto sería perfecto si no tuviera una mancha de vino en todo el escote. Este directamente va al suelo. Ya lo tiraré mañana.

Continúo probándome hasta que todo mi armario acaba esparcido por la habitación; hay prendas sobre la cama, sobre la puerta del armario y en el suelo. Me he probado más de veinte combinaciones diferentes, y nada me gusta.

Termino escogiendo una falda negra de tubo y una blusa roja a juego con unos tacones rojos; sé que voy a arrepentirme de ponerme esto. Brooke me convenció hace unos años de que me comprara este par de Jimmy Choo rojos, «un básico para toda neoyorquina con estilo». Aún resuenan sus palabras en mi cabeza, lo que no me contó es que son incómodos de la ostia y que me iban a hacer ampollas cada vez que los usara.

Me miro en el espejo de cuerpo entero que tengo pegado a la puerta del armario: parezco una secretaria zorrón, solo me faltan unas gafas falsas. Pero quedan apenas unos minutos para las siete, y sé que no voy a estar bien, escoja lo que escoja.

Me pinto los labios de rojo; me encanta este labial, te da un efecto aterciopelado que no he encontrado en ningún otro. Por alguna razón, me veo más bonita con los labios pintados, es como si el color aportara algo que le falta a mi cara.

Un mensaje de Anderson diciéndome que está abajo me llega antes de terminar de arreglarme. Me echo colonia, me pongo los primeros pendientes que encuentro, meto todo lo esencial en el bolso de la percha de la entrada, y *voilà*; en menos de cinco minutos, estoy cerrando la puerta de

mi piso.

Varios vecinos miran descarados el coche de Anderson, puedo ver su cara de desagrado mientras me acerco a él.

Subo al coche, ahora es mi cara la que debe mostrar desagrado cuando lo veo con vaqueros y una sudadera gris, y el pelo húmedo.

—Deberías plantearte cambiar de barrio.

—¿A dónde vamos? —pregunto ignorando su sugerencia sobre cambiar de barrio—. ¿No podías haberme avisado para que no me arreglara? Llevo mucho arreglándome para que aparezcas en sudadera y vaqueros. Ni siquiera te has peinado —digo enfadada.

Se ve aún más guapo, y eso que, con los trajes a medida, que le quedan mejor que un guante, está impresionante.

—¿En serio? —dice con un tono que no logro identificar si es de incredulidad o asombro. Le devuelvo la mirada. Estoy cansada, agobiada y lo que menos me apetece es aguantar estas tonterías—. No parece que te hayas esmerado mucho.

Siento la ira bullir por mis venas. He pasado más de media hora probando modelicos para que ahora aparezca en sudadera y me diga que no parece que me haya arreglado.

—Quizá debería subir y arreglarme más. —Echo mano a la puerta, con intención de subir a casa, quitarme todo el potingue que llevo en la cara, ponerme el pijama y dejar a este imbécil aquí plantado, pero la puerta no abre. Ha debido echar el seguro tras entrar yo—. No creo que vayamos acorde vestidos.

—No importa.

—Creo que deberíamos establecer unas normas básicas si quieres que esto funcione —digo con el motor en marcha.

—Ya tuviste tu momento. Se te concedió todo lo que exigiste, ¿recuerdas?

No soporto lo engreído que es. Los ricos creen que pueden hacer lo que quieran cuando quieran y que el resto de los mortales estamos a su disposición. ¡Que tengamos un contrato no le da derecho a tratarme así!

—Cierto. Estoy obligada a acompañarte, pero, si no recuerdo mal, no estoy obligada a sonreír ni a mostrarme cariñosa. Tampoco tengo por qué hablar de lo enamorada que estoy, seguro que los *paparazzi* adorarán las fotos en las que aparezca con cara de ajo.

Robert no dice nada, no aparta la vista de la carretera, y lo agradezco bastante.

El otro día vi un video en el que se probaba lo resistentes que eran varios modelos de coche, y los coches deportivos no tiene mucha resistencia, en realidad, carecen de ella, quedaban totalmente aplastados.

Durante todo el camino me dedico a mirar por la ventana, observando a los transeúntes, ajenos a que son observados. Veo a un hombre mayor hablándole a su perro, una mujer de unos cuarenta y tantos gritando a su teléfono móvil, un hombre arrugando y tirando al suelo una cajetilla de cigarrillo vacía teniendo a menos de cinco metros una papelería, un repartidor de Globo en bicicleta casi atropella a un hombre, dos chicas abrazándose...

Dejo de ver gente cuando entramos en un *parking* de lo que parece un edificio.

—¿Dónde estamos? —El *parking* está lleno de lo que identifico como coches de alta gama.

—En mi edificio.

—¿Qué?

No dejo de mirarlo hasta que él me mira; su mirada apenas se detiene unos segundos antes de volver al frente.

—Ayer un reportero se puso en contacto con el portero de mi edificio, y le ofreció una gran suma si le facilitaba fotos en las que se me viera a mí con alguna mujer entrando o saliendo de mi piso.

—No.

—¿No qué?

—No pienso bajarme del coche. No pienso dejar que fotos mías entrando a la casa de un tío estén circulando por la red.

Termina de aparcar, y entonces se gira y obtengo toda su atención.

—¿Qué esperabas, señorita Walker? ¿Pasear por Central Park agarrados de la manita como dos adolescentes?

—¡No me hables como si fuera una niña! —Cada vez estoy más enfadada.

—Pues no te comportes como una.

—¿Qué te hace pensar que el portero aceptará? Es obvio que, si salen esas fotos a la luz, se sabrá que ha sido él. ¿Arriesgará su trabajo por un poco de dinero?

—Entonces, no tienes nada de lo que preocuparte.

Mierda, eso no me lo esperaba, ha usado mi recurso contra mí, es más listo de lo que imaginaba.

—No pienso arriesgarme. —Me cruzo de brazos y me acomodo en el asiento.

Su mirada me recorre de arriba abajo y siento cómo una corriente me recorre a la vez que su mirada.

—¿Te quedarás aquí toda la noche? —No sé si intenta burlarse o retarme.

—¿Pensabas que pasaría la noche contigo? —digo copiando el tono que ha usado él conmigo.

No se molesta en contestarme, abre la puerta y baja del coche.

No me lo puedo creer, piensa dejarme aquí. No pienso ceder, no me voy a bajar.

Lo veo girar a la derecha, y desaparece de mi vista. En cuestión de minutos, la luz del garaje se apaga.

Abro la *app* de Kindle de mi móvil y continúo leyendo por donde me quedé esta tarde. Los asientos son bastante cómodos para ser de un coche. Me acomodo y vuelvo a la regencia.

Veintitrés minutos es lo que tarda en encenderse la luz de nuevo y en asomarse un Robert con cara de enfado.

—Deja esta tontería, he pedido comida para cenar y está a punto de llegar —dice abriendo la puerta del copiloto.

—Estoy bastante cómoda aquí; sin duda, el coche vale lo que cuesta. Puedes bajar con la comida cuando llegue, tengo un poco de hambre. —Esto no era lo que esperaba para nada. No me apetece quedarme horas en el coche, mucho menos pasar la noche aquí, pero no voy a dejarlo ganar. Si lo dejo pasar, en la próxima salida hará igual.

—Ivy —pronuncia en un tono autoritario; me recuerda al tono que usaba mi padre cuando estaba enfadado.

—Robert —digo arrastrando cada sílaba. Me ha cabreado y no voy a ceder.

—Te estás comportando como una niña.

—Ajá. —Asiento y vuelvo a mi móvil, a la época que tanto me gusta, con esos vestidos y esos hombres tan caballerosos que en nada se parecen al que tengo al lado.

De repente, unos brazos duros me sacan del coche. Robert cierra la puerta de una patada, me carga sobre su hombro como si fuera un saco de cemento y él un albañil. Estoy tan sorprendida que no es hasta que entramos en el ascensor que reacciono.

—Suéltame ahora mismo.

—No.

—Eres un bruto.

Tengo mi cara contra su dura espalda; mis piernas cuelgan por su torso y mi culo está al lado de su cara. Si esto fuera una comedia romántica, de esas en las que la chica se queda en ridículo una y otra vez delante del prota, se me escaparía un pedo, y no un pedo cualquiera, uno de esos que suenan como un trueno y huelen a huevos podridos. Es una suerte que esto no sea una peli, porque no sería capaz de mirarlo después de algo así.

Insisto en que me baje, él se niega. Empiezo a forcejear con prudencia, no quiero que me suelte de golpe y caerme contra el suelo del ascensor. Pataleo un poco y agito las manos palmeando el final de su espalda.

El ascensor se abre. El alivio previo al final de esta tortura se evapora al oír unas voces detrás de mí.

—Buenas noches.

—Subimos —dice Robert.

La pareja que veo a través del hueco entre su espalda y su brazo se abstiene de subir con nosotros; no me extraña. Yo tampoco me subiría de ser ellos.

El ascensor se cierra.

—¿Vas a bajarme de una vez?

—Cuando lo pidas como es debido. —Puedo notar la sonrisa con la que ha pronunciado esas palabras.

No pienso darle ese gusto. Cuando es consciente de que no voy a pedirlo, me suelta con cuidado. Tras recolocarme la falda y el abrigo, lo miro esperando encontrar una sonrisa burlona, pero, en cambio, está serio, parece enfadado. Yo sí tengo motivos para estar enfadada, y es él quien se enfada.

—Llévame a casa. —No se lo pido, se lo exijo.

—Te llevaré cuando cenemos.

—No. Ahora.

—Me pides que no te trate como una niña, pero es como te comportas, como una niña caprichosa y malcriada.

—No me estoy comportando como una niña, sino como una mujer que sabe y tiene claro lo que quiere y lo que no quiere. ¡No quiero esto! Te lo he dicho desde que hemos entrado en el *parking*, pero tú me has ignorado completamente. Tengo familia, no quiero que mi madre vea en una revista sensacionalista la foto de su hija entrando en casa de uno de los hombres más mujeriegos del país, no quiero que tenga que leer cómo dan por hecho que soy una de las chicas con las que lo pasas bien.

—¿Eso es lo que te preocupa? Tu madre se enterará tarde o temprano. Y tú no eres ni serás una de las chicas con las que me lo paso bien, más que bien.

—Se enterará por mí, cuando yo se lo cuente, no antes. Me alegro de no ser una de esas mujeres a las que usas como un clínex.

Su mirada es cada vez más intensa, no sé cómo nos hemos ido acercando y son pocos los centímetros que separan nuestras caras. No sé si ha sido él o yo quien se ha acercado, quizá ambos. Estamos tan cerca que puedo oler su perfume; me resulta familiar, aunque no identifico cuál es.

Algo parecido nos pasó en mi casa; empezamos a discutir y, de un momento a otro, estaba

frente a mí, sin apenas aire entre nosotros.

—No estarías tan amargada si fueras una de ellas, ¿desde cuándo no echas un polvo? —me susurra tan cerca del oído que su aliento me hace cosquillas. Su fuerte carcajada me sorprende, doy un paso hacia atrás y otro hasta chocar con la pared—. Eso me temía.

Abro la boca para soltar una serie de inapropiados insultos cuando la puerta del ascensor se abre de nuevo y deja frente a nosotros a una pareja de ancianos mirándonos.

—Subimos. —Robert repite las palabras de hace un momento. Ellos se quedan ahí, esperando que el ascensor se cierre, suba, nos deje arriba y vuelva a bajar para llevarlos a ellos abajo. ¿Cuántas plantas tiene este edificio, que aún no hemos llegado?

Yo no tenía ninguna intención de bajarme en la planta del piso de Anderson, pero la pareja de ancianos está abajo esperando. Me bajo, aunque no me muevo de ahí, me quedo frente al ascensor escuchando sus protestas.

—Ivy. La cena está por llegar, no seas cabezona y entra.

—No —digo sin mirarlo siquiera.

No insiste más, me deja frente al ascensor. Cuando pasa un tiempo, pulso el botón.

Me voy a casa en un uber, hambrienta, cansada y enfadada. Estoy tan enfadada que empiezo a replantearme la opción de romper el contrato. Apenas hemos comenzado y ya se me hace insostenible estar con él.



CAPÍTULO 9

ROBERT

—Dafne nos está volviendo locos —comenta Eric mientras parte un trozo de carne.

Hace dos semanas que no la veo. Ella no sabe nada de Ivy, pero es una mujer inteligente. Desde que salieron esas fotos no la he visto; me ha mandado un par de mensajes que he ignorado.

En un principio pensé que la extrañaría; no a ella, al sexo con ella. Me equivoqué. Usar la mano nunca fue mi fuerte, pero no puedo romper las normas del contrato.

—No entiendo por qué, lo nuestro solo era sexo. Sabía que este día llegaría —digo tras agotar el contenido de mi vaso. Este filete tiene demasiada sal.

No me gusta mentir a mis amigos, pero no me fío de ellos. No he visto a Ivy desde que la llevé a mi piso a cenar; al día siguiente habló con Kat para cancelar el contrato. No lo hizo por una cláusula en la que tendría que indemnizarme con trescientos mil dólares, calderilla para mí, no obstante, para ella sería arruinarse.

—Siempre creyó que al final la elegirías a ella, era tu favorita.

—Es muy buena en la cama. Mejor que las otras; pero nunca le he hecho creer otra cosa.

—Sabes cómo son las mujeres—dice Eric con la boca llena; es un guarro.

—Es normal que esté acojonada; Ivy no es solo una chica bonita, es una mujer fuerte e inteligente que se está abriendo camino en la dura Nueva York, ella solita y nada menos que porque cree en el amor.

Las palabras de Jack hacen que salten todas mis alarmas, me parece una opinión demasiado detallada sobre alguien a quien no conoce. Después de que se enteraron de mi inscripción en la agencia de citas de Ivy, no hablamos demasiado. Hasta hace unas noches, cuando les conté que me gustaba y habíamos quedado un par de veces. Como era de esperar, hubo bromas, chistes y risas por parte de ellos, a mí no me hacían ninguna gracia sus tonterías. Ya daban por hecho que me la acabaría tirando, lo que me molesta un poco y enturbia la supuesta idílica historia de amor que ha surgido entre nosotros.

—Vaya, averiguaste todo eso en solo diez minutos —dice Eric. Estoy totalmente descolocado —. Jack fue hace una semana con Patrick a Just a Date para solicitar el mismo servicio que tú. Ivy los atendió personalmente, y ahora se está encargando de encontrar a las mujeres de sus vidas —explica Eric riendo.

—Fue Dafne quien me dio la idea, cuando me contó que había ido a conocer a la que le había

arrebatado su pódium.

—Pero ¿a qué coño? ¿Le dijiste algo de mí? ¿Sabes si Dafne me mencionó? ¿Y cómo sabe ella nada de Ivy? ¿Quién se cree que es para ir a hablar con nadie? ¿Y tú? ¿En qué estabas pensando? —Hago todas las preguntas sin dejarle responder.

—Vaya, míster témpano de hielo se ha puesto muy nervioso. Esa chica te gusta de verdad. Soy el único que no la conoce, tendré que pasarme por... ¿cómo has dicho que se llama?

—Tú no vas a pasarte por ningún sitio —digo muy serio a modo de advertencia—. Y tú, vas a contármelo todo.

Jack me cuenta cómo Dafne, paranoica por mi ausencia y las fotos, fue a conocer a Ivy. Al parecer, las suscripciones no las hace ella, así que no pudo conocerla, pero sí la vio al otro lado de la oficina. Jack y Patrick fueron más listos y, a golpe de talonario, consiguieron ser atendidos por ella. No entiendo cómo su hermano se prestó a acompañarlo. Me cuenta que ella se está esforzando por entrevistarlos, sin éxito.

Lo amenazo para que ni se le ocurra hacer la entrevista, y me doy cuenta, en cuanto veo un brillo en sus ojos, de mi error.

Jack y Dafne tuvieron un lío cuando él me la presentó. Entonces, ella pasó de él y me persiguió hasta que la metí en mi cama. Desde ese momento, hemos estado en contacto. Jack y yo siempre nos robábamos los ligues por esa época, o lo intentábamos. Éramos jóvenes y teníamos ese pique, pero, cuando me acosté con Dafne, él estuvo raro. Me negó que fuera por ella, lo creí, pero ahora ese brillo en sus ojos me hace dudar. ¿Y si intenta devolvérmela con Ivy? No es que Ivy me importe, me daría igual que estuviera con ella si no fuera a convertirse en mi novia oficial. Quizá solo estaba siendo paranoico, pero ese brillo...

Agradezco el cambio de tema de Eric, que monopoliza la conversación hasta que vuelvo a la oficina.

Lewis no ha podido venir hoy, casi todos los miércoles quedamos para almorzar juntos. Por sorprendente que parezca, el que más falta es Eric, que es el único que no trabaja.

Cierro sesión tras terminar la reunión de casi dos horas con el director de uno de los complejos más importantes de la costa este. Desde la comida no me quito de la cabeza que Jack pueda intentar algo con Ivy.

Me voy antes de la oficina, pido un úber y le mando a Ángel, el chofer, la dirección en la que debe recogerme. Entro en Just a Date y tres mujeres se giran con el sonido de la puerta, están preparadas para irse, con los abrigos puestos y los bolsos en las manos. Una me mira con una sonrisa divertida, otra me fulmina con su mirada e Ivy parece tan sorprendida como nerviosa.

—He venido a recogerte.

Lleva el pelo recogido, no va muy maquillada, pero sus mullidos labios se ven de un rojo muy parecido al de las manzanas; de repente, se me hacen muy apetecibles. Aparto la mirada de su boca y recorro su cuerpo de arriba abajo. Me doy cuenta de que no va muy diferente a la última vez que nos vimos: faldas negras y una blusa, solo que esta vez lleva unas zapatillas.

—¿No aprendiste nada la última vez?

—¿Y tú? —digo con una sonrisa aludiendo a cómo la saqué de mi coche y la llevé en volandas por medio *parking*.

—Pierdes el tiempo.

—Aún estás enfadada. Creí que después de una semana se te habría pasado.

La verdad es que no he pensado demasiado en ella estos días; he tenido una semana de mucho trabajo. Kat me ha recomendado que deje un poco de tiempo entre filtración y filtración, tiempo para que surja el amor. Según ella, nadie creerá que nos hayamos enamorado de la noche a la mañana. La verdad, yo aún le veo lagunas a este plan y, mientras tanto, estoy a dos velas.

—Te invito a cenar. Mi abuela siempre decía que no hay nada que no arregle una buena comida. —Me sorprende a mí mismo con ese comentario, no suelo hablar de la abuela, y mucho menos con extraños.

—Gracias, pero no.

Me giro hacia las otras dos chicas, que están de espectadoras, y les pido que nos dejen a solas. Sé que están al corriente del contrato, pero no tienen por qué saber todo lo que hablamos y hacemos. La morena se niega, pero otra la arrastra hacia la calle; esa chica me cae bien.

—Ivy, debemos trabajar juntos durante meses. Deja esa actitud de mierda.

—¿Porque la tuya es mucho mejor? —me increpa. Al menos, yo estoy intentándolo, pero ella no ha dejado esa actitud de mierda que tiene desde el primer día. Supongo que el hecho de verse forzada a hacer esto por dinero no la ayuda a relajarse.

—Estoy poniendo de mi parte. He venido a recogerte y te estoy proponiendo invitarte a cenar.

—Pero ni una sola vez me has pedido perdón. Tampoco te has molestado en avisarme que venías. Yo no estoy a tu entera y completa disposición, señor Anderson. Soy una mujer ocupada, con una agenda muy completa. Deberías planificar mejor nuestros encuentros si no quieres quedarte compuesto y sin novia. Nunca mejor dicho.

—¿Tienes planes?

—Sí.

—¿Con quién? —La posibilidad de Ivy con otro hombre me enerva. Yo no he estado con nadie en estas dos semanas, he respetado nuestro acuerdo, y ella piensa salir por ahí con otro—. Sabes que no puedes salir con otros hombres. —En mi cabeza, ese comentario no sonaba tan brusco y posesivo.

—No puedo tener relaciones con otros hombres, pero eso no implica que no pueda ver a mis amigos para cenar o tomar una copa después del trabajo.

—No.

—¿No qué?

—No puedes —digo a apenas unos centímetros de ella. Me doy cuenta de que he sido yo quien se ha acercado, sin darme cuenta, pues ella sigue en el mismo sitio.

Su olor inunda mis fosas nasales, huele a manzanas recién cortadas. ¿Qué me pasa hoy con las manzanas?

—No eres mi dueño, señor Anderson.

—Deja de llamarme así.

—¿Acaso no es tu nombre?

Me mira desafiante, me fijo en el color de sus ojos. Las hebras doradas se ven más o menos intensas según sus emociones; ahora no se aprecian tanto como cuando se enfada. Me pregunto cómo se verán cuando está excitada y justo en el momento de... Sacudo la cabeza intentando quitarme esos pensamientos.

—Sí, y el de mi padre y mi abuelo, y haces que los recuerde cada vez que lo dices.

—¿Y eso te molesta? ¿Te han dejado el listón demasiado alto y su mera mención te hace compararte con ellos? Eso es el trastorno de...

—Yo no tengo ningún trastorno, no me psicoanalices, Ivy. ¿Tienes todas tus cosas? —digo

señalando el bolso que lleva en la mano.

—No voy a ir contigo.

—¿Porque tienes planes? Cancélos. Hay dos formas en las que puedes salir de aquí, andando tranquilamente a mi lado rumbo a mi coche o en mis brazos. Tú eliges.

Veo cómo endurece la mandíbula. Estoy seguro de que está apretando los puños tras su espalda. Está muy mona cuando se enfada, se le ve un brillo especial en los ojos.

La guío hasta el coche que nos espera en la puerta. Le doy su dirección a Ángel. Veo moverse los engranajes de su cerebro, pero no me dice nada, se limita a mirar por la ventana.

—He pensado que estarías más cómoda si cenamos en tu casa.

—Ahora te autoinvitas a mi casa —dice tras unos minutos, ya pensaba que no respondería.

—Si prefieres, podemos ir a la mía. Kat me ha recomendado esperar un poco antes de que nos vean en público.

—¿Y qué haces aquí? No entiendo por qué te empeñas en torturarme.

Me fijo en su cara, no parece cabreada, pero está seria, pensativa, ausente. No me gusta.

—Porque creo que, si nos conocemos, será más fácil, más fluido. No quiero acudir a una gala y que parezcas un palo a mi lado.

La veo abrir varias veces la boca, pero no dice nada.

—No creo que en mi casa vayas a encontrar la comida a la que estás habituado —dice al fin.

Debe de haberle costado admitir algo así, no soy estúpido, hace mucho que aprendí a leer entre líneas.

—Pediré algo para llevar.

Abro mi *app* y, mientras encargo más comida de la que nos comeremos, me pregunto qué habría cenado si yo no aparezco. Sé que hay personas que no llegan a fin de mes, que pasan dificultades incluso para comer, pero no había creído que alguien como ella, dueña de una empresa en auge, pasara por esas dificultades. Ha aceptado este trato por dinero, esa es una señal bastante grande de que su situación económica no es muy buena.

Llegamos a su casa, me ahorro volver a decirle que este no es un barrio para que viva una mujer sola. Aunque no es el peor barrio de la ciudad, en esta zona hay mucha delincuencia y venta de drogas.

Apenas entramos en su casa, el repartidor me avisa que está abajo. No me acordaba del piso exacto, por lo que he dejado indicado «entregar en el portal». Cuando subo, Ivy se ha cambiado de ropa; ahora lleva un pantalón deportivo, de esos que marcan todo, y una sudadera enorme con una galleta de jengibre que dice «Cómeme».

—¿Has invitado a alguien más? —pregunta con los platos y cubiertos en la mano.

—No. ¿Te incomoda estar a solas conmigo?

—¿Te irás si te digo que sí?

—No.

No responde.

Dejo las bolsas en la mesa, pero ella prepara la mesita de café frente al sofá. Pone un mantel, los platos que ha traído y vuelve a la cocina a por dos vasos y agua. Le muestro una de las botellas de vino que he pedido con la comida; pone los ojos en blanco. Cuando vuelve, lo hace con un vaso, una copa y la botella de agua. Pone la copa en el que deduzco será mi sitio, así que me siento en el otro para molestarla.

—Ese es mi sitio.

—¿No me digas que eres como Sheldon Cooper?

—Pues un poco sí.

—¿Y te pareces en algo más o solo en la manía del sitio? Si vamos al cine, ¿harás un *show* para encontrar el sitio perfecto? —pregunto con tono de burla y mi mejor sonrisa mientras me cambio al otro lado del sofá.

—Quizá lo haga.

—No seré yo quien te lo impida. Me encantaría ver la cara de todos los que observen a mi novia buscando un sitio adecuado para su trasero.

No me contesta. Se sienta a mi lado y empieza a sacar la comida de las bolsas.

—¿Cuántas botellas de vino piensas beberte? Aquí no vas a beberte todo esto.

—En realidad, lo he pedido para los dos. He pensado que unas copitas nos relajarán un poco.

—Yo ya estoy relajada —dice más tensa que la cuerda de una guitarra. Pero me ahorro el comentario. Le doy la tabarra para que me acompañe, me cuesta, pero al final cede y se toma una copa.

La conversación es bastante tensa durante toda la noche. Cuando comprendo que la cosa no va a ir a mejor, al menos no hoy, decido irme. Ivy insiste en que me lleve lo que ha sobrado, se han quedado la mitad de las bandejas de comida y tres botellas de vino sin abrir.

—Ni de coña pienso ir con bolsas de comida por ahí. —Pone los ojos en blanco y sé que he ganado, no va a insistir más.

Por algo soy el mejor.



CAPÍTULO 10

IVY

—¿Y qué has hecho con todo eso? —pregunta Audrey refiriéndose a lo que sobró de la cena de anoche.

Ya las he puesto al día de lo que pasó con Anderson.

—Lo guardé en la nevera. Tengo comida japonesa para cenar toda la semana.

—Es una suerte que te encante el *sushi*.

—Sí que lo es, porque no me preguntó nada.

—Joder, pues dio en el blanco. Como sea tan suertudo para todo...

—¿Le vas a decir que te compre un boleto de la lotería? —pregunta Audrey a Brooke, que es muy supersticiosa. Hace unos años soñó que le tocaba la lotería; desde entonces, compra un boleto cada semana. El año pasado hizo que su prima embarazada la acompañara y eligiera el número. Otra, le pasó el boleto por la cabeza al padre de Audrey porque, según ella, da suerte pasarlo por la cabeza de un calvo. Desde entonces, Audrey se burla de ella, y no deja que se acerque mucho a su padre, aunque este le dijo que se prestaba a ser su talismán. El señor Allen es un sol, he intentado convencerle de que nos deje buscarle novia; desde que murió la madre de Audrey ha estado muy solo, pero se niega a volver a querer.

Brooke abre la boca, suena su móvil y se va a su mesa sin llegar a contestarle.

Me pongo a preparar la reunión que tengo en unas horas con uno de los hermanos Fisher. El otro no me devuelve las llamadas ni los correos. Quizá lo vea por la oficina y pueda concretar una cita. No parecía tener real interés en inscribirse. Estuve observándolo detenidamente porque me sonaba mucho su cara, aún me pregunto de qué. Puede que lo asustara, que piense que soy una colgada por mirarlo así.

Me río sola.

Tres horas después entro en las oficinas Fisher. Todo aquí es puro lujo. No me sorprende, esta es la compañía inmobiliaria de famosos, ricos y magnates. ¿A cuántos famosos habrán vendido sus casas los Fisher? Hoy me reúno con Patrick, ¿estaría muy mal si le pregunto a qué famosos ha conocido? Me imagino a Brooke haciendo la entrevista, acabaría pidiéndole ser su secretaria solo para poder conseguir los teléfonos de los famosos que le gustan. Noto cómo la sonrisa de mi cara se ensancha, siempre me pasa con ellas. Son mi familia neoyorquina.

Tengo que llamar a Megan, apenas quedan unas semanas para Navidad y aún no sé qué

comprarles a los niños. Sam está más grande en cada foto que mamá o Megan me mandan, estoy deseando verlo y achucharlo. A todos, en realidad.

—Señorita Walker. —Una voz masculina interrumpe mis pensamientos.

Me giro hacia la voz, Jackson me mira perplejo. Lleva un traje gris, de esos carísimos hechos a medida; le queda como un guante y combina a la perfección con la camisa blanca y la corbata azul.

—Buenas tardes, señor Fisher. He venido a ver a su hermano. —Su cara se relaja—. He intentado localizarlo sin éxito.

—He estado muy ocupado. Lamento no poder atenderla ahora, ya llego tarde a una reunión —dice mirando su reloj, que vale más que todo lo que tengo en mi apartamento. No me da tiempo a despedirme porque, antes de que reaccione, ya se ha dado la vuelta y camina a paso ligero en dirección contraria a la mía.

La secretaria de Patrick me lleva hasta su despacho, donde me espera sentado tras su portátil. No lleva corbata y los dos primeros botones de su camisa están desabrochados; el chaleco negro también es, sin duda, hecho a medida. Lleva unos collares de bolas negras y también unas pulseras negras. Este hombre debería ser estilista; combinar ropa de oficina con esos complementos y que quede bien es de profesional. En esta ocasión, va afeitado y está tan guapo como con barba.

La reunión es bastante amena; contesta con sinceridad a todas mis preguntas. Puede que me haya colado alguna mentira, pero la mayoría de las personas suelen delatarse ellas mismas cuando mienten. Solo tienes que estar muy atento y saber cuáles son esos signos, y yo me los sé todos. No he visto ninguno en Patrick y, aunque el primer día me pareció que había sido arrastrado por su hermano, hoy estaba muy hablador y cercano.

Una vez que hemos terminado, le pregunto de forma directa por su hermano, y le pido sinceridad, no quiero seguir perdiendo el tiempo. Patrick duda, pero finalmente me aconseja que lo deje, que, si está interesado, ya intentará contactarme.

Espero que alguna de las muchas mujeres inscritas sea para él. Cuando lo ves por primera vez, con ese aspecto entre hípster pijo y rockero malote, no puedes evitar pensar que es chulo y prepotente, pero no he necesitado más que unas horas para saber que, en realidad, es como un osito de peluche, blandito y mimoso. Casi se me saltan las lágrimas cuando me ha confesado que hace tiempo que quiere formar una familia, pero que todas las mujeres que conoce están más interesadas en su cartera que en él. Esto me hace pensar. Puede que Nueva York esté llena de hombres como él, que intentan encontrar una pareja, pero no lo consiguen. Conocer a la pareja adecuada entre más de ocho millones de personas puede resultar imposible.

Voy en el metro de camino a casa cuando me llega un mensaje de Anderson.

Robert

Este fin de semana tengo un evento.

Es algo informal, un primo de Kat estrena sus obras en una galería.

Kat y yo creemos que es una buena ocasión para ir juntos.

De repente, siento que me pica todo el cuerpo. Sabía que este momento llegaría, cuando salgamos juntos, nuestras fotos aparecerán en la prensa y el circo empezará. No puedo posponerlo más, mañana llamaré a mamá. Le explicaré que estoy ayudando de forma muy personal a un ricacho que requiere ayuda especial por su falta de tacto o cualquier chorrada y que

me está pagando mucho dinero. Desviaré el tema a todo lo que quiero hacer con ese dinero y, si esas fotos salen, le diré que Robert es el ricacho al que estoy ayudando. Más adelante lo mencionaré en alguna conversación, lo pondré como la espuma, así no dudará cuando le diga que nos hemos enamorado y estamos juntos. Es una suerte que no viva en la ciudad, se empeñaría en conocerlo y, con un solo vistazo, nos calaría. Mi madre siempre ha tenido un sexto sentido para saber cosas, me hubiera gustado heredar eso en vez de las migrañas, que se empeñan en acompañarme cuando menos lo necesito.

Empiezo a escribir una respuesta cuando me doy cuenta de que no sé si tendré algo apropiado para ponerme. De adolescente veía *Sexo en Nueva York* y soñaba con ser como Carrie, con esos fantásticos *looks*, pero la realidad es que todo mi armario gira en torno a aburrida ropa de oficina. Cuán decepcionada estaría mi yo adolescente si me viera vivir en Nueva York y que no tengo nada que ponerme para una cita.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo al pensar en una cita con Anderson, es lo que es, una cita, falsa, pero cita igualmente.

Ivy

Este finde es la primera salida con Anderson. Vamos a una galería.
No tengo nada que ponerme, necesito ayuda.

Brooke

Mañana salimos de compras a la hora del almuerzo.

Audrey

Tú siempre pensando en comprar.

Ivy

¿No tenéis nada para prestarme?
No quiero comprarme algo que luego no voy a volver a ponerme.

Brooke

Eso no lo sabes. ¿Acaso no vas a salir más con Anderson?
Además, ¿él no te dijo que te pagaría la ropa, el peinado y el maquillaje para las salidas?

Audrey

¿Quieres que le pida la tarjeta para irse de compras?
Se refería a eventos importantes, como la Gala del Met.
Quizá tenga algo. ¿Quieres que mire?

Ivy

No voy a ir a la Gala del Met.
Sí, por favor, si encuentras algo, llévalo mañana.

Brooke

Pues yo creo que se refería a todas las ocasiones.
Él quiere que Ivy esté perfecta siempre que vaya con él. Eso incluye cualquier salida.

Audrey

Puede ser. Pero, si él no se ha ofrecido...
¿Se ha ofrecido?

Ivy

No. Tampoco le he dicho nada aún, pero no puedo decirle que no tengo nada apropiado, qué vergüenza.
Además, parecería que quiero que me compre ropa, y no es así.

Brooke

Deberías decírselo, Ivy. Estáis trabajando juntos.
¿Por qué te da vergüenza decirle algo así?

Audrey

Normal, yo tampoco lo diría.
Pues porque no, Brooke.

Leo cómo discuten sobre si debo o no decírselo. Audrey me comprende y me apoya, pero sé que Brooke lleva un poco de razón y en algún momento debo confesarle que no tengo ropa apropiada para salir con él. No puedo estar pidiendo ropa prestada siempre, además de que sus armarios son tan limitados como el mío. Ahora saldré más, iré a sitios elegantes y modernos.

El dolor empieza a asomar por la sien derecha. Me masajeo la zona, como si eso sirviera de algo. Rebusco en mi bolso y me tomo una pastilla. Es la última. Qué suerte.

—Brooke me llamó anoche llorando porque Jake había cogido sus cosas y se marchó diciéndole que había conocido a otra. El muy cabrón le dijo que era su alma... —Me callo cuando se abre la puerta.

Brooke entra con los ojos hinchados, pero con una sonrisa sincera, una gran caja de donuts y tres vasos extralargos de café de la cafetería de dos calles más abajo. Tienen los mejores donuts de la zona.

—No os quedéis pasmadas, ayudadme, que voy cargada.

Ambas nos acercamos, pero ella llega a su mesa antes que nosotras a ella.

—¿A qué se debe este festival de carbohidratos?

—¿Necesita una chica una excusa para comer donuts?

—Ya has vuelto a pasar la noche viendo *Juego de tronos*. —Desde que estrenaron la serie, es su analgésico, cada vez que está triste o nerviosa de más, la ve.

—¿Qué me ha delatado esta vez?

—Las ojeras, los ojos hinchados o alguna estúpida coetilla —dice Audrey. Se gira hacia mí buscando la afirmación de la última parte. Ella no ha visto GoT, no pasó del primer capítulo, es de las pocas personas que no han visto la serie, y está muy orgullosa de ello.

—Hablas de ti en tercera persona. ¿Una chica? Mmmm... ¿Temporada cuatro?

—Voy a empezar a pensar que la has visto tantas veces como yo.

—Ya te dije que no te fiaras de Jake. —Ya ni recuerdo la de veces que he oído esa frase de Audrey.

Brooke nos relata todo lo que pasó anoche con pelo y señales mientras desayunamos. El glaseado se funde en mi boca y el esponjoso donut se me hace poco. Extiendo la mano a por otro, la puerta vuelve a abrirse y detengo la mano, que queda suspendida en el aire. No es muy buena imagen entrar a una agencia y encontrarte a las trabajadoras sentadas en una mesa atiborrándose de dulces.

Es Anderson. ¿Qué hace él aquí? Nuestra cita es mañana, seguro que ha venido a torturarme.

—Buenos días, señor Anderson. ¿A qué se debe tu inesperada visita?

Lleva un traje gris con una camisa negra que se ajusta a la perfección a sus brazos musculosos. ¿Se habrá dejado la chaqueta para presumir?

—Buenos días a ti también, Ivy. —Odio cómo pronuncia mi nombre—. Veo que alguien se me ha adelantado.

Lleva una caja rosa con el logo de una de las pastelerías más famosas y caras de Manhattan. Nunca he ido ni comido nada de allí, quizá hoy compruebe si merece la fama que tiene.

Brooke lo saluda con una de sus brillantes sonrisas, me parece mentira que ayer Jake se fuera de casa. Audrey también lo saluda, pero sin sonrisa.

—He pensado que necesitarás ropa, zapatos y demás para nuestras salidas. —Deja la caja de pasteles sobre mi mesa y me extiende la mano con una tarjeta negra—. Úsala para comprar todo lo que necesites.

Me quedo mirándolo fijamente, sé que en el contrato pone que él me proporcionará ropa adecuada y todo eso, pero que me dé una tarjeta me parece mal, muy mal. Me hace sentir sucia.

—¿Pasa algo? —pregunta al ver que no la cojo, o quizá sea por mi mirada asesina.

—No me parece correcto.

—He creído que preferirías ir de compras con tus amigas que ir conmigo. He decidido confiar en que tendréis buen gusto y encontraréis la combinación perfecta. A no ser que prefieras que sea yo quien te lleve y elija la ropa, ¿es eso lo que quieres?

—No.

Cojo la tarjeta de un tirón y no digo nada más.

—Seguro que encontraremos algo, yo iré con ella —dice Brooke con una sonrisa radiante que me hace sospechar.

¿Lo extraña que está Brooke, tan sonriente después de su ruptura! También resulta extraña la aparición de Anderson para darme una tarjeta. ¿Por qué sabe él que no tengo nada que ponerme? ¿Habrá sido una simple suposición que ha acertado? ¿O quizá soy yo, que estoy viendo cosas donde no las hay y solo me la ha traído hoy porque es cuando va a comenzar nuestra farsa?

—¿Por qué supones que necesito comprarme algo? ¿No crees que pueda tener algo decente para ir a una galería?

Y ahí está, la prueba del delito, la sutil mirada de él a Brooke antes de responderme.

—¿Lo tienes? Cualquier mujer estaría encantada con la idea de ir de compras con la tarjeta de su novio.

—Tú no eres mi novio.

—Claro que lo soy —dice mientras me guiña un ojo—. Me temo que tengo que irme. Y no te pases con las compras. La tarjeta tiene límite.

En cuanto sale por la puerta, acorralo a Brooke. No tiene más remedio que confesar: le mandó un correo contándole lo de la ropa. Me enfado muchísimo, creo que nunca me he enfadado tanto con ella. No pienso ir con ella de compras, tampoco sin ella.

La mañana pasa lenta, el ambiente es tenso y no ha venido nadie.

Audrey intenta que se me pase el enfado, la justifica y excusa diciendo que lo ha hecho por mí, o por lo que ella cree que es mejor para mí. Eso ya lo sé, el problema es que, aunque las cosas se hagan con la mejor intención, molestan igual. Y ahora estoy muy molesta, me ha expuesto delante de ese engreído. Audrey intenta convencerme para ir de compras después de comer.

—¡Vamos! ¿Hace cuánto que no vamos de compras las tres?

—Sabes que siempre he querido ser como Julia en *Pretty woman*. Ya que yo no puedo, lo viviré a través de ti —dice Brooke con una tímida sonrisa.

—¿Cuál será el límite? —pregunta de pronto Audrey, lo que provoca mi curiosidad.

Al final, me convencen entre las dos. Ponemos un cartel para informar que volvemos el lunes y nos vamos.

—Nunca he entrado a esta tienda.

—Yo solo para mirar; con estos precios, no puedo comprarme ni calcetines —dice Brooke.

—¿Y para qué me traes aquí? No me siento cómoda, la dependienta nos mira raro.

—Eso es porque no somos las clientas habituales, pero no te amedrentes. Esta tienda es perfecta, tienen varias marcas que son muy elegantes y modernas.

—Como sigan mirando así, les voy a soltar una fresca.

—Ni se te ocurra.

¿Quién me mandaría a mí salir a comprar con estas dos?

—Mira este vestido, es monísimo. —Brooke me enseña un vestido camisero azul con unos detalles por la zona del pecho.

—¡Qué va, tía!, luego los brillantes se enganchan con todo —dice Audrey.

Brooke pone mala cara y deja el vestido en el mismo sitio. Sigue buscando y mostrándome prendas mientras Audrey pone pegas y yo escojo algunas que me gustan para probarme.

—Chicas, ¿necesitáis ayuda? —pregunta una de las dependientas.

—No. Nos apañamos solas, gracias —dice Audrey con cara de malas pulgas.

La chica mira el montón de prendas que llevo en el brazo.

—Te dejo la ropa en el probador, para que no tengas que cargarla.

—No vamos a robar, si es lo que te preocupa —dice Audrey.

—¡Oh!, no, yo no...

—Ahórratelo. No veo que ni tú ni ninguna de tus compañeras vayan a llevar la ropa de ninguna otra clienta al probador.

Observo alrededor: hay varias mujeres, algunas de ellas, con prendas en las manos. Miro para las otras dos compañeras, una está en la caja y la otra frente a ella; ambas miran en nuestra dirección. Audrey tiene razón.

—No me ha dado tiempo, he empezado con vosotras porque sois las que más tiempo lleváis. Solo trato de ayudar.

—La señora con el abrigo de pelo ya estaba cuando hemos entrado.

—Audrey —la regaña Brooke mirándome a mí para que intervenga también. No lo voy a hacer, hay muchas tiendas, si nos echan, buscaremos otra.

—¿Qué? Hemos venido a comprar como las otras clientas, pero no nos están tratando bien. Si de mí dependiera, nos iríamos a otro sitio.

—No pretendía molestarlas. Es mi trabajo atender a las clientas, pero, al parecer, ustedes no quieren ser atendidas. Si necesitan alguna talla o cualquier otra cosa, avisen a mi compañera —dice la chica y se da media vuelta muy digna dejando a Audrey con la palabra en la boca.

La cojo del brazo cuando le veo la intención de ir tras ella a decirle cuatro frescas.

—¿Te costaba mucho dejarlo estar?

—No me da la gana. Puede que esas pijas tengan más intención que nosotras de robar, pero a ellas no les dice nada.

—Porque se nos ve a un kilómetro que no somos el tipo de mujeres que se gastan 500 dólares en un vestido.

—¿No crees que es excesivo? —pregunto.

—No, no lo es. Del mismo modo que las dependientas nos han reconocido, te reconocerán a ti cuando vayas con él. Hazme caso, Ivy, aquí encontraremos lo que necesitas.

—Está bien. ¿Qué tal si empiezo a probarme cosas? Esto pesa y me está empezando a doler el brazo.

Brooke mira a Audrey de mala manera, pero no dice lo que todas pensamos. No me dolería el brazo si hubiera dejado que la chica dejara las prendas en el probador.

Entro al probador, que es más grande que mi dormitorio. Tiene un buró, donde dejo todas las prendas colgadas. Audrey entra conmigo y se sienta en un sillón mientras Brooke sigue mariposeando por la tienda. Ya la llamaremos si algo me gusta. Empezamos mal, muy muy mal, las tallas no son como las de la ropa que suelo comprar. Algunas prendas no me entran y otras me quedan como un saco. Ver los precios de las cosas tampoco ayuda. Después de más de una hora probándome ropa, lo único que quiero es no volver a pisar una tienda en años.

Ha costado lo suyo, pero al final la tarde ha resultado productiva: he comprado tres conjuntos completos, ropa, zapatos y complementos. Uno más informal, el que llevaré a la galería. Otro un poco más arreglado, pero sigue siendo informal, y el último sí que es un *look* formal.

—Por un momento, he creído que nos habíamos pasado y que rechazarían la tarjeta.

—Yo creo que el límite es mucho más alto de lo que hemos comprado.

—Podríamos comprar algo supercaro y ver si pasa, luego, lo descambiamos —propone Audrey.

—No. No voy a pasar la vergüenza de que me rechacen la tarjeta, y tampoco vamos a comprar algo para descambiarlo diez minutos después.

—¿Podrá ver lo que has comprado? Seguro que sí.

—Si lo ve, como si no, pienso invitaros a cenar. Y no me importa si ve un extracto de un restaurante. Después de todo lo que he comprado, no le importará que gaste unos dólares en comida.

—Yo no puedo, le dije a mi padre que le ayudaría con una cosa.

—Pues yo no tengo nada que hacer. Me quedo contigo esta noche y mañana te ayudo a prepararte.

—Vale.

Si Brooke no quiere volver a un piso vacío que le recuerde que la acaban de abandonar, puede venirse a casa todo el tiempo que quiera.

Al final, cenamos más tranquilas en casa: comida india cortesía de Anderson. Y, entre nervios, risas y confesiones, nos bebemos todo el vino de la despensa, que no era poco. Como consecuencia, son las dos de la mañana, estamos despiertas y supermotivadas bailando *Cruel Summer* de nuestra idolatrada Taylor sobre el sofá.

—¡Shhh!, baja la música.

—¿Qué pasa?

—¡Shhh!, he oído algo.

Brooke baja el volumen y escuchamos un golpe seco. Nos quedamos quietas y en silencio, intentando averiguar de dónde vienen los golpes. Un pie se me cuela entre los dos almohadones del sofá, tiro de él, pero se me ha quedado encajado. Tiro más fuerte, y vaya que sí sale, pero la inercia me hace caer de culo. Brooke ríe a carcajadas. No sé si será el alcohol o la situación, pero, en vez de levantarme, me río con ella. Volvemos a escuchar un golpe, esta vez más fuerte.

—Viene del suelo —dice Brooke.

Me imagino a mi vecina de abajo, la señora Menfis, en pijama, con su bata de gatitos, subida sobre una silla golpeando el techo. Tengo que contenerme para no reírme de nuevo; si lo hago, Brooke se contagiará y volveremos a pasarnos cinco minutos sin parar de reír.

—Vámonos a la cama. Me duele el culo.

Lo he intentado, de verdad que sí, pero vamos algo achispadas y, en cuanto Brooke ha empezado, yo he ido detrás.



CAPÍTULO 11

ROBERT

No tengo muy claro que visitar la galería del primo de Kat sea lo mejor para una primera salida con Ivy. No me gusta el arte, no el tipo que se exhibe en galerías. ¿De qué se habla en una galería cuando no puedes hablar de arte?

Estoy seguro de que Kat solo lo ha propuesto para ayudar a su primo. Mi primera cita con Ivy saldrá en muchas revistas y en todas mencionarán la galería.

Le escribo un mensaje a Ivy cuando llego a su portal; cada vez que vengo siento que este no es un buen lugar para ella.

No tarda en bajar. La veo acercarse bastante seria; apuesto que a ella tampoco le gusta el arte. Me sorprende que lleve el pelo suelto, siempre la he visto con el pelo recogido y no entiendo por qué: suelto le queda mucho mejor, incluso parece más joven. Lleva un abrigo gris con un pedazo de pañuelo de varios colores; debajo llevará faldas o un vestido, porque le veo las piernas descubiertas. Su imagen entrando en el coche, confesando que no lleva nada debajo y abriéndose el abrigo inunda mi mente; por suerte, dura solo unos segundos, hasta que se sube al coche y me saluda de mala gana.

Me fijo en el abrigo, se nota que está bastante usado. Esta mañana he mirado los movimientos de la tarjeta y, con la cantidad que ha gastado, podría haberse comprado un abrigo nuevo. No le hago ningún comentario al respecto, no quiero discutir tan pronto. En realidad, me gustaría no tener que discutir con ella, prefiero pasar una noche agradable, conocernos mejor. Aunque he de admitir que me agrada enfadarla y ver cómo arruga su pequeña frente.

Hacemos el camino en silencio y empiezo a preocuparme. Si la cosa entre nosotros no fluye, nadie creará que somos pareja, mucho menos que estamos enamorados. Intento sacar conversación.

—¿Qué tal te fueron las compras?

La veo mirarme por el rabillo del ojo: ha fruncido el ceño. No entiendo a esta chica.

—Bien.

Espero un poco por si decide añadir algo más, no lo hace.

—¿Qué tal hoy? ¿Has hecho algo interesante?

—Quizá lo hubiera hecho de no tener que trabajar.

—¿Has trabajado hoy? —pregunto.

Creo recordar que la agencia solo abre de lunes a viernes, pero, siendo ella la dueña, no es de extrañar que haya tenido que ir o trabajar desde casa. A mí me pasaba al principio, pero un día decidí poner límites y, desde entonces, los fines de semana son para mí. Si no es algo urgente que verdaderamente no pueda esperar al lunes, no trabajo.

—Estoy trabajando —responde.

Aprieto la mandíbula, más aún cuando la veo contener la sonrisa.

—Si prefieres considerar nuestras salidas trabajo, muy bien. No me ofende.

Silencio.

Esto no está funcionando.

Tras un par más de preguntas absurdas con contestaciones monosílabas, llegamos al *parking*. Antes de bajarnos, me gano una mirada asesina cuando le pido que se esfuerce un poco para parecer alegre.

Como imaginaba, la galería está prácticamente vacía. La chica del ropero nos recoge los abrigos. Ivy lleva un vestido azul marino que marca toda su silueta y un fino colgante dorado con la cabeza de un león a juego con dos minicabezas que lleva como pendientes, pegados a sus lóbulos. Hasta ahora, no me había fijado en lo pequeñas que tiene las orejas.

Marc, el primo de Kat, acude a nosotros en cuanto nos ve y nos ofrece un *tour* privado por su última colección. Ivy parece muy ilusionada con la idea. Después de un lienzo blanco con un brochazo negro, otro lienzo blanco con un medio punto gris, vemos otro lienzo con dos brochazos en diferentes direcciones y diferente color. Mi cerebro me grita: «Vete de aquí». Ivy parece pasarlo bien, no deja de sonreír e interactuar con Marc, preguntándole cosas que seguro que ha buscado en Google antes de venir. Cuando terminamos de ver todas y cada una de sus obras, por fin el dichoso Marc se va, dejándonos en una barra de bebidas.

—¿En serio? ¿Con él eres *miss* sonrisitas y conmigo cara de culo? —digo cuando veo que pierde la sonrisa y vuelve a su cara habitual. Pensaba que estaba actuando, pero, si era así, ya no lo hace, y eso me cabrea. Debería verse sonriente conmigo. Me estoy esforzando para que esto funcione, por conocernos mejor.

—Ya te dije que no soy buena actriz.

—Pues vas a tener que serlo. No sabía que te gustara el arte.

—Y no me gusta.

Entonces, ¿por qué no paraba de sonreír con todas las estupideces que decía Marc sobre sus cuadros, lo que representaban o cómo los había creado?

Noto cómo mi cara cambia al entender que no es el arte lo que le gustaba, sino el artista.

—No me mires así —dice antes de beber un sorbo de vino y dejando una huella roja de su labial en la copa—. Así tampoco.

—No te estoy mirando de ninguna manera. No me gusta el arte, ¿nos vamos a cenar?

—¿No vamos a ver el resto de las obras?

—No.

Agoto el contenido de mi copa, le pongo el brazo en la cintura y me dirijo hacia la puerta arrastrándola conmigo. Con el coche en marcha me doy cuenta de que no sé a dónde ir. Es sábado por la noche, no tengo reserva en ningún sitio y todo estará lleno.

—¿Qué te apetece?

—Me da igual.

—No eres de mucha ayuda.

Tras un par de minutos circulando sin rumbo, su voz me saca de mi ensimismamiento.

—En el Soho ponen un mercado gastronómico para Navidad, quizá esté ya.

—¿Quieres comer en la calle con este frío? —El termómetro del coche marca 9° C dentro, fuera estaremos a 1 o 2° C.

—Es sábado y, a menos que tengas reserva, no vamos a cenar en ningún sitio. El año pasado pusieron estufas por todas las zonas con mesas, yo estuve dos veces y ninguna pasé frío.

No le contesto; directamente me dirijo hacia allí. Espero que hacerle el capricho le haga cambiar esa cara. Me molesta que conmigo esté siempre seria o enfadada y con los demás sea *miss* simpatía. Solo ha sido así con el primo de Kat, pero, aun así, me molesta.

No tardamos mucho en llegar. Paso por donde se supone que debe estar el mercado antes de aparcar para cerciorarnos si está o no. Ivy sonríe complacida al verlo por la ventanilla del coche.

Aparco en el *parking* que está justo enfrente.

Ivy tenía razón, hay muchas estufas y el ambiente es bastante agradable. El olor a comida invade mis fosas nasales, huele a carne, a pescado, a picantes y a dulce, todo entremezclado. El único inconveniente es que está a reventar de gente.

—Yo busco mesa y tú la comida —dice Ivy antes de irse y dejarme solo con la misión de encargarme de la cena.

No estoy acostumbrado a este tipo de sitios, hay una docena de *food trucks* con comida de todo tipo. Me acerco a mirar de cerca. Tras ver unos cuantos, me decido por el mexicano. Hay dos chicos delante de mí, imagino que, al igual que la mía, sus parejas están buscando mesa.

Llega mi turno y tengo que discutir con una señora que intenta colarse. Finalmente, pido los tacos variados, especialidad de la casa; una quesadilla para compartir; nachos, y bebidas. Cuando me dan la bandeja con todo, me doy cuenta de que me he vuelto a pasar con la cantidad.

Me cuesta un poco encontrar a Ivy entre tanta gente. Hay zonas con mesas a ambos lados de los *food trucks*. Primero he recorrido una zona entera sin encontrarla; estaba en la otra. Cuando me ha visto, ha levantado la mano y la he localizado rápido.

—¿Has invitado a algún amigo? —pregunta sarcásticamente al ver la bandeja repleta; no sé cómo no se me ha caído nada en el camino.

—No sabía que los platos serían tan grandes.

—Estás acostumbrado a los sitios pijos, donde la comida es ridículamente enana. Así es la comida en los restaurantes de verdad —dice cogiendo nachos y metiéndoselos en la boca.

La chica que no pidió postre por vergüenza en la primera cena se ha esfumado.

—Esto no es un restaurante de verdad, y no solo voy a restaurantes minimalistas.

—¡Mmmmm!, deliciosos. Aunque yo hubiera elegido las hamburguesas —dice señalando un *food truck* de hamburguesas e ignorando mi comentario antes de continuar devorando los nachos.

Nos ponemos a comer, pero esta vez no hay silencio entre nosotros. El bullicio de la gente, el ruido de las cocinas rodantes, los niños jugando lo llenan todo.

—¡Buah!, cómo pica este —digo, tras dar un mordisco a uno de los tacos. El plato variado trae cuatro tacos, cada uno diferente. Le ofrezco para que lo pruebe.

—¿Te da asco que te deje mis babas?

—¿Qué dices?

—Como me das por el lado que no está empezado...

—Ni siquiera me había fijado.

—Bah, no te preocupes, no me gusta el picante. —Algo para añadir a la lista de cosas que sé de ella. Creo que es la primera.

Me acerco un poco, me inclino y le doy un mordisco al taco que lleva en su mano. Al levantar

la cabeza, nuestras miradas conectan como dos polos girando uno frente al otro, que ni se acercan ni se separan, solo giran.

—Yo sí quiero probarlo todo —digo antes de volver a colocarme bien y seguir comiendo.

¿Cómo es posible que llevo toda la vida en Nueva York y nunca había estado aquí? La comida está bastante bien, el ambiente es bueno y, a pesar del frío, las estufas ayudan a mantener el ambiente cálido. Hay algunos puestos de venta; le propongo dar una vuelta después de la cena. No esperaba que dijera que sí, pero me sorprende y acepta. Más aún cuando pasea a mi lado bastante animada.

No hablamos demasiado, la conversación se queda en punto muerto cada pocos pasos, cuando se acerca a observar qué venden en cada puesto por el que pasamos.



CAPÍTULO 12

IVY

Brooke

¡Guau!, ¿qué has contestado?

Sabía que debía haber omitido esa parte. En cuanto he llegado a casa, les he mandado un audio, de varios minutos, con un resumen de la noche.

Ivy

Nada.

Audrey

Se refería a la comida, no seas malpensada.

Eso mismo es lo que llevo diciéndome yo desde que Anderson me ha mirado fijamente y me ha dicho: «Quiero probarlo todo». Me provocó una corriente en la columna vertebral que me ha dejado inmóvil unos segundos. No ha sido doloroso ni mucho menos, pero me ha pillado totalmente por sorpresa. Hacía mucho tiempo que mi cuerpo no reaccionaba de ese modo.

Brooke

Eso no lo sabes. Podría ser una indirecta.

Audrey

Sí, quizás quiera untarla en sirope de cereza.

Brooke

Todo el mundo odia el sirope de cereza, en todo caso, usaría nata o sirope de chocolate.

Audrey

Eso es demasiado corriente, y el tío Gilito no parece ser un tipo corriente.

Brooke

Mucho protestar con mis bautizos, pero bien que os mola.

Audrey



Ivy



Brooke

Volvamos a lo importante.
¿Qué ha pasado después?

Ivy

Nada, hemos terminado de cenar, hemos dado una vuelta por el mercado y me ha traído a casa.

Brooke

¿No habéis hablado nada más?

Audrey

¿Han estado en silencio como dos mudos? 🤔

Brooke

Algo nos estás ocultando.

Ivy

¿Pero qué dices? Si os lo he contado todo.

Brooke

¿No habéis hablado de nada mientras paseabais?

Audrey

Tía, qué pesada.
Puede que no hayan podido hablar porque tenían sus bocas ocupadas en otros menesteres.

Ivy

¡Nooo!

Brooke

Yo no descarto nada.

Ivy

Estáis fatal.
Sabéis que no lo soporto.

Audrey
Eso dices, sí.

Ivy
¿Qué quieres decir con eso?

Brooke
Está como un tren.

No me gusta el rumbo que está tomando la conversación. Están aburridas y se quieren entretener a mi costa.

Ivy
¿Y eso qué tiene que ver?

Audrey
No lo niega, eso es que le gusta. 😏

Ivy
No me gusta, pero no soy ciega.

Brooke
Confiesa, quiero saber qué ha pasado después de que te ha dicho que quiere probarlo todo.

Ivy
Otra vez.
No ha pasado nada.

Audrey
Tienes tú más ganas que ella.

Ivy
Me voy a la cama.

La que les ha dado, no sé para qué les digo nada.

Me doy una ducha caliente antes de acostarme, es uno de mis pequeños placeres, me deja tan relajada que apenas en unos minutos me quedo dormida.

Un ruido me despierta: el timbre. Me levanto adormilada; miro el móvil: son las cinco de la mañana. ¿Quién es a esta hora? Miro por la mirilla antes de abrir; en este barrio no te puedes fiar, no es como cuando vivía en Montana.

No puede ser. No pienso abrir, pero, cuando esos pensamientos pasan por mi mente, su voz resuena traspasando la puerta que nos separa.

—Abre. Sé que estás ahí.

¿Y si lo ignoro? Es imposible que sepa si estoy o no. No sabe si duermo como un oso y no me entero de nada.

—Ivy.

Joder.

Abro la puerta de golpe, y ahí está cuan alto es mirándome con descaro. Lleva un pantalón de algodón y una sudadera de los Knicks.

—¿Recibes a todas tus visitas así?

Sigo su mirada hasta mi pecho, el frío ha hecho que mis pezones se endurezcan y se marquen en el fino camisón de raso.

—¿Qué quieres? Estaba durmiendo.

—¿No es obvio? He venido a por el postre.

Ni siquiera me da tiempo a entender sus palabras cuando estampa su boca contra la mía. Me empuja hacia dentro y cierra la puerta con poca delicadeza. Nuestras bocas encajan a la perfección, debería apartarme, pero besa tan bien... Hacía demasiado que no besaba a nadie, casi he olvidado lo excitante que puede llegar a ser. Su lengua se enrosca con la mía una y otra vez en un duelo por dominar el espacio. Sus manos recorren mi espalda hasta llegar a mi culo; lo aprieta y me estrecha contra él. Siento su excitación en mi vientre.

Esto se está descontrolando a un ritmo vertiginoso.

Me agarra del culo y me sube sobre la fría encimera; ni siquiera me he dado cuenta de cuándo nos hemos movido de la entrada. Me acaricia la nuca, suelto un gemido cuando sus dedos se funden en mi melena y tiran de él inclinando mi cara. Ahora me tiene justo donde quería, a su alcance.

Me muerde el labio inferior. Intento devolverle el mordisco, pero se ha alejado lo suficiente para impedírmelo. Está jugando conmigo. Y no sé si me gusta o no, pero me excita muchísimo.

Acaricia mis hombros, un suave roce que hace caer los tirantes. El camisón se desliza por mi piel hasta arremolinarse en mis caderas, dejando mis pechos desnudos. Me besa de nuevo, un beso duro y húmedo, lleno de intenciones. Esta vez soy yo la que hunde los dedos en su cabellera, y tiro, a la vez que le doy un pequeño mordisco. Noto como sonrío contra mi boca: le ha gustado.

Siento frío en mis labios cuando se aparta para dejar un reguero de besos por la curva de mi cuello. Siento el calor de su aliento en mi piel, la humedad de sus besos. Hace una pequeña parada en la clavícula, donde me muerde y continúa su camino hasta mis pechos.

Me lanza una mirada llena de intenciones mientras juguetea con su lengua sobre mi pezón, una dulce tortura que aumenta cuando se lo mete en la boca mientras su mano juega con el otro. Intento controlar mis jadeos para no quedar en ridículo, pero hace demasiado que no estoy con nadie, y él es tan... Lame, succiona y mordisquea sin darme tregua mientras sus manos no dejan de acariciarme por todas partes.

De pronto para y se separa unos centímetros para mirarme.

—¿Quieres que pare?

—No —digo con la voz entrecortada por la excitación.

Una sonrisa lobuna se dibuja en su rostro, está mucho más guapo cuando sonrío.

Siento su nariz rozándome, su respiración me hace cosquillas y mi corazón empieza a bombear más rápido cuando comprendo a dónde se dirige. Tiene ambas manos en mis caderas, las aprieta y tira hacia él dejándome totalmente expuesta. Eleva sus ojos con una mirada cargada de hambre, como la de un lobo a su presa después de una semana sin comer.

Una oleada de placer llega hasta mi vientre y lo hace palpar. Siento su respiración en mi pubis activando todas mis terminaciones nerviosas, su aliento en el clítoris.

Me despierto tan desorientada que tardo casi un minuto entero en darme cuenta de que mi móvil está sonando y de que acabo de tener un sueño erótico con Anderson.

—Dime.

—Hija, te he llamado tres veces. ¿Dónde estabas? —dice mi madre a través del teléfono mientras me desperezo.

—Estaba durmien... —bostezo—... do.

—¡Tan tarde! ¿Saliste anoche con ese novio tuyo? —Hace unos días le hablé a mi madre de Anderson, no le dije que fingimos ser pareja, tampoco que lo somos, solo que había conocido a un chico que me gustaba mucho.

—No es mi novio, mamá. Solo hemos salido un par de veces.

—En cuanto te conozca, no te soltaré, ya lo verás. Si es inteligente, no te dejará escapar. ¡Estoy tan contenta de que por fin hayas encontrado a alguien! ¿Has comprado ya el billete para venir en Navidad?

He aquí el motivo de su llamada, su vena controladora no va a dejarla dormir tranquila hasta que compre los vuelos. Los fines de semana suele darme tregua y, a veces, no me llama hasta media mañana. Hoy no es uno de esos días.

—Aún no, prometo que esta semana lo miro.

Me levanto, ya no voy a dormir más.

—Si no puedes, yo puedo comprarlos, Ivy.

—Sí que puedo. No te preocupes que estaré allí por Navidad.

Enciendo la cafetera, preparo la taza y la cápsula, hasta que está lo suficientemente caliente para hacer el café.

—¿Vas a traer a Robert?

Se me hace raro referirme a Anderson como Robert, pero mi madre vería extraño que no lo llamara por su nombre de pila. Él insiste en que lo llame Robert, y lo hago en presencia de otras personas.

—Es demasiado pronto para eso —le digo con la boca llena, comiéndome una galleta. Menos mal que no puede verme.

—Hija, no seas anticuada. Me gustaría conocerlo y a saber cuándo vas a volver a venir. Cada vez vienen menos.

—Se lo diré.

Si me tuviera delante, vería que estoy mintiendo, no soy buena en eso y ella me conoce mejor que nadie.

—Insiste. Si te dice que no, dile que tu familia está deseando conocerlo. —Lo que viene significando que le ha dicho a todos que tengo novio. Megan no tardará en llamarme para pedirme los detalles.

Sigo hablando con mi madre un rato más, y eso me hace evadirme, pero cuando la llamada termina vuelvo a recordar el sueño. Ese maldito sueño con Anderson. Debe de ser la falta de sexo; hace bastante tiempo de la última vez, en realidad, hace demasiado que no tengo contacto con ningún hombre que no sea un repartidor de comida o un conductor de Uber.

Me doy una ducha, pero sigo con la imagen de Robert entre mis piernas. Necesito sacarlo de mi cabeza. Y me perturba que no me haya dado cuenta de que era un sueño, ¿un camisón de tirantes en pleno diciembre? Desde luego, esa era la mayor evidencia de que no era real.

Miro por la ventana, está nublado, pero no tiene pinta de que vaya a llover. Me pongo unas mallas y una sudadera, conecto los auriculares al móvil y, con Sia de fondo, salgo a correr.

Nunca me ha entusiasmado el deporte, supongo que porque Mike siempre fue mejor en todo. Corría más rápido, era más fuerte, más habilidoso. Así, cada vez que mostraba interés por algún deporte, él me quitaba las ganas. Sé que era justo lo contrario a lo que él pretendía, él ama el deporte, por eso ahora es profesor de Educación Física. Siempre quiso que yo me interesara y jugara con él.

Cuando quise aprender baloncesto para entrar en el equipo femenino, lo cierto es que era porque me gustaba Kevin, el capitán del equipo. Mike me dijo que me ayudaría, pero no conseguía robarle la bola, tampoco rebasarlo cuando la tenía yo, y no hablemos de lo mal que se me daba tirar. Más tarde me interesé por el vóley, esta vez era de verdad, no porque me gustara ningún chico. Mike volvió a ofrecerse para enseñarme. Durante tres semanas estuvimos entrenando; terminaba sudada y con los brazos superrojos, hasta el día en que decidí que no jugaría más al vóley ni con él ni con nadie. Intentando bloquear uno de sus remates, mi dedo anular de la mano izquierda hizo crack y se partió. Estuve dos semanas con la mano escayolada. No fue mejor con el béisbol, el *hockey* ni el tenis.

Llego a casa empapada. Me he equivocado, sí que ha llovido y me ha pillado bastante lejos, me he puesto chorreando. Me voy directa a la ducha para entrar en calor, pero, como no podía ser de otra forma, el calentador aún no se ha recargado y el agua sale fría. Me seco con una toalla maldiciendo mi suerte, me pongo el pijama de Snoopy, que es el más gordo y calentito que tengo, y me meto en la cama bajo la manta y el edredón para entrar en calor.

Me dedico a vagar lo que resta del domingo.



CAPÍTULO 13

IVY

—¿Es necesario que te acompañe?

Robert me acaba de llamar para decirme que el próximo fin de semana es la cena de Navidad de su empresa y que sería conveniente que, antes de hacer la primera aparición pública como pareja, conociera a su padre y a su abuelo. La semana pasada me comentó que su abuelo quería conocerme; no me extraña en absoluto, mi madre quiere que lo lleve a casa en Navidad, y eso que aún no le he dicho que somos pareja. Se lo diré mañana o pasado. No me apetece nada, se va a poner superpesada, pero debo decírselo antes de que se publique en alguna revista. Para mi sorpresa, la visita a la galería no se publicó en ningún medio.

—Sí. —Esa es su única respuesta. Directo y conciso.

—¿De verdad es necesario cenar con tu padre y abuelo?

—Si no lo fuera, no te lo diría.

—Vaya, y yo creía que lo hacías para pasar más tiempo del necesario conmigo —digo irónicamente, y me arrepiento nada más terminar la última palabra.

Brooke me mira con los ojos como platos desde su mesa. Audrey no está, si no, me miraría igual.

Lo oigo reír a través del altavoz y me enfado conmigo misma.

—Puede que, cuando te sueltes y dejes el palo en casa, sea así.

—¿Qué palo?

—El que tienes metido en el culo —dice antes de volver a reír con ganas.

¿Cómo he podido ser tan tonta y caer en algo tan viejo? No pienso con claridad cuando se trata de él, me pone nerviosa. No he dejado de soñar con él, y en todos los sueños termino igual: despertándome sudada y excitada en mi cama.

—Yo no tengo ningún palo en el culo. Ni en ninguna otra parte.

Brooke escupe el café que estaba tomando, y se mancha su camisa blanca favorita. Se la quita de camino al baño; sin duda, va a lavarla con un jabón que guardamos para estas cosas. Todas tenemos una muda limpia en la oficina para emergencias como estas, que pasan más a menudo de lo que nos gustaría.

—No estoy de acuerdo.

No pienso seguir con este juego, no voy a entrar al trapo más.

—¿Cuándo sería la cena? —pregunto para cambiar al tema que nos atañe.

—Mañana por la noche. Te recojo del trabajo y nos vamos directo.

—Tan temprano. ¿Es que está lejos?

—No, pero el abuelo cena temprano. Ya sabes, las personas mayores y sus horarios.

¡Vaya que sí lo sé bien! No tengo nada más que pensar en mi madre y sus extraños horarios; prácticamente, es mi despertador; me llama cada día, y eso que la diferencia horaria entre Nueva York y Montana es de dos horas.

—Vale —digo mientras anoto en la agenda que mañana ceno con él y su familia. No se me va a olvidar, esta noche prepararé todo para cambiarme y arreglarme un poco aquí—. Y la cena de tu empresa es el sábado, ¿no? —pregunto para anotarla también.

Anoto todas las salidas que hago con él, es una manera de mantener el control, de recordarme que es trabajo, que él es solo un cliente.

—Sí, el sábado en el Madison. Después hay barra libre. Normalmente, me suelo ir después de la cena, pero si quieres pode...

—No. Nos iremos después de cenar.

—Cómprate algo bonito para el sábado, saldremos en unas cuantas portadas.

Mi idea de ponerme el vestido que compré hace dos semanas se acaba de esfumar como el humo de un cigarro. ¡Puff!, ¿cuándo voy a ir?, ya estamos a jueves, mañana no puedo y el sábado ya es el día; si lo dejo para última hora y no encuentro nada, estoy jodida.

—Pensé que una cena de empresa sería algo informal.

Imagino que todas las personas que trabajan en su empresa, contables, secretarios, supervisores, *marketers*, incluso el personal de limpieza, asisten a la cena. Supongo que los altos directivos sí tendrán bastante poder adquisitivo como para ponerse de punta en blanco, pero el resto irá como cualquier persona a una cena de empresa. Recuerdo una peli que vi hace un tiempo, un grupo de amigas iban de cena de empresa con vestidos de lentejuelas y el resto iba tan normal. No quiero que me pase algo así, no quiero ir excesiva y destacar, ya llamaré bastante la atención como novia del jefe.

—Solo te he dicho que te pongas algo bonito, no que vayas al salón a peinarte y maquillarte para estar perfecta.

—Yo estoy perfecta con la cara lavada y recién peinada —digo la frase que mi madre me repitió hasta la saciedad cada mañana que me pintaba como una puerta para ir al instituto. La culpa de ello era del acné: mi cara era como un hervidero de granos. Una vez me los conté antes de acostarme: tenía veintisiete. A la mañana siguiente, cuando me desperté, tenía treinta y uno, cuatro más en una sola noche.

—Si es así cómo quieres aparecer en las portadas... Yo te estoy avisando, luego no llores porque sales gorda, se te ve el grano y esas cosas ridículas por las que lloráis las tías.

¿Con qué clases de tías se relaciona? ¿Quién llora porque le sale un grano? A ver, si el día de mi boda me levantó con un volcán en toda la frente, pues sí, lloraría, pero no creo que me case nunca, así que no creo que lllore por un grano.

—Ajá —digo perdida en mis pensamientos de bodas y granos.

No hablamos mucho más.

Voy al baño a buscar a Brooke, necesito su ayuda para la cena. En realidad, voy a necesitarla para todos los eventos.

Me gusta la moda, pero estos últimos años he centrado toda mi atención en Just a Date, y estoy un poco perdida en las tendencias, por no contar que hacía mucho que no compraba nada. En

realidad, tampoco lo he necesitado hasta ahora. No he tenido mucha vida social y la que he tenido ha sido con amigos que no me iba a criticar por llevar unos *jeans* pasados de moda y una camisa básica.

Brooke está en sujetador aclarando la camisa cuando entro al baño.

—Ha quedado impecable.

—Mi trabajo me ha costado.

—Tres minutos de frotar, no es mucho trabajo.

Me mira de reojo mientras la escurre y la cuelga en la percha.

—Voy a necesitar tu ayuda.

—¿No te sirve nada de la otra vez? ¿A dónde vais?

—Mañana cenamos con su padre y su abuelo, eso no me preocupa. El sábado es la cena de su empresa.

—Familia y trabajo en la misma semana; ya solo te falta conocer a los amigos —dice poniéndose la blusa limpia de repuesto.

—Yo no lo entiendo, no sé para qué necesito conocer a su familia.

—Más tarde o más temprano iba a pasar —dice frente al espejo mientras se quita una pelusa del hombro.

Suena la campana que anuncia que la puerta se ha abierto. Salgo rápido, con ella detrás. Un repartidor con acento sudamericano pregunta por mí. Al confirmarle que soy yo, me entrega una caja bastante pesada. Firmo en el recibo y se marcha tarareando un villancico.

—Pedazo de caja, ¿quién te la envía?

Quito el precinto y busco alguna nota. Otra caja sorpresa, esta vez con productos navideños, y sin nota ni remitente.

—No sé, no pone remitente.

—Últimamente, te envían muchas cosas sin remitente.

Ya me había dado cuenta.

En las últimas semanas, me ha llegado una cesta de frutas con una nota en la que decía que era de una pareja creada gracias a Just a Date, pero no decía quiénes eran; el anonimato me pareció raro. A la semana siguiente, me enviaron una caja degustación con varios quesos de origen francés, muy buenos todos, por cierto. Esta venía sin nota. La última fue una caja de alimentos bío de una nueva tienda ecológica *online*. Los yogures griegos con frutas estaban de muerte; me metí en la web con intención de comprarlos, pero ¿quién puede pagar casi 8 dólares por cuatro yogures?

Empiezo a sacar cosas y ponerlas sobre la mesa: unas cuantas botellas de vino, un par de botellas de champán, turrónes, barquillos rellenos, mazapanes, una lata de galletas de jengibre, chokolatinas, latas de conservas, caramelos de *toffee*, bombones, más galletas... Con todo fuera vuelvo a mirar si hay alguna nota. Esto me está empezando a asustar un poco, no creo que sea casualidad o que cada caja venga de diferentes personas. Creo que es la misma persona y, por más que le doy vueltas, no sé quién puede ser. Si me llegaran flores y bombones, pensaría que es un admirador, pero ¿quién manda cajas de comida? Las cestas de frutas se han puesto muy de moda, sobre todo a modo de agradecimiento, pero el queso, los productos ecológicos y ahora cosas navideñas...

—Esto es importado de España. ¡Qué flipe! He oído hablar de ellos, dicen que están buenísimos, pero que sale más caro importarlos que lo que valen. —Brooke me mira con ojos de cordero degollado.

—Ábrelo y probamos. —Me dedica una amplia sonrisa, casi puedo ver cómo le chorrea la baba.

Lo abre; está tan bueno que nos lo comemos entero, y eso que son 250 gramos de turrón.

Audrey llega poco después. Mira mi mesa llena de comida; su mirada se dirige de la mesa a mí y viceversa repetidas veces. Después de ponerla al día, veo preocupación en su mirada.

Audrey no es tan cabra loca como Brooke y ve lo raro que es todo esto. Me expresa su preocupación por que esté en el punto de mira de algún perturbado y me invita a irme a su casa hasta Navidad. Es una exagerada, no pienso irme a su casa ni a ninguna otra casa.

Ni un extremo ni el otro: Brooke es demasiado despreocupada y Audrey se preocupa demasiado.

Recuerdo que aún no he comprado los billetes de Navidad, y me pongo a ello.

—Joder.

—¿Qué pasa?

—No encuentro vuelos. —Ambas me miran interrogantes—. Para ir a casa en Navidad. Se me ha pasado reservar y ahora no hay nada. Nada que pueda pagar.

—Creía que ya los habías reservado, ¿cómo se te ha podido pasar? Tu madre te llama cada día para recordártelo.

—Pues ya, pero es de esas cosas que digo «luego lo hago», y luego se me pasa. Si no es porque tú mencionas la Navidad, ni me acuerdo. Mamá me va a matar cuando se lo diga.

No me rindo y sigo buscando en todas las compañías. En muchas solo quedan asientos en primera, los cuales no puedo pagar. Seguro que encuentro alguno, quizá un día o dos antes; es lo bueno de ser mi propia jefa.



CAPÍTULO 14

ROBERT

Me duele la cabeza y no me apetece nada conducir, pero hoy voy a llevar a Ivy a la cena familiar y suelo darle a Ángel los viernes libre. Tampoco me parece bien tenerlo esperando en el coche hasta que terminemos. Él está al tanto de mis horarios y Annie le manda el cronograma de mis reuniones diariamente para que esté esperando en la puerta; yo personalmente le aviso de las modificaciones de última hora o de los imprevistos para que se organice de la mejor manera. Siempre me he preguntado qué hace mientras estoy reunido o en la oficina, si se quedará abajo esperando, si se irá a una cafetería o a su casa. Sea como sea, todos mis trabajadores terminan el viernes por la tarde y tienen todo el fin de semana libre; intento que Ángel también lo tenga.

Llego a la puerta de Just a Date, aviso a Ivy y la espero en el coche. No tarda más de quince minutos en salir; sus dos amigas la despiden con fuertes abrazos, como si viajara a la China y no la fuesen a volver a ver en años.

Su cara cambia por completo mientras se dirige hacia mí; con sus amigas se mostraba risueña y vital y, al subir al coche, ya tiene su particular cara de culo. Dejo el tema correr y le pregunto qué tal le ha ido el día, la semana, por el trabajo. Como es habitual, se limita a contestar lo más brevemente posible. No me devuelve ni una sola pregunta; sé que no le importa cómo ha sido mi semana o cómo me va en el trabajo. A mí tampoco me importa mucho cómo le ha ido, pero intento que nuestra relación sea lo más fluida posible, que nos conozcamos lo suficiente para no parecer dos extraños en cada evento al que vayamos.

Mi abuelo y mi padre no se van a creer que somos pareja. En cuanto la vean, van a sospechar, aunque diga que está nerviosa por conocerlos. Podría haber evitado llevarla a casa hoy, seguir dándole largas a mi abuelo, que no ha parado de insistir en conocerla desde que le dije que me veía con alguien. Esta es la mejor ocasión para ver si podemos engañar a los demás.

La prensa no me preocupa, la mitad de ellos publicarán lo que Kat les mande, pero la gente es otra cosa. Si uno de los directivos cree que fingimos y se lo dice a uno de sus colegas en otra empresa, podrían empezar los rumores, rumores que acabarán con mi plan.

Llegamos a casa del abuelo y, antes de bajar del coche, le hablo de lo importante que es esto.

—Lo de hoy es importante; si podemos engañar a mi familia, engañaremos a todos los demás. Esfuérzate un poco, nadie creerá que estás enamorada si parece que no me soportas.

Su cara de culo cambia a enfado. Es increíble la expresividad de sus gestos, Ivy es como un

libro abierto.

Como siempre, nos recibe Emma, que nos acompaña hasta la puerta del salón, donde espera el abuelo.

—No pareces muy contenta —dice el abuelo después de presentársela. Cuarenta y seis segundos ha tardado en darse cuenta. Esto no va a salir bien.

—Eso es porque no lo estoy. —Giro la cabeza tan rápido hacia Ivy que casi me desnucó. ¿Cómo se le ocurre decir eso?—. Su nieto se empeña en creerse Hamilton y me trae acojonada desde el Soho. Al principio pensaba que lo hacía para impresionarme, pero ahora creo que lo hace para torturarme. Menos mal que vengo con el estómago vacío.

El abuelo me mira con mala cara antes de soltarme una regañina. Quizá me la merezca, pero ella no me ha dicho nada, ninguna de las veces que he conducido yo se ha quejado. Mi sospecha se confirma cuando la miro de reojo y la veo sonreír, y no es una sonrisa tímida, puedo ver toda su perfecta dentadura. Te debo una, querida Ivy.

Nos quedamos en el salón un rato, aún no es la hora de cenar y mi padre no ha llegado. El abuelo monopoliza la conversación acribillando a Ivy con preguntas.

—Robert no nos ha contado nada de ti. ¿Eres de aquí?

—No, soy de Montana. Vine a estudiar, y me quedé aquí.

—¿Qué tal lleva tu familia que no volvieras?

Ivy está rígida, incómoda, el interrogatorio del abuelo no la está ayudando.

—Ya se han acostumbrado.

—¿Te gusta más Nueva York?

—Si no me gustara más, no me habría quedado. Es totalmente diferente; a veces extraño la tranquilidad de una ciudad pequeña.

—¿Y no te planteas volver en un futuro?

Ivy frunce sus labios, y cierra los ojos unos segundos antes de contestar.

—No lo creo, mi vida ahora está aquí, aunque seguiré visitando a mi familia siempre que pueda escaparme.

Mi abuelo asiente conforme. Le ha gustado su respuesta, y le gusta ella. No esperaba este recibimiento, es la primera vez que traigo una mujer a casa.

—Mi nieto me ha dicho que tienes tu propia empresa, una agencia de citas.

—Creía que no le había contado nada de mí —dice con una sonrisa.

El abuelo se ríe con su broma, e insiste.

—No entiendo eso de apuntarse en una agencia para encontrar mujer o marido; en mis tiempos, no había esas modernuras.

—Bueno, la vida ha cambiado mucho en los últimos años —digo para hacerles saber que aún sigo aquí.

—¿Eres una especie de celestina moderna?

—Algo así.

—¿Y cuáles son tus aspiraciones?

Me siento ignorado, ni siquiera me ha mirado ninguno de los dos.

—Bueno, ahora mismo estoy centrada en la agencia. No voy a mentirle; a veces, es bastante duro.

—Te entiendo, ya lo creo que sí. Yo mismo he estado donde tú estás, pero no te desanimes. Con determinación y trabajo, llegas alto.

—Mi intención no es llegar tan alto como usted, me conformo con poder dedicarme a lo que

me gusta, sin pasar faltas.

—¿Pasas faltas? —pregunta antes de endurecer la mirada y volverse hacia mí.

Parece que ahora sí se acuerda de que estoy aquí.

—No, no, claro que no —dice Ivy nerviosa. Yo no estoy tan seguro como ella de sus palabras—. Es una forma de hablar.

—Ivy está bien atendida —digo mirando al abuelo mientras pongo una mano en el muslo de Ivy—. ¿No es así, cariño?

—Mejor, imposible.

—Hablamos de Montana. Hace muchos años que no visito esas tierras.

Le habla de su hogar y poco a poco se va sintiendo más tranquila, cómoda. Su sonrisa ilumina el salón más que todas las lucecitas del árbol navideño de la esquina cada vez que menciona a sus sobrinos.

Gracias al abuelo, en quince minutos he averiguado más cosas de ella que en todos nuestros encuentros. Como que se toca la oreja cuando un tema la incomoda, que le brillan los ojos cuando habla de su trabajo o su familia o lo mona que está frunciendo la boca mientras piensa una respuesta que no llega. Que me hayan estado ignorando me ha servido para observarla a conciencia; tampoco es que tuviera nada mejor que hacer.

Mi padre entra en el salón y es mi abuelo quien hace las presentaciones. Parece realmente encantado con mi falsa novia.

Emma nos avisa para pasar a cenar. Como siempre, estaba todo preparado para cuando llegara mi padre.

En la cena, el abuelo le hace un resumen de todo lo que ha averiguado de Ivy. Veo cómo sus mejillas se sonrojan siendo el centro de atención. Me pregunto si también se sonrojará cuando...

Agito la cabeza para sacar esos pensamientos de mi mente; me centro en la cena, en cómo Ivy ha cautivado a mi padre y a mi abuelo. Es entonces cuando soy consciente de que ninguno sospecha absolutamente nada. Ni siquiera han sido necesarias muestras de cariño. Espero que para el resto del mundo sea igual.

Me uno a la conversación. Ivy está explicando al abuelo cómo funciona su agencia; el abuelo le habla de su experiencia como emprendedor, se ve reflejado en ella. Una mujer valiente arriesgándolo todo por un sueño, por un negocio; es lo mismo que hizo él.

—*Lemon pie*, es mi favorito. Espero que no os importe, pero no me suelen dejar comer postre. Hoy era una ocasión especial, así que pedí que hicieran mi favorito —le cuenta el abuelo a Ivy mientras se mete una cuchara de tarta en la boca.

—Yo soy más del chocolate, pero esta está realmente deliciosa —dice lamiendo la cuchara. Aparto la mirada cuando noto un tirón en mi entrepierna.

Me remuevo inquieto, la falta de sexo me está afectando más de lo que me imaginaba si me excito viendo a una chica lamer una cuchara.

La imagen de Ivy vuelve a mi mente, otro tirón. Si no la saco de mi cabeza me voy a empalmar.

El sonido de un móvil me saca de mis pensamientos, es el de Ivy. Lo mira, lo silencia y lo pone boca abajo. Treinta segundos después, vuelve a hacer la misma operación. La tercera vez le digo que lo coja, que no pasa nada.

Me mira enfadada, ¿dónde está la chica de mirada dulce de antes?

—Estamos en familia, no te apures por nosotros —dice el abuelo moviendo su mano para quitarle importancia.

—Mamá.

—Dime que es mentira, dime que lo que me ha dicho tu hermano es mentira. —Puedo escuchar cómo le grita su madre. Por sus caras, ellos también lo escuchan, a pesar de estar enfrente y no a su lado.

—No es un buen momento. —Ha perdido todo el color. Está tan pálida como el plato.

—¿Que no es un buen momento? ¿Y cuándo lo es? ¿Por qué no me lo has dicho esta mañana? Llevo semanas diciéndotelo, Ivy, ¡semanas!

—Mamá, de verdad que ahora no puedo, cuando llegue a casa te llamo. —Cuelga y pone el móvil en modo avión.

La buena atmósfera que había se ha roto, Ivy está impaciente y nerviosa. Me pregunto si el motivo de la llamada de su madre es que se ha enterado de que está conmigo. Quizá pueda parecer arrogante (dando por hecho de que su madre me conozca), pero salgo bastante en la prensa y es muy posible que así sea. Si es por mí, parece que no le parezco tan buen partido como ella a mi familia.

—¿Es porque se ha enterado de que sales con mi nieto? —Mi abuelo ha pensado lo mismo que yo, él no ha tenido la prudencia de ahorrarse la pregunta. Los viejos son un poco así; con la edad, pierden la vergüenza y la paciencia.

—¿Qué? No. Mi madre está encantada, si quería que lo llevara por Navi... —Se calla de repente y se remueve en su asiento.

—¿Vas a irte a Montana por Navidad? —Me pregunta mi padre muy serio.

Ivy se retuerce las manos bajo la mesa, creo que nunca la había visto así. Sea lo que sea por lo que la ha llamado su madre, le ha afectado.

Siento todas las miradas en mí. No sé qué decir, Ivy no me había dicho nada, en realidad, no hemos hablado nada sobre Navidad. Yo no la he invitado y ella tampoco a mí.

En Nochebuena siempre ceno con mamá y su pareja del momento. Luego salgo con los chicos, por lo que en Navidad no estoy disponible, o aún sigo de fiesta o estoy muerto en alguna cama.

—Aún no lo hemos hablado.

Ivy sigue ausente, con la mirada perdida en su plato, ya no se retuerce las manos, pero sigue jugueteando con ellas.

—Ivy. —Mi abuelo la saca del trance en el que estaba sumida—. Sé que nos acabamos de conocer, pero desde que te ha llamado tu madre estás diferente, más apagada. Si ha pasado algo, si tienes algún problema, puedes decírmelo. Haré todo lo que pueda por ayudarte. Te lo prometo.

Me sorprenden las palabras del abuelo, y me recuerdan a la abuela. Ella siempre fue considerada, cariñosa, y ayudaba todo lo que podía a todo el mundo.

—Se lo agradezco mucho, Roger, pero no es nada importante, solo olvidé... —dice, y se queda callada.

Todos la miramos sin atrevernos a decir nada, esperando que continúe. Mi abuelo y mi padre están tan intrigados como yo. Ivy coge aire, lo suelta despacio. Pongo mi mano sobre las suyas para impedir que continúe retorciéndoselas. Me mira y me pierdo en sus ojos verdes y dorados; nunca he visto unos iguales; quizá, por eso cada vez que los veo tan de cerca me pierdo en ellos. Le doy un apretón para reconfortarla y animarla a continuar.

—Se me olvidó sacar los billetes para el viaje, y ayer, cuando intenté sacarlos, estaba todo agotado. Esta tarde se lo he contado a mi cuñada, ella se lo habrá dicho a mi hermano y él a mi madre. Mike siempre ha sido un chivato.

—No entiendo tu preocupación. Estoy seguro de que Robert te prestará el *jet* de la empresa.

Ivy hace una perfecta o, supongo que aún no se ha dado cuenta de los beneficios que puede

tener siendo la novia de un millonario.

—Claro, cariño. Puedes ir a ver a tu familia en el *jet* siempre que quieras.

—Deberías ir con ella si su familia quiere conocerte; tu madre lo entenderá. —Mi padre ha malinterpretado todo, cree que no voy por no dejar sola a mamá.

Terminamos el postre, el abuelo insiste en tomar un digestivo, no sé si porque quiere aprovechar la visita para beberse una copa o porque de verdad le apetece estar un rato más juntos. Se le ve encantado con Ivy.

Rechazo todos sus ofrecimientos, Ivy no está cómoda desde la llamada. Nos montamos en el coche, y recuerdo los comentarios que le hizo a mi abuelo sobre mi manera de conducir. Si no fuera por lo tensa que está, le enseñaba lo que es correr de verdad. Pongo la calefacción y conecto una lista de reproducción de Spotify.

—No tienes que hacerme ningún favor. —Todo el camino ha permanecido en silencio y, justo cuando empieza una de mis canciones favoritas, le da por hablar.

—No sé a qué te refieres.

—A lo del *jet*. No es necesario.

Continúo conduciendo hasta que llego a un semáforo en rojo. Aprovecho la parada para mirarla: en la oscuridad, las hebras doradas de sus ojos destacan aún más.

—No es necesario, pero irás en el *jet* a Montana, y volverás en él también.

—De verdad que no hace falta, seguro que hay alguna cancelación y...

El pitido de un coche nos interrumpe, el semáforo ya está en verde.

—No, a partir de mañana, el mundo sabrá que eres mi novia. ¿Qué clase de novio sería si dejo que mi novia vaya en avión comercial teniendo un *jet*? —digo con indiferencia mirando la carretera.

Es mi única baza, Ivy parece tan tozuda que es la única forma que se me ocurre de que acepte. Nadie va a cancelar un vuelo en estas fechas. Todo el mundo vuelve a casa, y los aviones van completos.



CAPÍTULO 15

IVY

Esto se me está yendo de las manos, ¿cómo he podido dejar que Brooke me líe, primero con el vestido y después con todo lo demás?

—No puedo ir así.

Me vuelvo otra vez hacia el espejo, y la mujer que veo en él no parezco yo. El maquillaje que me ha hecho Brooke es demasiado, me ha pintado las sombras en negro y plateado, y me veo rarísima. Yo no suelo usar nada más que rímel y *eyeliner* y, cuando he usado sombra, siempre ha sido un tono suave, un rosita, un marroncillo, nada llamativo.

—No te inquietes, vas guapísima. Robert se va a caer de espalda cuando te vea.

Ese no era el objetivo, y no se va a caer de ninguna manera. Ya me dejó bien claro que yo no soy su tipo.

Me coloco bien el corpiño. Nunca me he sentido cómoda con los vestidos; palabra de honor. Precisamente por esto, no me siento segura, pienso que se me va a bajar y me paso todo el rato subiéndomelo.

—No se te va a mover. El vestido lleva unos puntos de silicona para que no se mueva, deja de subirlo.

—No sé yo.

—Vale una pasta, ese no es de los que se mueven. Hazme caso, mira las famosas, cómo van tan tranquilas.

No debí dejarme convencer para comprar este vestido. Es muy bonito, pero no me siento yo. Es algo que no va conmigo desde que me conozco: negro con flecos en plateado, me recuerda a los vestidos de los años veinte. Supongo que por eso me he dejado convencer, siempre me han encantado los vestidos al estilo Gatsby.

—No me cambio porque no tengo nada que ponerme.

Brooke sirve otras dos copas de vino. Esta tarde se ha presentado con un bolso gigante lleno de maquillaje, el rizador, la plancha y dos botellas de vino.

He llamado a Audrey por si se apuntaba, pero no me ha cogido el móvil, aún no me ha devuelto las llamadas. Brooke cree que ha quedado con algún tío, afirma que el otro día vio la *app* de Tinder en su móvil. Si es así, no sé por qué no nos lo ha contado. Todas tenemos nuestras necesidades. Yo prefiero el *satisfyer* a quedar con un desconocido, ese tipo de relaciones tan

impersonales no me van. No obstante, entiendo que todo el mundo no es igual y que lo que a mí no me gusta a otra persona le encanta. Si Audrey quiere usar Tinder, me parece genial.

Brooke me pasa mi copa y brindamos por esta noche. A este ritmo, voy a llegar borracha a la fiesta.

Termino de prepararme el bolso. En esto no le hice caso y me compré un bolso de mano negro, sencillo, que pueda aprovechar en otra ocasión. Me pongo perfume, reservado únicamente para las ocasiones especiales. Para cuando recibo el aviso de Robert de que está abajo esperándome, solo me queda pintarme los labios y ponerme los tacones.

Le echo cara y le pido a Robert acercar a Brooke a su casa, es tarde y me quedo más tranquila dejándola en su puerta.

Con Brooke hablando sin parar, el ambiente es menos tenso que de costumbre. Hasta que nos quedamos solos y vuelve la incomodidad. Esa sensación como cuando te subes en el ascensor con un desconocido y no sabes qué hacer o decir y os quedáis los dos mirando hacia delante sin decir nada, salvo un «hola» al subir y «hasta luego» al bajar, pues igual.

Llegamos a la puerta del hotel, y nada más bajar me encandilan los *flashes*. Los periodistas estaban avisados, y yo también, y seguro que salgo como el culo en las fotos. Nunca he sido demasiado fotogénica. Los *flashes* me ciegan, Robert se da cuenta y me guía haciendo presión con su mano sobre mi espalda.

Entramos al hotel, directamente a la recepción previa a la cena. El ambiente es festivo de un modo sutil, la música no es ni demasiado marchosa ni aburrida. Cogemos dos copas de champán de una bandeja repleta; mientras nos las bebemos, Robert me presenta a un montón de personas.

A pesar de ser trabajo y saber que es todo una farsa, se me hace raro que me presente como su novia. El champán burbujea en mi estómago cada vez que lo oigo.

Algunas caras me suenan de las pocas veces que he ido a su oficina, pero la mayoría son desconocidas y no creo que pueda recordar ningún nombre dentro de media hora. Robert conoce a todo el mundo, y no solo de nombre, a cada persona le ha preguntado por su familia, algún acontecimiento, proyecto, etc. No imaginaba que alguien como él pudiera tener tan buena relación con sus empleados, menos aún después de verlo en aquella primera reunión, cuando se comportó como un jefe estricto y distante.

Kat está en nuestra misma mesa, me pregunto si el resto de los comensales sentados con nosotros están al tanto del engaño. Hasta ahora, todo ha sido bastante fácil, únicamente he tenido que estar colgada de su brazo mientras él saludaba. Justo para lo que me han contratado, para ser una mujer llavero.

La cena no es muy diferente, la conversación se monopoliza con un incidente bastante gordo que ha habido en uno de sus hoteles, así que me limito a cenar y sonreír.

—Vamos a la barra a por unas copas —dice Kat.

—Pensábamos irnos después de la cena. —Su mirada encierra más de lo que dice.

—De eso, nada.

Kat entrelaza su brazo con el mío y tira de mí en dirección a la barra. No me queda otra que seguirle la corriente. Pide dos cócteles; no he oído el nombre, pero están deliciosos. Tres mujeres nos rodean y me hacen el tercer grado con toda clase de preguntas sobre el jefe. Kat no aparta sus ojos de mí, está alerta. Ver cómo me desenvuelvo, si soy capaz de mantener la farsa o si meteré la pata era su intención cuando me ha arrastrado hasta aquí. Muy astuta Kat. Sus miradas de envidia, mientras les hablo sobre mi idílico romance, son más que evidentes y puedo llegar a entenderlas. Robert no es un diez: hasta un veinte se quedaría corto. Es guapo, muy guapo, pero

es su intensa mirada, su sonrisa burlona, junto con su arrogancia, las que lo hacen irresistible. Esa es la importancia de la actitud. Si un feo se cree guapo, la gente lo verá guapo. Por el contrario, si un guapo se ve feo, la gente lo verá feo. En el caso de Robert, es guapo, lo sabe y lo proyecta al mundo, por eso tiene esa especie de aura que lo hace destacar entre los demás. Su casi metro noventa y su pincelada cara también ayudan.

—Me temo que debo robárosela, se está haciendo tarde y tenemos otro compromiso —dice Robert tras de mí mientras rodea mi cintura con sus brazos y besa mi hombro desnudo. Todas miran a Robert, pero Kat me mira a mí, examina mi cara con detenimiento, estudia mi reacción ante el acercamiento de Robert. Me ha pillado tan de sorpresa que no sé si he hecho algún gesto que pueda delatar mi incomodidad.

Debo acostumbrarme a su cercanía y muestras de cariño cuanto antes, y no solo eso, yo también debo comportarme así con él. Esto es más complicado de lo que pensaba, y nunca he creído que fuera fácil. No sé fingir. No sé si estoy realmente preparada para esto, nunca se me ha dado bien actuar.

Son Gini, Jackie y Julia las que se quejan, e insisten en que nos tomemos una última copa con ellas. Suerte que Kat nos echa un capote y podemos irnos sin más dramas.

—Has causado sensación, ahora eres incluso más popular que yo —susurra en mi oído. Desde fuera puede parecer que me esté haciendo una confesión o una propuesta indecente, nada más lejos de la realidad. Al menos, uno de los dos sabe lo que se hace.

Le dedico una sonrisa pícara, soy de las que piensan que un gesto dice más que mil palabras. Por la cara que pone, creo que mi boca no ha plasmado lo que mi mente visualizaba.

—Me ha dado hasta escalofríos.

No puedo evitarlo y le golpeo el brazo. ¡Joder, qué duro está!, ni que fuera Popeye.

—¡Qué agresiva! ¿Eres tan apasionada para todo? —pregunta con esa sonrisa burlona que me provoca ardores.

—Nunca lo sabrás.

—¿Nunca te han dicho eso de nunca digas nunca y...? No me acuerdo cómo sigue.

El frío de la calle inunda mis pulmones, el aire cálido que sale de mi boca forma una nube de vaho frente a mi cara. Me abotono el último botón del abrigo y me subo la bufanda casi hasta los ojos.

Apenas quedan unos días para Navidad, los meteorólogos han predicho unas Navidades nevadas. Sea como sea, yo no voy a estar aquí. Esta mañana le he contado a mi madre que sí que voy a casa, que he conseguido vuelo. No le he dicho que voy en el *jet* privado de Robert. Sé lo que pasaría entonces: me insistirá para que lo lleve, y no, por nada del mundo pienso llevarlo a casa. Las Navidades son para mi familia y para mí, para disfrutar de ellos. No los veo en todo el año, estos días son para nosotros. Quiero jugar con mis sobrinos, consentirlos, llevarlos a patinar, cocinar con ellos y ponerle perdida la cocina a Megan, cocina que limpiaremos mientras tomamos vino y Mike se lleva a los niños a casa de mi madre. Tradiciones que no quiero que nadie interrumpa.

—Me gustaría irme el 19, ¿es posible? —digo una vez en el coche.

—Ya te dije que puedes usarlo cuando quieras. ¿Sabes qué día volverás? Para dejarlo todo programado.

—El 28.

—¿No pasarás Nochevieja con tu familia?

El coche gira a la izquierda en vez de a la derecha, que es el camino a mi casa.

—Por aquí no es.

—Te he dicho que teníamos un compromiso, quiero presentarte a alguien.

—No me habías dicho nada.

No me responde, estoy exhausta y no me apetece nada conocer a nadie más, pero estoy tan cansada que no tengo ganas ni de discutir. O quizá sea el alcohol, que me ha dejado fuera de juego.

Cambia la lista de reproducción. El conejo malo suena por los altavoces; me sorprende su elección, hasta ahora solo había puesto pop o *blues*. No me gusta mucho este tipo de música, sé que está muy de moda, incluso lo nominaron para un Grammy, pero no es lo mío.

Pega un acelerón y el cuerpo se me queda pegado por completo al asiento.

—Pero...

Antes de dejarme continuar, le da volumen a la música desde el control del volante. Da otro acelerón y mi cabeza se echa para atrás como en las escenas en las que los astronautas despegan. Da un volantazo para no chocar con el morro de un coche que asomaba por una calle. No conozco esta parte de la ciudad, pero agradezco que apenas haya tráfico; si fuéramos así por la Quinta Avenida, ya nos hubiéramos estrellado. Vuelve a acelerar, no alcanzo a ver el cuentakilómetros, pero estoy segura de que supera con creces el límite de velocidad. Alzo la mano para aflojar la música y pedirle que desacelere, pero no llego a hacerlo porque da un volantazo, esta vez, mucho más brusco. Mi cabeza choca con el cristal de la ventanilla.

—¡Joder! ¿A ti qué te pasa?

No sé si me ha escuchado. Vuelvo a alzar la mano, pero él me da un manotazo y frustra mi segundo intento por aflojar la música. Empiezo a enfadarme. Da otro volantazo; esta vez, estoy preparada, me he agarrado a la maneta de la puerta y tengo todo el cuerpo en tensión. Volvemos a girar, estamos en el borde de la isla, cerca de los muelles. Coge un desvío y se mete por la paralela al río. Es una carretera de servicio que solo usan camiones, lo sé porque es donde hacen carreras clandestinas, por el poco flujo de coches. Nunca he estado en ninguna de esas carreras, no se me pasa por la cabeza venir ni como espectadora, pero lo han denunciado en la radio un montón de veces. Acelera cada vez más y más. Por fin alcanzo los controles y paro la música.

—¿Qué diablos estás haciendo?

No me contesta, activa la música, pero la vuelvo a parar. No me está mirando, tiene todos los sentidos en la carretera, pero sé que siente mi mirada.

Pisa a fondo el pedal, acelerando aún más.

—¡Ya está bien! ¡Para el coche! ¡Vas a matarme!

Sonríe. No me mira hasta que ha desacelerado bastante. Es entonces cuando se vuelve hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te lo debía. Cada vez que hables mal de mi forma de conducir, ya sabes lo que te espera. Y la próxima vez no pararé tan fácilmente, cariño.

Será cabrón.

El camino a mi casa se hace eterno, sin música, en absoluto silencio. Nos despedimos en la puerta, no sin que antes me vuelva a decir lo mal barrio que es, la tasa de robos y que mi edificio se cae a pedazos. La misma cantinela de siempre, menos mal que no le hablé del atraco que presencié en el súper. Es curioso que, cuando me recoge, no me dice nada, siempre es al dejarme.



CAPÍTULO 16

IVY

Podría acostumbrarme a esto. Los *jets* privados no tienen nada que ver con los vuelos convencionales. Tengo todo un sillón para mí, y no un asiento duro de avión, sino un sillón mullido y confortable en el que podría pasar horas.

Hay una zona con sillones y una mesa en medio, perfecta para comer o trabajar. No es la misma azafata que en la ida, pero se ha comportado exactamente igual, me ha servido una infusión con galletas en cuanto ha terminado el ascenso, y se ha ido, no sin antes decirme que la llame si necesito cualquier cosa.

Hago un video para enseñárselo a Brooke y Audrey, mis descripciones no fueron suficientes para ellas. Voy relatando todo lo que veo, como si ellas no lo estuvieran viendo.

Estoy realmente feliz, necesitaba estos días con mi familia. Megan casi me saca lo del noviazgo falso, me conoce demasiado, no es que me conozca mejor que mis padres y mi hermano, pero ella me hace preguntas que ellos jamás me harían. Cuando me preguntó si era bueno en la cama, mi cerebro me jugó una mala pasada, recordándome uno de los últimos sueños eróticos que había tenido con él. Nunca he sido de soñar mucho y, si lo hago, no suelo recordarlo, pero desde hace unas semanas, cada noche sueño con él, con sus manos, su boca... agito la cabeza intentando sacar esos recuerdos de mi cabeza. Megan vio mi reacción, recordar y agitar, a lo que le siguió un tercer grado que superé por los pelos.

La azafata me avisa para que me abroche el cinturón, el descenso va a comenzar. Miro la hora, hemos tardado menos de lo previsto. Robert no me recoge hasta dentro de una hora.

Mi madre no ha parado de regañarme por no llevarle a casa; prefiero eso que tenerlo allí invadiendo mi espacio. Ninguno ha visto las revistas en las que salgo y no saben quién es él. Solo saben lo que les he contado: que se llama Robert, es director general y poco más. Todos menos Megan, que me ha jurado no decir nada. No me creo que vaya a guardar el secreto con Mike, pero, mientras se asegure de que no se vaya de la lengua, no me importa.

Me sorprendo al bajar del *jet* y ver a Robert esperándome en la pista.

—Pensé que no estarías, hemos llegado antes.

—Has tenido mucha suerte, acabo de llegar.

Nos subimos a la parte trasera del coche, hoy conduce Ángel. Me siento más segura cuando es el chofer quien va al volante.

—¿Qué tal han ido las vacaciones?

—Estupendas, Mike y Billie no me han dejado parar ni un momento, pero he disfrutado con ellos como una niña pequeña. Hemos hecho galletas, pintado piñas, creado guirnaldas con palomitas... También hemos ido a patinar, a la bolera, al mercado navideño y al centro comercial para entregarle la carta a Papá Noel.

—No has parado.

—No mucho, la verdad. Pero, para unos días que tenía con ellos, quería aprovechar.

—Puedes ir cuando quieras, ya te dije que el *jet* está a tu disposición.

Aunque me encantaría poder ir más continuo a verlos, no volveré a pedirle usar el *jet*. Quizá pueda ir algún finde con el dinero de los vuelos que me he ahorrado.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho estos días?

—Vaya, creo que es la primera vez que te interesas por mí.

Me encojo de hombros.

—No te acostumbres, en cuanto se me pase el efecto de mi familia, volveré a la normalidad.

—Podrías quedarte así de simpática unos días más.

El ambiente entre nosotros es cómodo y la conversación fluye. Él también me cuenta qué ha hecho en estos días, que consiste en salir con sus amigos, cenar con su madre y comer con su padre y su abuelo. No hay muchas actividades navideñas, si quitamos la cena de Nochebuena, no hay ninguna.

No puedo evitar comparar este trayecto con el último, cuando me trajo al aeropuerto. Igual que hoy, conducía Ángel. Entonces estaba enfadada y nerviosa, sentía la mirada de Robert constantemente, pero no me atrevía a mirarlo. No dijimos nada en todo el camino, como dos extraños compartiendo un uber.

Todo el buen rollo se esfuma cuando me suelta la bomba.

—Pasarás fin de año conmigo. Me han invitado a una fiesta y ya he confirmado nuestra asistencia.

Yo ya tenía planes para fin de año. Iba a cenar con Audrey y su padre y después recogeríamos a Brooke para ir al Covet, donde veríamos las campanadas y pasaríamos la noche.

—Ya tengo planes.

—Esto es importante.

—Ni siquiera me lo has preguntado. Además, tú pensabas que pasaría fin de año con mi familia. ¿Y si me hubiera quedado allí?

—Habría ido a por ti personalmente. Es importante, Ivy, irá la mano derecha de Barton.

Entiendo que esta batalla la tengo perdida, Barton es el motivo de todo esto. Si su mano derecha estará allí, no me voy a librar. Mi buen humor se disipa, ni un día me ha durado.

—Te lo compensaré —dice.

Mi mente perturbada me manda la imagen de él entre mis piernas. Esa sería una buena compensación. Joder, ¿de dónde viene eso? Agito la cabeza; otra vez, como siga así, me va a dar tortícolis.

Insiste mucho en lo importante que es esa fiesta para él, que todo debe salir bien. Me aconseja ir a algún salón para peinarme y maquillarme para la ocasión. También me dice que no escatime con la vestimenta. Creo que esto está yendo demasiado rápido.

En cuanto llego a casa, suelto la maleta e inicio FaceTime con Brooke y Audrey.

—¿Y no te ha dicho qué fiesta es? Esa noche hay un montón de fiestas por toda la ciudad.

—Eso no ayuda.

—Vamos, tranquilízate. Será igual que la cena de empresa, solo que con etiqueta.

—Estoy cabreada, yo no quiero ir a esa estúpida fiesta. Quiero ir a Covet con vosotras.

Ambas se quedan en silencio, mirándome a través de sus pantallas del móvil. Audrey va en pijama, un pijama de ositos marrones sobre un fondo azul. Brooke lleva un camisón de satén verde con una bata a juego, y yo aún ni me he duchado.

Seguimos hablando un rato más hasta que se me pasa un poco el enfado.

Resoplo, son las ocho y aún tengo que ducharme, deshacer la maleta y preparar las cosas para la reunión de mañana con el informático. Según me ha informado en el correo esta mañana, la web ya está terminada, mañana me la enseñará y me explicará todo. Si estoy conforme, en días estará para abrir al público.

Por esto es toda esta farsa, para mejorar Just a Date, para avanzar. Megan me ha dicho que de una web a una *app* hay un pasito muy corto. Yo no lo veo tan corto, pero pensar que podríamos tener nuestra propia *app* es un subidón.

Estos últimos días han sido una locura.

La reunión con el informático fue genial, y al día siguiente ya estaba en la oficina haciendo las instalaciones del nuevo programa. Volvió a explicar todo el funcionamiento para Brooke y Audrey, especialmente a Audrey: no dejaban de hacerse ojitos. Se intercambiaron los teléfonos con la excusa de actualizar el programa de contabilidad.

Brooke me ayudó a buscar el conjunto, dos tardes de tiendas abarrotadas de gente, como yo, buscando el vestido perfecto para esta noche. Ella estaba encantada, y más aún cuando, al pagar su vestido, comprobé que aún no había agotado el límite. Al principio se resistió, pero no podía no regalárselo. Vi ese brillo en sus ojos en cuanto se cruzó con él; después de todo lo que me ha estado ayudando, era lo mínimo que podía hacer. En realidad, no hice nada, solo pasar la tarjeta por el lector. A Robert no parece importarle lo que gaste en ropa y zapatos, y me insistió en que esta noche debía estar perfecta. Me enfadé bastante cuando me escribió para saber si ya tenía cita para peinarme y maquillarme, no me preguntó por la ropa, supongo que vio los extractos de la tarjeta.

No se tomó bien que fuera Brooke quien me iba a peinar y pintar. Hemos tenido una fuerte discusión, pero no cedí, prefiero a Brooke antes que a cualquier profesional. Ella me conoce, sabe qué me sienta bien, con qué me siento cómoda y con qué no. No quiero una maquilladora que me ponga la cara como una puerta y no me sienta yo misma.

Brooke es realmente buena, podría dedicarse a ello. Sería una perfecta estilista, lo tiene todo: el buen gusto, las manos para peinar y pintar, y su original manera de combinar la hace única. Le he preguntado en más de una ocasión por qué no se dedica a esto, pero nunca me responde, únicamente se encoge de hombros con semblante triste.

—Te vas a volver una pasa —chilla Brooke desde el salón para que salga ya de la ducha, pero es tan reconfortante, los chorros de agua caliente me envuelven y me relajan, y ahora mismo necesito todo lo que me pueda ayudar a relajarme.

No me demoro mucho más. No ha sido por elección: el agua caliente se ha terminado. Me pongo un pijama raído, pero muy cómodo; por alguna razón, me siento mejor con los pijamas pasados, estos que están ya casi para tirar. Una vez leí un estudio en el que decía que vemos las mismas películas y series porque nos hacen sentir seguros, ya sabemos lo que va a pasar, no hay sorpresas ni incertidumbre. También hablaba sobre la importancia del momento en el que la

vieras, si la viste en una buena época, te hará sentir tan bien como entonces. Creo que mi cerebro actúa igual con los pijamas. He pasado por tanto con ellos que me siento mejor con los viejos que con los nuevos, por muy suaves y bonitos que sean.

Brooke me espera sentada en la silla del comedor. Toda la mesa está llena: maquillaje, peines, horquillas, una plancha, un rizador..., ha estado preparando su zona de trabajo mientras me duchaba.

—Vamos, siéntate, no tenemos todo el día. Yo también tengo que arreglarme.

Me siento sin rechistar, y me dejo hacer.

Han pasado tres horas, Brooke ya ha terminado conmigo.

Me ha recogido el pelo en un semirrecogido, solo unos pocos mechones sueltos enmarcan mi cara, el resto cae por la espalda: una cascada de perfectas ondas. Con el maquillaje se ha superado, mis ojos brillan más que los diamantes; esta vez, las sombras van en una escala de grises, desde la ceniza hasta el plateado. Y los labios en rojo. El rojo siempre ha sido mi color.

Me enfundo en el precioso vestido de terciopelo negro, que parece seda de lo suave que es. No sé si voy a estar cómoda sin sujetador, pero, con el profundo escote, no es una opción. Simula un fajín bajo el pecho, del que cae un pliego de tela hasta donde empieza la raja de la falda. Sobre el fajín cae otro pliego mucho más corto, no es más grande que mi mano. La tela es una pasada, según la luz, se ve negra o plateado oscuro, incluso parece un poco escamosa. El pecho derecho está cubierto por la misma tela, creando un efecto envolvente, como si entrara por el pecho y saliera desde detrás rodeándome la cintura. Los zapatos y la cartera son negros, lisos, sencillos, para no robar protagonismo al vestido.

—¡Oh!, estás impresionante —dice Brooke cuando me ve.

Solo he añadido a su obra unos pequeños pendientes de plata pegados al lóbulo y mi perfume favorito, Good Girl, de Carolina Herrera, reservado para ocasiones especiales. Aspiro el olor de mi muñeca, ojalá pudiera oler así siempre. A diario uso alguna colonia de imitación del 7-Eleven, aunque no pueda igualar a Good Girl, están muy bien y son muy económicas.

—Tú también estás espectacular.

Brooke se ha arreglado en mi casa. Aún no se ha puesto el vestido, pero hasta con ropa de diario se ve guapísima. Se ha recogido todo el pelo como siempre que sale. Prefiere llevarlo recogido y bien a llevarlo suelto y que, en cuanto se pegue dos bailes, se le vaya al traste.

—Y aún no me he puesto lo mejor —añade refiriéndose a su vestido entero de lentejuelas diminutas.

—Tienes que ponértelo antes de que me vaya —digo cuando veo que Robert me recoge en unos quince minutos y a ella aún le queda un rato.

No es la primera vez que Brooke se queda en mi piso sola. No es algo que me preocupe, es una de mis mejores amigas y tengo confianza en ella de sobra. Hace unos años, la primera vez que rompió con Jake, ellos compartían piso y fue ella la que se marchó. El muy cabrón se negó a irse. Era un buen piso y la renta aún mejor, a Brooke le costó meses de búsqueda dar con él. Tuvo que elegir entre volver con sus padres o vivir aquí una temporada, y se vino conmigo.

Es curioso cómo la misma situación o época puede ser totalmente diferente para dos personas. Para mí, vivir con mi mejor amiga fue una de mis mejores épocas, ese tiempo nos unió mucho más. Pero para ella fue uno de sus peores momentos, y no solo por tener el corazón roto, no se sentía bien viviendo aquí sin pagar alquiler. Solo compartimos los gastos de comida, luz y agua, yo tenía que pagar el alquiler igual, con o sin ella, y sabía que necesitaba ahorrar para poder empezar de nuevo. Se sentía estancada a nivel profesional, amoroso y personal. Recuerdo que

fue en una de nuestras profundas conversaciones de esa época cuando surgió la idea de Just a Date.

—Por supuesto, dos minutos para ponerme el rímel y el labial, otros dos para ponerme el vestido, y nos quedan diez para echarnos fotos. No pongas esa cara. Ya que no vamos a pasar la noche juntas, quiero fotos para ver lo guapísimas que vamos. Te imaginas las caras de nuestras hijas cuando las vean, no se lo creerán.

—Cada año vamos guapísimas, lo único diferente son los vestidos. Ahora hay muchas facilidades, podríamos haber alquilado unos vestidos así solo para esta noche.

—¿Por qué no se te había ocurrido hasta ahora? —me recrimina mientras se quita el exceso de pintalabios con un papel.

—Porque no pienso gastarme 300 o 400 dólares en alquilar un vestido solo para una noche.

—Eres una aguafiestas. Pues yo no lo descarto para el año que viene —dice con mirada soñadora sacando el vestido de su funda.

—Puede que puedas intercambiar tu vestido. Como con las webs de intercambio de casas para vacaciones, seguro que hay alguna web para eso.

Brooke me mira con la misma mirada que tiene una niña pequeña la mañana de Navidad abriendo sus regalos.

—Pienso investigarlo. Y no descartes que yo misma cree una web para ello si no la hay.

—No espero menos de ti —digo mientras me coloco a su lado frente al espejo de cuerpo entero que tengo pegado a la puerta del armario.

Sí que estamos como todos los años, pero diferentes. Puede que sean los vestidos o puede que sea nuestra ilusión los que nos hacen vernos diferentes, más bonitas. Nos echamos fotos sin tregua hasta que Robert me avisa. Brooke me ayuda a ponerme el abrigo y me da un abrazo. No sé si estoy preparada para entrar en el mundo de Robert, y necesito todos los ánimos que pueda recibir.



CAPÍTULO 17

ROBERT

Ivy no está preparada para hoy. No ha tenido tiempo para amoldarse, lo sé. Ella no es como yo, que estoy acostumbrado a mostrarme como la situación lo requiera para conseguir mi objetivo.

Solo hemos salido una vez. «Parece más cómoda sin ti que contigo», fueron las palabras de Kat al día siguiente de la cena. Me ha sugerido que acuda solo a la fiesta, pero ¿qué imagen daría? No la de un hombre enamorado.

Ivy sale del portal, lleva el mismo abrigo negro que llevó a la cena de empresa. Siento el enfado forjarse en mis entrañas. Le dije explícitamente que era una noche importante, que se arreglara para la ocasión. Me ha ignorado. Me fijo en los zapatos y el peinado; es lo único que puedo ver, por el abrigo y la gran bufanda, que le tapa media cara. El peinado no sé cómo catalogarlo, no entiendo demasiado, pero los zapatos son los mismos que llevan las chicas a la oficina.

Mi enfado aumenta por momentos.

No es hasta que se sube al coche y se quita esa monstruosidad de bufanda que le veo la cara completa. Va más maquillada de lo habitual, pero llevo mucho tiempo yendo a este tipo de eventos, todas las mujeres se pasan la tarde en peluquerías y estilistas para estar perfectas e impecables; todas menos Ivy.

—¿Eso es todo? ¿Un poco de brillantina y unos labios rojos? —digo borrando su bonita sonrisa de su cara.

—Sí, esto es todo. Pero, si no te parece suficiente... —contesta alzando la mano hasta la maneta para abrir la puerta del coche.

—¿Así que ese era tu plan? No arreglarte lo suficiente para escaquearte. Muy lista, no obstante, no te vas a salir con la tuya: irás así.

Ivy no se molesta en contestar. Se pone el cinturón mirando hacia delante y se cruza de brazos.

Estoy cabreado. Muy cabreado. La noche no ha empezado bien. Esta noche es importante, lo sabe y no le ha importado. No solo eso, no se ha arreglado lo suficiente para intentar escaquearse e irse con sus amigas.

Pongo música y me centro en la carretera; no quiero pensar que esto va a salir mal, que alguien se dará cuenta de que fingimos. Smith estará con su esposa; si alguno detecta algo raro, todo habrá terminado antes de empezar.

Llegamos al hotel. Me bajo, le doy las llaves al aparcacoches, camino hasta la puerta del copiloto. Ivy estropea mi perfecto plan de abrirla la puerta y ayudarla a bajar; para cuando volteo el coche, ella me espera junto a la puerta, acomodándose la bufanda.

Le ofrezco el brazo y tengo que insistirle para que lo agarre.

—Intenta al menos fingir que estás alegre.

—Hubieras contratado a una actriz —dice con una radiante sonrisa. ¡Qué bien se le da sonreír cuando lanza sus pullas!

Respiro hondo, me preparo para lo que espera dentro.

Cruzamos el vestíbulo en silencio; entre tanto bullicio, tampoco nos escucharíamos sin gritarnos. Me fijo en la ostentosa decoración navideña, tan exagerada como estrambótica. Me sorprende que un hotel como este aún tenga la decoración de Navidad para Nochevieja. Las guirnaldas rojas y doradas están por todas partes, la recepcionista casi no tiene espacio en el mostrador para colocar los papeles que un cliente trata de firmar con tantos adornos, elfos, Papás Noel, renos..., parece que lo ha decorado un niño pequeño. Esto no pasa en mis hoteles, hay todo un departamento dedicado a la decoración. Y el día 26 se retira la decoración navideña para dar paso a una más acorde con el fin de año.

La fiesta es en el salón principal, en la planta de arriba.

Salimos del ascensor y el ambiente es totalmente diferente, mucho más sencillo y sofisticado. Seguramente, la organizadora del evento haya contratado a sus propios decoradores, porque hay una diferencia abismal.

Hay un ropero improvisado en el que dejamos nuestros abrigos y la bufanda. Me fijo en el *look* de Ivy, es un vestido bonito, le queda muy bien y realza sus delicadas curvas, pero no sé si estará a la altura. El año pasado salí con Jack y Eric y todas las chicas que conocimos iban con vestidos de lentejuelas; lo recuerdo porque Eric no hacía más que protestar cada vez que rozaba a alguna chica y las preciosas lentejuelas le frenaban.

Pongo mi mano en su cintura, dejando apenas unos centímetros entre nosotros. Nada más cruzar las puertas, me inclino hacia su oreja para repetirle lo importante que es esta noche. He esperado hasta este momento apostando, quería que se nos viera en esta posición. Le doy un beso en la mejilla antes de volver a erguirme.

Hay muchos conocidos en la fiesta, nos lleva casi una hora saludarlos, presentar a Ivy y tener una corta conversación de cortesía. Ivy ha estado encantadora con todo el mundo, excepto conmigo. Son muchas las mujeres que la han felicitado por su *outfit*. La esposa de Balance ha identificado el diseñador y la nueva novia de Karson le ha pedido el número de su peluquería. Quizá me he dejado llevar por mis miedos, Ivy lo está haciendo muy bien y lo cierto es que se ve preciosa, radiante, como las chicas de los anuncios de perfumes que tanto se ven en esta época del año.

—Lo siento. Quizá me equivoqué, estás preciosa —digo muy cerca de su oído para que solo me oiga ella.

Me ha costado una hora admitir mi error. El enfado me ha cegado, es uno de mis mayores defectos; cuando estoy enfadado, no puedo razonar ni pensar con claridad. Pero con el tiempo me enfrió, mis enfados se van tan rápido como vienen, y nunca me he avergonzado por tener que pedir perdón cuando me equivoco. Solo los cobardes o estúpidos se niegan a admitir sus errores, y no me considero ni cobarde ni estúpido.

—¿Exactamente qué es lo que sientes? —Se gira para quedar frente a mí. Se acerca, quedando su boca tan cerca de mi mejilla que puedo sentir su aliento al hablar—. ¿Haberme dicho que no

iba lo suficientemente guapa para ti? ¿Cuestionar el trabajo de Brooke? ¿Crear que intentaba escaquearme? ¿Comportarte como un imbécil conmigo? —Se aleja un poco, solo unos centímetros, para colocarse justo delante de mí.

Me muerdo el labio inferior, este no es lugar para hablar de todo eso. Me quedo mirando sus ojos, parecen estar más llenos de vida, y me pregunto si será su evidente enfado o la brillantina. Le cojo la barbilla con mi mano y tiro suavemente hacia arriba para dejar su boca a mi alcance. Y la beso. Solo un suave roce. Cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo, veo que ese brillo es aún más intenso: era el enfado lo que los hacía brillar. Me gusta ese brillo.

—No vuelvas a hacer eso.

Estoy seguro de que, de haberme demorado más en el beso (si es que a eso se le puede llamar beso), se habría apartado y habríamos quedado en evidencia.

—¿No te ha gustado? Te recuerdo que eres mi novia, y estamos locamente enamorados.

Otra vez ese brillo. Es como un incentivo para provocarla.

—Te agradecería que me avisaras la próxima vez —dice después de abrir y cerrar varias veces la boca.

—Te aconsejo que te acostumbres a las muestras de cariño entre nosotros, querida.

Pone los ojos en blanco.

Los Fiyeral, una pareja encantadora y amigos de mi padre, nos interrumpen y nos entretienen más de lo habitual. La señora Fiyeral le ha preguntado por su trabajo y está muy entusiasmada contándole todo sobre su agencia. Ivy tiene ese brillo especial cada vez que habla de su agencia, lo vi cuando me habló de Just a Date por primera vez, pero no me percaté hasta que volví a verlo cuando le habló al abuelo de ello. Y ahora.

Ivy es una chica increíble, no todo el mundo tiene el valor de abandonar el confort de un trabajo estable y arriesgarse con una empresa como la suya. Me recuerda un poco a mi abuelo; él empezó así, desde la nada, solo con un hotel rural y, poco a poco, con esfuerzo y trabajo, llegó a ser un gran hotelero a nivel nacional.

Fiyeral la escucha con total atención. Su marido me invita a un *whisky* en la barra más cercana mientras las mujeres conversan.

Tres copas más tarde, me veo obligado a interrumpir. Apenas quedan unos minutos para las doce y no quiero estar con el señor Fiyeral cuando eso ocurra. Guío a Ivy hasta el lugar adecuado, cojo dos copas de champán de la bandeja de uno de los muchos camareros que las están repartiendo para el brindis.

—No estamos aquí porque sí. Mira a tu derecha —susurro solo para ella. No quiero que nadie me escuche—. El hombre regordete, de unos cincuenta, acompañado por la mujer rubia, con vestido verde, de unos cincuenta también. Son los Smith: por ellos estamos aquí. Cuando den las doce, brindaremos, y te daré un beso, y esta vez te besaré de verdad.

Ivy da un largo sorbo de su copa, casi la agota. Podría ver su incomodidad desde un kilómetro. Si esto no sale bien, adiós a mi lavado de imagen.

—Ivy.

—Lo sé, lo sé, esto es importante. Estoy preparada.

Cinco minutos más tarde, ambos brindamos con dos nuevas copas, nos bebemos todo el contenido de golpe y las dejamos en la barra.

Ivy me mira impaciente, no mentía cuando me dijo que estaba preparada, para ella será como cuando se depila: cuanto antes le den el tirón, mejor.

Rodeo su cintura con mis manos. Siento la calidez de su cuerpo a través de la suave tela del

vestido. La atraigo hacia mí sin romper el contacto visual, nuestras miradas están conectadas desde que dejamos las copas. Inclino la cabeza y su boca roja, brillante, queda expuesta para mí.

La beso, un beso suave, tranquilo, nuestros labios están enlazados, pero nada más. Al principio, pensé en besarla de verdad, devorar su boca y beber de esos labios carnosos que me han estado provocando toda la noche, pero mi relación con Ivy ya es demasiado tensa para complicarla más aún.

Después de un tiempo, me separo de ella. Está sorprendida, supongo que no esperaba que fuera tan considerado. Sus ojos son como dos ventanas a sus pensamientos, o su corazón, según se mire. Son tan expresivos que no necesita hablar. Hasta ahora, he podido ver el enfado, la ilusión y la sorpresa. ¿Qué más emociones seré capaz de ver?

Ivy y yo nos quedamos un rato en el mismo sitio, tomando una copa y bailando. Ella baila, mientras yo la miro contonearse al ritmo de Taylor. Evita que nuestras miradas se encuentren, pero me mira constantemente para comprobar si la sigo mirando. Y así es, no he dejado de observarla como un bobo enamorado desde que ha empezado a bailar hace tres o cuatro canciones. Me ha preguntado con una sonrisilla nerviosa que si pasaba algo si bailaba. Se ha estado conteniendo toda la noche, en estas fiestas, la gente no baila, solo viene a lucirse, hablar con sus colegas y hacer contactos.

Mucha gente piensa que los grandes empresarios hacen lo que quieren, pero no es así: la mayoría somos tan esclavos del trabajo como el resto, más aún. Aquí no hay horarios, días festivos o vacaciones. En mis últimas vacaciones, tuve que volver a los dos días por un incidente en uno de los nuevos hoteles. Y aquí estoy en Nochevieja, comportándome como un enamorado solo para que un anticuado dinosaurio me considere decente para una reunión.

Cambia la canción a una mucho más tranquila. Ivy me mira y se acerca a mí, despacio y sigilosa como una gacela, hasta que se tropieza con su propio pie y cae sobre mí. Su risa inunda mis oídos y me provoca un remolino en el estómago. Creo que es la primera vez que la oigo reír así.

—Ya te he dicho que no valgo para esto —dice una vez que deja de reír—. En mi mente, yo me acercaba a ti, te susurraba al oído que bailarás conmigo; entonces, tú rodeabas mi cintura y empezábamos a bailar al ritmo de Elton. Pero he acabado con la cara empotrada en tu pecho. — Se muerde el labio para no volver a reírse. ¿En qué momento se ha vuelto tan jodidamente sexy?

—Aún estamos a tiempo —digo acortando la poca distancia que nos separa y cumpliendo con su petición de rodearle la cintura y bailar con ella.

Bailar, lo que se dice bailar, no es, solo nos contoneamos a derecha e izquierda al ritmo de la música. No soy muy buen bailarín, qué se le va a hacer, no se me puede dar todo bien.

Ivy apoya su cabeza en el hueco bajo el hombro. Me inclino un poco y mi nariz roza su cabello: huele dulce y a champú. Recorro su espalda con mi mano, subiendo y bajando por su columna. No ha sido un gesto meditado; en realidad, no he sido consciente de lo que estaba haciendo hasta que casi ha terminado la canción.

Una nueva canción, un nuevo ritmo, más movido. Ivy vuelve a su contoneo de antes, lejos de mis manos, que pierden la calidez de su contacto. Su contoneo es el mismo que hace un rato, pero ahora la veo más sensual. No dejo de imaginarla bailando así solo para mí, desnuda.

—Robert. ¡Qué sorpresa! —Conozco esa voz, la llevo escuchando años, y no es ninguna sorpresa para ella.

Estoy seguro de que solo ha venido porque alguno de mis amigos se habrá ido de la lengua. Ella no viene a estas fiestas, no son lo suyo; a ella le van más las fiestas donde la droga y el

alcohol circulan sin freno.

Me giro hacia ella. Está perfectamente vestida, peinada y maquillada, como siempre. Pura perfección.

—Dafne. No esperaba verte aquí.

—Me han invitado, y no he podido negarme. Hace mucho que no nos vemos, demasiado. —Mira detrás de mí. Sus ojos recorren de arriba abajo el cuerpo de Ivy. Vuelve a mirarme, con su sonrisa burlona, que conozco tan bien—. ¿En serio, Robert?

Me pongo tenso. Dafne siempre ha sido una leona, dentro y fuera de la cama. Nunca ha llevado bien compartirme con otras, aunque nuestra relación siempre ha sido informal, casual. Yo nunca le pedí exclusividad y nunca se la ofrecí. Pero ella siempre intentaba marcar territorio, ahuyentar a mis otras amigas o posibles ligues. Sin embargo, no esperaba que se colara en una fiesta en la que estoy con Ivy para intentar ahuyentarla.

—Dafne. No es el momento. —Temo que monte una escena. Aquí, en el peor de los momentos, con los Smith como espectadores.

—¿Quién es ella? —Escucho la voz de Ivy a mi lado.

—Soy Dafne, ¿y tú eres...?

—Ivy. Su novia.

¿He aquí otra gata?

—Por ahora —dice Dafne adelantándose.

Tengo que parar esto ya.

—Ha sido un placer, Dafne, pero...

—No creo que hayas encontrado el placer que suelo darte en nuestros encuentros, Robert.

—¡Dafne, ya! No sé qué pretendes, pero no te vas a salir con la tuya.

Cojo a Ivy de la mano, y nos vamos a la terraza, que está totalmente acristalada, la temperatura es la misma que dentro. Está llena de lámparas, que cuelgan del techo y dan una luz tenue bastante acogedora.

Ivy está seria, más de lo habitual. Espero que me diga lo que tenga que decir, pero no lo hace, se limita a mirar por la ventana.

—Ivy. Dafne es...

—No tienes que darme explicaciones —me interrumpe dándose la vuelta; sus ojos parecen tristes. Quizá no sepa leerla tan bien como me creo—. No me importa quién es o quién es para ti, pero en el contrato está muy claro que no tendríamos relaciones con otras personas. Has incumplido.

—No —ahora soy yo quien la interrumpe a ella—. No he vuelto a verla desde que firmamos el contrato.

—No es eso lo que me ha parecido —dice levantando el mentón de forma desafiante.

La gatita vuelve a sacar las uñas. Por un momento, pensé que las sacaría con Dafne, pero no, se ha limitado a encogerse y esconderse. Me gusta mucho más la Ivy peleona.

—Pues es así. No he incumplido el contrato.

Nos quedamos en silencio.

Mirándonos el uno al otro.

Por un momento, solo estamos nosotros dos en medio de un sinfín de luces brillantes, solos, sin nadie que nos mire, que nos juzgue; sin tener que fingir.

Se muerde el labio otra vez, y siento la necesidad de acercarme más a ella, de acariciar ese labio con mis dedos.

—Anderson —me giro hacia la entrada, ahí está Smith—. ¡Oh!, lo lamento. He estado buscándole, un conocido me dijo que lo había visto entrar, pero no me dijo que estaba acompañado.

Me alejo de Ivy, pero no lo suficiente como para que su calor me abandone. Le agarro la cintura y la coloco a mi lado.

—Smith. No se preocupe, tenemos toda la noche por delante —digo con mi mejor sonrisa antes de apretar un poco contra mí a Ivy, gesto calculado que no pasa desapercibido ante Smith—. Esta es Ivy Walker, mi novia.

—Encantado de conocerla, está usted preciosa esta noche.

—Gracias.

—Señor Smith, no creo que a su esposa le guste enterarse de que anda por ahí adulando a otras mujeres.

—¿Celoso, Anderson? —se burla divertido, pero sé lo que trata de hacer.

—Para nada —digo, sin embargo, con mi gesto de atraer más aún a Ivy le muestro lo contrario. Smith sonríe satisfecho—. No le hacía tan lejos de su hogar, ¿qué le trae por aquí?

—Placer. He venido con mi esposa a visitar a unos amigos. Me consta que tienes una reunión fechada con Mr. Barton; estoy seguro de que mi presencia aquí te habrá inquietado, ya debes de estar al tanto de todo. Espero que no te haya arrastrado a esta fiesta solo para vigilar que no hago contacto con los competidores —dice esto último a Ivy, y hace saltar mis alarmas.

Hasta ahora, no me había planteado que Barton estuviera interesado en mis competidores, pero...

Debo hacerme con la lista de invitados.

—Lo cierto es que he sido yo quien ha insistido en venir. De todas las invitaciones que ha recibido para esta noche, esta era la más tranquila. Nunca me han gustado las fiestas desenfundadas —dice Ivy. Me sorprende, me echa un cable enorme, porque nadie que me conozca lo más mínimo se creería que yo he elegido venir a este muermo de fiesta.

—Ya ve, no puedo decirle que no a esta carita —le doy un beso en la coronilla.

Asiente y, después de hacer una broma, se despide y nos deja solos de nuevo.

Nuestro trabajo aquí se ha terminado.

—Una última copa y nos vamos.

Ivy saca el móvil del bolso, lo mira.

—Aún es pronto.

—¿Quieres quedarte?

—Odio esa manía tuya de interrumpirme constantemente. Mis amigas están en el Covet, ¿me dejas allí? —Me pone ojitos. Y dice que es una mala actriz.

—Si me lo pides así...

—Gracias. Al final, sí que voy a pasar una buena Nochevieja —dice para nadie en particular, con una sonrisa de oreja a oreja.

Me subo en el coche, y lo primero que hago es mandar un wasap por el grupo.

Ivy

¡Chicas! Al final sí que vamos a tener la noche que planeamos. Ya hemos terminado aquí, Robert me lleva al Covet. En un rato estaré allí con vosotras.    

Brooke

¿Cuándo ha dejado de ser Anderson para ser Robert? Te esperamos. 

¡Mierda!, se me ha escapado. Joder, ahora me van a dar el coñazo con eso.

Me miro en el espejo del coche, con las prisas por irme, no he pasado por el baño. El espejo es demasiado pequeño, pero me veo lo suficiente para retocarme los labios. Con el resto no puedo hacer nada y tampoco hace falta, el maquillaje está perfecto.

Mi móvil vuelve a sonar anunciando un nuevo mensaje.

Audrey

Ya llevan varias citas.

Brooke

Parece que cogen confianza.

Ivy

Os habéis puesto de acuerdo para molestarme.

Audrey

¿Eso te molesta?

No hemos dicho nada malo.

Brooke

¿Ha pasado algo esta noche?

Audrey

Es raro que hayan terminado tan pronto.

Guardo el móvil y miro por la ventanilla. La ciudad rebosa vida esta noche. Siempre hay ambiente, incluso los días de diario, pero lo de las noches como esta es brutal. La gente va cantando y bailando por la calle, todos los pubs y discotecas están llenos. Hay fiestas privadas por toda la ciudad. ¡Nueva York es tan diferente de Billings!, allí la vida es más tranquila, más familiar y, por una parte, la echo de menos, pero por otra me encanta el ajetreo, el bullicio.

—¿Me invitarás a una copa después de hacerme recorrer media ciudad para llevarte con tus amigas? —interrumpe mis divagaciones.

—No creo que un ricachón como tú necesite que yo lo invite.

Suelta una carcajada.

El ambiente entre nosotros es relajado, nada que ver con la tensión que había al principio de la noche. Poco a poco se ha ido disipando, incluso he estado a gusto el rato que he estado bailando, hasta que esa tal Dafne nos ha interrumpido.

Ahora entiendo por qué me dijo que nadie creería que yo era su novia. Dafne y yo somos como la noche y el día. Esa chica se ve superficial, iba supermaquillada y peinada, apuesto a que ha pasado por el quirófano más de una vez. No me sorprende que a Robert le gusten ese tipo de chicas tan perfectas; los hombres como él es lo que suelen querer. Imagino los hijos que saldrían de esa unión; imágenes de figuras de hielo invaden mi mente, esculturas preciosas, perfectas, dignas de admiración, pero frías como un témpano.

—Mi plan de esta noche se ha esfumado. No me quiero ir a casa tan pronto.

—¿Y tus amigos?

—Esa no es una opción.

Me pregunto por qué. ¿Se habrán ido de la ciudad? A Las Vegas, quizá, o le da miedo acabar protagonizando otra portada por correrse una de sus juergas con ellos.

Aviso a las chicas por WhatsApp que él se quedará un rato. Ninguna dice nada, y esa es la reacción que más miedo me da.

Llegamos y Robert ni se molesta en buscar aparcamiento: lo mete directamente en un *parking*, y no me extraña, con el dineral que cuesta el coche. Megan lo buscó estas Navidades, también cuánto cuesta mantenerlo: solo el cambio de cubiertas cuesta más que mi alquiler de varios meses.

Cuando entramos en el club ya son las dos pasadas. El achispamiento del champán se me ha pasado y la presencia de Robert me incomoda bastante.

No nos cuesta demasiado dar con Brooke y Audrey, que bailan con tres chicos. Robert frunce el ceño, ¿qué esperaba, mojigatas sentadas en un taburete con tristes copas como compañía?

Mis ojos se abren al máximo cuando veo quién baila con Audrey: el informático. Vaya, vaya, qué calladito lo tenía.

—¿Este era tu plan para esta noche? —me pregunta de mal humor. ¿Dónde ha ido el Robert amable de hace un rato?

Sin decir nada más, se va a la barra. Vuelve con dos copas, un whisky para él y un vodka con tónica para mí.

Mientras yo estoy bailando, él está junto a la barra mirándome. Pero, por alguna razón, no me siento como hace unas horas, cuando yo bailaba y él miraba. Me siento bastante incómoda, y cada vez que alguno de los chicos me dice algo, pone mala cara.

Después de aguantar su mal humor durante largos quince minutos, tomo cartas en el asunto.

—¿Qué te pasa?

—No sé por qué lo dices.

—Para estar así, mejor te vas.

—No pienso ir a ninguna parte sin ti.

Una promesa que cumple hasta que, cansada de sus miradas reprobatorias desde la barra cada vez que me estoy divirtiendo, me quita las ganas de todo y decido irme. He intentado ignorarlo, hacer como si no estuviera y divertirme con mis amigas, como tenía planeado, pero me ha sido imposible. Sentía su mirada como si fuera de rayos láser. Encima, Brooke se ha estado bebiendo mis copas, así que la idea de usar la bebida para que todo me importe tres rábanos y la idea inicial de ignorarlo tampoco han salido bien.

Al final, ha vuelto a joderme la noche.

Brooke

Tengo una resaca impresionante.
¿Alguna tiene mi pintalabios?
Por favor, no me digáis que lo he perdido.

Ivy

No me extraña. Anoche te estabas bebiendo hasta el agua de los floreros.
Me robaste tres copas, y eso que no te gusta el vodka.

Brooke

Porque tu novio no dejaba de pedírtelas. Y mi cartera estaba vacía.

Ivy

No es mi novio.

Brooke

¿Estás segura?

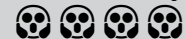
Ivy

No sé a qué juegas.
¡Audreeeeeey! ¿Estás viva?

Brooke

Estará retozando con Kirt.
Anoche se fueron juntos, después de comerse la boca.
Me dejó sola.

Ivy



Brooke

¿Esas caras son por el lío o porque me dejó tirada, la muy perra?

Ivy

Lo segundo.

Brooke

¿Y tú? ¿Terminaste retozando con Robert? 🙄

Paso de contestar. Se cree que porque le he llamado por su nombre de pila me voy a acostar con él.

Anoche fue todo como una montaña rusa. Primero, me enfadé por su actitud de mierda respecto a mi aspecto. Aún no se lo he contado a Brooke, pero ya la veo llamándolo para montarle un pollo, por tratarme así y por desprestigiar su obra.

Poco a poco, el ambiente entre nosotros se fue relajando, hasta bailamos una lenta. Me enfadé cuando Dafne insinuó que se acostaban, aún no sé por qué me enfadé tanto. Yo quería que me

respetara como novia falsa, no ser la cornuda de América. De seguir liados, nadie se ha enterado; hasta hace un par de semanas, nadie sabía que éramos pareja, en realidad. Todo quedó en un malentendido y, cuando Smith nos sorprendió, actuamos tan bien que se fue creyéndonos enamorados. Fue un subidón, creí que me pondría nerviosa, que me pasaría como cuando actuaba en los teatros de fin de curso del colegio y la cagaría, pero no.

Después, su presencia en el Covet, junto con su actitud de mierda, estropeó la noche. Lo peor fue que, cuando nos fuimos, pensé que podría tener la noche que quería, la que había planeado, un rayo de esperanza que me dio para luego fulminarme.

Audrey no contesta hasta después del almuerzo.

Audrey

Es raro que vinieras y te fueras con él. Que pidiera y pagara todas tus copas. Y que no te quitara los ojos de encima. A Chris, le gustaste, pero no se atrevió ni a acercarse por miedo a que tu perro guardián le mordiera.

Audrey se ha unido al *team* de Brooke.

Brooke

Estos están liados, te lo digo yo, que tengo un sexto sentido. ¿Y tú qué tal con el teclitas?

Audrey

Tu sexto sentido se averió el día que conociste a Jake. Pues solo hemos dormido dos horas.

Brooke

No me recuerdes a ese desgraciado. Mmm... noche de sexo desenfrenado. ¿Cómo la tiene?

Audrey

Y tan desenfrenado. 🍷🍷🍷

¡lvyyyyy! ¡No nos has contado cómo te fue anoche!

Ivy

La noche no empezó bien, me acusó de no ir lo suficiente arreglada, pero luego se dio cuenta de su error y me pidió disculpas.

Brooke

Chico listo.

Un punto para el tío Gilito.

Ivy

Después de las uvas, bailamos un rato.

Yo bailé, hasta que una de sus amantes apareció por allí.

Audrey
No jodas.

Ivy
¡Vaya!, la tal Dafne no se cortó un pelo.
Además de decir a las claras que se acostaba con él, insinuó que yo no le daba el placer que ella la da.

Brooke
Será zorra la duquesita malvada.

Audrey
No creo que ese encuentro fuera casual.

Brooke
Yo tampoco, esa fue a intentar meter mierda.

Audrey
Está acojonada porque nuestra Ivy le ha robado el novio.

Brooke
¿Por qué lo invitaste a venir?

Ivy
Yo no lo invité, me dijo que si lo invitaba a una copa.
Le pregunté si no tenía un plan mejor, y me dijo que no, que no tenía nada que hacer, así que me dio palo negarme a que se tomara una copa con nosotras.

Audrey
Vaya, parece que le vas tomando cariño.

Brooke
Quién te ha visto y quién te ve. Pensando en el pobre tío Gilito, sin plan para Nochevieja.

Ivy
Sois unas pesadas.

Dejo el móvil, que sigue iluminándose cada vez que recibe un mensaje. No lo miro hasta después de una ducha, con el pelo aún húmedo y la piel roja del agua caliente. Cincuenta y ocho mensajes del grupo «Las nenas pueden con Mojo». Uno de Robert. Es una imagen; rectifico, es una captura de pantalla.

Reenvío el pantallazo con el mensaje: «Mensajito de buenas noches de Anderson».

Audrey

Este tío es imbécil. ¿Qué espera?

Ivy

Que me encierre en una caja fuerte y tire la llave al río.

Brooke

Está celoso. 🙄🙄🙄

Ivy

No me hace ninguna gracia.

Audrey

No es para menos.

Deberías explicarle que esa parte del contrato se puso por él.

Ivy

Ya. Pero no especifica nada.

Audrey

¿Entonces, qué? ¿No puedes siquiera hablar con otras personas? 🙄🙄

🙄🙄🙄🙄

Brooke

¡Otras personas no! Otros hombres.

Se está escondiendo detrás del contrato, pero está celoso.

Audrey

Esa cláusula se puso para que ninguno tuviera relaciones con otras personas y dejara mal al otro, no para que no puedas interactuar con nadie del sexo contrario. Si se va con otra, con la duquesita, por ejemplo, él mismo se deja en evidencia. Y su mal gusto, ya que estamos. Nunca he entendido por qué cuando una persona engaña a su pareja es el engañado quien queda mal. El cornudo. La tonta que no se entera de nada.

Brooke

Es así, siempre lo ha sido y siempre lo será.

Ivy

Joder, yo no quería este ambiente de mierda el primer día del año.

Me cabreo conmigo misma, por llevar el mal rollo al grupo. Por poner de mal humor a mis amigas; aunque Brooke parecía de lo más divertida al principio, el tema de los cuernos le ha tocado. Ella sabe en primera persona cómo es ser la cornuda, la tonta que no se entera, la pobre por la que sienten lástima.

Esto no es culpa mía, es culpa de Robert. Él estropeó mi plan de Nochevieja, dos veces. Encima, me recrimina por ser amigable con Kirt y sus amigos, cuando la duquesita casi se le tira encima a él.

Le envió la misma captura de pantalla que me ha enviado a mí, con el mensaje «Fui yo quien pidió añadir eso al contrato. No es a mí a quien persiguen sus examantes».

No me contesta nada, no puede.



CAPÍTULO 18

ROBERT

Enero se convierte en un sinfín de eventos. Cada fin de semana, incluso alguno entre semana.

Ivy ha estado perfecta en cada ocasión, a pesar de sus continuas quejas por el poco tiempo con el que le avisaba y el poco tiempo libre que le dejaba para sus cosas.

Lo cierto es que yo también estoy un poco agobiado. Después de toda la semana de trabajo y la cena familiar de los viernes, hemos asistido a una cena de compromiso, una gala benéfica, un musical de Broadway, dos cenas íntimas a las que, por supuesto, un *paparazzi* estaba invitado para inmortalizar nuestro amor.

Las muestras de afecto entre nosotros ya no son tan forzadas; me siento cómodo con ella, y puedo asegurar que ella conmigo también. Hemos paseado abrazados por el Central Park, entrado y salido de los restaurantes cogidos de la mano; solo nos hemos besado un par de veces, un leve roce entre nuestros labios. He tenido que utilizar todo mi autocontrol para no devorar su boca.

Hace más de dos meses que no estoy con ninguna mujer, y cada vez veo más deseable a Ivy. Estar con ella a veces se convierte en una tortura teniendo que acariciarla, abrazarla sin poder ir a más. No es que Ivy me guste ni nada por el estilo, es solo la falta de sexo.

Ivy es encantadora cuando quiere, amable, divertida, trabajadora y, sin duda, es una soñadora. Solo una soñadora podría crear Just a Date. Este mes han conseguido crear ocho nuevas parejas, todo un récord, según me contó. Estaba tan contenta e ilusionada que pensé que se lo contaría a todo el restaurante.

El artículo del *Times* le ha dado un buen empujón, consiguieron un montón de suscripciones nuevos, muchas de hombres, sobre todo cuando habilitaron la web. No me extrañó en absoluto, los hombres no queremos ir a una agencia y decirle a una mujer que no somos capaces de encontrar el amor por nosotros mismos. En serio, «encontrar el amor», esas no son palabras de un tío. Lo que un colega escucharía si yo le digo algo así es: «Me he apuntado a una web de citas porque no me como una desde hace meses».

Miro el reloj, me voy en media hora y aún no he terminado de revisar el informe que me ha dejado Annie hace más de dos horas. No me concentro, no he pasado de la segunda página. La culpa la tiene Ivy y su reunión con los informáticos.

Hasta ahora, siempre se ha reunido con Kirt, el nuevo amigo de Audrey, pero el nuevo proyecto

de crear una *app* de Just a Date es más grande, más complejo, y requiere de un experto en *apps*, su amigo. El mismo amigo que estuvo en Nochevieja rondando a Ivy, el mismo que no dejaba de comérsela con los ojos, el mismo que se acercaba a ella en la menor ocasión. Tuve que contenerme para no ir y partirle la cara. Ivy y yo estuvimos de mal humor toda la semana.

Vuelvo a mirar el reloj, veinticinco minutos, el tiempo pasa muy despacio. Su reunión termina en una hora, más o menos, pero tengo que cruzar media ciudad en hora punta. He insistido en recogerla, me he inventado una cena que no existe.

Kat entra con una sonrisa que me da pavor, solo pone esa sonrisa con el reparto de primas.

—¿Quién es la mejor? —pregunta refiriéndose a ella misma.

Hoy no es día para esto.

Le hago un ademán para que se siente y me masajeo las sienes, un gesto que utilizo siempre que quiero que alguien sea directo y conciso. Excusarse en un dolor de cabeza siempre evita conversaciones largas e insustanciales.

—Barton y su esposa asisten cada año a una gala benéfica por San Valentín. —Las organizaciones benéficas siempre usan las fechas señaladas para sacar dinero. La última nos costó mil dólares por cabeza para comer medio decente—. He conseguido dos invitaciones. Os vais a Londres por San Valentín —celebra con entusiasmo.

—¿No es demasiado evidente? Barton no querrá hablar de negocios si está con su esposa, no sé si puede ser más perjudicial que beneficioso.

—No hablarás de trabajo. El organizador es amigo de un amigo, haré que os sienten en la misma mesa, y tú y tu adorada novia hablaréis única y exclusivamente del maravilloso viaje por Europa que le has regalado por San Valentín.

Ahora entiendo esa sonrisa y por qué cobra lo que cobra: Kat es la mejor.

—Puede funcionar. —En el caso de que Ivy acceda a viajar a Europa durante una semana, avisando con apenas una semana de antelación—. En el supuesto de que Ivy esté de acuerdo.

—No puede negarse. Por contrato, está obligada. ¿Qué ciudades quieres visitar? Londres será la última.

—Te lo diré mañana.

—A primera hora —exige como si fuera ella la jefa y yo un simple empleado. La miro arrogante—. Mi ayudante tiene que organizar un romántico y fabuloso viaje con apenas días de antelación.

—¿No lo harás tú?

—Aprende a delegar, jefe.

Vuelvo a mirar el reloj: menos cinco. Recojo y bajo al *parking*, donde Ángel me espera.

En el trayecto pienso en cómo se lo tomará Ivy. Por una parte, le hará ilusión. ¿Qué mujer no querría viajar por Europa? Ahora está desbordada de trabajo, y con el proyecto de la *app* está muy ilusionada.

No le he dicho a Kat las ciudades para que las elija ella.

La veo salir del edificio en el que está la oficina de Kirt; tras ella sale Chis, el experto en *app*. Ivy le dedica una sonrisa preciosa y la sangre se me calienta.

Abro la puerta del coche sin mirar. Un taxi que pasa a toda velocidad me pita. Nadie se gira a mirar, estos incidentes son demasiado comunes en las calles de Nueva York.

Ivy está tan inmersa en la conversación que no se da cuenta de mi presencia hasta que pongo mi mano en su cintura. Cuando la nota se gira a mirarme y la beso.

—¿Por qué lo has hecho? —me reprocha con el ceño fruncido una vez que entramos en el

coche.

—¿El qué?

Me hago el tonto, aunque sé a qué se refiere: al beso. Es la primera vez, bueno, la segunda que la beso sin avisar.

—No te hagas el tonto, sabes muy bien a qué me refiero. No tenías por qué besarme.

Está molesta, eso me inquieta. Le gusta Chris y no quiere estropear la posibilidad de tener algo con él cuando nosotros rompamos. ¿Habrá estado coqueteando con él durante la reunión? Ahora soy yo quien frunce el ceño.

—Eso no ha sido un beso. —Solo ha sido un leve roce entre nuestros labios, un piquito, lo de siempre—. Cuando te bese, sabrás lo que es un beso de verdad.

—Ya sé lo que es un beso de verdad —afirma altiva y arrogante mientras eleva la cabeza y se cruza de brazos—. ¿A dónde vamos hoy?

Tenía pensado recogerla y llevarla a casa. Pero tenemos que hablar sobre el viaje, y el ambiente está tenso como para hablarlo en el camino.

—Han cancelado el evento. Un problema eléctrico. —Mejor no dar demasiados detalles—. Si quieres, puedo invitarte a cenar o podemos pedir algo y cenar en mi casa. Hay algo sobre lo que tenemos que hablar.

—Estoy cansada. Esta semana está siendo muy intensa. El mes entero está siendo intenso. Seguro que, sea lo que sea, puedes decírmelo de camino a mi casa. —La miro serio. Solo tiene que escoger una de las dos opciones que le he dado—. De verdad, Robert, estoy cansada.

—Mi casa, entonces. Allí podrás ponerte cómoda.

Ivy aún no ha estado en mi piso. La única vez que la llevé, no pasó del ascensor. Sonrío al recordar aquella noche, pero en su momento me cabréé mucho.

Ivy suspira con cansancio mientras se masajea el hombro izquierdo; es en el que suele llevar el bolso. Llevar todo lo que lleva le pasa factura al final del día. Ni en el bolso de Mary Poppins hay tantas cosas.

—Podemos cenar en mi casa, así no tendrás que llevarme después y puedo darme una ducha mientras llega la comida.

Por alguna razón que ahora no quiero analizar, quiero que venga a casa, que se duche en mi ducha y que cene sentada en mi sofá.

—Si vamos a tu casa, Ángel tendrá que venir después a recogerme. Si vamos a mi casa, podré decirle que se vaya. Yo te llevaré más tarde. Él también está cansado. —Juego sucio. Pero, cuando quiero algo, voy a por ello a toda costa, y la imagen de Ivy en mi ducha se me hace muy apetecible.

Joder. Como no tenga sexo pronto, voy a tener un problema. No puedo dejarme llevar de este modo.



CAPÍTULO 19

IVY

Salgo de la ducha, pero no estoy más relajada. Dichoso Robert. Desde que me ha recogido, ha sido todo un remolino de emociones. Primero, el beso sin avisar delante de Chris. ¿Qué pretendía? ¿Marcar territorio? Después, hemos tenido que ir a su casa a cenar. Solo he cedido por Ángel, no me apetecía nada ir a su casa. Como esperaba, todo era muy moderno, muy nuevo y muy caro, pero nada acogedor.

Escribo a las chicas para contarles. Lo borro. Lo vuelvo a intentar, y vuelvo a borrar.

Escucho la voz de Brooke diciendo «está celoso». La de Audrey diciendo que por contrato no me puedo negar a viajar con él. Y lo sé, sé que no puedo negarme, que me arruinaría; aun así, lo he hecho.

Él solo se preocupa de su estúpido plan.

Yo también tengo una vida, tengo un negocio, unos planes y unos proyectos, ¿qué pasa con mis cosas? No puedo dejarlo todo durante una semana para irme de viaje.

Siempre he querido ir a Europa. Con amigas o con un novio real, no con un novio inventado solo por un estúpido plan. Escucho la voz de Brooke diciendo que es una oportunidad única para viajar a Europa gratis, alojarme en los mejores hoteles, comer en los mejores restaurantes, conocer las ciudades que yo elija. Pero ¿a qué precio? «Somos pareja», así que nos alojaremos en una habitación. Una semana conviviendo con él, durmiendo con él, comiendo con él... No sé si estoy preparada para eso.

Este mes no hemos parado de salir, no recuerdo haber salido tanto nunca. Hemos asistido a un montón de eventos y algunos días me ha recogido para invitarme a cenar. Estas salidas han sido las menos molestas, estábamos solos y no teníamos que fingir, por lo que podía ser yo misma. Después de dos cenas discutiendo por quién elegía donde comer, acordamos turnarnos. Yo siempre elijo ir a una hamburguesería; primero, porque me encantan y, segundo, porque sé que lo irrita. Si yo tengo que comer en sitios pijos, él tiene que comer hamburguesas. Tengo que reconocer que muchos de los restaurantes a los que me ha llevado han estado muy bien, pero me siento incómoda. Todo el mundo va súper bien vestido, y yo, con la ropa del trabajo, arrugada después de todo el día, con alguna manchita. Vamos, que no me siento cómoda. En una ocasión, la camarera me ha mirado de arriba abajo; en otra, el *maître* creyó que me había equivocado de lugar, y casi me echan.

Por mucho que mi relación haya mejorado estas últimas semanas, nuestras diferencias siguen siendo abismales. He descubierto que es amable, ingenioso y a veces hasta divertido, pero sigue siendo un creído arrogante capaz de alterarme en segundos. Él siempre trata de mantener el control, de llevar la razón, hacer lo que él quiera: cuando, donde y como quiera.

Me esfuerzo por recordar que es temporal, que solo es trabajo y que pronto todo terminará y podré seguir con mi vida.

No tiene en cuenta mi deseo ni mi gusto. Sé que la mayoría de los eventos son programados y él no puede modificar ni alterar nada; aun así, ni una sola vez me ha preguntado si me apetecía, si tenía un mal día y prefería no ir.

Odio esos eventos.

Hace dos semanas tenía una migraña horrible, me fui antes de la oficina porque no aguantaba y, aun así, tuve que vestirme e ir a esa estúpida fiesta de compromiso de un socio al que ha visto en dos ocasiones y una prometida a la que ni siquiera conocía.

A veces, pienso que podemos ser amigos, aunque tengamos diferencias. Es un buen hombre y podría funcionar, pero luego pasan estas cosas y me doy cuenta de que él no me ve como una amiga. Para él soy una empleada más a la que mandar.

Otras veces, soy yo quien se aleja y pone los límites. En este tiempo nos hemos conocido bastante, tenemos más confianza entre nosotros. Por alguna razón, mi corazón se sigue alterando con su cercanía. Cuando me avisa, lo controlo mejor; no obstante, cuando me susurra algo, cuando siento su cálido aliento en la piel sin verlo venir, mi corazón se acelera, y esas reacciones de mi cuerpo me dan miedo.

He visto a Chris en varias ocasiones, es el típico chico que me suele gustar. Y me gusta, pero no entiendo por qué sigo teniendo sueños eróticos con Robert. O el modo en que a veces mi cuerpo reacciona cuando se acerca a mí, cuando me toca, esas corrientes eléctricas que me recorren de pies a cabeza. Supongo que es mi cerebro, jugándome una mala pasada. Siempre se ha dicho que lo prohibido, lo imposible y lo inalcanzable es más excitante y estimulante. No es que Robert sea inalcanzable, es solo un tío más. Como un cantante o un actor también es un hombre como cualquier otro y, aun así, se sienten inalcanzables para la mayoría.

Cojo el último *muffin* de la caja que recibí hace un par de días. ¿Quién me las enviará? Más o menos llevo recibéndolas desde el anuncio del *Times*, que coincide con el contrato con Robert. Algunas veces pienso que es él, pero no puede ser, ¿por qué me enviaría cestas de comida?

Está delicioso, como todo lo que recibo.

—¿Cómo que te vas de viaje? —pregunta Audrey con los ojos como platos.

Después de consultarlo con la almohada, esta mañana le he escrito a Robert diciéndole que he cambiado de opinión, que iré con él, que quiero algo a cambio y que, a lo largo de la mañana, le diré las ciudades que me gustaría visitar.

—Pues es complicado —respondo dejándome caer en mi silla.

Estoy agotada, anoche no podía dormir, a las dos aún estaba despierta y, cuando logré hacerlo, Robert invadió mis sueños de nuevo. Lo último que me apetece es hablar de él o algo relacionado con él.

Cada vez es más frecuente que invada mis sueños. Es complicado tener que salir con él después de haber protagonizado unas escenas de lo más turbias en mis sueños.

—Tenemos tiempo —dice Brooke acomodándose en la silla frente a mi mesa.

Cojo aire y les hago un breve resumen de la discusión que tuvimos ayer sobre el tema, sus amenazas sobre demandarme y cómo esta mañana le he dicho que sí.

Sus caras van variando según la historia, de la sorpresa al enfado y, por último, al desconcierto. Les pido ayuda para elegir las ciudades. Anoche, cuando decidí que sí iría, miré algunas capitales. Parecen todas tan increíbles que no sé si podré elegir.

—¿Y qué es lo que le vas a pedir a cambio?

—Aún no lo sé, pero es una buena oportunidad para guardarme un comodín.

Una buena opción es el derecho a negarme en algún momento, si un día estoy mal y no quiero salir. No creo que me conceda más de un día, pero al menos no tendré que ir a una fiesta de compromiso cuando en realidad debería ir al hospital a pincharme un calmante para el dolor.

Con todo el trabajo que tenemos y mi futura ausencia, no deberíamos pasarnos toda la mañana mirando y leyendo sobre ciudades. Aun así, es lo que hacemos porque, al final, nos hemos emocionado con la idea de ir a Europa. Ellas no irán, pero son las mejores y se alegran por mí. Además, les mandaré un montón de fotos y les contaré todo.

Al final de la mañana, le mando a Robert la lista.

Ivy

Me encantará visitar cualquiera de estas: Roma, Florencia, Copenhague, París, Múnich, Berlín, Barcelona, Praga, Viena, San Petersburgo y Budapest.

Su contestación es un emoticono de un puño con el dedo pulgar levantado.

Lo que resta del día lo pasamos trabajando, y me quedo hasta tarde. Esta semana tendré que ponerme las pilas y adelantar trabajo. Me llevo uno de los iPads a casa para hacerlo después de la cena.

Me despierto de sopetón con el sonido del teléfono. Miro la pantalla: es mi madre.

—¿Qué hora es? —pregunto aún dormida, con la cara boca abajo sobre la almohada.

—¿Qué? No te entiendo, Ivy. ¿No estarás aún en la cama?

Me doy la vuelta.

—Pues sí.

Anoche se me hicieron las tantas otra vez, en esta ocasión, trabajando.

Miro el móvil para ver la hora, son las 10:50. Vaya, sí que es tarde. Tengo varios wasaps, los abro mientras escucho a mi madre hablar por el altavoz.

Robert

Kat te ha mandado el itinerario al mail.

Dime si estás conforme o quieres hacer algún cambio lo antes posible.

Ivy, sé que te dije que este fin de semana era para ti, pero ha surgido algo. Esta noche tengo una cena.

No es nada formal. Es el cumple de un amigo y ha adelantado la celebración por nuestro viaje.

—Ivy, ¿me estás escuchando?

—Sí, mamá. —No. Estoy muy ocupada cagándome en todo mentalmente.

Mi madre continúa contándome cosas sobre mis sobrinos, a esto sí le presto atención, adoro a esos tres.

Después de media hora de charla con mi madre en la que he aprovechado para hacerme el desayuno, desayunar, poner una lavadora y recoger un poco mientras ella hablaba, por fin me cuelga. Entre semana puedo colgar con la excusa del trabajo, pero el sábado toca charla matutina con mamá, sin cortes ni interrupciones.

Me siento en el sofá, con los pies sobre la mesa y el móvil en la mano. Primero miro el *mail*, hago captura y les mando a las chicas el itinerario.

Brooke

¡Guau! ¿No hay sitio en la maleta para mí?

Yo no molesto, de verdad, me soltáis por allí y me recogéis para el vuelo.



Audrey

He buscado los hoteles. Este no se hospeda en hotelitos.

Ivy

No esperaba menos. Seguro que alguno es de Barton, si no lo son todos.

Audrey

Mi investigación no ha llegado a tanto. 😊

Brooke

Pregúntale al tío Gilito si no tiene algún amigo que necesite una limpieza de imagen.

Ivy

Los tiene, pero no creo que su imagen les importe mucho.

Brooke

¿Quién sabe?, mira el tío Gilito.

Audrey

Al final, se te escapa lo del tío Gilito delante de él.

Brooke

Seguro ni se da por aludido.

Ivy

Claro, porque es estúpido.

Seguimos hablando un poco más del viaje, de los lugares que me gustaría visitar. Me mandan un montón de sitios que ver, los mejores lugares para tomar buenas fotos, algunas recomendaciones de restaurantes, etc. Ayer solo miramos las ciudades por encima porque no

sabíamos cuál terminaría visitando, pero, ahora que lo sabemos, estamos emocionadas buscando cualquier información que pueda ayudar.

Ya he decidido que, a cambio de ir con él de viaje, quiero ser yo quien decida qué hacer, ver; dónde comer, etc., en Múnich, Budapest y París. En Londres será toda suya, pero el resto de las ciudades son para mí. Ya que tengo que ir, al menos, quiero disfrutarlo.

Suspiro al recordar la cena de esta noche. Aún no lo he confirmado, no me apetece nada. Lo cierto es que, después de toda esta semana, solo quiero quedarme en casa vagueando.

Ivy

Es el cumple de tu amigo.
No entiendo por qué tengo que ir yo.

Robert

Quieren conocerte. Llevamos un par de meses y mis amigos aún no te conocen.

Ivy

¿No podemos dejarlo para otro momento?
No parece nada importante y estoy cansada.

Robert

Es mediodía. ¿Ya estás cansada? ¿Saliste anoche?
No me dijiste que ibas a salir.

Ivy

1. Estoy cansada porque estuve trabajando hasta tarde, adelantando trabajo.
2. No salí, pero, si lo hubiera hecho, ¿desde cuándo debo informarte?
3. ¡Aún no has contestado a mi pregunta!

Robert

Ya he confirmado que vamos.

Robert ya está abajo esperando, y me importa poco. No le va a pasar nada por esperar un rato.

Me miro en el espejo. Apenas me he arreglado, veamos qué tan informal es esta cena. Me pinto los labios, esta vez, con un labial nuevo que me ha dado Brooke. Es un rosa oscuro rojizo; según ella, es perfecto para mi tono de piel. Termino de aplicarlo y me quito el exceso, sí que me queda bien, aunque no tanto como el rojo. Me pongo unos pendientes, me echo perfume, me calzo las botas, me pongo el abrigo y, por último, una bufanda. Aún hace un frío que pela y la bufanda es un imprescindible en mi día a día.

Me ahueco la bufanda mientras bajo la escalera, el ascensor sigue sin funcionar.

Un grupo de chavales mira embelesado el Aston Martin de Robert. Cada vez que viene en uno de sus coches, causa revuelo entre los chavales de la zona. No es muy habitual ver estos coches por aquí.

Robert lleva unos vaqueros y una sudadera gris. Incluso así vestido, se ve elegante y sexy.

Sacudo la cabeza para enviar lejos esos pensamientos, muy lejos.

Me mira de arriba abajo como suele hacer cada vez que nos vemos, examinando mi indumentaria, comprobando si está a la altura.

—Me has dicho que era una cena informal. —Llevo un pantalón crudo de pata ancha, con un jersey suelto en coral, botas, bolso y abrigo marrón topo. Pero él solo puede ver el abrigo y la bufanda, quizá un poco del pantalón.

—Lo es. —Sonríe de medio lado, esa sonrisa que parece más una mueca burlona que una sonrisa sincera. Me recuerda a Ian Somerhalder en *Crónicas vampíricas*.

Estoy nerviosa, más de lo acostumbrado. Sus amigos son territorio inexplorado, y son parte de su vida, su vida real. No son conocidos, socios del trabajo o empleados.

Llevo toda la tarde dándole vueltas a por qué no se ha negado. Podría haber puesto una excusa, dejarlo para un más adelante que nunca llegue. De estar en su situación, yo no le presentaría a mis amigas ni a mi familia, ¿para qué? Pasado un tiempo, romperemos y no volveremos a vernos.

Llegamos a lo que parece un italiano bastante normalito. No es como los sitios a los que me suele llevar, se parece más a los que voy yo con las chicas.

Un hombre levanta la mano y grita su nombre. Está en una mesa amplia, casi al final del local, que no es muy grande. Todos van con ropa informal. El hombre me sonríe tanto que casi puedo ver sus muelas del juicio.

Me presenta a Eric y su acompañante, Cassie (a la que Robert también acaba de conocer); a Lewis, el cumpleañosero, y a su prima (intento que no me dé grima cuando Robert me dice su nombre, pero, nada más oír Annabelle, mi mente ve a la muñeca chungu) y, por último, a Tony.

—Yo vengo solo. Con tan poco tiempo, no he podido conseguir acompañante.

Qué sutil. Han traído a acompañantes para que no sea la única chica, qué considerados.

—Jack nos ha fallado —dice Eric cuando ve que miro las sillas vacías.

Me dan un tiempo de cortesía antes de empezar con el tercer grado, el tiempo que tardo en quitarme el abrigo, colocarlo en el respaldo de la silla y sentarme.

Al principio, me siento como una espía a la que han sorprendido y están interrogando. Pero, conforme pasa el tiempo, me doy cuenta de que solo quieren conocerme. Cuando llegan las pizzas, ya saben media vida mía: dónde nací, por qué vine a Nueva York, por qué me quedé, qué me hizo dejar mi trabajo y fundar Just a Date.

En la sobremesa me indagan sobre Robert, y la cosa se empieza a complicar cuando sus preguntas dejan de ser las típicas que haría cualquier persona, como cómo os conocisteis, quién pidió la cita a quién, etc.

—¿En qué momento decidiste que no le concertarías una cita porque lo querías para ti?

Vaya pregunta.

—No le di tiempo a planteárselo, fui yo quien me lancé, en una de las reuniones —se adelanta a explicar Robert.

Menos mal, porque no tenía ni idea de qué responder. Me han pillado completamente en bragas.

—Tal y como predijimos, ¿no, Lewis? —dice Eric en tono jocoso mientras se lleva una cucharada de tiramisú a la boca.

—Así es, y se molestó cuando lo dijimos.

—Quizá deberíais ir a la tele a predecir el futuro —dice Robert. No sé si se está divirtiendo o enfadando.

—¿Qué pensaste la primera vez que lo viste? Vamos, mójate.

Esta vez no me voy a librar.

Siempre he oído que lo mejor para mentir es ser lo más fiel posible a la verdad, así que...

—Que era un arrogante pretencioso muy *sexy*.

Todos rompen en carcajadas, todos menos Robert, que tiene una sonrisa forzada.

—Te ha calado bien —dice Lewis una vez que deja de reír.

—¿Cómo pasaste de eso a esto? —Hace un gesto señalándonos.

—No sé a qué te refieres. —Me hago la tonta, esperando que pase a otra pregunta.

—Pues de pensar que era un arrogante pretencioso a convertirlo en tu novio.

Robert está tenso. Sabe que no se me da bien actuar, por ende, tampoco improvisar. No conozco la información que él ha contado sobre mí o sobre nosotros, así que no sé si meteré la pata.

Estamos sobre terreno pantanoso y no me apetece ahogarme.

—Ya veo... no sé qué tiene que ver. Aún pienso que es un arrogante pretencioso —digo con mi mejor sonrisa.

Las carcajadas vuelven y me contagio de ellas.

—Esta vez te has dejado el «muy *sexy*», ¿debo entender que ya no lo ves tan *sexy* como al principio? —pregunta Eric.

Me están poniendo contra las cuerdas. Y pensar que hace un rato opinaba que eran muy majos todos...

—No, sigo viéndolo tan *sexy* como al principio, quizá más ahora, que he podido ver lo que hay bajo la ropa —respondo con una sonrisa que espero que no sea de las que dan escalofríos, porque es totalmente fingida.

—¡Vamos! ¡No te rayes! Mírala, está loquita por ti, aunque seas un arrogante pretencioso —dice Eric dándole una palmadita en la espalda.

Todos reímos, todos menos Robert.

—No me rayo.

—Veo los cables de tu cerebro soltando chispas aquí y allí. —Esta vez, es Lewis el que lo chincha.

—¿Te has enfadado? —pregunto apoyando mi mano sobre la suya. No es un gesto premeditado, me ha salido solo.

Se suelta del agarre de mi mano y la pasa por el respaldo de mi silla hasta llegar a mi hombro. Entonces, me empuja hacia él y se inclina hacia mí. Cuando nuestros cuerpos se encuentran, me da un beso en la mejilla.

—No.

Su boca dice no, pero sus ojos gritan sí.

Seguimos abrazados un rato. Es la primera vez que mantenemos contacto más de unos segundos. No estoy para nada incómoda, su cuerpo está calentito y es bastante agradable. La conversación gira ahora en torno a Annabelle. Robert aprovecha para susurrarme que lo estoy haciendo muy bien. Parecemos una pareja de verdad haciendo manitas y confidencias.

Después de lo que he leído en la prensa sobre Robert y sus amigos, me esperaba una bacanal, no una simple cena de amigos. No es que me crea todo lo que sale en la prensa, pero los artículos sobre ellos se amontonan y la mayoría van acompañados de fotos. En realidad, solo he visto fotos de Robert y Lewis. Me parece raro, porque Eric parece más alocado, y Tony no solo lo parece, tengo la certeza de que lo es, y no he visto nada sobre él.

Robert rompe el contacto para coger el móvil, que ha sonado por segunda vez. Mira la pantalla

y su expresión cambia. Descuelga y sale sin decir nada, ni siquiera se ha llevado el abrigo.

No sé si seguirlo o darle espacio, estas situaciones son bastante complicadas.

Un minuto tarda en volver con la cara desencajada.

—Tío, ¿qué pasa?

—Mi abuelo va de camino al hospital. —Coge el abrigo con las manos temblorosas.

Me levanto tan rápido que me doy un golpe con la pata de la mesa.

Robert me mira interrogante. ¿No pensaría que me iba a quedar aquí?

Salimos del restaurante con prisas, nos hemos despedido apenas con un par de palabras: «luego te llamo» y, en mi caso, «ha sido un placer; hasta otra».

Robert no ha dicho nada desde que hemos salido del restaurante, no sé qué le ha pasado a su abuelo y me da miedo preguntar, está demasiado nervioso. Conduce como un loco, como aquel día que me llevó al puerto haciendo *rally*, pero estas calles no están desiertas. Se ha saltado un semáforo y casi atropella a un ciclista. Va más rápido de lo permitido, y eso no es lo peor, lo peor son los volantazos que se ve obligado a dar para no estrellarnos.

—Por favor, voy a vomitar.

—No tenías que venir.

Es cierto, no tenía por qué venir. Podía haber pedido un uber, pero quiero ir. No quiero dejarlo solo en un momento así, nadie debería estar solo en una situación como esta. Su padre está de viaje.

Gira para cambiar de calle y me estampo con la ventana. Me he comido todo el cristal.

—¡Joder! ¿Puedes no conducir así?, ¿no has escuchado eso de que es mejor llegar tarde que no llegar? —Me arrepiento justo después de decirlo, por lo que implica llegar tarde al hospital.

Robert no me ha especificado qué le han dicho, ni siquiera me ha contado quién le ha llamado, solo que su abuelo va para el hospital.

Lo miro, está blanco y sudoroso. Lo que le han dicho debe ser grave, en todo este tiempo, nunca lo había visto así.

—¿No puedo? Deja de quejarte —Está más tenso que las cuerdas de una guitarra, y nervioso, no debería conducir en este estado.

Soy consciente de cómo debe sentirse, no es fácil estar en su lugar, pero apenas llegaremos unos pocos minutos antes y el riesgo de estrellarnos es muy alto. Si sigue conduciendo de esta forma tan temeraria, es posible que tengamos un accidente.

—Tu abuelo no querría que nos pasara nada por llegar al hospital —digo cuando se salta otro semáforo y casi nos estampamos con otro coche.

He perdido la cuenta de cuántos coches nos han pitado e insultado.

—¿Por qué no te callas de una vez?! No tenías que venir conmigo, no te pago para esto.



CAPÍTULO 20

ROBERT

Llego a la recepción del hospital casi sin aliento. Pregunto por mi abuelo; me indican que ha llegado hace un rato, que el doctor a cargo saldrá a informarnos. El hospital está muy cerca de su casa y nosotros estábamos en la otra punta de Manhattan.

Ivy se sienta en la sala de espera, yo estoy demasiado nervioso para sentarme. Doy vueltas en círculos, soy consciente de mi nerviosismo y que estoy poniendo nerviosos a los demás, pero me importa una mierda.

A mi abuelo le ha dado un infarto. Ya está muy mal del corazón, no sé si va a resistir. Podría no pasar de esta noche.

Me paso una mano por la frente; no sé si es la frente o la mano la que tengo sudada, o las dos. Me limpio la mano en la sudadera, ya la lavaré.

No pienso moverme de aquí hasta saber algo del abuelo.

Noto la mirada de Ivy constantemente, pero ahora no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea el abuelo. Se me agolpan todos los recuerdos horribles de cuando estuvo ingresado la última vez.

—Familiares del señor Anderson.

El médico es un hombre de mediana edad con bata blanca y lleva una carpeta en la mano.

—Yo, soy su nieto.

Ivy se coloca a mi lado. Me agarra la mano. Se estremece al notar que está sudada. Rompo su agarre de un tirón.

—Su abuelo está estable. —Suelto el aire y por fin puedo respirar con normalidad—. Lo hemos trasladado a una habitación privada; si quieren, pueden pasar y acompañarlo. Habitación 121.

Voy a paso rápido hasta llegar; Ivy intenta seguirme el ritmo. La presión de mi pecho se afloja cuando veo a mi abuelo despierto tumbado en la cama.

—No tendrías que haber venido.

Antes de contestar, inspecciono la habitación. Aún estoy bastante alterado, necesito unos minutos para relajarme y recomponerme.

Ivy se sienta en el borde de la cama.

—¿Cómo no íbamos a venir?

—Ya soy un viejo, debéis haceros a la idea de que me queda poco.

—No diga eso, aún tiene mucha guerra que darnos. Nos ha dado un buen susto; suerte que solo ha sido eso, un susto.

—Ya no estoy para dar mucha guerra, tendrías que haberme conocido cuando era joven. Ahí sí que estaba yo para dar guerra —dice el abuelo orgulloso. Cómo le gusta presumir.

—Con su encanto, le habría robado todas las novias a su nieto.

Ivy deja clara su opinión sobre mí. Anotado: poco encanto.

—Él también tiene su encanto. Se parece más a mí que su padre.

—Aún no los conozco tanto, se lo diré en unos años.

Está aprendiendo a mentir bastante rápido, estoy seguro de que, en cuanto se acabe el acuerdo entre nosotros, no volveré a saber de ella. Este hecho me molesta bastante, ninguna mujer ha querido que su tiempo conmigo se termine. Ninguna hasta ella.

—No duraré tanto tiempo. Hubo un momento en la ambulancia en que creí que era el momento, que por fin me reuniría con mi Pati.

—No diga eso.

—No me da miedo la muerte, Ivy. Nunca lo ha hecho. Lo que siempre me ha dado miedo es estar como estoy ahora. Reprimido, sin poder hacer nada, comer o beber nada, ¿para qué? ¿Para vivir unos pocos años más? ¿Para qué quiero vivir así? La echo de menos, llevo años esperando para reencontrarnos —se lamenta mi abuelo con los ojos vidriosos.

Debería decirle que yo también echo de menos a la abuela, pero que aún tiene aquí personas que lo queremos. Me propongo pasar más tiempo con él.

—No hable así, Roger, tiene a su familia, y el otro día estuvimos bebiendo vino. Solo que no puede hacerlo todos los días —dice Ivy intentando animarlo.

—Eso fue hace meses, Ivy, y desde entonces ni lo he oído. Estoy viejo y cansado, quiero disfrutar el poco tiempo que me queda. He oído que os vais de viaje.

—No creo que...

—Ni se te ocurra posponerlo o cancelarlo por mí. —No me deja terminar—. ¿Me oyes?

—Abuelo, no podemos.

—Sí, podéis. Tu padre estará aquí en un par de días y vosotros os iréis. ¿Iréis a París? —pregunta a Ivy, que asiente con timidez—. Pati siempre quiso ver París, la Ciudad del Amor. Cuando tuve suficiente dinero, la sorprendí llevándola unos días. Habíamos viajado por el país, pero ese lo sentimos como el primer viaje. Fue único, mágico. Cuando el negocio empezó a ir bien, fuimos a otras ciudades europeas; ella siempre insistía en volver a París. Fuimos ocho veces, y cada una la disfrutó como la primera.

Ivy sostiene la mano de mi abuelo, ambos tienen lágrimas en los ojos.

No me gusta cómo está yendo todo. Mi abuelo está raro y siento como si se estuviera despidiendo. La presión vuelve a ser tan fuerte como antes.

—Señor Anderson, nos lo vamos a llevar para hacerle unas pruebas.

—¿A estas horas? —pregunto sorprendido.

—Sí, señor. Es conveniente saber cómo está todo por ahí dentro lo antes posible.

—Estoy perfectamente, no necesito más pruebas.

—Abuelo. Por favor.

Mi abuelo suspira y asiente. Sé que de buena gana se quedaría aquí con Ivy y mandaría a la enfermera a freír espárragos.

—Tratadlo con cuidado, es mi abuelo —digo a la enfermera que lleva la silla de ruedas con mi abuelo.

—Por supuesto, señor Anderson.

Ivy suelta un «ja» por lo bajo, pero lo he oído.

—¿Qué?

Estoy nervioso y agobiado por lo del abuelo, lo que menos necesito es que Ivy me busque la boca.

—No he dicho nada. —Se hace la inocente. La cojo del brazo y la giro para dejarla frente a mí —. ¿Por qué no me dices qué tanto te molesta de mí? —le digo con la misma intensa mirada que cuando tengo que negociar con los socios más difíciles.

No se me ha olvidado lo que ha dicho en la cena sobre mí y, aunque mis amigos se lo hayan tomado como un chiste, estoy seguro de que no es así.

—Todo tú eres molesto. Tan arrogante y soberbio, comportándote como si fueras un dios entre mortales. Esa chica ha trabajado duro para estar donde está, seguramente, porque quiere salvar vidas o ayudar a hacerlo, como casi todos los sanitarios, para que vengas tú a darle órdenes. No todo el mundo trabaja para ti.

Así que es eso, está cabreada porque trabaja para mí. Está molesta porque la he mandado a callar; desde ese momento no me ha dicho ni una palabra.

—No vuelques tus frustraciones en otras personas. —Estoy seguro de que habla de ella y no de la enfermera, que no ha mostrado ningún signo de malestar por que un nieto le pida que traten a su abuelo lo mejor posible—. Y, en realidad, sí trabaja para mí: yo pago al hospital, que paga su sueldo —añado para molestarla, porque estoy nervioso, agobiado y enfadado.

—Eso no te da derecho —responde sin argumentos.

—Parece que tienes una opinión muy bien formada de mí. ¿Basándote en qué? ¿En mi encantadora personalidad, mi carrera en auge, mi...?

—¡Ja! —Me interrumpe su mofa—. ¡Qué fácil es ser un niño rico, con títulos comprados y empresas heredadas!

Así que piensa lo mismo que todos los demás. Que no merezco dirigir Anderson S. L. Después de varios meses, eso es lo que piensa de mí, además de que tengo poco encanto y soy arrogante y pretencioso.

—No tienes ni idea.

—Ilústrame —dice socarrona levantando las cejas.

—Como tú misma has dicho, soy un niño rico. No hace falta que trabaje, podría vivir toda la vida a cuerpo de rey sin hacer nada de nada. Aun así, estudié una carrera y trabajé con mi padre hasta que él me cedió el mando. Porque quiero, porque me gusta mi trabajo. Ahora mismo, podría contratar un CEO y dedicarme a viajar, a salir e ir de fiesta en fiesta, pero cada mañana me levanto para ir a mi empresa, en la que trabajo como el que más. Supongo que eso no lo has visto en estos meses, ¿no?

—No lo había visto así.

—¿Tampoco te has preguntado por qué nunca he tenido novia? Porque todas las mujeres que se han acercado a mí lo han hecho por mi dinero y posición, no por mí. A ninguna le importa si soy amable, cariñoso, arrogante, estúpido o mandón. Y no son solo las mujeres; amigos, compañeros de trabajo... es difícil saber quién se acerca solo por interés o porque le caigo bien o le gusto. El dinero no lo es todo. Me has juzgado sin molestarte en conocerme. Tú mejor que nadie deberías saber que las apariencias engañan.

—¿Yo mejor que nadie? —Sus ojos se oscurecen y aprieta la mandíbula formando una línea recta con sus labios.

—Eres psicóloga. ¿No te enseñaron eso en la universidad?

—No es fácil formarse una buena opinión cuando te empeñas en ser arrogante y mandón, sin contar todo lo que se publica de ti.

Vaya, eso es aún peor.

—¿En serio? ¿Esa es tu fuente para formarte un criterio de una persona? Nunca imaginé que la gente se dejara engañar así de fácil.

—Tampoco es que te esforzaras para que pensara otra cosa. Te has comportado como un orgulloso engraido desde que te conocí. Te recuerdo que, cuando te propuse ser yo quien se haría pasar por tu novia, me rechazaste por mi físico. Mi altura no era suficiente para ti —me reprocha resentida.

Yo no quise ofenderla cuando se lo dije. Solo quería que entendiera que no era mi prototipo de mujer, el tipo de mujeres con el que siempre me han visto.

—Ya te expliqué que pensaba que la gente no creería que estaba contigo.

Este no es el lugar donde tener esta conversación, mi abuelo podría entrar en cualquier momento.

—Y, aun así, nadie lo ha dudado. No te excuses. No puedo gustarle a todo el mundo.

Si sigue levantando la voz, vamos a despertar a los enfermos de medio hospital.

—Nunca he dicho que no me gustes.

No sé de dónde ha salido eso.

—No. Solo que no soy tu tipo y que no tengo el perfil adecuado —dice casi gritando.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Hace un momento era yo el ofendido, ¿y ahora es ella?

—Estás malinterpretando mis palabras.

—No lo creo.

Me mira tan intensamente que en cualquier momento podría soltar rayos láser y fulminarme.

—Si quieres, puedo demostrarte lo equivocada que estás —digo mirando sus mullidos labios, que me están perturbando desde que la he recogido.

—Inténtalo.

No esperaba esa respuesta, supuse que mi mirada a su boca le había dejado claro qué pasaría si me retaba. Ya no puedo echarme atrás. Doy un paso hacia ella, que se mantiene en su lugar sin moverse ni un milímetro. Doy otro paso, ya apenas nos separan unos centímetros, nuestras miradas siguen conectadas y sus ojos tienen un brillo que no había visto hasta ahora. Con un último paso acorto la distancia que nos separa. Me mira con asombro cuando paso mi brazo por su cintura y la atraigo para no dejar aire entre nosotros. Inclino la cabeza y espero unos segundos. Le doy tiempo para apartarse. Estamos tan cerca que su pecho roza el mío en cada inspiración. No se aparta, se mantiene erguida, mirándome expectante.

La beso.

La beso de verdad.

No soy amable ni suave como las otras veces en que la he besado.

Recorro sus labios con mi lengua hasta que se abre para mí. Entrelazo mi lengua con la suya en un duelo por dominar el espacio.

Me aparto de ella apenas unos centímetros.

Memorizo su cara, sus labios hinchados, sus ojos llenos de deseo, su nariz salpicada con unas pecas. De pronto, me invade la necesidad de contarlas.

Se relame el labio inferior sin apartar la mirada de mis ojos y algo se activa en mi interior adueñándose de mí.

Devoro su boca, sabe dulce, a vino.

El calor de sus manos recorre mi pecho, sube hasta mis hombros y continúan hasta llegar a mi nuca, donde entrelaza sus dedos con mi pelo.

La atraigo a mí eliminando el poco espacio que nos separaba. Jadea al notar que estoy empalmado.

¿En qué momento me he excitado tanto? La sequía me debe estar afectando si ya no tengo el control de esa parte de mi cuerpo.

La agarro del culo y la elevo en el aire, rodea mis caderas con sus piernas y se restriega contra mí. Está tan excitada como yo. ¡Joder! Si no freno esto, me la voy a follar aquí mismo.

La siento sobre la cama y recuerdo dónde estamos: en el hospital, en la habitación de mi abuelo, y lo traerán de un momento a otro.

Me separo de ella. Un paso, dos.

—Voy a por café —digo para salir de aquí.

Aún no entiendo cómo ha pasado todo.



CAPÍTULO 21

IVY

Kat me acaba de enviar los cambios del viaje. Robert ha decidido acortarlo por lo que le ha pasado a su abuelo, de modo que nos iremos el 10 a París, donde estaremos hasta el 13 por la noche, que volaremos a Londres. Apenas estaremos un par de días allí, porque el 15 por la mañana nos volvemos a Nueva York.

No creo que pueda ir con Robert de viaje. No después de lo que pasó en el hospital. Ya hace tres noches de eso, tres noches en las que apenas he pegado ojo. No dejo de soñar con él, me despierto excitada y empapada, y no me refiero a sudor.

¿Cómo voy a pasar cinco días, con todas sus horas y sus noches, con él? ¿Cómo voy a dormir en la misma habitación que él?

Robert no volvió hasta después de que trajeran a su abuelo, sé que estuvo fuera esperando. Me despedí del abuelo y pedí un uber.

Ni siquiera se ha dignado a informarme de los cambios del viaje, me he enterado por Kat porque no hemos hablado nada después de que saliera huyendo.

—¡Ivy!

—Perdona, no te he escuchado.

—¿Qué te pasa últimamente? —pregunta Audrey.

No les he contado nada a ninguna de las dos. No me atrevo.

—No estoy durmiendo bien.

Audrey y yo revisamos los bocetos que le ha enviado Kirt para la *app*. Audrey tiene que llamarme unas cuantas veces más, estoy distraída y no soy capaz de concentrarme en nada.

No me quito ese beso de la cabeza.

El primero estuvo bien, pero el segundo..., nunca he sentido tantos fuegos artificiales en mi vientre como los que encendió Robert con ese beso.

Tampoco he dejado de darles vueltas a sus palabras. Puede que lo haya prejuzgado, he creado una imagen de él en mi mente y, aunque lo he visto ser atento y cariñoso con su abuelo, gentil y generoso con sus empleados, divertido y risueño con sus amigos, he preferido seguir viendo al prepotente arrogante que conocí en sus oficinas.

Supongo que era lo más fácil para mantener la distancia, para seguir viéndolo como un trabajo con fecha de caducidad. No podría verlo como un amigo, me atrae demasiado. Por mucho que

me lo niegue a mí misma, mi subconsciente sigue mandando esos sueños para que lo acepte.

Fui incapaz de impedir que me besara; no solo eso, me entregué por completo. Si no se hubiera detenido, yo no lo habría hecho, lo habría dejado llegar hasta el final.

Yo quería llegar hasta el final, ver si es tan bueno en la vida real como en mis fantasías.

Cuando me habló de su problema para hacer vínculos, se rompió algo en mi interior. Es muy triste que las personas solo se acerquen a ti por interés. No me imagino qué sería de mi vida si no tuviera a mis amigas, si yo hubiera tenido un problema similar. Ahora estaría completamente sola.

Audrey se va enfadada. Hemos tardado una eternidad en hacer algo que no nos hubiera llevado más de media hora de no estar en babia. No puedo seguir así.

Ivy
Tenemos que hablar.

Robert
¿Qué pasa?

Ivy
Deberíamos vernos.

No me contesta hasta la noche, cuando estoy en casa, con mi pijama de Snoopy frente al televisor viendo *Crepúsculo*. En realidad, no la estoy viendo, solo la tengo puesta mientras mi mente divaga por el universo.

Robert
Tengo la agenda completa.

Todo el día para esa mierda de respuesta.

Ivy
Creo que no puedo hacerlo. No puedo ir de viaje contigo.

No tarda ni medio minuto en llamarme.

—¿Qué pasa?

¿En serio? Sabe perfectamente por qué no quiero ir. Me ha estado evitando desde el hospital. Y no es esa la razón: es que no me siento capaz.

—Después de lo del hospital, yo...

—Ivy, no fue nada, estábamos muy alterados por todo. ¿Es por eso? Creí que era por algo importante.

¡Será gilipollas! ¿Que no fue nada? No será nada para él, yo no he pensado en otra cosa desde entonces.

Mierda, mierda, mierda.

Cuelgo.

Me llama otra vez, no respondo. Le mando un wasap.

Ivy
Nos vemos en el aeropuerto.

Va a ser el peor viaje de mi vida.



CAPÍTULO 22

IVY

Si el trayecto en coche hasta el aeropuerto ha sido incómodo, en el *jet* es aún peor. Desde que hemos subido al avión, Robert no ha despegado la cara de la pantalla. Ha ido directo, ha puesto su portátil sobre la mesa y ahí ha estado desde entonces.

Mi intención era pasarme el viaje durmiendo, pero estoy demasiado nerviosa, así que me he puesto una peli, que no he terminado; he bicheado el Facebook; he ido al baño, y he leído un rato. Aún me quedan cinco horas de viaje, cinco insoportables horas de absoluto silencio, salvo por las interrupciones de la azafata y el ruido de las teclas, que me recuerda que está ahí.

Miro por la ventana, volamos por encima de las nubes. Me resulta raro mirar abajo para ver algo que siempre está arriba. Así es la percepción. Estas mismas nubes, que yo veo mirando hacia abajo, otro las ve mirando hacia arriba.

—Ivy.

Robert me saca de mi ensimismamiento. Me mira desde el mismo lugar que ha estado desde que llegamos. La que está a mi lado con cara de circunstancia es la azafata.

—Es la hora del almuerzo. Estos son los menús disponibles —dice mostrándome una carta.

La miro por encima y, tras elegir menú, se va satisfecha.

Robert sigue en la misma posición. Me levanto y me siento frente a él. Este lugar es más cómodo para comer y el viaje no ha hecho nada más que empezar. En algún momento tendremos que hablar, y no me refiero a hablar sobre lo que pasó en el hospital, me quedó claro que no fue nada para él.

Lo observo mientras teclea sin apartar la vista de la pantalla ni un milímetro. La azafata nos trae dos bandejas, una para cada uno. La mía la pone en el hueco frente a mí; la suya, junto al portátil. Empiezo a comer.

—¿No vas a parar ni para comer?

Tarda unos minutos en apartar el portátil y colocar la bandeja frente a él. Analiza el contenido de su bandeja, ensalada y pescado, después la mía, pasta.

Aliña la ensalada, y su mirada vuelve a la pantalla.

—¿Vas a estar todo el viaje haciéndome el vacío? Y no me refiero solo al trayecto.

Por fin me mira con el ceño fruncido.

—Tengo trabajo.

—Se me olvidaba que este era un viaje de trabajo —digo mientras pincho con el tenedor la pasta con más fuerza de la necesaria haciendo bastante ruido.

—Harías bien en recordarlo —responde antes de volver a la pantalla.

Terminamos de comer en silencio, el mismo silencio que nos acompaña el resto del vuelo, en el que no consigo dormir por mucho que lo intente.

El hotel está en pleno centro de la ciudad; decir que es lujoso es quedarse cortos.

Un botones coge las maletas del coche, y otro chico bastante joven, apenas tendría veinte años, nos acompaña hasta la recepción. Robert se encarga del *check in* mientras yo digo por el grupo familiar y el de las chicas que ya estamos en el hotel, que ha ido todo bien y que estoy supercansada.

La habitación es más grande que todo mi apartamento. Tiene una sala de estar bastante amplia con un minibar que de mini tiene poco. El baño es espectacular y está separado en dos zonas, una con el váter y dos lavabos y otra con una bañera de hidromasaje y una ducha que hace por dos de la mía. La habitación es preciosa, en tonos verde menta y blanco, con muebles de madera y un armario gigantesco. El único inconveniente es que solo hay una cama.

—Dormiré en el sofá —dice Robert al percatarse de mi incomodidad de compartir la cama.

Los sofás son bonitos, pero no se ven nada cómodos. Son los típicos de diseño que te dejan el culo cuadrado en media hora.

—La cama es suficientemente grande para que podamos dormir los dos sin problema.

Robert asiente sin mirarme y sigue colocando su ropa en el armario. Las maletas ya estaban aquí cuando llegamos.

Cojo un pijama de la mía y me voy a la ducha. Esto es una maravilla. Salen chorros de todos lados, mis músculos entumecidos por la tensión se van aflojando. Quince minutos de chorros es lo que he necesitado para quedar en un estado de relajación extrema. Me seco un poco el pelo y me pongo el pijama.

Robert no está en la habitación. Me asomo al saloncillo para decirle que me voy a la cama. Vuelve a tener la cara pegada a la pantalla de su portátil; sobre la mesa hay dos bandejas, la suya a su lado está picoteada. La otra, frente a él, está intacta.

—¿Es para mí?

—He pensado que tendrías hambre.

No había pensado en comida, pero ahora que la veo, mi estómago ruge.

Me despierto y me revuelvo en las suaves sábanas, esta es la cama más cómoda en la que he dormido. Ahora entiendo por qué estos hoteles valen lo que valen.

Robert está en la ducha, escucho el agua correr desde aquí. Hay dos tipos de personas: los que se duchan por las mañanas y los que se duchan por la noche. Yo soy del segundo grupo; eso no quita que, si necesito una ducha por la mañana o por la tarde, no lo haga; ante todo, higiene.

Espero paciente a que salga del baño para invadirlo, y no salgo hasta estar perfecta para conocer la Ciudad del Amor. Ni Robert, ni su mal humor, ni su cara de culo van a estropear este día, este maravilloso día en el que conoceré Notre Dame, subiré a la torre Eiffel y, si sobra tiempo, visitaré el barrio de Montmartre. Con la ayuda de Brooke y Audrey, tengo una extensa lista de todos los lugares de interés de la ciudad picados en Google Maps, junto con algunas recomendaciones de restaurantes y cafeterías.

—He pedido el desayuno. El café ya estará frío —dice Robert haciéndome su radiografía

habitual; ya me he acostumbrado a su escrutinio.

Hoy me he vestido para mí, no para él. Me he puesto un vestido blanco de lana que me regalaron por Navidad, medias calentitas y unas botas, que pienso acompañar con mi abrigo de cuadros, una bufanda y un gorro de lana blanco. En París hace tanto frío como en Nueva York.

Doy un sorbo al café: está pasable. Cojo un cruasán y me lo como mientras me preparo el bolso. No hay tiempo que perder. Una vez que estoy lista, me tomo el café de un trago.

—¿Nos vamos? —Es una simple pregunta de cortesía porque, si responde que no, me iré sola.

Estoy en París, no voy a desperdiciar ni un minuto en esta habitación, por bonita y cómoda que sea. Si me responde que tiene trabajo, conoceré París sola y, aunque me parezca triste, la idea no me desagrada tanto.

—Vamos —dice levantándose y cerrando la tapa de su portátil.

Robert ha contratado un coche con chofer para que nos lleve. Bajo la ventanilla: quiero ver todo lo mejor posible, impregnarme de los olores, los colores de esta ciudad.

El chofer es un hombre mayor, habla inglés bastante bien y, cada vez que pasamos por delante de un edificio o escultura, me dice qué es y me habla un poco sobre ello. No sé si esto entrará dentro de su trabajo, pero hace el paseo mucho más interesante, aunque me dan ganas de bajarme y ver de cerca cada cosa que me indica.

Hago fotos desde el coche; en más de una ocasión nos han pitado por ir demasiado despacio. Robert, a mi lado, solo ha sacado el móvil para revisar el correo.

Notre Dame es preciosa, Nueva York está llena de grandes edificios, modernos y grandiosos, pero no tiene edificaciones como esta, antigua, preciosa. Es increíble ver los tallados de la fachada y pensar que se hicieron a mano. Busco las famosas gárgolas de la peli de Disney; son terroríficas y da un poco de grima pensar que puedan cobrar vida. No pasaría una noche aquí ni borracha. Sé que solo son estatuas, pero tampoco pasaría una noche en un cementerio, y sé que ni los fantasmas ni los zombis existen. Me hago un montón de selfis, y hago un video que mando directamente a las chicas. Espero que tengan el móvil en silencio, allí debe de ser de madrugada.

—Dame. Te la hago yo —dice Robert cuando me ve intentando salir en la foto y sacar toda la iglesia tras de mí.

Me hace varias, y me sorprende cuando le pide a una chica que nos haga una juntos.

Entramos. Por dentro es tan bonita como por fuera. Saco otro montón de fotos, el hecho de estar con el móvil en la mano y haciendo fotos me hace sentir menos estúpida, estando uno al lado del otro sin decir ni una palabra durante todo el recorrido.

El trayecto desde Notre Dame a la torre es de unos pocos minutos. Robert rompe el silencio para decir al chofer que no hace falta que espere, que le avisará después de comer.

—Entre que hacemos la cola, subimos, te haces un montón de selfis, otro montón de fotos a las vistas, bajamos, te haces más fotos con la torre de fondo, se hace la hora de comer. He reservado en un restaurante que está muy cerca. ¿Para qué lo vamos a tener aquí al pobre hombre esperando? —dice, como si de una predicción se tratara, porque es más o menos lo que hacemos.

La cola resulta más rápida de lo que imaginamos, las vistas de la ciudad desde arriba son increíbles. Robert pide que nos hagan una foto y me acerca a él, que está más pegado al borde imposible. Salgo más pálida que un folio en blanco en la foto.

—¿Te dan miedo las alturas?

—No. Es solo que, cuando me acerco al borde, me da una sensación de vértigo como si me fuera a caer, y no me gusta, así que evito acercarme a balcones y ventanas en las alturas —explico.

Como había predicho, me hago un montón de fotos con la torre de fondo. Esta vez, lo uso como mi fotógrafo particular. Después de toda la mañana juntos, la tensión que teníamos se ha ido disipando. Intento hacer todo tipo de fotos chorras, como que se me vea más grande que la torre, que la sostengo en la mano o que la sujeto como un llavero. Robert no se queja ni una sola vez. Esta vez, soy yo la que les pide a unas chicas que nos hagan una foto a los dos y, a diferencia de las anteriores, en esta se nos ve cómodos, relajados el uno con el otro y sonrientes.

Llegamos tarde al restaurante, pero nos han guardado la mesa igual. Después descubro que Robert avisó de la tardanza. El restaurante es pequeño, pero muy hogareño y bonito.

—¿Eres Gustave? —pregunta al camarero después de tomarnos nota.

—No. Gustave es mi padre. Yo soy Mathias.

—Ah. Mi abuelo me recomendó su restaurante, me dijo que era el mejor de París, y me obligó a prometerle que le daría recuerdos.

Al camarero se le ensancha la sonrisa.

—Es muy generoso su abuelo, pero no creo que seamos el mejor restaurante de la ciudad. Mi padre se jubiló hace unos años; si me dice el nombre de su abuelo, yo le daré recuerdos de su parte.

—Roger Anderson. Puede echarnos una foto, para el abuelo.

Así que esa es la razón de las fotos. No es que no fuera a dormir de la intriga, pero sí estaba siendo un misterio para mí.

Quizá Roger sea demasiado generoso diciendo que es el mejor, pero la comida está riquísima, el servicio es impecable y estamos tan a gusto que me da pena marcharnos.

Marcel, el guía, nos aconseja que Montmartre y la zona del Louvre la veamos a pie. Le pedimos que nos muestre algunos lugares y dejamos esos sitios para mañana. Nos lleva al palacio de Luxemburgo, al que no le di la prioridad que se merece, porque es precioso por fuera y por dentro. Hemos llegado para el último turno de visitas.

De camino al hotel, vemos un par de iglesias muy antiguas con unos grabados increíbles.

Ha sido una suerte que Marcel sea nuestro chofer, no todos son tan simpáticos y se implican como lo ha hecho él.

Soy la primera en ducharme y, aunque debería estar cansada después del ajetreo de todo el día, estoy como una moto. La adrenalina corre por mis venas por la emoción de estar aquí.

Le cedo el baño mientras yo termino de arreglarme en la habitación para salir a cenar. Por un momento, pensé que Robert me pediría quedarnos aquí y pedir algo al servicio de habitaciones porque parece bastante cansado, no ha dormido mucho. Dice que ronco, pero sé perfectamente que es mentira, yo nunca he roncado, quizá cuando estoy congestionada.

Robert pasa por mi lado, y la nube de perfume que lo persigue me hace toser.

—Te has pasado. ¿Cómo esperas que esté a tu lado?

—No lo espero.

Robert vuelve a estar serio y distante desde que hemos llegado al hotel. He llegado a dos conclusiones: ha estado aquí con otra persona y le incomoda estar en el mismo lugar conmigo, o es la intimidad de estar aquí los dos solos lo que le incomoda.

Llegamos a la pizzería que nos ha recomendado Marcel. Está a reventar de parisinos hablando sin parar. Me imagino de qué hablarán, porque no entiendo nada de nada. Mi francés no pasa del *bonjour, merci* y el famoso *voulez-vous coucher avec moi*.

—¿De qué te ríes? —pregunta. Parece más relajado.

Pedimos dos pizzas para compartir y Robert me sorprende pidiendo una botella de vino.

—Lo voy a necesitar para dormir esta noche con tus ronquidos.

Las pequeñas ojeras de esta mañana se han ido pronunciando con las horas.

—Yo no ronco.

Entramos en una ridícula discusión que termina con su amenaza de grabarme y mi reto a que lo haga.

Robert se bebe prácticamente él solo las dos botellas de vino.

—Si sigues bebiendo así, vas a dormir en la acera esta noche.

—Pues no es tan mala idea —dice riendo—. Así, al menos, dormiría.

Lo ignoro, paso de volver a hablar de mis no ronquidos.

Tengo que usar el traductor del móvil para echar al camarero, que no entiende ni papa de inglés, cuando intenta pedir la tercera botella. Y también tengo que impedir que entre en dos pubs que nos encontramos de camino al hotel.

—Eres una aguafiestas. Estamos de vacaciones. Vamos a bailar. —Tiene la mirada vidriosa por el alcohol.

—No. Mañana vas a estar con resaca y quiero ver la ciudad, no cuidando de ti en el hotel.

—¿Cuidarías de mí?

Su pregunta me sorprende, no es algo que me haya planteado en realidad. Si mañana amaneciera malo por resaca o cualquier otra cosa, ¿me iría sola a conocer la ciudad o me quedaría con él? Supongo que depende de lo mal que esté.

—Depende.

—¿De qué? —Siento su aliento. ¿Cuándo se ha acercado tanto? El corazón golpea fuerte contra la caja torácica, que lo retiene dentro de mi pecho.

Suelta un eructo, está tan cerca que puedo oler la peste a alcohol. Mi corazón vuelve a la normalidad para que mi estómago amenace con expulsar su contenido. Está borracho. Lo que me faltaba.

Tardamos cuarenta minutos en volver al hotel, un recorrido de apenas un cuarto de hora. El alivio que siento al cruzar al fin la puerta de la habitación dura poco, porque Robert empieza a quitarse la ropa en mitad de la habitación.

Se quita los tenis sin necesidad de agacharse o sentarse, continúa con el jersey y arrastra la camiseta que llevaba debajo con él, tira ambas prendas al suelo dejando a la vista sus torneados brazos y anchos hombros. Tiene un tatuaje en el costado que no alcanzo a ver. No contento con estar medio desnudo, se quita los vaqueros y se queda solo con un bóxer negro que deja bastante poco a la imaginación.

Se gira. Me mira de arriba abajo, igual que hace siempre, solo que esta vez no acaba de verme, lleva viendo mi conjunto toda la noche.

—¿Te gusta lo que ves? —dice socarrón.

Sabe que no he dejado de mirarlo todo el rato, está como un queso, y lo sabe. Me esfuerzo por mantener los ojos fijos en su cara, pero me es imposible no deslizarlos hacia abajo, hacia sus pectorales, sus marcados abdominales y la v que se forma al final de su torso, que se pierde dentro de ese bóxer. Me esfuerzo por subir la mirada. Si no fuera rico y tuviera una empresa, podría ganarse la vida como modelo de calzoncillos.

Trago mi propia saliva con dificultad. ¡Joder, qué torso! ¿Tiene tiempo para ir al gimnasio? Yo apenas tengo tiempo para cubrir mis necesidades. Claro que yo no soy rica ni tengo tropecientos empleados para que hagan el trabajo que yo no quiera hacer.

—No te flipes.

Cojo mi pijama a toda prisa y me voy al baño.

Cuando salgo, está tumbado en la cama, boca abajo. Morfeo ya lo ha atrapado, así que puedo admirarlo de cerca antes de taparlo con la colcha.



CAPÍTULO 23

ROBERT

Me despierto atrapado, Ivy tiene medio cuerpo sobre mí.

Ayer mentí, no ronca, pero se mueve muchísimo. Me despertaba continuamente por el peso de su pierna sobre la mía. Es tan agradable como incómodo. Parece que esta noche no va a ser diferente. Miro el móvil; son las cuatro.

El vino no ha funcionado mucho, me ayudó a dormir rápido, pero el sueño ha sido efímero y me duele la cabeza. La noche anterior me costó horrores dormir, saber que Ivy está a mi lado, a tan solo un palmo de distancia, con tan solo un pijama, me hacía estar duro. Este viaje va a ser un infierno. Apenas dormí, y mis ojeras daban fe de ello a la mañana siguiente.

Me masajeo la sien, muevo a Ivy con mucho cuidado, e intento dormir de nuevo.

No puedo, mañana no voy a tener mejor aspecto que hoy. Si me apuras, estaré peor.

Me levanto para tomarme un analgésico. Estoy desnudo. Recuerdo el incidente de anoche en el que me desnudé delante de Ivy, y su mirada tenía ese brillo, el mismo brillo que vi en el hospital después de besarla: deseo. Saco esas ideas absurdas de mi cabeza.

Voy al baño, me echo agua en la nuca para aliviar la tensión. Apoyo ambas manos en el lavabo con demasiada fuerza; no soy consciente hasta que veo, en el espejo, mis músculos marcados por la tensión. Aflojo el agarre y mi mirada cambia de dirección: me veo cansado, debería dormir.

Ponerme a hurgar en el armario para sacar un pijama me parece una pérdida de tiempo a estas alturas. Vuelvo a la cama. Ivy está tan jodidamente preciosa, dormida, tan relajada con la boca entreabierta...

Miro al techo y pienso en cualquier cosa que no sea Ivy a mi lado, Ivy desnuda, Ivy besándome, o nada que tenga que ver con ella y mis recurrentes fantasías, que cada vez son más continuas.

Vuelvo a despertarme. Esta vez, no es solo la pierna de Ivy sobre la mía, su cara está apenas a unos centímetros de la mía. Siento su aliento en mi cuello con cada una de sus exhalaciones.

La luz del amanecer se cuela por las ventanas e ilumina su rostro: su frente perlada, sus mejillas sonrosadas, su boca, que parece estar sonriendo. Se ve tan relajada. No es solo durmiendo, ayer estaba radiante, feliz, alegre. No era la primera vez que la veía así, lo había estado con otras personas, pero no conmigo.

Me levanto con cuidado para no despertarla, cojo algo de ropa, pero antes de ir a la ducha no

puedo evitar volver la mirada hacia la cama. Ivy sigue durmiendo; el edredón la cubre hasta la cintura. Me acerco para subirlo, emite un ruidito que no logro identificar.

Me voy a la ducha antes de que se despierte. No quiero que me vea en este estado, estoy prácticamente desnudo, es imposible ocultar mi erección.

Ivy no me ha dado un itinerario de qué haremos los días que estemos en París. Yo tampoco le he preguntado, pero no quiero irme sin ver el Louvre. Saco dos entradas para hoy desde el móvil. No sé cómo se lo tomará, pero supongo que entra en sus planes visitar uno de los museos más famosos del mundo. Si no, tendré que ir solo.

Ayer me costó horrores mantenerme lejos de ella, pedir a esas chicas que nos hicieran una foto juntos frente a Notre Dame solo fue una excusa para abrazarla. Aún recuerdo lo bien que olía.

Los recuerdos de anoche me inundan, mi mano deslizándose por su espalda para terminar sobre su culo una y otra vez, y cómo ella, paciente, me la subía de nuevo hasta su cintura. Supongo que pensaría que era el alcohol y no mis ganas de acariciarla.

Los chorros de agua fría recorren mi cuerpo. Como tenga que seguir aplicando este método para aliviar mi tensión, me voy a terminar resfriando.

Cuando Kat sugirió el viaje con Ivy, no me pareció mala idea, pero después de que casi la empotro en el hospital supe que esto no iba a ir bien. Mi atracción por ella es cada vez mayor, llevo meses sin tener nada de sexo, y tener a una mujer preciosa al alcance de mi mano... Respondió tan bien a mí que...

Esto no está funcionando. Recorro mi cara con las manos para terminar arrastrando mi pelo hacia atrás. El modo en que Ivy respondió a mi beso, su mirada llena de deseo... Los recuerdos hacen que me encienda igual que ese día.

No se me ocurrió qué hacer después de eso, no sabía cómo abordarlo, así que le hice creer que no fue nada para mí. Pero, desde entonces, no he pensado en otra cosa que no sea en su boca, en sus piernas alrededor de mis caderas, en su jadeo, la manera en que se restregaba contra mí.

Regulo el agua para que no salga tan fría, me enjabono y, tras varios intentos por apartar a Ivy de mi cabeza sin éxito, llego a la conclusión de que solo hay una manera de bajar la asta.



CAPÍTULO 24

IVY

El sonido del móvil me despierta. Miro la pantalla: es mi madre. Ni en la otra punta del globo deja de ser mi despertador particular.

—¿Qué hora es? —pregunto incapaz de calcular la hora que será allí. Aquí son las 8 de la mañana.

—¿Aún estás en la cama? Creí que queríais aprovechar el tiempo y conocer París en los pocos días que ibais a estar allí.

Robert no está en la cama. Me incorporo.

—Estamos de vacaciones, mamá —digo mientras me restriego los ojos.

—Ya veo. —Se queda en silencio, lo que no augura nada bueno, mamá nunca se queda callada al teléfono.

—¿Qué ves, mamá? —pregunto después de unos segundos.

—Que os habéis acostado muy tarde, es normal, sois jóvenes, apenas acabáis de conoceros. Aún recuerdo cómo era con tu padre al principio, la pasión desmedida, la...

Desconecto, no quiero escuchar más sobre la pasión de mis padres. Dejo el móvil sobre la mesita mientras mi madre sigue hablando, y me levanto.

Robert está en el baño, puedo escuchar el agua de la ducha. Aprovecho y me visto rápido antes de que salga.

—Y se metió todo en la boca de golpe, Mike casi se ahoga con el café. —Mi madre debe de haber cambiado de tema, y ni se ha dado cuenta de que no le estaba prestando atención.

Salgo de la habitación con el móvil y la llave con dirección al comedor. No quiero que Robert me escuche hablar con ella, seguro que de un momento a otro me pregunta por él, y prefiero contestar a solas.

Como había predicho, nada más entrar al comedor, donde hay un gran bufé, mi madre me pregunta por él y cómo estamos llevando lo de compartir el espacio. Le miento. No me siento bien mintiendo, pero no puedo decirle la verdad. No puedo decirle que es más difícil y fácil de lo que esperaba.

Fácil, porque nos hemos organizado bien, nada de pelearnos por el baño, por elegir lado de la cama, a dónde ir o qué ver. Bueno, esto sí que esperaba que fuera como está siendo, fue una de las condiciones por las que acepté venir.

La parte difícil es que cada día me resulta más atractivo, no ayuda que me abrace sin ninguna necesidad, como cuando nos hacemos una foto o anoche, cuando veníamos del restaurante. Bueno, anoche sí que era una necesidad para él, era su muleta para no caerse. Menos mal que yo no bebí, de lo contrario, no habríamos llegado al hotel intactos.

Cuelgo a mi madre una vez localizado lo que voy a coger. Me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón y pongo dos cafés, dos yogures con cereales y varios cruasanes sobre la bandeja. Le doy al *maître* el número de habitación y no me pone impedimento en que me lleve la bandeja allí.

Todo va sobre ruedas hasta que tengo que abrir la puerta. Dejo la bandeja en el suelo y, antes de terminar de levantarme, veo cómo la puerta se abre. Unas zapatillas nuevas, de estreno, entran en mi campo visual. Subo la mirada por unos vaqueros, un jersey verde, que parece tan suave que me dan ganas de tocarlo, y su cara, su boca entreabierta y esos ojos que me penetran el alma.

—¿Dónde estabas?

—He ido a por el desayuno.

Me mira a las manos, mierda, no he cogido la bandeja. Me vuelvo a inclinar, Robert carraspea cuando paso a apenas unos centímetros de su zona sensible. Cojo la bandeja y me incorporo.

—El desayuno —digo mostrando la bandeja con una radiante sonrisa.

Me quita la bandeja y la pone sobre la mesa. Desayunamos en la misma posición en la que lo hicimos ayer, en silencio, hasta que Robert llama mi atención aclarándose la garganta.

—Esta mañana me he despertado muy temprano y he sacado las entradas para ir al Louvre. No sabía si estaba en tus planes, pero, dado que es uno de los mejores museos del mundo, he pensado que estaría bien visitarlo. Al ir con entrada preferente, no haremos cola.

Pues no, no estaba en mis planes visitar el Louvre, al menos no el interior.

—Eso no es lo que hablamos. —Le recuerdo el punto en el que exigí que haría lo que quisiera en el viaje.

Se aclara la garganta nuevamente.

—¿Quieres un paracetamol? —Cambio de tema, no quiero hablar sobre el Louvre. Hoy tenía pensado visitar Montmartre, y estoy segura de que ayer se lo dije en la cena.

Apenas hablamos nada más durante el desayuno. Robert coge su portátil mientras yo termino de arreglarme; la verdad es que ni he empezado, antes solo me he vestido.

—Está bien, iremos al Louvre. Pero solo por la mañana, después de comer, quiero ver la zona. Si quieres quedarte allí, me iré sola.

Solo he accedido porque está lloviendo, y no creo que pasear por París mientras llueve sea lo más aconsejable.

Robert está de acuerdo. Me desinflató un poco pensando en tener que pasar la tarde sola, sin nadie con quien comentar las cosas que voy viendo, sin nadie que me dé un dato interesante que acaba de buscar en internet sobre el lugar, sin nadie que me eche fotos aquí y allá.

Suelto el aire de golpe, antes de subir al coche.

—*Bonjour*, Marcel.

—*Bonjour, mademoiselle, monsieur.*

Hablo con Marcel todo el camino, igual que ayer, supongo que por eso conmigo es más cercano, mientras que con Robert guarda las distancias, y su tono siempre es más serio al dirigirse a él.

Es una suerte que no tengamos que hacer cola para entrar, porque está lloviendo bastante y la cola es muy larga. Entramos directamente y dejamos las fotos frente a la gran pirámide de cristal para la salida.

—Ya estamos aquí, ¿por dónde empezamos? —pregunto dejándole claro que será él quien nos dirigirá, puesto que es él quien quiere ver las obras del museo.

Mira hacia un lado y otro, hasta encontrar un puesto de venta. Se acerca y coge uno de esos libretos donde vienen las áreas, exposiciones y demás información.

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes que es un saca dinero, ¿verdad?

—Ilústrame —dice ojeándole.

—Los museos suelen tener una muy buena señalización de sus áreas, con paneles donde puedes ver las diferentes zonas, dónde te encuentras y cómo ir de una a otra. Además, hay suficiente información en las exposiciones y bajo los objetos, pinturas, esculturas, etc.

—Es una suerte que no tengas que ser tú quien decide si comprarlo o no —comenta con ese tono arrogante que tanto me irrita, antes de acercarse a pagarlo.

Viene hacia mí ojeando el libro.

—Primero veremos las pinturas. Si tenemos suerte, ahora no habrá apenas nadie viendo la *Mona Lisa*.

Y así, sin más, me veo entrando en un pasillo lleno de cuadros gigantescos, me falta pared para muchos de esos cuadros.

—Creí que no te gustaba el arte —digo recordando aquella primera cita en la que visitamos una galería y no le hizo el menor caso a los cuadros. Además, creo que mencionó que no le gustaba.

—No sé por qué.

—Quizá porque, cuando visitamos la exposición de Marc, no les hiciste el menor caso a sus obras, y tampoco quisiste ver las obras de otros artistas.

—No me gusta ese tipo de arte —dice con la mandíbula apretada, tanto que pienso que en cualquier momento sus dientes van a salir despedidos de su boca.

—¿Y este sí?

—Sí.

Parece algo molesto, quizá sea de esas personas que necesitan silencio para apreciar el arte. Será esa la razón por la que en los museos hay numerosos carteles de silencio.

Robert no tiene suerte y ya hay un grupito frente al cuadro. Nos acercamos y pasamos unos minutos frente a él. Robert lo observa con parsimonia mientras yo, con apenas unos segundos, me he aburrido y ahora miro el techo, las paredes y los suelos, que son dignos de un palacio.

Después de ver un sinfín de pinturas, vamos a la sección de Egipto. Ver momias y sarcófagos resulta más gratificante, es increíble el trabajo artesanal que hacían hace tantos años para las tumbas.

No nos da tiempo a mucho más, comemos algo *light* dentro del museo.

Robert quiere ver unas esculturas antes de irnos, no opongo resistencia porque fuera sigue lloviendo. A la mierda mi plan de pasear por la ciudad.

—Son casi las cinco, ¿nos vamos?

—¿Para qué? Está lloviendo —resoplo con tristeza.

—Así que por eso no has rechistado en todo el día —me tantea con esa sonrisa que tanto odio.

Le doy un golpecito en el brazo como respuesta.

Joder, este debe de alimentarse solo de espinacas. Menos mal que le he dado flojo, si le doy fuerte, me rompo la mano. En todo este tiempo solo me ha comentado alguna vez que iba al gimnasio, no creo que ese cuerpo sea de hacer deporte una vez a la semana. Mi imaginación me lleva a anoche, a la habitación del hotel en la que Robert se está desnudando. En mi mente lo

hace a cámara lenta, dejando a la vista sus torneadas piernas, su fuerte espalda, sus duros brazos...

—Se te va a caer la baba. —Robert interrumpe mis recuerdos—. Un dólar por tus pensamientos. Los que hacen que casi se te caiga la baba; los que estás experimentando ahora sobre cómo asesinarme por sacarte de tus fantasías me los imagino.

—No pensaba en nada.

Se inclina, está tan cerca que puedo sentir su aliento sobre mi piel sensible.

—Mentirosa.

Le empujo, pero soy yo quien se mueve hacia atrás tan bruscamente que casi me caigo. Joder, no esperaba que me susurrara al oído de esa manera. Le dedico una mirada asesina, al estilo de Villanelle. Robert se parte de risa, está claro que no me veo como en mi mente.

Huyo de la manera más digna que puedo: me voy al baño.

—No me quiero encerrar en el hotel. Aún es temprano —digo a Robert cuando le dice a Marcel que nos lleve al hotel.

Sigue lloviendo bastante fuerte. He mirado el tiempo cada veinte minutos desde el mediodía, y no ha dejado de llover en todo el rato. Según el pronóstico del tiempo, en dos páginas diferentes, hasta esta noche de madrugada no dejará de llover. Espero que no se equivoquen porque mañana es el último día y quiero ver muchas cosas.

—Llévanos a Lafayette.

—¿Para qué? Ese sitio es carísimo. —Marcel me mira por el espejo retrovisor, asombrado por mi comentario.

A veces se me olvida que voy con un millonario.

—Bueno, haremos un esfuerzo —dice Robert con esa sonrisa burlona que tanto detesto.

Me está vacilando.

Miro por la ventanilla, observo la lluvia caer por los cristales, emborronando el paisaje. Me esfuerzo por ver qué hay detrás de la lluvia, pero no soy capaz de ver nada.

No me opongo a ir de compras, quizá encuentre algún recuerdo para Audrey y Brooke. Sonrío imaginando a Brooke dando saltitos rompiendo el papel de regalo, sé que le encantaría estar aquí. Ella me ha ayudado a planificar el viaje, seleccionar los sitios, incluso buscar las localizaciones precisas para hacer las mejores fotos. Un *souvenir* me parece algo demasiado impersonal, pero no sé qué puedo llevarle. Me gustaría algo que tuviera la esencia de esta ciudad, un trocito de París.

—Este es el edificio de señoras. El de enfrente es el de caballeros. ¿Les dejo aquí o...?

—Aquí está bien. Le avisaré un rato antes para que nos recoja luego —dice Robert abriendo la puerta del coche.

No entiendo la fama de este lugar, no es más que un centro comercial de marcas caras.

—Deberíamos ir a los edificios de hombres —digo cuando comprendo que aquí no voy a encontrar nada para las chicas.

—Cualquier mujer del mundo estaría encantada de que su novio la lleve de compras. ¿No quiere torturarme con pases de modelos, dejarme la tarjeta tiritando y los brazos dormidos del peso de las bolsas?

No es la primera vez que se refiere a sí mismo como mi novio; en mi mente, la palabra *false* resuena, aunque no la pronuncie.

Supongo que todo eso suena muy bien, pero siempre he sido de las que prefieren pagar sus facturas y sus compras. Me encanta llevar las bolsas, me hace sentir como Julia Roberts en *Pretty*

woman. Es curioso que, después de años sintiéndome así cuando iba cargada de bolsas, haya terminado yendo a comprar con la tarjeta de un novio falso sin mirar precios.

Aunque la idea de torturarlo me resulte atractiva, no me apetece nada desnudarme para probarme nada.

—Yo no soy cualquier mujer —termino diciendo.

—Quizá podrías mirar algo para la cena de San Valentín, algo especial.

Así que es eso. Quiere dar su aprobación para mi modelito. Me he traído uno de los vestidos que ya he usado, total, no vamos a coincidir con nadie.

—Me he traído el vestido azul —digo refiriéndome al que llevé a una gala en la que estuvimos no hace ni un mes.

—Bonito, seguro que encontramos algo especial.

Resoplo. Me estoy oliendo que, al final, voy a terminar desnudándome y haciendo el pase de modelos del que hablaba antes.

Dejo que él elija la tienda. Una chica altísima y preciosa tarda menos de un minuto en atendernos. Nos estudia a ambos y, una vez conforme, me mira y me guiña un ojo. Vaya. No me esperaba esto; sí una mirada con desdén, una mirada que dijera «este hombre es mucho hombre para ti, chica». Son las que suelo recibir en la mayor parte de los sitios a los que voy con él y, en su mayoría, son de mujeres. Le dedico una amplia sonrisa que dice: «me alegra que no seas una estirada envidiosa».

Robert le explica que necesitamos un vestido especial, para una noche especial. La chica, que se presenta como Amara, nos enseña un montón de vestidos, la mayoría, demasiado pomposos, demasiado brillantes. Hasta que nos saca uno de seda bastante sencillo, pero con una caída preciosa, y va acompañado de un chal del mismo material con las plumas más suaves que he tocado en mi vida.

—¿Por qué no te lo pruebas? —dice Amara al ver que este me ha gustado. Robert no se había dado cuenta.

—Es demasiado blanco —opina Robert dejando clara su desaprobación.

—Es color marfil, no blanco. Pero, si no recuerdo mal, está también en amarillo, pero cambia un poco.

Antes de poder contestar ya se ha ido y nos trae el otro. El blanco tiene un escote en v, y la espalda también, mientras que el amarillo tiene cuello *halter* y el escote de la espalda es bastante más pronunciado.

—No sé qué color es peor —dice Robert ganándose una mirada furiosa de Amara.

El blanco es precioso y el amarillo también, tenía mis dudas cuando he escuchado «amarillo», pero es un tono muy bonito; es claro, ni pastel ni apagado. Es realmente bonito.

—¿Qué tienen de malo? Ambos son preciosos —protesto.

—Quizás puestos se vean diferente —añade sonriendo. Me ha tendido una trampa y yo solita he caído.

No es la primera vez que lo hace, ya me ha hecho caer en su trampa más de una vez. Ahora entiendo un poco mejor de dónde proviene esa arrogancia.

Primero me pruebo el blanco, me queda perfecto y el color realza mis facciones. Salgo del probador; me siento observada. Amara me mira con brillo en los ojos, piensa lo mismo que yo: me queda genial. Robert recorre mi cuerpo con su mirada, ya estoy acostumbrada a su escrutinio. Le sonrío cuando llega de nuevo a mi cara después de que se ha detenido más de lo debido en mi escote. Me cubro con el chal y me doy la vuelta fingiendo arrogancia para meterme de nuevo en

el probador. Me vuelvo a mirar en el espejo, recorro con mis manos mis laterales acariciando la suave tela antes de quitármelo.

Y entonces me pruebo el amarillo. Si el blanco me quedaba bien, este es como un guante, parece estar hecho para mí: resalta mi figura ajustándose a mis caderas para resbalar con elegancia hasta el suelo. Me giro un poco para ver cómo me queda por detrás antes de salir. Vaya, el otro no me hacía este culo. Este me queda mucho mejor. Veo mi sonrisa reflejada en el espejo. Me pongo seria, me acomodo el chal como si fuera una señora de ochenta años y salgo.

Salgo seria, activa, fingiendo ser una señorona. Veo la cara de Robert y no puedo evitar romper a reír. Dejo resbalar el chal, hasta que queda posado sobre los pliegues de mi codo, dejando todo el vestido ante la visión de Robert. Amara debe haberse ido mientras estaba cambiándome. Doy una vuelta de trescientos sesenta grados y, cuando caigo en la cuenta de que el chal tapa una de las zonas que mejor realza el vestido, se lo tiro a Robert, para dar otra vuelta mucho más despacio.

—Espero que la razón de que estés tan juguetona sea lo mucho que te gusta el vestido —dice socarrón. Aparece otra vez esa sonrisilla que me calienta la sangre. Aún me queda por averiguar si es por enfado o excitación, o puede que sea una combinación de ambas.

—¿No te gusta lo que ves?

Abre un poco los ojos, no se esperaba esa pregunta y, la verdad, yo tampoco sé muy bien de dónde ha salido. Es obvio que es con doble sentido y ambos lo sabemos.

—Sí.

Sí.

Un simple sí.

Y, mientras él reflexiona sobre qué me ha llevado a hacerla, yo me inquieto por si se refiere al vestido o a mí. Cuando nos conocimos, me dejó muy claro que yo no era su tipo. No era el tipo de chica que le gusta, «demasiado bajita»; aún recuerdo sus palabras. Debe de ser el vestido; desde que empezamos a salir, ha revisado mis *looks*, incluso la primera noche me pareció que miraba con demasiado detenimiento mi pijama o lo que había dejado.

Agito la cabeza para sacar esos pensamientos absurdos. Yo no le gusto. No puede ser.

El beso.

Mi mente me traiciona haciéndome recordar ese beso, que no significó nada. Lo hemos ignorado desde entonces porque no fue nada para él.

—Voy a cambiarme.

—¿Pasa algo? —pregunta al notar que mi humor ha cambiado ligeramente.

—Es bonito, pero mi maleta está a tope. Además, es demasiado —susurro mostrándole el desorbitado precio de la etiqueta.

No es esta la razón de mi cambio de humor. Es bonito, me gusta mucho el vestido, pero el dinero no es un problema para él y, dado que vamos en un avión privado, seguro que puedo subir un par de bolsas sin problema. Pero algo tenía que decir y siento alivio al ver que él no duda de mí.

¿Cuándo ha pasado esto?, ¿en qué momento ha empezado a confiar en mí sin cuestionarme?

—Seguro que encontramos una nueva maleta por aquí.

No esperaba algo así, aún no estoy muy familiarizada con el razonamiento millonario. Debe de ser maravilloso no tener que preocuparte por el dinero; no preocuparte por el alquiler, las facturas o cómo pagarás la deuda de la tarjeta de crédito.

Estos meses he estado con más soltura económica que antes; sin embargo, he invertido casi

todo en Just a Date: nuevos equipos, la web y ahora la *app*. A pesar de que he llegado a fin de mes bastante bien, aún tengo un par de deudas de mi tarjeta de crédito.

Amara abre con cuidado un poco la puerta.

—Oh, ya te lo has quitado. Tu chico me ha dicho que os lo lleváis, quería ver cómo te quedaba. —No sé bien qué responder. Debe darse cuenta porque añade—: Te lo iré preparando mientras terminas de vestirme.

Extiende su mano y yo le doy el vestido y el chal. Se va cerrando la puerta y me deja sola con mis pensamientos.



CAPÍTULO 25

IVY

Los chorros de agua resbalan por mi cuerpo acariciando mi piel, acompañando las caricias de unas manos fuertes y suaves que recorren mis caderas en círculos. Unos labios recorren la curva de mi cuello. Inclino la cabeza para darle mejor acceso; él sigue recorriendo mi cuello hasta llegar al mentón. Me besa, una vez y otra.

—Ivy. —La voz de Robert inunda mis sentidos y recorre mi cuerpo como una corriente eléctrica.

Un jadeo escapa de mi boca al notar el tirón de placer entre mis piernas. Sus manos descienden, como si pudieran sentir mi necesidad, incluso antes que yo misma. Me restriego contra su entrepierna, noto su dureza en mi culo y vuelvo a restregarme para provocarlo.

Lo quiero dentro.

Y lo quiero ahora.

—Ivy. —Su voz suena más profunda, más grave.

Sus manos ya no están entre mis piernas, solo una de sus manos acaricia mi brazo.

No, no es una caricia, es más como un agarre.

Abro los ojos.

Mierda.

Robert está levemente inclinado hacia mí, me está mirando fijamente, ni siquiera pestañea.

—Ivy. —Ese tono es el mismo que el de mi sueño, grave, profundo.

Mierda. ¿Habré dicho algo?

¡Joder!, ¿cómo mi cerebro me puede hacer algo así?, tener sueños eróticos con él se ha convertido en algo habitual, pero tenerlos mientras duerme a mi lado es una mala jugada.

—Parecía que estabas teniendo —lo veo tragar con dificultad, sin apartar la mirada de mí. Su respiración está tan agitada como la mía— una pesadilla.

No sé si es una pregunta o una afirmación. No deja de mirarme de esa forma, y yo no dejo de pensar en que hace unos segundos lo tenía tras de mí, acariciándome, besándome, a punto de...

—Ivy. —Su voz es más ronca, más grave; no es el tono al que estoy acostumbrada, y eso que su voz de por sí ya es bastante grave.

Aparto la vista de sus ojos; tiene la boca entreabierta. No soy consciente de que me estoy mordiendo el labio. Lo suelto rápido y sigo bajando por su cuello, su pecho sube y baja bastante

rápido, aún tiene la respiración agitada. Sigo recorriendo su cuerpo con la mirada y siento la suya puesta en mí sin necesidad de mirarle.

Sigo bajando y es evidente que está tan excitado como yo.

Mi mirada sube para encontrarse con la suya a toda velocidad, pero soy incapaz de hablar. ¿Qué puedo decirle? ¿La verdad?

No.

No pienso decirle que estaba teniendo un sueño erótico con él.

—¿Estás bien? —Su voz ronca me envuelve como en el sueño.

—Tan bien como tú —digo bajando la vista hasta su miembro erecto. A buen entendedor...

—Ivy .—Parece un niño pequeño repitiendo la única palabra que sabe o que acaba de aprender, solo que su voz no es la de un niño y, cada vez que dice mi nombre de esa manera, mi mente vuelve a esa ducha, con él tras de mí, acariciándome, besándome—. Si te empeñas en seguir gimiendo a mi lado, no sé si voy a poder controlarme.

—Yo no estoy gimiendo. —O eso espero.

Estoy tan concentrada en su cuerpo que quizá no le esté prestando mucha atención al mío.

—Sí que lo haces. Llevas haciéndolo desde que llegamos. Cada noche.

Dormir con él a mi lado, en la misma cama, no ha hecho que mi cerebro deje de soñar con él; al contrario, los sueños son más intensos, más reales.

—No me habías dicho nada —replico.

—No sabía cómo. —Su mirada comienza a descender por mi cuerpo con parsimonia, tarda unos segundos en volver a encontrarse con la mía.

—«¿Qué tal? Ivy, por las noches gimes en sueños».

—Así que sueños, pero... —empieza a decir con una sonrisa burlona, pero enseguida su expresión cambia a algo que parece enfado—. ¿Estás soñando con otros hombres mientras duermes conmigo?

Está celoso. No tengo pruebas, pero tampoco dudas. Sus ojos están oscurecidos y su mandíbula está tan apretada que puede que se rompa un diente si no la afloja pronto. Está celoso porque sueño con otros hombres.

No sueño con otros, hace meses que él es el único hombre que aparece en mis sueños. También hay un encapuchado que aparece a veces en mis pesadillas, que me persigue con... Eso no viene al caso.

Está celoso, y eso me excita aún más.

—No.

—No me mientas, ya me has dicho que estabas teniendo sueños eróticos.

—Ajá... Lo cierto es que solo he dicho sueños, no he dicho que fueran sueños eróticos, eso lo has dicho tú. Pero sí. Estaba teniendo un sueño erótico, pero no era con otro hombre.

No me dice nada, su mirada se oscurece más aún, esta vez de deseo.

—Ivy.

Como en el sueño, su voz entra en mi organismo para recorrer todo mi cuerpo.

Y pierdo la poca cordura que me queda. Me abalanzo sobre él. Mi boca busca la suya; pero, antes de besarlo, me detengo solo a un par de milímetros. Le doy tiempo para apartarme si esto no es lo que quiere, igual que hizo él en el hospital.

Robert acaba con mis dudas cuando levanta su cabeza y me besa. Un beso húmedo, su lengua recorre el contorno de mis labios.

Siento sus manos en todas partes. ¡Joder!, esto es mucho mejor que en mis sueños. Sus manos

firmes, fuertes recorren mi cuerpo sin descanso, y me gusta, me gusta sentir el calor que desprenden, la firmeza de su agarre en mis caderas, en mi culo.

Robert me hace rodar, y cambiamos las posiciones. Ahora soy yo la que está sobre la cama, bocarriba, con él sobre mí. Se aparta y siento frío, un frío que se extingue cuando veo cómo recorre mi cuerpo con su mirada, con deseo, con el mismo deseo con el que lo he observado y yo hace unos minutos.

—Si no estás segura, este es el momento.

Si no tuviera ese fuego en su mirada, pensaría que quien tiene dudas es él. Yo no las tengo. Lo deseo, lo deseo desde hace mucho tiempo.

—Estoy segura.

—Bien, porque llevo mucho tiempo fantaseando con besar cada centímetro de tu cuerpo y una vez que empiece no voy a parar.

Sus palabras hacen que mi fuego se convierta en una hoguera descomunal. Saber que ha estado fantaseando conmigo todo este tiempo o imaginarlo besando cada rincón de mi cuerpo me hace arder.

—Tendrás que dejarlo para después, ahora quiero otra cosa de ti —exijo mientras agarro su miembro con mi mano—. Te quiero dentro de mí, Robert. Ahora.

Se inclina hacia delante, pero no deja caer todo su peso para no aplastarme. Devora mi boca, o yo la suya. Nuestras lenguas se encuentran, se batan en duelo por conquistar la boca del otro.

Su mano se cuela entre mis bragas, acaricia mi entrada, húmeda y caliente.

—Robert —digo entre besos. No sé si me ha escuchado.

Se levanta, no deja de mirarme mientras se desnuda. Ya lo vi desnudarse la otra noche, pero ahora puedo deleitarme, y puedo tocarlo. Me incorporo y voy hacia él.

—No. —Me detengo—. Luego.

Termina de desnudarse, es mi turno. Me quito la camiseta, siento su mirada como fuego. Se acerca y da un tirón de mis piernas para volver a dejarme tumbada sobre la cama. Me quita el pantalón y las bragas de una vez, dejándome totalmente desnuda.

Se toma unos segundos para observarme, segundos en los que yo también lo observo. Sus fuertes brazos, sus pectorales, su abdomen marcado y su miembro erecto. Se me escapa un jadeo.

—¿Te gusta lo que ves? —Asiento—. Bien, porque a mí también me gusta lo que veo. Mucho.

Vuelve a ponerse sobre mí, noto la cabeza de su miembro haciendo presión en mi entrada. Un ramalazo de placer recorre mi vientre, elevo la cadera haciendo que entre un poco.

Robert me embiste hasta la empuñadura.

Jadeo.

Me muerde el hombro, y me vuelve a embestir una y otra vez.

Me despierto sobre el pecho sin camiseta de Robert, y recuerdo todo lo que hicimos de madrugada. Cómo me desperté excitada por el sueño, cómo nos acostamos, sin preliminares, solo sexo. En unos minutos tuve el primer orgasmo, poco antes de que él también llegara al clímax. Después cumplió su promesa de besar cada centímetro de mi cuerpo. Bueno, lo intentó, yo también quería acariciarlo a él, besarlo, lamerlo...

—¿Estás despierta?

El recuerdo de todo lo que hicimos anoche me excita de nuevo, pero me pregunto qué pasará ahora. ¿Me dirá que no fue nada, como con el beso del hospital?

—Ivy.

No puedo fingir que estoy dormida, en algún momento tendré que enfrentarme a él, a lo que pasó entre nosotros. No puedo dejar que pase como con el beso del hospital, esto es distinto. Nos acostamos. Dos veces. Todo lo que hicimos, la manera en que me...

—Estás gimiendo otra vez.

—No, qué va —respondo sin saber si es cierto o no. Últimamente, parece que no soy consciente de lo que hace mi boca.

Tira de mí con el brazo que tenía abrazándome para dejarme sobre él. Elevo la cara para mirarlo porque estoy a la altura de la clavícula, al mismo tiempo que él empuja mi culo hacia arriba, dejando mi cara tan cerca que noto su respiración.

—Mentirosa —dice jugueteando mientras eleva las caderas, haciéndome notar su excitación. Como si no la hubiera notado ya.

Trago saliva con dificultad. Vuelvo a estar excitada, pero tengo una maraña de pensamientos en mi cabeza. Lo miro a los ojos y me pierdo en ellos. Vuelvo a caer en el deseo.

Una hora más tarde, cuando ambos estamos completamente saciados, la maraña de pensamientos vuelve.

Me voy a la ducha. Sola. No cedo ante sus insistentes sugerencias de ducharnos juntos. Necesito este tiempo lejos de él para pensar con claridad.

No está sirviendo mucho. Por un lado, siento que debemos mantener una conversación y aclarar qué está pasando entre nosotros. Por otra parte, pienso que eso podría estropearlo todo. Estamos en París, es el último día, quiero aprovecharlo y no que se tuerza por tener esa conversación. Pero, si no la tenemos, no dejaré de darle vueltas y no podré disfrutar de la ciudad.

Joder.

Esto es un callejón sin salida, decida lo que decida, voy a tener un día de mierda.

Salgo del baño ya vestida y arreglada para irnos. Robert no está en la habitación. Me asomo al salón, está frente al ordenador.

—Has tardado mucho. —Cierra su portátil y se levanta. Viene hacia mí—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa?

—Estás tensa.

—No estoy tensa.

Se me queda mirando, es obvio que estoy tensa y él lo sabe, aunque lo niegue. Estoy más recta que el palo de la fregona.

Me esfuerzo por relajarme.

—Me toca la ducha. He ido a por el desayuno —dice señalando la bandeja llena de comida sobre la mesa antes de darme un beso en la coronilla e irse en dirección al baño.

Desayuno dándole vueltas a todo lo que ha pasado entre nosotros desde anoche.

Ivy

SOS SOS SOS SOS

¡La he liado!

Brooke

Más te vale que sea algo grave, como que ha estallado la guerra en Francia.

Son las 4 de la mañana.

Ivy

Me he acostado con Robert.
Varias veces.

Audrey

Brooke, me debes 100 pavos.

Habían hecho apuestas. ¿Tan evidente era lo mucho que me gusta? Nunca me han insinuado nada.

Ivy

¿Habéis apostado sobre si me acostaría con él?

Brooke

En realidad, nos apostamos cuánto tardarías en acostarte con él. Yo dije que no pasarías de las dos primeras noches.
Audrey pensaba que sería en Londres.

Audrey

¡Sí! Pero tú dijiste en las primeras dos noches, y no apostarle solo a la primera porque llegarían cansados del viaje.

Ivy

Sois unas cabronas.

Brooke

Eres tú quien nos ha despertado a las 4 de la mañana para restregarnos que te has tirado al pedazo de tío que te ha llevado de vacaciones a la Ciudad del Amor.
¿En serio creías que tenías alguna posibilidad de volver intacta?

Audrey

¿Es o no un podófilo?

Brooke

¿¿Hola?? ¿Un podófilo?

Audrey

¿No recuerdas su lista de exigencias?
Ponía explícitamente «manos pequeñas con manicura».

Brooke

Pues no sé qué tienen que ver los pies con las manos.

Ivy
¡Eso mismo dije yo!
Es por algo que leyó vete a saber dónde.

Audrey
Eso es de primero de podofilia.
¿Lo es o no?

Brooke
¿Por qué te interesa tanto? 😏

Ivy
¡Nunca he estado con uno!

Brooke
Dile a Kirt que te chupe un pie.
👄 👄 🦶 🦶 🦶 🦶

Audrey
No es lo mismo.

Brooke
¿No es lo mismo que un tío cualquiera te chupe un pie a que lo haga un podófilo? ¿Y eso cómo lo sabes?

Audrey
¡Porque no!

Ivy
No me estáis ayudando.

Hace unas horas, me acosté a dormir siendo novios falsos, y ahora ya no parece tan falso. Nos hemos acostado. Más de una vez. Y ha sido el sexo más increíble que he tenido en años. Tan increíble que ni la reciente obsesión por los podófilos me impide estar fantaseando con tenerlo sobre mí otra vez. Con él, desnudo, invadiendo mi mente, es imposible concentrarse.

Audrey
¿Ayudarte con qué?

Ivy
Ahora no sé dónde estamos nosotros.
¿Qué hago?

Brooke



Tíratelo otra vez.

Estoy contestando a Brooke cuando Robert sale del dormitorio perfectamente vestido y arreglado. ¡Qué guapo es!

Aún no he terminado de desayunar. Guardo el móvil, no me han ayudado mucho. Me bebo de un trago lo que queda de café en mi taza y me pongo el abrigo mientras termino de comerme una deliciosa galleta de mantequilla.

Hoy, por fin, visitamos Montmartre. Marcel nos deja frente a Moulin Rouge y nos da unas pequeñas indicaciones que olvido nada más irse. Vemos el famoso molino y nos echamos fotos, como en cada lugar que hemos visitado.

Robert y yo apenas hemos hablado en el coche, le he pedido a Marcel que nos aconsejara y así se ha pasado todo el trayecto, lo cual he agradecido porque no sé cuál es la situación entre nosotros ahora.

Me sorprende que la calle del molino sea una imitación del Barrio Rojo en Ámsterdam, hay un montón de *sex shops* por toda la calle, lo que no ayuda a dejar a un lado la noche de sexo que acabo de pasar.

Nos guiamos con el GPS del móvil para llegar hasta la iglesia. Robert propone subir en el elevador. No quiero volver a estar con él a solas en un espacio cerrado, así que me niego.

Me arrepiento cuando vamos por mitad de la interminable escalera, el bolso me pesa una barbaridad y me sobran el abrigo, la bufanda, todo.

Subimos y, después de coger un poco de aliento, vemos la imponente iglesia. Esto está lleno de gente, algunos hacen cola para visitar la iglesia, otros posan para las fotos.

Vamos al mirador frente a Saint-Pierre, se ve toda la ciudad, con la torre Eiffel en el fondo. Las vistas son espectaculares, y eso que vivo en una de las ciudades con vistas de las más valoradas del mundo.

Robert le pide a una señora que nos eche una foto. Me tenso un poco, pero luego recuerdo que esto no es nuevo. Me obligo a relajarme.

Es evidente que esta no es como las otras veces. Siempre se ha puesto a mi lado y con su brazo rodeándome la cintura, pero ahora estamos totalmente pegados, y su brazo no está posado sutilmente sobre mi cintura, me agarra con firmeza.

—¿Vas a decirme qué pasa?

—Nada.

—Mmmm... El otro día vi un video de las respuestas confusas de las mujeres: cuando dicen no, es sí; cuando dicen «tú sabrás», es «ni se te ocurra» y, cuando dicen «nada», es que pasa algo.

—Ya te he dicho que nada. —No sé cómo plantearle que estoy confusa. ¿Cómo le digo que no sé cómo actuar con él?

No me dice nada, solo me mira con esa mirada penetrante que le he visto un par de veces, la misma que tenía cuando lo conocí.

Da un paso y acorta la poca distancia que había entre nosotros. Me pilla de sorpresa. Su mano se cuela por detrás de mi cintura y la otra se posa sobre mi nuca y, antes de que me dé cuenta de lo que pretende, su boca está sobre la mía.

Un beso profundo, lleno de intenciones.

Deja de besarme, pero no se separa de mí. Sigue en el mismo lugar, pegado a mí, mirándome.

—¿Sigue siendo nada?

No sé muy bien qué decirle. No después de que me ha besado en un lugar público, atestado de gente, como si fuéramos una pareja real.

—Vamos, Ivy, no estás siendo tú misma. Dime lo que me tengas que decir —insiste.

—Es solo que, después de lo que pasó anoche... —Me quedo en silencio cuando me doy cuenta de que debería haber pensado qué iba a decirle antes de empezar a hablar.

—Después de lo de anoche... —repite mis últimas palabras, con esa sonrisa socarrona que tanto odio, para animarme a continuar.

—No sé muy bien dónde estamos.

—¿La increíble noche de sexo que has pasado conmigo te ha dejado tan desorientada como para no saber dónde estamos? —Veo la diversión en sus ojos y eso me irrita bastante. Sigue siendo el mismo engreído de siempre.

Estoy hecha un lío. No sé cómo comportarme. No sé dónde estamos y sé que sabe perfectamente qué quiero decir.

—Sabes muy bien a lo que me refiero —digo finalmente.

—Ivy, estamos en París. —Pongo los ojos en blanco—. Solo disfruta y déjate llevar. Estamos de vacaciones, ya hablaremos cuando lleguemos a casa.

Me besa de nuevo, y esta vez no me contengo.

Pasamos el resto del día por la zona, visitamos Saint-Pierre, paseamos por las calles de Montmartre. Esta zona es preciosa, hay artistas callejeros apostados en plazoletas y algunas calles, trabajando en sus pinturas. Muchos de ellos tienen algunas puestas a la venta, hay muchísimas que son una auténtica preciosidad. Recuerdo la visita a la galería de arte, las obras me parecieron tan impersonales, tan modernas, no puedo compararlas con estas pequeñas obras de arte. La mayoría de los artistas pintan París, la torre Eiffel, Notre Dame, las calles de Montmartre, pero cada uno lo hace a su manera, con diferentes colores. Algunas son pinturas alegres, otras son tristes, otras están llenas de luz y otras llenas de sombras. ¿Qué historias esconden esas pinturas?

Encontramos una plazoleta llena de puestos artesanales, donde paso casi una hora mirando cada puesto, buscando algo para Brooke y Audrey. Robert también compra algo para su abuelo y su madre.

Me sorprende lo poco que me ha hablado de su madre. Conocí a su padre y a su abuelo antes de hacer pública nuestra relación, pero en estos meses nunca ha dicho de presentármela. Me pregunto si ella sabrá la verdad, si le habrá contado que esto solo es una relación falsa.

Desde que nos recoge Marcel, todo se pone un poco intenso. Nos hemos demorado demasiado, así que volvemos al hotel con retraso, preparamos el equipaje lo más rápido que podemos y nos vamos directo al aeropuerto.

El vuelo dura apenas una hora. Una hora que paso encima de Robert. Es una suerte que la azafata no entrara en ningún momento, porque se habría llevado una sorpresa.

Robert me asegura que más de una vez se habrá encontrado a algunos pasajeros en una situación comprometida. Lewis tiene una empresa de *jets* privados y recibe muchas quejas de las azafatas por ello.

En Londres nos espera otro coche. El chofer no se parece en nada a Marcel: es serio y antipático.

El hotel es aún más lujoso que el de París, es todo opulencia y extravagancia. Cenamos algo ligero en el restaurante del hotel antes de subir a la habitación, estoy exhausta.

El día de hoy ha sido un no parar: hemos andado muchísimo, el viaje, y anoche tampoco dormimos mucho. Necesito una ducha y dormir.



CAPÍTULO 26

ROBERT

El sonido del móvil me despierta. Es Lewis. ¿Qué querrá? Son las 8:30 de la mañana, allí debe ser de madrugada. Me levanto haciendo el mínimo ruido para que Ivy no se despierte. Cierro la puerta y descuelgo.

—Dime.

—Tío, tienes que ayudarme. Todo se ha descontrolado y... —Su voz ronca me envuelve como en el sueño. Hace una parada, puedo notar su angustia a través del teléfono—. Estamos en México, han detenido a Tony.

—¡Joder! Más despacio. ¿Qué hacéis en México y por qué lo han detenido? —Aún estoy medio durmiendo.

—La cosa se desmadró. Íbamos a ir a Las Vegas, ya sabes, lo de siempre. Pero a última hora Tony sugirió cambiar el destino.

Tony. Siempre Tony. Ese tío no me gusta, es una mala influencia para Lewis. Se lo he dicho muchas veces, pero él se empeña en seguir manteniéndolo a su lado, a pesar de que es un amigo de mierda.

—¿Has consumido?

—No. No he consumido desde... —Lewis no puede terminar la frase, aún no es capaz de hablar sobre el incidente.

—Lo sé. Lo siento. No sé por qué he preguntado. —Sí que lo sé: Tony.

—Da igual.

—Ibas por que habíais cambiado el destino. —Digo animándole a continuar. Lewis está muy nervioso. Y él no suele alterarse con facilidad, debe de ser grave. Por eso, mi primer pensamiento fue que ha recaído.

—Sí, íbamos a ir a Tijuana, pero México no es Estados Unidos, nos hicieron un control nada más aterrizar. Tony llevaba de todo. Lo han detenido, yo me he escapado por los pelos. Querían detenernos a todos, hasta al piloto.

—¿Y cómo os habéis librado?

—He recurrido a la mala publicidad. Vamos en un *jet* privado, no les he dicho quién soy, pero sí que correría la voz del trato que se da a la gente que viene a gastar su fortuna, ya sabes... Pero no sé qué hacer. Están registrando el avión, si esto se filtra... ¡Joder! Es mi empresa la que pagará

las consecuencias.

Lewis tiene razón, si esto sale a la luz, perderá a sus clientes. En su mayoría, estos son herederos caprichosos, pagan no solo por el viaje, sino también por la seguridad de entrar y salir sin un registro exhaustivo. ¿Hay registro? Sí. ¿Real? No.

No es que Lewis tenga sobornados a todos los aeropuertos del mundo, es simplemente que pasan la mano. Todos los países quieren que un grupo de ricos vaya a gastarse una fortuna en sus tiendas, hoteles, restaurantes, etc.

Esto podría perjudicar mucho a su empresa, más aún siendo él.

—¿Has llamado a tu abogado?

—Eres el primero al que llamo.

Un momento.

—¿Y Eric o Jack? ¿Están contigo?

—Jack no se dignó a aparecer. —Noto el resentimiento en su voz—. Y Eric se fue con Cassie antes de que empezara la diversión. Esa zorra se ha convertido en su sombra, no le deja ni mear tranquilo.

—Vamos, cálmate. —No creo que sea posible en su situación, pero no sé qué decirle para tranquilizarlo. Está demasiado nervioso—. Voy a llamar a mi abogado, es de los mejores del país. Asegúrate de que tengan un avión listo para despegar en dos horas. Él lo solucionará.

—Gracias, tío. Voy a ello.

Llamo a mi abogado. Esto me va a salir caro, pero pienso cobrarle hasta el último céntimo al imbécil de Tony. Llevo años diciendo a Lewis que es una mala influencia para él. Eric es una cabra loca, pero Tony no tiene control, ni dos dedos de frente. Su vida consiste en dilapidar la fortuna de sus padres.

Tony y Lewis son amigos desde la cuna, sus padres son íntimos. No hace falta decir que Tony no es santo de mi devoción, lo tolero por Lewis. No es que sea mala persona, tampoco creo que sea buena.

Vuelvo a llamar a Lewis para informarle que mi abogado ya está de camino. Intento tranquilizarlo como puedo, aunque no tengo mucho éxito.

Cuando vuelvo a la cama, Ivy ya está despierta, tumbada boca abajo, con las finas sábanas pegadas a su contorno mirando el móvil. Me pongo encima sin echar mi peso sobre ella. Está viendo las fotos que le hice ayer.

—Mmmm... en esa sales preciosa —le susurro en el oído antes de morderle el hombro.

Ronronea como una gatita. Deja el móvil a un lado y gira sobre sí misma para quedar de frente. Le beso la nariz.

—Mmmm... no es el beso que esperaba.

—¿No? —pregunto mientras le beso la mandíbula, beso a beso, acercándome cada vez más a sus labios.

Me agarra la cara con ambas manos y es ella quien me besa.

Mi impaciente Ivy.

Sus besos y caricias me hacen olvidarme de todo, perderme entre sus pliegues bajo las sábanas hasta dejarla saciada y satisfecha.

Ivy está sobre mí, desnuda, con la cabeza apoyada en mi pecho, escuchando cómo mis latidos se van ralentizando después de una sesión de sexo matutino. Desde hace dos noches, cuando me

despertaron sus gemidos y nos acostamos, no hemos dejado de hacerlo. Estuvo un poco rara a la mañana siguiente, supuse que tendría las mismas dudas que yo: ¿habría sido cosa de una noche?, ¿o querría más? Yo no había dejado de pensar en ella desde el beso del hospital. Siendo sincero, hacía mucho más tiempo que Ivy se había colado en mi cabeza, no sé muy bien desde cuándo, pero ese beso lo empeoró. Después de una noche de sexo, no iba a poder volver a lo de antes, y tampoco quería.

Esperé, le di un poco de espacio para que decidiera qué quería. Era obvio que estaba confusa. No encontré mejor manera de demostrarle mis intenciones que besándola.

La Ivy tensa y estricta que solía acompañarme a los eventos desapareció para ser esa chica amable y risueña que había estado siendo con todo el mundo, excepto conmigo. Al principio, pensé que no me soportaba, que por eso era así. Más tarde, pensé que me juzgaba, como tantos otros, o que me odiaba por ser rico.

—¿Por qué conmigo eras diferente?

—¿Diferente? —Frunce el ceño al no comprender a qué me refiero.

—Sí, con todos te has comportado adorable, la chica perfecta, pero conmigo siempre has sido distante, hermética.

—Ah. —Se baja de mi pecho y se tumba bocarriba. Me giro para verla mejor, tiene la mirada fija en un punto del techo.

—No tienes por qué decírmelo, solo... Me gusta la Ivy adorable.

Me mira unos segundos antes de hablar.

—Me empecé en verte como trabajo. Tenía que mantener la distancia, esto... —dice señalando repetidas veces a mí y a ella— solo era un trabajo, algo temporal, hasta apuntaba nuestras salidas en la agenda del trabajo.

—¿Era? ¿Ya no lo es? —Se muerde el labio. ¿Sabrá lo sexy que se ve ahora mismo?

—No. Ya no lo es. Es por un sueño que tuve.

—¿Ah, sí? ¿Tan intenso como el de la otra noche? —Si no llega a ser por ese sueño, si no me hubieran despertado sus gemidos, no habría pasado nada entre nosotros. No sabía que ella me deseaba tanto como yo a ella.

—Sí. —Aparta la mirada avergonzada. ¡Si supiera la de veces que he fantaseado con ella!—. ¿Has escuchado que los sueños son un reflejo de nuestros peores miedos o nuestros mayores deseos? —dice con la mirada perdida. ¿Estará inmersa en el recuerdo de ese sueño?—. El sexo nunca me ha dado miedo, así que, cuando tuve ese sueño... —Vuelve a morderse el labio y esta vez no puedo resistirme. La atraigo hacia mí y la beso.

—¿Decías? —digo para que continúe. No era mi intención interrumpirla, pero es tan jodidamente sexy.

—Cuando soñé contigo, supe lo que implicaba y no quería que las cosas se complicaran. Me daba pavor enamorarme de ti.

—¿Y te ha funcionado? —Se tensa al oír mis palabras. Es demasiado pronto—. No tienes que responder.

Le doy un beso y me voy a la ducha. Hay que aprovechar la mañana, esta noche es la cena con Barton.

Me entretengo más de lo habitual, pero son demasiadas cosas. Estoy preocupado por Lewis y Eric, y Jack me tiene totalmente desconcertado. Me pregunto si todo esto no me ha alejado demasiado de mis amigos, ¿Lewis está demasiado influenciado por Tony? ¿De dónde ha salido Cassie? ¿Y dónde se mete Jack últimamente? La semana pasada no vino a la cena y tampoco fue

al cumpleaños de Lewis, no es propio de él.

He metido la pata con Ivy preguntándole por sus sentimientos. Es la primera vez que una mujer me importa; hasta ahora, solo me divertía con ellas.

No quiero cagarla.

Pasamos la mañana paseando por Londres. Vemos el Big Ben, el London Eye y la Abadía, no nos da tiempo a mucho más.

Cuando llegamos al hotel, estoy exhausto. Hemos estado andando de aquí para allá desde que salimos. No sé cómo no está cansada, yo corro veinte kilómetros diarios y hago pesas un par de veces por semana. Ella no hace nada. Y soy yo el que está cansado. ¿Cómo es posible?



CAPÍTULO 27

IVY

—Estás preciosa.

—¿Antes no lo estaba? —bromeo, satisfecha con mi apariencia.

—Siempre estás preciosa.

—Ajááá. —Me doy una vuelta para que pueda ver bien todo el conjunto.

Mary, la estilista, una chica majísima, me ha dejado estupenda. Le he explicado que no suelo maquillarme demasiado y que me veo rara cuando me pinto en exceso. Me ha hecho un maquillaje muy sencillo y sutil, con el que me siento muy cómoda y bonita. Para el peinado, le he dado carta blanca, y ha sido un acierto, el semirrecogido que me ha hecho me favorece un montón y queda perfecto con el vestido.

—¿He aprobado? Esto lo has supervisado tú —digo refiriéndome al vestido—. No puedes poner pegas.

—Nunca he puesto pegas —dice mientras guarda el móvil y la cartera en el bolsillo.

El chofer ya ha avisado que está abajo esperándonos.

—No hacía falta, tienes una cara muy expresiva —replico mientras me hago una foto en el espejo del ascensor para el grupo.

—¿Te la hago yo? Siempre has estado perfecta, de lo contrario, te lo habría dicho.

—No. Ya la he enviado —Le enseño la foto que acabo de enviar por el grupo, en la que también sale él, un poco cortado. Bloqueo el móvil y lo guardo en el bolso para enfrentarlo—. Todas y cada una de las veces en las que hemos salido, tú me has hecho una radiografía visual, y casi siempre ponías cara de disgusto.

Se ríe.

—Has estado cuestionando mi gusto, mi manera de vestir y arreglarme.

Él vuelve a reírse.

—¿Sabes por qué te hacía una radiografía visual? —pregunta socarrón—. Para imaginar cómo sería lo que había bajo la ropa. Y lo que veías en mi cara no era disgusto, era incomodidad. ¿Sabes lo difícil que es conducir empalmado?

Mis ojos se abren a la vez que mi boca por el asombro. Ahora mismo, debo parecer el emoticono de sorpresa de WhatsApp.

Puede que haya estado malinterpretando un poco sus caras.

Subimos al coche. Robert está bastante callado. No es que estos meses haya sido muy hablador; en realidad, ir callado es algo bastante habitual en los trayectos, pero no ha sido así estos días. Está preocupado y nervioso, quiere dar una buena impresión. En realidad, quiere dar una impresión que le favorezca para que Barton no cancele la reunión. Tiene muchas esperanzas en su plan. La verdad es que yo le veo lagunas desde el principio. Antes me importaba poco, para mí, era solo trabajo, pero ahora sé lo importante que es para él, y lo entiendo. No es solo el deseo de expandirse y que su empresa crezca, es su aportación a la empresa. Su abuelo la levantó de la nada y su padre la hizo crecer hasta convertirla en una de las más relevantes del país. Le han dejado el listón muy alto y quiere que ambos se sientan orgullosos de él.

Es una pena que, por su vida personal, ese hombre no tenga en cuenta lo bueno que es en su trabajo y tenga que montar todo este circo.

Cada persona tiene una carta de presentación, y es lo que rige en la mayoría de los aspectos, pero un mal esposo puede ser un buen padre, un buen novio no tiene por qué ser un buen amigo, el peor de los jefes quizá sea el mejor de los maridos. No podemos ser buenos en todo y, por el contrario, no ser bueno en algo no te hace ser malo en todo. Pero, a menudo, nos dejamos guiar por la faceta que conocemos mejor. Le hablas genial a tu amiga del amigo de tu novio porque es un amigo estupendo, pero como novio es horrible; recomiendas a tu prima para un trabajo, pero no es una buena trabajadora... Necesitas muchas de estas experiencias para comprender esa gran verdad.

En el caso de Robert, su vida personal ha enturbiado su imagen empresarial. Es fácil pensar que un hombre que protagoniza escándalos en las portadas del corazón sea irresponsable y despreocupado. ¿Quién querría tener como socio a alguien así?

Llegamos al hotel donde es la cena. Antes de entrar, le digo que todo va a ir bien, que no se preocupe y no hable de negocios.

Nos llevan a nuestras mesas. Barton, su esposa y otra pareja más ya están sentados. Robert finge no conocerlos y yo no tengo que fingir: ni siquiera sé cuál de las dos parejas son los Barton.

La cena empieza a servirse, y es Barton quien llama la atención de Robert. Tras las pertinentes presentaciones y la incorporación de la última pareja, que llega tarde, le relato a la señora Barton, que está a mi lado, mi maravilloso viaje por París como regalo de San Valentín.

—¿Y qué hacen aquí? —pregunta directo Barton—. Cruza el Atlántico para llevarla a París y no se quedan allí para San Valentín. ¡Qué curioso!

—El organizador es amigo de mi directora de *marketing* y quiere ficharlo para nuestro equipo. No sé cómo ha convencido a Ivy para que me traiga a rastras. No se ofendan, pero prefiero París a Londres. —La explicación ensayada de Robert hace aguas.

—¿Qué más da cenar aquí que allí?, lo importante es la compañía. Kat quería que vieras su trabajo. Tienes que reconocer que, hasta ahora, todo ha sido impecable y la decoración es preciosa. No sé por qué esperaba globos rojos con forma de corazón y serpentina roja, me alegro de que no sea así —añado intentando dar más credibilidad a su historia y cambiando de tema antes de que alguien haga algún comentario o pregunta.

—Porque es lo que ponen en los sitios sin clase —dice la señora Fuller riendo—. Supongo que no está usted acostumbrada a este tipo de eventos.

La sonrisa de Robert se evapora y mira bastante mal a la señora Fuller.

Lo cierto es que solo llevo unos meses asistiendo a este tipo de eventos, la gente se arregla como si esto fuera una boda, ¿y para qué? La mayoría de estos eventos son organizados por

alguna ONG para recaudar. Así que se arreglan, pagan una pasta por una cena que ni de coña vale lo que pagan y hacen una donación. Planazo, ¿verdad?

Supongo que, para ellos, que deben estar entre los cincuenta o sesenta, sí es un planazo.

—Pues la verdad es que no estoy muy acostumbrada a estos eventos —digo adelantándome a Robert.

Robert me mira; veo la pregunta en sus ojos, pero no abre la boca. Su mirada se intensifica y se gira para quedar de frente a los Fuller.

—Ha sido una sorpresa encontrarlos aquí —dice intentando ser amable, pero no lo consigue—. Sé de buena tinta que su empresa está en horas bajas. ¿A cuánto están sus acciones? La última vez estaban cuatro puntos por debajo. ¿Ha conseguido ya un socio que le salve de la ruina? —Entonces se gira a Barton, dejando más que clara la intención de Fuller aquí.

—¿De qué está hablando, Tom? —pregunta muy alterada la señora Fuller.

El matrimonio entra en una acalorada discusión, que termina con la señora Fuller abandonando la mesa, y su esposo tras ella.

—Veo que eres tan arrogante como imaginaba.

Robert se tensa. La única razón por la que hemos cruzado el Atlántico es que Barton cambie de opinión respecto a él. La cosa no parece ir bien.

—No voy a permitir que esa señora insulte a Ivy —responde Robert alterado.

Barton ni se molesta en contestar, se gira a su esposa, a la que le centra toda su atención el resto de la noche.

La tensión e incomodidad de Robert es notable, así como su enfado. Media hora es lo que tardo en fingir una terrible jaqueca repentina para poder irnos.

Robert está callado y distante, ni una palabra me ha dicho en todo el trayecto hasta el hotel. Me siento incómoda. Nos ponemos el pijama en absoluto silencio, salvo por el ruido de nuestros movimientos.

—Podría haber sido peor. Podrías haber llamado gorda a su mujer, derramado el vino y mancharlos o ... —No se me ocurre nada más.

Mi broma no consigue que se relaje ni un poquito.

—Esto no es una broma, Ivy. Me jugaba mucho en esta cena.

—Lo sé. —No sé cómo aliviar la tensión. No creo que nada de lo que le diga o haga vaya a animarlo.

—Podrías, al menos, haberte mostrado ofendida, así no habría quedado como un estúpido arrogante.

¿Me está culpando a mí? No voy a dejar que pague su enfado conmigo.

—Y según tú, ¿por qué debería haberme ofendido?

—¿Te ha insultado! —exclama elevando la voz.

—¿Ah, sí? ¿Eso ha hecho? Pues debo de habérmelo perdido —digo mientras voy al baño para desmaquillarme. Me da pena deshacer el peinado tan bonito, pero lo hago igual.

Sé que está enfadado, sé que se jugaba mucho en esta cena, pero yo no tengo la culpa de que se haya pasado tres pueblos. Está pagando conmigo su frustración y no voy a dejar que me culpe de sus errores.

—Ivy, sabes perfectamente a qué me refiero —grita desde la habitación.

—Eres tú quien se ha ofendido por ese comentario, no yo. —Siento su mirada desde el umbral de la puerta, así que no tengo que chillar—. A mí no me avergüenza ni me ofende la verdad. No he ido a esas fiestas de ricachones hasta hace unos meses. ¿Y qué?

Yo misma me he sentido ofendida al darme cuenta de que él piensa como ella, por eso se ha alterado.

—Si lo que insinúas es que me avergüenzo de ti, estás equivocada. Y sabes que lo ha hecho para insultarte.

—Las personas o las palabras, por sí solas, no tienen el poder de dañarnos: somos nosotros los que les damos ese poder. Me importa un comino lo que piensa esa señora; si ella se cree importante por ir a esa mierda de fiestas, bien por ella. Yo las detesto; si por mí fuera, no habría ido a ninguna —explico mientras paso los algodones con desmaquillante por mi cara.

—¿Y qué debería haber hecho? ¡¿Callarme mientras te insulta?! —Esto no está resultando, cada vez está más enfadado.

Cojo aire y me situó frente a él.

—Yo soy bastante capaz de defenderme sola. No necesito ningún perro guardián.

—¡¿Me estás comparando con un perro?! —Deben de haberlo escuchado hasta los de la primera planta, y estamos en la última.

—No ha ido tan mal —digo antes de esquivarlo y salir del baño.

Me sigue en silencio hasta la habitación, ni siquiera se molesta en contestar. Cojo aire y lo suelto despacio mientras me giro y acorto la distancia que hay entre nosotros. Pongo una mano en su pecho, siento sus latidos, fuertes y rápidos.

—Si mal no recuerdo, tu objetivo era que creyera que te habías enamorado. Eso lo has hecho muy bien. Parecías un perro rabioso defendiendo a su ama —añado con voz melosa antes de morderle el cuello.

Me agarra de ambos hombros y me separa de él.

—No estoy para juegos. Y no me compares con un perro, Ivy. —Usa su tono autoritario. No es la primera vez que lo escucho, la mayoría de las veces, al teléfono, con algo relacionado con el trabajo. Pero conmigo no lo usaba desde las primeras reuniones.

Me suelto de su agarre, pongo mis dos manos en su pecho y me pongo de puntillas acercándome un poco más para encararlo.

—¿Me vas a morder?

—Sé lo que intentas hacer.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que intento? —pregunto mientras hago círculos con mi dedo sobre su pecho.

—Que vuelque el enfado en el sexo y te folle como un perro rabioso.

—Eso es exactamente lo que quiero.



CAPÍTULO 28

IVY

Hace tres horas que llegué a la oficina y lo único que he hecho ha sido encender el ordenador. Audrey y Brooke me llevan acibillando a preguntas desde que me vieron entrar. No me esperaban hoy, aterrizamos anoche bastante tarde.

Después de las vacaciones, tengo trabajo acumulado, poco estoy haciendo.

—Entonces, ¿no habéis hablado?

Después de contarles con pelos y señales todo lo que pasó entre Robert y yo en el viaje, tienen la misma duda que yo: ¿qué relación tenemos ahora?

—No. Solo lo que os he contado en el mirador.

—Pero... —empieza a decir Brooke.

—Dilo. —La animo a continuar, nunca nos hemos cortado para decir lo que pensamos entre nosotras.

—Eso de dejarse llevar en las vacaciones parece una aventura. Pero ¿ahora qué? Ya no estáis de viaje. —Audrey da voz a lo que todas pensamos.

—Ya hablaré con él.

—¿Cuándo? —me presiona Audrey.

Resoplo. Ya vamos tarde, pero todo ha ido tan rápido y estábamos tan bien que no quería estropearlo. Ya habrá tiempo.

—No lo dejes. Si solo ha sido una aventura para él, cuanto antes lo sepas, mejor.

—Puede que para mí también sea una aventura.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Hacía tiempo que no te brillaban los ojos —dice Brooke insinuando cosas en las que prefiero no pensar.

—Yo ni siquiera lo había visto hasta ahora.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

Exageradas.

—No digáis tonterías. Mis ojos son los mismos de siempre.

Miro la pantalla. Aún no he puesto mi clave.

Agradezco que lo dejen estar y no me presionen más.

Intento concentrarme, pero no dejo de darle vueltas. Audrey tiene razón. No sé en qué punto

estamos y tenemos que hablar y decidir qué vamos a hacer ahora.

Robert cree que todo esto no ha servido para nada, que Barton anulará la reunión por lo que pasó en la cena. ¿Y si rompe el contrato? Ya no nos veremos más. Todo quedará en una aventura, una más para él. ¿Y si decide seguir con el contrato, pero como antes, fingiendo? No creo que sea capaz de fingir después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

Sin darme cuenta y sin avanzar mucho con el trabajo, se hace la hora de almorzar. Me acerco al restaurante de la esquina y traigo unas ensaladas de pollo. Mientras comemos, vuelven a bombardearme con preguntas, esta vez de la ciudad, lo que agradezco, pues me sirve para desconectar un poco.

Brooke no está conforme y quedamos para cenar cuando salgamos, para que le cuente todo bien y le enseñe las fotos.

Cuando terminamos de comer, les doy lo que les he traído de París, se me había pasado por completo esta mañana. Una lámina de la ciudad de un pintor callejero y la típica camiseta chorra de «alguien fue a París y me trajo esta camiseta». Además, para Audrey, una figurita de cristal templado de una rosa roja. Bella es su princesa Disney favorita, es francesa y creo que no es necesario más información. Para Brooke, otra figurita, un avión. Puede que no sea tan personal como la rosa, pero es un símbolo: una promesa. Las dos iremos a París, no sé cuándo, quizá en dos años o en diez, pero iremos y lo haremos juntas. Se le escapa una lágrima cuando le hago la promesa, y yo las contengo como puedo. Audrey no se molesta por no incluirla en la promesa de un viaje; sabe que, de ir, ella vendría con nosotras. Pero para Audrey sería un viaje más, como ir a cualquier otro lugar. Sin embargo, París no es solo la Ciudad del Amor, también es la cuna de la moda y el arte. A Brooke no le interesa el arte, en cambio, la moda le apasiona, para ella París no es un destino cualquiera, y Audrey lo sabe tan bien como yo.

Se abre la puerta, me giro, y ahí está él. Tan perfectamente vestido como siempre. Con su elegante traje; se ha quitado la corbata y lleva un par de botones de la camisa sueltos.

Sabe lo que estoy pensando, está para comérselo. Me dedica una de sus sonrisas de medio lado que tanto me gustan. Sí, ahora me encantan esas sonrisas que antes detestaba.

—No sabía que habíamos quedado. —Cojo el móvil para revisar si tengo algún mensaje, pero ni lo miro, no puedo apartar la mirada de él.

—¿No? ¿Has mirado en tu agenda?

Me quedo mirándolo y cruzo los brazos; sabe perfectamente que no habíamos quedado. Que me pregunte lo de la agenda hace saltar mis alarmas: le conté que apuntaba nuestras salidas para mantener la distancia.

Brooke me ha propuesto ir a cenar, quiere ver todas las fotos del viaje y que le cuente todo con pelos y señales. Hay algunas fotos que no debería enseñar, quizá Robert me dé la excusa para posponerlo a mañana, cuando las haya revisado.

Acorta la distancia entre nosotros y me da un beso en la mejilla. Lo miro sorprendida.

—No sé si tus amigas están al tanto de nuestro cambio —me susurra bajito.

—Lo están —digo, aunque hasta hace un minuto tenía mis dudas; las sigo teniendo.

—Voy a ver a Lewis. He pensado que estaría bien que me acompañaras. —Lewis no ha estado bien desde lo de Tijuana. Supongo que ve la sorpresa en mi cara y añade—: Si voy solo, hablaremos de cosas serias, pero contigo allí será diferente. Intento animarlo.

Brooke y Audrey están escuchando, aunque intentan disimular.

—Vete con él. Ya me enseñarás las fotos otro día. Aunque también puedes darme tus claves de iCloud y las veo tranquilamente mientras ceno —Brooke se delata ella sola.

—Ni lo sueñes.

—No sabía que ya tenías planes. ¿Por qué no te vienes? —le propone a Brooke—. ¡Vamos! Será divertido —dice con una sonrisa en la que puedo verle hasta los empastes.

Será mentiroso. Su amigo está hecho mierda y esto es una encerrona en toda regla.

Brooke acepta un poco dudosa. Audrey prácticamente nos echa diciendo que ella cierra y que no hagamos esperar a Robert.

—¿Y dónde vamos a cenar? Espero que no sea ningún restaurante repipi, Ivy y yo aún vamos con la ropa de oficina —pregunta Brooke después de observar con detenimiento cada detalle del coche, un poco preocupada por su aspecto.

—¿Crees que ese es un impedimento para él?, si te contara a los sitios que me ha llevado con la ropa arrugada y manchada de todo el día —le cuento a Brooke. Aunque ella ya lo sabe, quizá él nunca se haya parado a pensarlo.

—No os preocupéis. Pediremos algo desde su casa.

—¿Qué? No puedo ir a casa de tu amigo a cenar, ni siquiera lo conozco.

Su expresión es una mezcla entre sorpresa y miedo. La mía no debe ser muy diferente. Solo he visto a Lewis una vez.

—No pasa nada. La asistenta lo habrá dejado todo limpio y ordenado.

Me tengo que reír. Cree que Brooke está preocupada por el estado de la casa. Cuando vivía conmigo, mi casa parecía un mercadillo cada vez que salíamos. Se probaba todo el armario, y después lo dejaba todo encima de una silla, una mesa o incluso en el suelo.

—No le preocupa el desorden.

—Su asistenta pasea a su antojo por su casa. No le importará que la amiga de mi novia venga a cenar.

No es la primera vez que me llama su novia, pero sí desde que dejamos de fingir. Antes solo era una etiqueta de mi papel, pero ahora es raro.

—No es lo mismo —dice Brooke incómoda.

—Si estás más cómoda, puedo proponerle ir a algún sitio —dice dejando a Brooke satisfecha.

Robert aparca en la puerta de Lewis. Esperaba que, como Robert, viviera en uno de los edificios de lujo de Upper East Side. Me equivoqué. Estamos frente a una casa de tres plantas, de ladrillo blanco. La escalera para subir está demasiado reluciente para estar en plena calle.

Esperamos un poco hasta que Lewis, bastante desaliñado, nos abre la puerta. Abre mucho los ojos al vernos a mí y a Brooke, a quien no conoce, al lado de Robert.

—Pasábamos por aquí y...

—Ahórratelo, nadie pasa por aquí de casualidad. —Cierto, esta zona es mayoritariamente residencial.

—¿No vas a invitarnos a pasar?

Abre la puerta por completo y se aparta para dejarnos pasar. No está enfadado con la repentina visita, tampoco contento. ¿Dónde está el chico divertido y risueño que conocí?

Al pasar por su lado, me detengo.

—Hola. —Le doy un beso en la mejilla—. Me alegro de verte, aunque estás hecho un desastre —me atrevo a decirle para romper un poco el hielo. Lleva un pantalón de algodón y una camiseta, y tiene unas ojeras importantes. Y, aun así, se ve guapo—. Te presento a Brooke, es mi amiga.

—Hola —saluda Brooke con la voz entrecortada. ¿Hola? ¿Qué le pasa? Ella no tiene vergüenza, nunca la ha tenido.

—Ya pensaba que me habíais traído una lumi.

Mis ojos y mi boca se abren tanto como es posible. La expresión de Brooke no sabría describirla ni con un máster en descripciones.

—Tío, ¿cómo se te ocurre? —le reprende Robert dándole una palmada en el hombro.

—Es una broma. ¿No habréis pensado que...? —Se gira para mirar a Brooke—. Yo no... eh... Lo siento.

Brooke asiente.

¿Nada más? ¿Quién es esta mujer y que ha hecho con mi Brooke?

Pasamos al salón; se me hace extraño que no tenga televisión. Hay dos sofás, uno frente al otro, con una mesa de café entre ellos. En uno de los extremos, hay una butaca. Al otro lado del salón, hay una mesa de comedor y, tras ella, una estantería con figuras extrañas.

Como era de esperar, Lewis se niega a salir y pide comida.

Brooke se siente incómoda. Poco a poco se va relajando y cada vez participa más en la conversación, que se centra en nuestro viaje. Hasta que Robert y Lewis abren la caja de Pandora. Ambos están preocupados por la ausencia de Jack. Aún no lo he conocido. Lewis cree que está con alguien, al parecer, lo vio dentro de su coche liándose con alguien. En realidad, no le vio la cara, pero ¿quién iría en su coche si no es él?

El ambiente se tensa aún más con Eric. Lewis cuenta cosas que ha presenciado y Robert le cuenta lo que ha averiguado un detective al que contrató desde París para saber quién es Cassie. Yo no sabía nada. Ni siquiera mencionó estar preocupado. Cassie es una buena pieza y, sin duda, es una cazafortunas.

Brooke y yo nos miramos; me pregunto si pensará igual que yo. Yo no hablaría de temas de Audrey con Brooke delante de ellos. No es que estén diciendo nada malo, solo están preocupados, pero... no sé, creo que no me sentiría cómoda.

—Fue Eric quien sugirió ir acompañado para que Ivy se sintiera más cómoda, por eso fui con Annabelle.

—¿Él es el de la prima diabólica? —interrumpe Brooke con cara de susto.

Me llevo las manos a la cara. Puede que parezca un gesto de frustración por el comentario, pero en realidad es para evitar descojonarme. ¿Quién me mandará a mí contarle nada?

La cara de Lewis es un cuadro hasta que rompe a reír. Es la primera vez que se ríe desde que estamos aquí. Dejo de contenerme y me uno a él.

—Su hermano y yo pasamos años metiéndonos con ella por la muñeca Annabelle —nos cuenta Lewis limpiándose las lágrimas de los ojos.

—No es para menos. Pobre muchacha —dice Brooke.

—Eric fue muy considerado —digo cambiando de tema y volviendo al punto en el que estábamos antes de Annabelle.

—El problema es que Eric no es el considerado —dice Robert, bastante serio, consciente de que solo sugirió ir acompañados por la manipulación de Cassie.

—¿Y quién es el considerado del grupo? —pregunta Brooke adelantándoseme.

Ambos se miran.

—Yo diría que Jack —dice Lewis. Robert asiente dando su conformidad.

—¿Y quién eres tú? —le pongo ojitos a Robert.

Después de todo el día dándole vueltas a todo, que haya venido a por mí para pasar la noche

con su amigo y que invitase a Brooke ha sido bastante revelador. Parecemos un grupo de amigos de toda la vida y no personas que se acaban de conocer. Me siento muy a gusto.

—Robert es el arrogante pretencioso. —Lewis repite mis palabras de la otra noche.

Ambos nos reímos. Brooke está un poco perdida, y esta vez Robert no se pica.

El resto de la noche sigue entre risas y anécdotas. Brooke y yo les contamos cómo nos conocimos y algunas de nuestras locuras de la uni. Ellos nos cuentan algunas de sus aventuras. Sin duda, ellos son más revoltosos que nosotras.

Cuando empiezo a bostezar, pedimos un uber para compartir. Robert da la dirección de su casa cuando dejamos a Brooke en su edificio. No acepta que no pase la noche con él. Mis opciones son irme ahora y pasar mañana por mi casa o pasar ahora a por mis cosas. Es tarde y damos más vueltas, pero prefiero tener mis cosas para desmaquillarme y dormir a gusto, y así mañana voy directa a la oficina.

No hemos tenido la conversación, pero no creo que haga falta.



CAPÍTULO 29

IVY

Me quito las botas nada más entrar, no sé cómo me pude olvidar las zapatillas ayer. Esta mañana me he tenido que ir con las botas al trabajo. Para ir, me ha llevado Robert, pero la vuelta en metro, después de todo el día con ellas, ha sido horrible.

Dejo el abrigo y el bolso en el salón de cualquier manera. Abro el frigo: nada. Desde hace dos semanas, he pasado más tiempo en el piso de Robert que en el mío. Abro una *app* de comida, hago mi pedido y me voy a la ducha mientras llega la cena.

Siento el agua correr. En pocos minutos siento cómo mis músculos están más relajados. Mi ducha es una ducha simple, básica, nada que ver con el hidromasaje o efecto lluvia con el que me he duchado estas semanas. Es lo mejor de la casa, la ducha. Algunas noches, solo he accedido a quedarme por la ducha, y por el sexo, y porque me gusta estar con él.

Es viernes, Robert tiene cena familiar, y yo he quedado con las chicas para salir. Están un poco enfadadas porque apenas tengo tiempo para ellas.

El viernes pasado lo acompañé, por exigencia de su abuelo, que la semana anterior se quedó esperándome. Le enseñé las fotos, le conté todo lo que visitamos y respondí todas sus preguntas. Solo estuvimos nosotros tres; su padre aprovechó que lo tendríamos entretenido para salir. Esa fue su excusa. Yo creo que lo hizo a sabiendas de que nosotros lo consentimos un poco; el pobre tiene demasiadas restricciones.

Estoy a medio vestir cuando llega la cena. Se me hace raro cenar sola.

Termino de arreglarme, casi es la hora.

Ivy

Yo estoy lista.

Brooke

Vente a mi casa y nos vamos desde aquí. A mí aún me queda.

Audrey

Hemos quedado en 20 minutos.

Yo ya voy de camino.

Brooke

¿Tan pronto?

Audrey

Kirt me ha dicho que está allí con unos amigos.

Os espero con él.

Ivy

Creía que iba a ser una noche de chicas.

Robert no me ha dicho nada cuando le he comentado que saldría con ella. Solo que me divierta, pero... Si va Kirt, seguro va Chris, y no creo que se lo tome bien.

No soy ese tipo de chica que deja de salir, tener amigos o conocer gente, pero Audrey me dijo que le gusté, Robert lo notó y la conversación que tuvimos sobre él no ayuda.

Audrey

Yo no lo he invitado.

Audrey y Kirt tienen gustos muy similares, y salen por los mismos sitios. Me sorprende que nunca se hayan encontrado. O quizá sí lo hicieran, pero no se vieron.

Audrey

Podemos ir a otro sitio.

Ivy

No. Ese es nuestro *pub*.

Brooke

No se nota cuando llega la hora de pagar. 🕒

Ivy

Ya voy en el *úber*.
5 minutos.

Audrey

No tardéis mucho.

Brooke



Brooke me abre aún en albornoz. Audrey se va a pillar un cabreo gordo.

Me sirvo una copa de vino y otra para ella. Nos la bebemos mientras termina de arreglarse y debatimos si le digo o no a Robert que vamos a estar con Kirt y sus amigos. Termino contándoselo.

Robert

Si lo que pretendes es ponerme celoso y que vaya a buscarte como un perro rabioso, vas por buen camino.

Sé que está bromeando. Eso creo. Joder... ¿y si se presenta allí todo enfadado?

Robert

Diviértete con tus amigas.

Respiro de alivio, sí que estaba bromeando. O quizá solo me lo haya dicho al ver que no le respondía.

Ivy

Pásate por allí si quieres.

Es lo único que se me ocurre para salir del paso.

Robert

Si te ves incapaz de pasar una noche sin mí, le dejo al portero unas llaves para ti.
¡Diviértete!

Una sonrisa de boba aparece en mi cara, y no tengo que mirarme al espejo para ser consciente de ella. Tampoco era necesario el comentario de Brooke burlándose.

La noche pasa rápido entre risas, copas y bailes. Audrey ha estado un poco ausente, pero Brooke y yo hemos reventado la pista.

Llega la hora de irnos, me subo al uber y no estoy segura de qué dirección darle. Termino dándole la mía. Seguramente Robert ya está durmiendo.

El móvil me despierta como cada día.

—Mamá.

—No. Prueba otra vez.

—¿Por qué me llamas tan temprano? ¿Ha pasado algo?

Me incorporo un poco asustada.

—Son las 11 de la mañana.

—¡Imposible!

Miro la hora, son las 11:14. Qué raro, mi madre me llama todos los días. La preocupación me retuerce el estómago. Me excuso y cuelgo para llamar a mamá.

—Mamá —digo en cuanto la escucho descolgar, sin darle tiempo a decir nada.

—¿Qué pasa, Ivy?

—Dímelo tú.

—Eres tú quien me ha llamado alterada.

—¿No ha pasado nada? —pregunto algo confusa.

—Me estás asustando.

—Es que me he despertado, he visto la hora y que no me habías llamado, y me he preocupado.

—Sé que ya no estás sola, Ivy. He escuchado a tu novio por detrás casi todas las mañanas. No

quiero molestar.

Se me encoge el corazón. Mi acto reflejo es decirle que nunca molesta, pero llevo años intentando que deje de ser mi despertador. Así que me callo, le agradezco el gesto y le digo que encontraremos otra hora más apropiada para hablar. Aprovecho para conversar un rato con ella mientras me desperezo y me levanto a prepararme el desayuno. Tras cuarenta y cinco minutos de conversación con mamá, he desayunado, hecho la cama, puesto una lavadora y revisado el correo.

—Mamá, tengo varias llamadas de Robert.

—Oh, ¿no estás con él?

—No, anoche salí con las chicas y me recogí tarde.

—Vale, no te entretengo más.

Le devuelvo la llamada a Robert. Me invita a ir con su amigo Eric y Cassie a una exposición. Un planazo, vaya. Me cayeron genial cuando los conocí, pero, después de todo lo que descubrieron de Cassie, no me siento cómoda. Es una cazafortunas, astuta y manipuladora, no es el tipo de mujer con la que me gustaría tener una amistad ni ningún tipo de relación. Al menos, no tengo que preocuparme por Robert; si pusiera sus ojos en él, no tendría ni una sola oportunidad.

Me paso lo que queda de la mañana limpiando.

Cuando mi estómago ruge, abro el frigo: está exactamente igual que ayer. Me niego a volver a pedir comida.

Bajo al súper y compro cuatro cosas, lo justo para comer: un preparado de verduras para saltar, unos filetes, un paquete de yogures (cojo del fondo, de los que tienen más fecha de caducidad), una tarrina de helado y un café frío. No me atrevo a comprar más y que se pudra.

Después de comer y recoger la cocina, me relajo un rato con mi libro actual. Tengo que leer un par de páginas del capítulo anterior para refrescar. Es entonces cuando me doy cuenta de lo abandonada que tengo la lectura. Mi vida empezó a cambiar en el momento exacto en el que Robert entró en ella, pero últimamente el cambio ha sido mucho mayor. Apenas paso tiempo en mi piso, más allá de pasar a buscar ropa. Mi armario ha crecido considerablemente, hasta el punto de que tengo que hacer presión para cerrar los cajones. Tengo cuatro cajas de zapatos apiladas, porque no tengo dónde guardarlas. Empiezo a entender por qué Carrie guardaba ropa en el horno.

No me arreglo mucho. Un vestido de corte recto por encima de la rodilla, de manga larga, verde botella: sencillo y elegante. Aprovecho que no hace frío y me pongo una de las últimas sandalias que Brooke prácticamente me obligó a comprar. Me dejo el pelo suelto, ondulado; no me apetecía pasarme la plancha y, aunque suelo llevarlo liso, también me gusta así.

No hago esperar a Robert cuando me avisa que está abajo. Como siempre, va guapísimo, tengo que controlarme para no abalanzarme sobre él y meter mis manos por el hueco de su camisa negra y tirar para abrirla.

—Si sigues mirándome así, vamos a tener que cambiar de destino.

¿Tan evidente soy?

Le cuento todo lo que he hecho hoy mientras nos dirigimos a la galería, donde Eric y Cassie nos esperan en la puerta. Cassie no está muy contenta; no somos los únicos acoplados. Jack ha llamado a Eric para decirle que viene con alguien. Jack es el único de sus amigos al que aún no he conocido.

Me sorprende bastante que la exposición sea de joyas, y no de arte. No es que el trabajo de los

joyereros no sea un tipo de arte, pero nunca había escuchado hablar de esta clase de exposiciones. Cassie me informa que son artesanales y cada pieza es única. Todos somos conscientes de lo que intenta: quiere que Eric le compre unas joyas que valen una pequeña fortuna.

Uno de los joyeros nos explica todo el proceso para crear sus joyas, desde el boceto en papel, el fundido y moldeado del oro, la talla de las piedras preciosas, hasta el engarzado de las gemas. Todo el proceso está explicado en un mural con imágenes, colocado tras la urna de cristal donde se muestran las joyas.

Me fijo en un collar de amatistas; es impecable, no tiene ninguna muestra de estar hecho a mano. En los mercadillos, a los que me encanta ir, hay muchas joyas de bisutería o plata hechas a mano por artesanos, pero se nota, precisamente, porque no están tan perfectas y a menudo tienen algún desperfecto, como una piedra mal centrada o dos pendientes que no son exactamente iguales.

Mantengo una pequeña discusión con Cassie:

—Es ridículo gastar tanto en estas joyas —digo señalando el precio de una de ellas—. No digo que no sean bonitas, son preciosas, pero en las joyerías también hay cosas preciosas y no son tan caras.

—Pero estas joyas son únicas, las de las joyerías son hechas en masa.

—¿Y qué más da?

—Pues que estas son únicas, nadie va a llevar otra igual a la tuya. No solo pagas por el trabajo y el diseño, también por la exclusividad.

Quizá deberían contratarla para convencer a los ricachones para que compren. Si no supiera qué es lo que pretende, pensaría que está colaborando con la exposición y se lleva comisión.

—Quizá, cuando sea una actriz famosa y esté nominada a un Óscar, necesite esa exclusividad y me plantee comprar algo tan único.

Escucho a Robert reír tras de mí. Espero que no estuviera solo escuchando él, y mi discursito disuada a Eric de hacerle el capricho a Cassie. En realidad, a mí me da igual lo que Eric le compre o no, pero es que pienso todas y cada una de las palabras que le he dicho.

Cassie se lleva a Eric y yo me quedo con Robert más rezagada. Es tontería alcanzarlos, ella se lo llevará a otra sala, o dirá de volver a ver alguna pieza de las que ya hemos visto.

—¡Aquí estáis! —dice una voz femenina a mi espalda. Me suena, pero no logro identificar a quién pertenece hasta que me giro. Dafne, la duquesita, perfecta como la otra vez y acompañada de...

—Jackson. —La sorpresa en la pareja por usar su nombre es evidente. Siempre que he hablado de él o su hermano con Audrey o Brooke he usado sus nombres para diferenciarlos, y él mismo me animó a llamarlo así antes de dejarme colgada con su inscripción.

No puedo creer que haya caído en las garras de esta arpía. Estoy segura de que podríamos haber encontrado una buena mujer para él. Brooke lleva semanas trabajando para encontrarle un *match* a Patrick.

—¡Vaya! Tal para cual, veo que tú tampoco eres mujer de un solo hombre —dice Dafne antes de girarse a su acompañante y susurrarle no tan bajo—: Y yo que creí que era la única.

No sé qué pretende insinuar con ese comentario tan fuera de lugar. ¿Qué me acuesto con Jackson porque lo conozco? ¿Qué ella se acuesta con más de un hombre? Ah, claro. Robert y yo, tal para cual, como que ambos nos acostamos con otras personas.

Robert mira a Jackson fijamente. Hasta ahora, no me había dado cuenta de su incomodidad, de la tensión en su espalda o el modo en el que aprieta la mandíbula.

—Ya estamos todos —dice Eric con Cassie sonriente colgada de su brazo. Sabe quién es esta arpía y se está divirtiendo con la situación.

Estoy rodeada de zorras.

La voz de Brooke suena en mi mente para enfundarme fuerte: «Somos lobas, ni el invierno ni los dragones pueden con nosotras; menos unas zorras». Mis labios se abren y enseño los dientes, perfectamente alineados por el aparato que llevé durante años en el instituto, y muestro una de mis mejores sonrisas.

Robert y Jackson (el que descubro que es Jack, el único amigo al que creí que no conocía) se comunican con miradas, mientras Dafne no deja de insinuar que aún mantiene relación con Robert. Cassie le sigue la corriente y Eric no despegamos los ojos de mí.

Confío en Robert, no solo por el contrato; desde que nos conocimos, nunca me ha mentido.

Esto es demasiado surrealista e incómodo. Afortunadamente, Jackson se va y arrastra a Dafne con él después un saludo/despida.

El ambiente está enrarecido después del *show*.

Robert propone irnos a cenar, Eric acepta y Cassie casi forma una pataleta. No ha tenido oportunidad de que Eric le compre nada y, si nos vamos, se irá con las manos vacías.

Saco las garras y le devuelvo el golpe que ella ha intentado darme confraternizando con Dafne.

—Robert siempre se está quejando de que no os ve nunca. Ya que estamos los cuatro, estaría bien ir a cenar y conocernos mejor. ¿No crees, Cassie? Ellos son muy buenos amigos y nosotras deberemos serlo también.

Gano esta vez, pero sé que Cassie va a devolverme el golpe o, al menos, lo intentará.

A lo mejor, no debería haberme metido, no quiero buscarme enemigos y esta parece una zorra muy astuta e inteligente, lleva mucho tiempo manipulando a Eric. Esto me pasa por actuar sin pensar. Robert ha estado callado y taciturno durante todo el trayecto.

—¿Estás bien? —pregunto antes de bajar del coche.

—Sí. —miente; no lo está. Apenas ha hablado desde que Jack ha aparecido.

—No tenemos por qué entrar. Podemos irnos si quieres.

Da un fuerte suspiro.

—De verdad, Ivy, está todo bien.

Silencio. ¿Para qué voy a contestar?, sé que no está bien, pero no quiere contármelo. No voy a insistir. Ya me lo contará cuando esté preparado. O no. Quizá no me lo cuente nunca.

Robert me coge del brazo antes de entrar al restaurante.

—No es por ella, Ivy. Es que no sabía que Jack estaba viéndola. Él... —Se queda callado, y yo espero unos segundos paciente a que continúe—. Él estuvo con ella antes que yo; es una larga historia. El caso es que, ahora que los veo juntos, me pregunto si todo este tiempo ha estado resentido conmigo. No era la primera vez que nos robábamos a una chica.

—Quizá se sintió ofendido cuando ella lo dejó por ti, y ahora...

—No tiene mucho sentido, ¿no? Fui yo quien cortó la relación con ella. Y él lo sabe. —Le da voz a mi conclusión.

—¿Crees que siente algo por ella? —Me arrepiento de preguntarle cuando veo la mueca de dolor en su cara. Ha estado años acostándose con ella, de ser así...

—Espero que no. —Es lo único que dice antes de entrar. Eric y Cassie ya están sentados con una copa de vino cada uno.

Decir que el restaurante es lujoso es quedarse corto. Los techos son altísimos y no hay paredes, solo cristales con vistas a la ciudad. La cocina está en medio del restaurante, entre cristales, que

amortiguan los ruidos de las sartenes y cacerolas.

Eric levanta la mano para llamarnos. Están sentados en una mesa de cristal con reflejos dorados, a juego con el resto de la decoración, donde predomina el dorado. En vez de sillas, hay dos cómodos y bonitos minisofás blancos, uno a cada lado de la mesa. Le hago un gesto a Robert para que se siente pegado a la ventana. Estamos en un octogésimo tercer piso.

Cassie no tarda en sacar el tema, y Eric afirma que Jack siempre ha sentido algo por Dafne. Robert se enfada, si todos lo pensaban, ¿por qué ninguno se lo dijo?

No puedo evitar que algunos pensamientos intrusivos acudan a mí. Con la de mujeres que hay, ¿por qué estaba con la que estuvo con su amigo? ¿Después de años no significa nada para él? ¿No le ha tomado cariño? ¿Por qué está tan enfadado en realidad? Una tras otra, las aparto de mi mente, pero se empeñan en volver y, a pesar de los muchos cambios de tema, vuelven a mí una y otra vez.

—¿Por qué empezaste con ella si estaba con él? —Todos se quedan en silencio con mi pregunta. Hace rato que dejamos el tema, pero mi mente se niega a apartarlo.

Robert emite un largo y sonoro suspiro mientras se peina el pelo hacia atrás antes de contestarme.

—Era un juego que nos traíamos, él me robó algún que otro rollo, y yo a él. Nunca le di más importancia a ella que a cualquier otra. Además, fue ella quien me buscó, yo solo le di lo que quería, jamás la habría tocado si hubiera sabido... —Sus palabras se van apagando hasta perder la voz por completo.

—Lewis pensó que lo hiciste para abrirle los ojos.

—Pues no parece que los haya abierto mucho. Quizá solo lo haga por intentar fastidiar.

Hay personas que guardan las cosas durante años y esperan pacientes para contestar un golpe. Suelen ser los que promulgan con el dicho de que la venganza es un plato que se sirve frío. El rencor termina corroyendo y corrompiendo a las personas.

—No lo creo.

—Esa tía no es buena para él.

—Dice el que ha tenido una relación con ella de años. —No debería atacar, pero siento celos. Sé que no debería, él ni siquiera me conocía, pero no puedo evitarlo.

—No voy a hablar de esto aquí —dice enfadado—. Ella, como muchas otras, no tiene ningún interés en él más allá de mantenerse en las altas esferas.

Mi mirada va de él a Cassie, que se ha tensado con la indirecta, y de ella a Eric, ajeno a todo, como si con él no fuera la cosa, como si él no estuviera en la misma situación que Jack.

—Creía que eso de mantener a las amantes y regalar joyas se había quedado en el siglo pasado —le recrimino. No debería, pero pensar en él manteniendo diversas amantes a golpe de talonario me revuelve el estómago.

Me parece surrealista. Ellos ni siquiera eran pareja y me consta que Robert también veía a otras mujeres. Nunca he entendido muy bien lo del poliamor, las relaciones abiertas y todo eso.

—No tienes de qué preocuparte, Ivy, Robert está loquito por ti. Eres su primera novia, nunca ha tenido una relación formal. Piensa que eso tiene que significar algo —indica Eric.

Nadie dice nada y el silencio se hace pesado, excepto para Cassie, que parece divertida. Cada vez me cae peor.

Pienso en todo durante la cena, todo lo que ha pasado, lo que se ha dicho. Entro en un bucle y soy incapaz de salir de él.

—Estás muy callada —dice una vez nos sentamos en el coche tras poner el motor en marcha.

—Me duele un poco la cabeza. —No es una excusa, ha sido un día bastante intenso.

—¿Quieres que te lleve a tu casa?

Me mira por el rabillo del ojo.

No. No quiero irme a casa a darle vueltas a lo mismo, pero, si necesita espacio, se lo daré.

—Vale.

Cambia de rumbo.

—Dos noches sin ti. —Apoya su mano en mi muslo.

—Y yo sin ti.

—Solo trato de darte espacio. —Ha sido él quien me ha dicho de llevarme a mi casa, ¿y es él quien me da espacio?—. No creo que te duela la cabeza, pero no tienes que mentirme si no quieres pasar la noche conmigo.

¿Está de broma?

—Uno, sí que me duele la cabeza. Dos, has sido tú quien ha dicho de llevarme a mi casa. Y tres, yo no te he mentido; si quisiera pasar la noche sola, te lo habría dicho.

Lo último que me apetece es discutir, pero no voy a dejar que tire la piedra, esconda la mano y me culpe a mí de romper el cristal.

—Quiero que pases la noche conmigo —dice con voz ronca, y se me caen las bragas.

—Y yo contigo.

—¿Y por qué me has dicho que te lleve a tu casa?

Porque a veces soy medio lela, pero no se lo digo. Simplemente, me encojo de hombros.

Vuelve a cambiar el rumbo, esta vez, sin más cambios.

Entramos en el piso, parecemos un matrimonio que está a punto de divorciarse, directos a ponerse el pijama para irnos a la cama.

Robert se tira en la cama mientras yo me encierro en el baño para desmaquillarme, ponerme mi crema de noche y lavarme los dientes. Me miro al espejo, el jueves no pude hacer todo esto hasta después de dos orgasmos. Aún no había terminado de cerrar la puerta y ya me tenía sobre la mesa del salón medio desnuda. Y hoy... Me echo agua en la cara y salgo.

—Ivy, tenemos que hablar. —Me quedo paralizada por unos segundos.

—¿De qué?

—Estás muy rara.

Estaré como una pandereta después de la noche que llevo. Eso, sin mencionar el dolor de cabeza.

—Tú estás serio y distante.

—Uno de mis mejores amigos está con la tía a la que me tiraba, y no solo eso, todos sabían que estaba enamorado, menos yo. Me siento como una mierda.

Me he centrado tanto en Dafne que he olvidado que Jackson es su amigo y cómo podría afectar todo esto a su amistad. No puedo imaginarme cómo debe sentirse al saber que ha estado tirándose durante años a la mujer de la que su amigo está enamorado. ¡Joder!, qué estúpida. Yo pensando que estaba raro porque estaba molesto con su amigo por estar con ella.

—Lo siento, no pensaba con claridad.

Lo abrazo, un abrazo de oso. Su corazón late fuerte. Me gusta escuchar su latido, se ha vuelto mi nuevo *hobby*.

—No tienes motivos para estar celosa.

—Yo no estoy celosa. —Lo estaba, pero ahora ya no.

—Ella nunca ha sido nada para mí. —Me acaricia la espalda, de arriba abajo por la columna, y

de abajo arriba. Sentir sus fuertes manos en cualquier parte de mi cuerpo es una necesidad constante, mi cuerpo se siente frío sin el calor de sus manos—. Nunca la he mantenido, ni a ella ni a ninguna otra. Pero ese tipo de chicas se mantienen cerca, van a los restaurantes, *pubs*, cafeterías, y provocan una situación en la que nosotros terminamos pagando la cuenta. Te intentan sacar algo carísimo para cumpleaños, santo, Navidad, San Valentín, cualquier ocasión que se les presente. Y sí, en muchas ocasiones, les he hecho regalos caros. Pero a ellas nunca las he llevado de compras, ni les he dado una tarjeta para que compren lo que quieran, ni de viaje, y nunca las he traído aquí.

—Todas esas cosas las hiciste antes de que lo nuestro fuera real. —Todo eso lo hizo cuando él y yo no éramos nada.

—Pero yo estaba loco por ti desde mucho antes.

Mi corazón se salta un latido. Rompo el abrazo para alejarme y poder mirarlo a los ojos.

—Me diste la tarjeta porque Brooke te dijo que no tenía ropa apropiada, y en el contrato pone que debía ir perfectamente arreglada para la ocasión y que tú te harías cargo.

—¿Con eso te quedas de todo lo que te he dicho?

No. En mis oídos aún resuenan las palabras «estoy loco por ti».

—Si nunca has traído a ninguna aquí, ¿por qué me trajiste a mí la segunda o tercera vez que salimos? Apenas nos conocíamos.

Si vamos a ser sinceros y ha llegado el momento de hablar de sentimientos, quiero resolver todas mis dudas antes.

—Me odiabas.

—No te odiaba. No quería hacer esto, lo hice por el dinero, y estaba enfadada conmigo misma. No me has contestado.

—No lo pensé mucho. Solo que podríamos cenar y conocernos mejor sin nadie que nos observara.

Recuerdo que algo así me dijo la primera vez que intentó traerme. En retrospectiva, sí que parece que lo odiaba. En mi defensa, diré que él no dejaba de picarme.

—Y a ellas, ¿por qué nunca las trajiste? ¿Dónde...?

—En hoteles —responde antes de que termine la pregunta—. Tengo varios en la ciudad, y es fácil vestirme e irme, no tenía que pedirles que se fueran. Alguna vez fui a sus casas, pero... no debería hablar de esto contigo.

—No importa. ¿Por qué nunca has tenido novia?

—No hay una única razón. Ya te dije que mucha gente solo se acerca a mí por el dinero, tú misma lo estás viendo con Eric. ¿Cómo podía saber que me quería a mí y no mi dinero? Cuando tienes dinero, todo el mundo quiere ser tu amigo, todas las chicas quieren ser tus novias, pero no te quieren a ti. Y hasta ahora no había conocido a ninguna que me hiciera pensar que merecía la pena intentarlo.

Me sostiene la cara con sus manos y me da un beso, otro y otro, hasta que se me olvida de qué hablábamos o qué hacíamos antes de entregarnos el uno al otro.



CAPÍTULO 30

IVY

—Están rodeados de zorras. —No puedo estar más de acuerdo con Audrey.

Les he contado lo que pasó el sábado por la noche, cómo aparecieron Jackson y Dafne juntos, que Jackson es amigo de Robert, y todo lo demás.

Se han unido a mi club del odio para que odiemos juntas a Dafne y Cassie. Realmente no las odio, pero no me caen nada bien. A Dafne no la puedo ni ver. No descarto que, en un futuro no lejano, Cassie llegue al nivel de la duquesita, ya que, conforme más la conozco, peor me cae.

—Pues le salió el tiro por la culata a la duquesita. Robert está bastante preocupado por su amigo.

Anoche me estuvo hablando de él, cómo se conocieron, sus andanzas y triquiñuelas. Es uno de sus mejores amigos, está muy dolido por que nadie le dijera que Jack sentía algo por Dafne y lo dejaran seguir con esa aventura.

—Yo creo que no va a parar de intentar que rompáis, no tiene pinta de ser de las que se conforman.

—¿Conformarse? —pregunta Brooke; yo tampoco sé bien a que se refiere.

—Sí, conformarse con Jackson. Está claro que solo lo está utilizando; lo que no está claro es si es para acercarse, para darle celos o para tener un pez gordo.

—Pues va lista. Ni celos ni acercarse; Robert la ignoró por completo, y yo también. Y es lo que voy a seguir haciendo. La indiferencia es lo mejor para estas situaciones.

—Lo mejor es que le arranques esos pelos oxigenados, veríais cómo calva deja de dar por culo.

La ocurrencia de Audrey me hace reír. Ella es de sangre caliente y, cuando se calienta, saltan chispas.

—A mí me da pena Jackson.

A mí quien me da pena es Kirt cuando haga enfadar a Audrey. Desde que se conocieron y están quedando, todo ha ido sobre ruedas, pero eso no es siempre así. No sería el primero en salir corriendo cuando descubre su fuerte carácter. Espero que no sea así. Audrey es la mejor y se merece un buen tío. Kirt lo parece.

—A mí no me da ninguna pena —contesta Audrey haciendo aspavientos con las manos—. ¿A qué se supone que vino aquí? ¿O ya no recordáis lo mucho que insistió en hablar contigo? Y tiene que saber el tipo de mujer que es Dafne. Ya no son niños, si no se dan cuenta, es porque no

quieren. Como él, que está con la cazafortunas, ¿en serio no se da cuenta? ¿Qué es? ¿Imbécil?

Yo me hago las mismas preguntas. Algo me dice que Jackson no vino solo a conocer a la nueva novia de su amigo, y Eric no parece imbécil. Tampoco parece de esos chicos que dejan que se aprovechen de ellos por la compañía. Siempre había oído que los ricos son muy excéntricos, con manías extrañas. Empiezo a pensar que es cierto.

—Pues tenemos que decidir qué hacemos con el otro Fisher —dice Brooke cambiando de tema.

Ya no me acordaba de eso. Brooke ha estado trabajando para encontrar un *match* para Patrick, y lo ha encontrado, más o menos. Hay una mujer con la que podría congeniar muy bien, pero no tiene la compatibilidad tan alta como las parejas que hemos formado ya, y eso nos está creando muchas dudas. Nuestro trabajo es encontrar a la persona correcta; es la primera vez que encontramos una pareja que no llega a nuestro porcentaje de compatibilidad, aunque está bastante cerca. Proponerles conocerse es un riesgo. Si sale bien, será otra feliz pareja formada gracias a la agencia, pero, si sale mal, será nuestra primera derrota. Que sea Patrick Fisher, uno de los grandes empresarios de Nueva York, podría ser una publicidad muy buena o muy mala.

Patrick fue muy claro: quiere una familia. Si la pareja cuaja, no me cabe duda de que en poco formará la familia que tanto quiere. Posiblemente, inunde las portadas de la prensa rosa, como cuando yo empecé con Robert. Y, si se filtra que son una pareja formada por Just a Date, sería otro bombazo, como el anuncio del *Times*. Por otro lado, si en algún momento se pelean, podría repercutirnos, verse como que nuestras parejas no son duraderas, que no somos diferentes de cualquier otra agencia de citas.

—Aún no lo he decidido.

Ninguna añade nada más. Le doy vueltas durante un rato, hasta que recuerdo por qué abrí esta agencia.

Llamo a Patrick y le digo que me haga un hueco; quedamos para comer.

Cuando me propuso almorzar no era esto lo que me imaginaba, no siendo él quien es. Patrick no se parece en nada a la élite de Nueva York, no es nada elitista, es amable con todo el mundo, no hay ni un poquito de arrogancia en él. Me recuerda a esos osos de peluche tan blanditos que abrazamos de niños. Le explico todo mientras comemos unos perritos que hemos comprado en un *food truck* cerca de su edificio. Accede sin pensarlo demasiado. Le digo que esperaré un par de días, por si cambia de opinión, pero estoy convencida de que no lo hará.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Brooke nada más cruzar la puerta.

—Muy bien, le he dicho que esperaré un par de días por si se echa atrás, pero estaba muy decidido.

Les doy un café a cada una, que acabo de comprar en la cafetería de la esquina. A esta hora, la cafeína va haciéndonos falta.

—¿Cito a Verónica para el miércoles?

—Vale.

—¿Por qué llevas la camisa tan arrugada?

Mierda, Brooke es como un sabueso para los detalles de la ropa, es capaz de ver una arruga, una mota de polvo o una mancha minúscula a tres metros de distancia.

—La reunión ha sido muy rápida. Ya que estaba por allí, me he pasado a ver a Robert.

—¿Te lo has tirado en la oficina? —pregunta Audrey, aunque por su tono dudo de si la pregunta es para mí o para todo el vecindario.

Cuando me he pasado a saludar, ni siquiera sabía si estaría, si habría salido a comer o estaría reunido. He tenido suerte y estaba allí, trabajando y aún sin comer. Lo habría arrastrado a alguna

cafetería, pero la cosa se nos ha ido de las manos. Me he sentado en su regazo solo para darle un beso y, cuando he oído su perfume, no he podido resistirme a pasar mi nariz por su cuello y olerlo. ¡Joder!, qué bien huele siempre. A partir de ahí, la cosa se ha vuelto un poco confusa. Manos por aquí y allí, besos por allí y aquí, hasta terminar sobre la mesa mientras él empujaba una y otra vez hasta corrernos. Nunca antes había hecho algo así, pensar que alguien pudiera entrar y pillarnos ha sido excitante. Sabía que su secretaria no estaba en la puerta, me había dicho que iría a hacer fotocopias con un guiño, pero podría haber ido cualquier otra persona a buscarlo.

—Esa cara es un sí en mayúsculas —dice Brooke riendo—. Yo siempre he querido tener sexo en la oficina.

Audrey escupe el café y yo no puedo evitar reírme.

—¿En qué oficina? ¡A mi mesa ni te acerques!

—Aléjate tú de la mía cuando venga tu informático.

Audrey resopla, y vuelve a lo que estuviera haciendo en el ordenador.

La semana que viene tenemos la presentación de la *app*, ya está prácticamente terminada. En cuanto nos la enseñen y confirmen, en pocos días estará disponible para descargar. Estoy muy emocionada, hasta ahora, todo lo que me han ido enseñando me ha encantado.

—¿Y qué tal? —dice Brooke por lo bajini.

—¿Qué tal de qué?

Me mira y eleva una ceja. Qué bien le sale, yo no puedo mover una sola ceja y ella lo hace tan natural como sonreír.

—Si te refieres a lo que creo, no voy a darte ningún detalle.

Brooke hace un puchero. Resoplo y me voy a mi mesa; hay un par de cosas que quiero terminar hoy antes de irme.

La web nos permite tener muchas más suscripciones y esperamos que la *app* también. Ambas ya hacen un perfil, desde el que nosotras comenzamos a trabajar, pero después de eso aún hay mucho trabajo. El principal problema es que la gente miente. Por eso, es imprescindible hacer varias entrevistas en persona. Ahora también las hacemos por FaceTime; no es lo mismo, pero nos sirve para detectar mentiras y mentirosos. Ayer mismo tuve una entrevista *online* con una mujer. Hice algunas preguntas que ya había contestado en los cuestionarios de la web, y casi todo lo que había respondido era mentira. No me molesté, le dije que le avisaremos si encontramos a alguien para ella, pero bloqueé su perfil. Esta es una función que agregamos hace poco, precisamente, por estos casos. Son perfiles que no queremos que aparezcan y puedan cruzarse y hacer *match*. Tampoco queremos que desaparezcan y estos usuarios se vuelvan a registrar, así que Kirt nos puso la opción de bloquear: el perfil está, pero como si no estuviera.

Hemos crecido mucho desde que, hace dos años, invertí todos mis ahorros en alquilar esta oficina, comprar el mobiliario y el equipo, ponerla bonita, y en un anuncio en la revista *Corazón de Mujer*. No dio para nada más. Recuerdo esos primeros meses, nos pasábamos los días hablando porque no había nada que hacer, y ahora necesitamos un programa que nos agilice el trabajo.

—Ya he citado a Verónica para el miércoles por la mañana —dice Brooke, sentándose sobre mi mesa—. ¿Sabes lo que le vas a decir?

—Lo mismo que le he dicho a Patrick.

—¿Y eso es?

Brooke está muy preguntona. Ahora que lo pienso, ha estado algo inquieta durante todo el día.

Le cuento lo que le he dicho a Patrick, que su *match* no llega a nuestro habitual número, pero

que está en él si quiere o no intentarlo. También le he dicho que tendría esa misma conversación con Verónica (aunque no le he revelado el nombre), y ella también podrá decidir.

He hablado primero con él, porque las mujeres solemos ser más románticas; estoy casi segura de que cualquier mujer se arriesgaría si existe la posibilidad de que sea su pareja ideal.

—¿Qué es lo que te preocupa? —pregunto cuando ya le he contado todo.

—Jake me llamó anoche.

—¡Lo sabía! Por eso estás así, ¿no? —chilla Audrey desde su mesa. No me había dado cuenta de que estaba escuchando.

—Por eso no os he dicho nada. —Se levanta de mi mesa y se dirige hacia la suya, pero ya es tarde, porque Audrey viene como un cohete hacia aquí.

—Ni se te ocurra. Ni se te ocurra volver a quedar con él.

—No voy a quedar con él —dice, pero ambas vemos las dudas en su cara. Esta vez ha tardado poco en volver a llamarla. Demasiado poco.

—¿Qué te ha dicho?

Tenemos que sacarle a cucharones lo que ha hablado con él. Como siempre, le ha pedido perdón, ha llorado (lágrimas de cocodrilo), le ha prometido no hacerlo más, le ha asegurado que la echa de menos..., el mismo circo de siempre, el mismo circo que siempre le funciona. Espero que llegue el día en que ni ese ni nada le funcione, pero me temo que ese día no va a estar en un futuro cercano. Quizá, si Brooke conociera a otro hombre y volviera a enamorarse, ver lo diferente que puede ser una relación sana, donde los dos están enamorados, olvidaría a ese desgraciado.



CAPÍTULO 31

ROBERT

Annie entra con la cara desencajada. Algo no va bien. Le hago un gesto para que tome asiento. Reconozco sus caras demasiado, lleva conmigo desde que empecé en la empresa ayudando a mi padre.

—¿Qué pasa?

Tamborilea con los dedos la carpeta que ha dejado sobre sus piernas.

—¿Sabes que el director del Chicago Garden se jubiló la semana pasada?

—Estoy al tanto. Yo mismo firmé el talón de despedida.

Es el cheque que reciben todas las personas que se jubilan en Anderson S. L. Dependiendo del cargo, el cheque es más o menos cuantioso, pero todos reciben ese regalo de despedida por los años de trabajo en la empresa.

—El actual director ha solicitado un cambio de plantilla —anuncia con mala cara, y siento que me falta información.

Siempre que hay un cambio de dirección suele ir acompañado de un cambio de plantillas y funcionamiento. Algunos directores que llevan mucho tiempo en el cargo se acomodan, se vuelven permisivos y descuidados y, si están cerca de la jubilación, aún más, por lo que, cuando un nuevo director llega y exige, la plantilla sufre bajas, a veces voluntarias y otras no tanto. En algunas ocasiones, hemos tenido que cambiar a algún que otro director por las quejas de clientes e incluso empleados. Siempre agradecemos las opiniones de nuestros clientes, sobre todo, de los asiduos, que pueden comparar un hotel con otro de la misma cadena. Hay todo un departamento dedicado a leer, contestar y a veces obsequiar a nuestros clientes cuando algo no ha estado a la altura. El 4 % de nuestras reservas son cortesía de la empresa a clientes con una mala experiencia o regalos de fidelidad.

—No veo el problema.

Annie coge aire.

—Uno de los despidos es una de las recepcionistas, y el gerente de turnos.

Me quedo esperando a que continúe porque sigo sin ver cuál es el problema.

—La recepcionista es sorda de un oído y el gerente tiene autismo.

Me tensó al ser consciente del problema.

—Yo mismo iré a supervisar el funcionamiento del hotel. Pide al departamento de sugerencias

que preparen todo lo del Chicago Garden de los últimos tres meses para el final del día. Dile al nuevo director que lo visitaré la semana que viene, que hasta entonces no haga cambios.

Annie se siente satisfecha con mi respuesta. Después de revisar mi agenda con ella y elegir una fecha para mi visita a Chicago, se marcha. Tiene bastante trabajo por delante, ese viaje ha trastocado bastante la agenda.

Miro el móvil, Ivy no me ha escrito nada. Hoy era la presentación de la *app*, esta mañana estaba muy nerviosa. Espero que todo salga bien, porque le he preparado una sorpresa para celebrarlo.

Media hora más tarde, vuelvo a mirar el móvil. Lewis ha mandado un wasap al grupo.

Lewis

Hace mucho que no quedamos.

Robert

Demasiado. ¿Hace cuánto que no quedamos los cuatro, solo nosotros?

Específico, para que Eric tome nota de que no se separa de Cassie ni para ir al váter.

Lewis

¿Qué tal os parece este finde?

Nadie dice nada, pero la pantalla de mi móvil se ilumina con el nombre de uno de ellos.

—Ya creí que no me llamarías.

Es Jack. La noche que nos encontramos en la absurda exposición de joyas, no pudimos hablar, pero al día siguiente lo llamé. No me contestó. Le mandé un wasap, que quería hablar con él, que me llamara. No lo ha hecho hasta hoy. Han pasado casi tres semanas. Quizá Lewis ha estado hablando con él, o su mensaje por el grupo lo haya hecho recapacitar.

—Me gustaría que habláramos, pero en persona y a solas. —Su tono es serio; no esperaba otra cosa después de la situación.

—Te llamé, y he estado esperando tu llamada desde entonces. Hoy no puedo, ¿qué tal mañana?

—Esta semana estoy de viaje. La semana que viene estaré por allí.

Esto se me hace muy extraño. Jack y yo somos amigos desde siempre, desde el colegio. Toda esta situación es rara: Eric abducido, Jack desaparecido y Lewis en plan ermitaño. Que yo tenga novia y pase todo mi tiempo libre con ella tampoco es algo normal, al menos, no lo era hasta hace unos meses.

—Seguro que puedo hacerte un hueco.

—¿Me estás vacilando? —No parece estar de broma.

—La semana que viene tengo que viajar a Chicago, el nuevo director del Garden quiere despedir a dos discapacitados.

—¡Buf! No me gustaría estar en tu situación. ¿Qué tal si quedamos para cenar antes de que te vayas?

—Hecho. He toreando en ruedos peores.

La conversación no dura mucho más. Le pregunto por el trabajo, él me pregunta por Eric. Él también está preocupado, me sorprende, sabiendo que se está viendo con Dafne, que es como Cassie o peor, pero no saco el tema. Él tampoco la menciona.

Jack

Este finde estoy fuera. ¿El siguiente?

Lewis



Robert

Por mí, bien.

Lewis

Eric, cabrón, sé que nos estás leyendo.
Dile a tu novia que te suelte la correa al menos por una noche.

Eric

Yo no necesito que nadie me dé permiso.

Jack

¿Y ella lo sabe?



Eric

¿Lo sabes tú?

Lewis

Duelo de galgos.

Jack

Aquí el único que tiene una correa al cuello es el arrogante engreído.

Robert

¿En serio le habéis contado eso?

Eric

En ese mismo momento
¿Para qué, si no, tenemos esta maravilla llamada WhatsApp?

Robert

Yo no faltaré.
¿Vosotros?

Lewis

Yo lo he propuesto.

Jack

Confirmo asistencia.

Eric

Ni que fuéramos a ir a un evento importante.

Robert

¿Eso es un sí?

Lewis

Yo no lo tengo muy claro.

Eric

Sí, cojones. Qué pesados sois.

Entro en la oficina de Ivy con dos botellas de champán y una caja de copas que le he pedido a Ángel que compre antes de recogerme. Ivy me ha llamado cuando ha salido de la reunión. Decir que estaba contenta es quedarse corto: estaba pletórica.

—He venido a unirme a la celebración —digo enseñándoles las botellas.

—Ese champán vale más que mi casa —señala Audrey.

Ivy me da un beso, que me sabe a poco cuando llega a mí.

—Aún queda un rato para irme. ¿Has terminado antes?

—He pensado que estaríais de celebración, pero veo que los ánimos están muy bajos —digo al ver que las tres estaban trabajando como cualquier día normal.

—Solo necesitábamos el estímulo adecuado —expresa Brooke cogiendo una de las botellas.

La abre con una facilidad asombrosa, como si llevara media vida abriéndolas, y llena cuatro de las seis copas de la caja.

Brindamos por la *app*, después por la agencia, por Ivy, por Brooke y Audrey. Ya vamos notando el achispamiento cuando Brooke propone un brindis por mí, haciendo especial hincapié en que, sin mi champán, no podrían estar celebrándolo.

Terminamos las dos botellas, y ya no están para seguir trabajando. Insisto en llevarlas a su casa. Brooke acepta de buen grado, Audrey opone resistencia, pero termina cediendo.

—He reservado para cenar.

Hace una semana que la hice, sabía que la reunión iría bien y me apetecía salir a celebrarlo.

—¿Dónde? —pregunta dónde, pero lo que quiere saber es si nos van a mirar como apestados por ir con ropa de oficina.

Ivy no es de sitios lujosos, le gusta la buena comida sin importar si vale cinco dólares o quinientos.

—Sorpresa.

A Ivy le encantan las hamburguesas; encontré un nuevo sitio que fusiona hamburguesas con comida típica de otros países, y me pareció interesante. Vi varias reseñas, y todas eran positivas.

—¿Una hamburguesería? ¿En serio has reservado?

—Sí.

—¿Quién reserva en una hamburguesería? —Intenta chincharme sin éxito.

Entramos, están todas las mesas llenas y hay varias parejas esperando para conseguir mesa.

—¿Preferirías tener que esperar como esas novias que no tienen un novio tan atento?

—Ni tan guapo.

—Ni tan sexy.

—Ni tan presuntuoso —me dice burlona.

—Tengo otra sorpresa, pero, si insistes en ser tan poco cariñosa conmigo, no te la daré.

—¿Otra sorpresa? ¿Qué vas a dejar para mi cumpleaños? —Es en dos meses, lo sé por el contrato.

—Seguro que encuentro algo —digo con poco interés.

Ya tengo el regalo perfecto; sé que le gusta The Weeknd, lleva tiempo esperando que venga para ir a verle, pero, en este caso, seremos nosotros los que vayamos porque ese fin de semana canta en San Francisco, y ya tengo las entradas reservadas con pase VIP y acceso al *backstage*.

Tras leer la carta tres veces, decide pedir una hamburguesa estilo coreana, yo pido una mexicana. Están muy buenas las dos, ambos probamos la del otro, pero no dejan de ser unas hamburguesas. Seguramente, probaremos todas las de la carta. Sé que Ivy se ha quedado con ganas de probar el resto, así que volveremos.

El postre son unas hamburguesas falsas: el pan es bizcocho; la carne es brownie; el queso, chocolate, y el tomate, el ketchup y la lechuga son nata de color. No es nada del otro mundo, pero no está mal.

—He pensado hacer una escapada este finde, para celebrar tu éxito.

—Vaya. Eso no lo esperaba. ¿A dónde?

—¿Qué tal Montana? ¿Podríamos ir a ver a tu familia? Siempre te quejas de que echas de menos a tus sobrinos.

Se le ilumina la cara al mencionar su antiguo hogar y su familia. Hace un par de noches hizo FaceTime con su cuñada y sus sobrinos. Al cerrar la sesión, tenía los ojos llorosos. Tiene que ser difícil querer abrazarlos y achuchar y no poder.

—Eso sería fantástico. ¿Estás seguro? —Me encanta cuando sonrío así.

—¿De qué? ¿De hacer una escapada contigo? ¿Del destino? ¿De tener que compartirte?

—De querer conocer a mi familia.

—No te lo habría propuesto de no ser así.

Ella ya conoce a la mía, estaba un poco preocupado por si no quería que los conociera, pero no tenía de qué preocuparme.

Ivy está tan contenta que casi me derriba al abrazarme en la puerta del local. Ya les ha mandado un audio a sus amigas contándoselo y a su cuñada, a la que le ha hecho prometer que no dirá nada a nadie para darles una sorpresa.



CAPÍTULO 32

IVY

Toco el timbre de la casa de mis padres, de la casa que durante años también fue mi casa, mi hogar. Ya no la siento así, llevo muchos años fuera, pero volver siempre me reconforta: aquí he pasado los mejores años de mi vida. Robert está a mi lado y no parece nervioso. No sabe lo que le espera, la última vez que traje un chico a casa, mi padre sacó la escopeta con una excusa que ahora no recuerdo, pero Tobías lo entendió como lo que era: una amenaza silenciosa. No era la primera vez que mi padre sacaba la escopeta. Siempre que traigo un chico lo hace, desde la primera vez, cuando les presenté a Jus, y aún éramos unos críos. Su padre apareció aquí esa misma noche con su escopeta, acusando al mío de haber aterrorizado a su hijo. Menos mal que todo quedó en una anécdota para las celebraciones.

Mi madre abre la puerta; su sorpresa es evidente y la paraliza apenas unos segundos, antes de abalanzarse sobre mí y gritar como una loca para que mi padre salga. Ambos me abrazan como si no me hubieran visto en diez años; tampoco hace tanto que los visité. La sorpresa los ha emocionado.

Hago las presentaciones y pasamos. La casa sigue igual que siempre, el mueble de la entrada es el mismo desde que iba al colegio. Colgamos los abrigos en el armario; fuera aún hace bastante frío, pero mi madre siempre tiene la casa calentita.

Mamá no se toma bien que solo vayamos a pasar esta noche, y mañana nos vayamos. La reacción de papá ya la esperaba, nos dice que no vamos a dormir en la misma habitación. Amenazo con marcharme a un hotel, entiendo que es su casa, pero no voy a dormir en otra habitación, ya no soy una niña. Si no es capaz de entenderlo, es su casa y lo acepto. Dormiré en un hotel con Robert.

Mis padres mantienen una conversación que ellos consideran privada, pero que en realidad es de dominio público. Escucho cómo papá dice que por encima de su cadáver vamos a dormir juntos bajo su techo y mamá lo amenaza con echarlo de su cama. Después de un rato así, papá cede.

Nos instalamos en mi antigua habitación, la que he tenido desde que tengo memoria. Robert la observa con parsimonia: mi corcho con las fotos del instituto, algunos pósteres, que han perdido el color, aún siguen decorando el lateral del armario. Coge uno de mis libros favorito, está reventado de tanto leerlo. Cuando me fui a la universidad se me olvidó. Incapaz de soportar la

espera para volver a encontrarme con Mr. Darcy, mi *crash* literario, me compré otro. Es el que tengo en mi piso en Nueva York y está tan deteriorado como este.

Robert aún está inspeccionando mis cosas de adolescente cuando Megan llega con Mike y los niños. He avisado a mamá y papá de que no saben nada, solo Megan, para que no me fastidien la sorpresa.

—Vas a asustar a los niños —señala Robert.

Me he puesto una careta de gnomo de cuando era pequeña. Es una careta feísima.

—¡Qué va! Mi hermano se pone caretas para jugar con ellos siempre.

—Eso es muy raro.

—¡Oh, vamos! No seas aguafiestas —digo mientras bajamos por las escaleras, sigilosos, como si fuéramos agentes secretos.

Cuando entro en el salón donde están todos, Mike no está mirando y el resto de los adultos ya sabe que estoy aquí, así que espero hasta que los niños me vean.

Es Billie quien me ve primero: su grito casi deja sordo a Mike junior. Billie, que es más lista que nada, me reconoce enseguida. Y Robert creía que se iban a asustar. Ella es la primera en llegar a mis brazos; me quita la careta y le doy un montón de besos, hasta que Mike me reclama también.

Megan y Mike no esperan y se presentan ellos mismos. Es lo mejor, porque los niños no me van a soltar en un buen rato. Mis sobrinos son los mejores sobrinos del mundo. Diría eso aunque fueran unos monstruitos, son mis sobrinos y para mí siempre serán los mejores. Es lo que más extraño en Nueva York, poder compartir tiempo con ellos. Megan y yo hacemos videollamada a menudo, los veo y hablo con ellos, pero no es lo mismo. Es una maravilla poder verlos a distancia, ver cómo crecen, que me enseñen qué hacen en el cole, pero no se puede comparar con tenerlos encima de mí jugando, abrazarlos, comérmelos a besos.

Megan tiene que arrancármelos de encima, me han dejado hecha un desastre. Mi camisa está tan arrugada que parece recién sacada de la secadora.

—¿Un viaje relámpago? —pregunta Mike desde el sillón azul, con el pequeño Sam dormido en sus brazos. Hace un rato que los niños me han soltado para ponerse frente al televisor a ver una película.

—Sí. El lunes tenemos que volver al trabajo, pero me apetecía mucho venir a casa.

—Con un *jet* a tu disposición, es más fácil escaparte —dice Megan guiñándome un ojo.

—El *jet* no está a mi disposi...

—Claro que lo está —me interrumpe Robert—. Y, siempre que esté disponible, puedo mandarlo a recogeros para que vengáis a Nueva York.

Veo la mirada de Megan, ya está haciendo planes de futuro. Lleva queriendo ir a Nueva York desde siempre, solo fue una vez, antes de tener a los niños, apenas un fin de semana que le supo a poco. Mi madre también debe darse cuenta porque propone quedarse con los niños para que ella y Mike puedan viajar y desquitarse un fin de semana.

Mi familia ha acogido a Robert como si lo conocieran de siempre, y él está muy a gusto entre ellos. Me daba miedo de que no fuera bien, para mí, mi familia es muy importante, aunque esté lejos. Desde que hace unos días me sugirió venir, he tenido mis dudas. ¿Y si no les gusta? ¿Y si lo ven demasiado estirado? ¿Y si papá saca otra vez la escopeta? ¿Y si él ve a mi familia como paletos? Me alegro de que nada de esto haya pasado, aunque no descarto que mi padre saque la escopeta, aún queda mucha tarde y mañana no nos vamos hasta mediodía. Una parte de mí está intrigada por saber qué excusa utilizará esta vez.

—Te tomo la palabra. A los dos, llevo años esperando para volver a Nueva York —dice Megan con la mirada ensoñadora. Ya debe de estar imaginando qué vamos a hacer en ese finde.

—Será la primera vez que viajemos en *jet* privado. ¿Es como en las películas? —pregunta Mike.

—Sí. Más o menos. Es infinitamente mejor que viajar en un vuelo comercial. Vais a flipar —digo recordando la primera vez que yo me monté en el *jet*.

—Sí que es mejor, aunque, cuando te acostumbras, es tan aburrido como viajar en turista.

Entramos en una discusión sobre vuelos, aviones, trayectos... Evidentemente, termino ganando yo, únicamente con el ascenso privado y saltarse los controles estándares, he ganado, por no añadir todo lo demás.

Pasamos la tarde entre risas y anécdotas, en las que mi madre, mi padre o mi hermano me avergüenzan. Mi madre saca mi anuario, un álbum de fotos de cuando era pequeña y algunos de mis dibujos, que aún conserva guardados en el cajón del comedor, junto con los de Mike y algunos que han añadido Billie y Mike *junior*.

Las horas pasan muy rápido, y se hace la hora de cenar. Robert insiste en invitarnos para agradecerles a mis padres su hospitalidad, pero los niños se acuestan pronto, así que lo posponemos para mañana a mediodía, y nos vamos solo nosotros dos.

Vamos a la hamburguesería de Joy, como no podía ser de otra manera. Robert se arrepiente de haberme dejado elegir; en el fondo, sé que entiende mi amor por las hamburguesas.

—¿Qué te han parecido? —pregunto a Robert refiriéndome a mi familia.

Acabamos de subir al *jet* hace como media hora, media hora que hemos empleado en sexo. Anoche no me sentía cómoda en casa de mis padres con ellos durmiendo al final del pasillo, y el día de hoy ha sido un no parar.

Billie y Mike nos han despertado esta mañana saltando en mi cama. Verlos saltar y jugar con Robert nada más despertar ha sido todo un subidón. Hemos pasado la mañana enseñándole a Robert lo mejor de la ciudad, según mamá y papá, claro.

Robert nos ha invitado a comer en un restaurante en el que ninguno habíamos estado, solo Megan había escuchado hablar de él a otras mamis del cole.

Después de comer hemos ido a casa a terminar de preparar las maletas, tomarnos un café exprés, y de vuelta al aeropuerto.

Quizá para Robert no hayan merecido la pena las horas de vuelo solo para conocer a mi familia, pero para mí sí que lo ha merecido, aunque solo haya sido un día con ellos.

—Tienes suerte de tener una familia tan fantástica.

—Ahora la verdad —digo haciéndolo reír.

—Esta mañana, cuando he entrado y he visto a tu padre con la escopeta, he estado a punto de echar a correr. Creí que Megan me haría firmar un contrato prometiéndole que le dejaría el *jet* para visitar Nueva York, y creo que, después de esta visita, tu madre va a volver a convertirse en tu despertador humano.

—¿Te arrepientes de haber venido? —Realmente me preocupa que diga que sí.

—Claro que no. Todas las familias tienen sus cosas, la tuya no es diferente, salvo por una cosa: todos se quieren. No todas las familias están tan unidas y llenas de amor.

Se me encoge un poco el corazón por que se haya dado cuenta de lo mucho que nos queremos, y porque sé que está comparando mi familia con la suya. Sus padres se separaron y apenas ve a su madre. No es solo que no la vea, apenas hablan, yo aún no la conozco y vive en la misma ciudad. Aunque tiene muy buena relación con su padre y su abuelo.

—Les has gustado.

—Lo sé.

—Eres un creído —digo entre risas.

Eso es algo en lo que no me equivoqué cuando lo conocí, es engreído como él solo. ¿Cómo no serlo? Su cuerpo parece esculpido por los dioses, su cara haría enloquecer al mismo Lucifer, tiene éxito, es rico: más que rico, podría pasar la vida derrochando y, aun así, no gastaría todo lo que tiene. Sus dedos hacen espirales sobre mis muslos desnudos. Mis medias aún están tiradas por algún punto del suelo, y mis faldas siguen arremangadas.

—No sé cómo voy a ser capaz de volver a viajar sin ti.

Su comentario me pilló por sorpresa.

—Esta semana tengo que ir a Chicago por el problema que te conté.

Se me había olvidado. Otra prueba de lo mucho que se implica en su empresa. Podría mandar a alguien, pero va a ir él mismo, en persona.

Me gusta eso de él, aunque lo vaya a mantener lejos de mí unos días. Supongo que me gusta porque yo también soy así, si no me implicara en mi empresa, no habría aceptado ser su novia falsa. Gracias a eso, ahora Just a Date está en Play Store, App Store, tenemos nuestra web y nuevos equipos. Recordar cómo empezó todo me hace sonreír, esas primeras citas, la tirantez, y cómo fue evolucionando hasta convertirse en algo real.

He rechazado los pagos que me hacía como su novia falsa. Robert ha insistido, el contrato dura hasta su reunión, debería ser su novia hasta entonces y cobrar por ello. No me siento cómoda, creo que es su seguro, por si lo nuestro sale mal, poder seguir fingiendo hasta la reunión. La verdad, no sé si sería capaz de volver a fingir si nos peleamos.

—¿Cuándo te vas?

Aprovecharé que está fuera para pasar tiempo en mi casa, desde que estamos juntos, prácticamente vivo en su piso.

—Miércoles. Pasaré allí la noche, pero seguramente el jueves estaré de vuelta. Si no, el viernes.

Le diré a Brooke de cenar juntas, está intentando resistirse a Jake, pero no lo está pasando bien. Jake pertenece a ese pequeño grupo de personas a las que odio, no es fácil entrar en la lista negra.

—Seguro que encuentro algo con lo que entretenerme mientras no estás.

—Si te refieres a tu *satisfyer*, debe tener telarañas.

Puede, hace mucho que no lo he necesitado, pero no se lo voy a confesar. Ya se lo tiene bastante creído.

Como si me leyera el pensamiento, me ofrece que me quede en su piso, aunque él no esté. No puedo aceptar, a pesar de su insistencia. Si no vuelvo a mi piso ni cuando él no está, debería mudarme definitivamente, y no sé si estoy preparada para dar ese paso. Parece absurdo, porque prácticamente vivo allí, pero yo sé que tengo mi piso; si necesito espacio o discutimos, sigo teniendo mi casa. Mi lugar seguro.

No se lo toma bien, le tiene manía a mi barrio desde el primer día. No es el mejor barrio de Manhattan, pero nunca me ha pasado nada.



CAPÍTULO 33

ROBERT

Salgo de la oficina, le digo a Ángel que me lleve a mi piso. Esta noche he quedado con Jack para cenar en el Polis, antes íbamos mucho.

Me ducho, me cambio de ropa, y aún me quedan unos minutos para llamar a Ivy. No sé si me voy a apañar a dormir sin ella, sin el peso de su pierna sobre la mía, sin escuchar su respiración a mi lado.

Me da ánimos; ella cree que Jack y yo arreglaremos las cosas esta noche, y yo lo espero de verdad. Hemos sido amigos demasiados años como para dejar que una mujer nos separe.

Aún recuerdo la primera vez que vi a Jack. Fue en el instituto; era muy bajito para su edad y algunos de los niños se metieron con él por eso. Pero Eric lo defendió de Zach; ese imbécil se había estado metiendo con él el año anterior. Desde ese momento, empezó a seguir a Eric a todas partes, y así pasamos de ser un trío a formar un cuarteto.

Cojo las llaves del Corvette, y bajo al garaje.

No tardo en llegar al restaurante. Amenazo al aparcacoches con dejarlo sin trabajo si algo le pasa a mi coche; no suelo hacer este tipo de comentarios, pero el chaval se ve muy joven y un olor a mariguana me ha llegado al darle las llaves.

—¡Qué sorpresa! —Esa voz me paraliza a medio entrar.

No puede ser casualidad. ¿Qué hace ella aquí?

Jack tiene que habérselo contado; ahora me gustaría saber si él sabía que ella vendría o no.

—Veo que has perdido toda tu caballerosidad —me reprocha.

Me giro para mirarla, está haciendo un puchero. Nunca me había parado a pensar en lo frívola que parece. Es tan diferente de Ivy... Donde Ivy es natural y sincera, Dafne es artificial y mentirosa.

Me echo a un lado para dejarla pasar. Camina junto a mí tan cerca que casi me roza. Si lo que intenta es provocar alguna reacción con su cercanía, la lleva clara. Mi cuerpo ya no reacciona a ella.

—¿Dónde está Jack? —pregunto directamente. No voy a jugar a lo que quiera que tenga pensado, si Jack no va a venir o pretenden que cenemos los tres, o algo así, no estoy dispuesto a ello.

Jack fue quien me pidió hablar a solas, y acepté porque estoy de acuerdo. Tenemos que hablar a

solas, sin terceros delante, ni amigos, ni amantes o novias, no sé qué es ella para él.

—No tardará en llegar.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto mientras nos acercamos al *maître*.

Antes venía mucho aquí con ellos, pero empezó a ir mal. Ahora tiene otro nombre y otro dueño. No está muy diferente, solo han cambiado la disposición de las mesas.

—Jack me ha dicho que saldría un poco tarde de una reunión. Me ha parecido bien pasarme a calentar la silla, ¿no es eso lo que hace una buena novia? —Eso responde a mi pregunta. Espero que esa sea su percepción y no la realidad—. Él no sabe que estoy aquí. He venido porque creo que tenemos una conversación pendiente.

—No lo creo.

—Claro que sí. He pasado de ser tu amante a la novia de uno de tus amigos. Tengo una reserva para dos a nombre de Fisher —dice esto último al *maître*.

Este revisa su lista y nos lleva hasta una mesa casi al fondo.

Accedo a sentarme con ella porque la otra opción es irme, y quiero arreglar las cosas con Jack. No sé si el verme con ella aquí empeorará la situación ya de por sí tensa entre nosotros.

Dejo que Dafne suelte todo su perfecto discurso en el que realza sus muchas virtudes, me acusa de no haberla tenido en cuenta para el puesto de señora Anderson, algo con lo que estoy totalmente de acuerdo con ella. Para mí, solo fue un entretenimiento. Pensaba que lo sabía. Termina su discurso confesándome haber estado enamorada de mí, y haberlo pasado muy mal, pero que Jack ha sido su paño de lágrimas, y eso la ha hecho enamorarse de él.

No me he creído ni una palabra.

Tras su discurso y sin ninguna explicación, se levanta para acercarse a mí y me acaricia la mejilla. En un acto reflejo me alejo tanto de su caricia que casi me caigo de la silla.

—Antes te gustaba mi toque.

—Dafne —le advierto.

—¿No vas a decir nada? Está bien, entonces, lo mejor es que me vaya, yo ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Se despide con un beso en la mejilla, esta vez no me alejo.

Me quedo pensando en lo raro que ha sido todo. ¿Sabrá Jack que ella ha estado aquí? ¿O habrá venido a sus espaldas? Y lo más preocupante, ¿de verdad mantienen una relación formal entre ellos?

Pido una botella de vino. El camarero me sirve una copa con un aperitivo, cortesía de la casa, para amenizar la espera. Ivy dice que estos detalles son lo único que valen de estos restaurantes tan caros. Yo estoy tan acostumbrado a este tipo de cortesía que me cuesta apreciarla. En realidad, no creo que sea cortesía. Seguramente, lo pagas en otra cosa, pero ellos quedan bien y tú te vas tan contento. Puro *marketing*.

—Se me ha hecho tarde, no sabía si me esperarías —dice Jack dejando la chaqueta en el respaldo de la silla antes de tomar asiento.

—Me han hecho compañía.

Al ver que no tiene ni idea, le cuento mi encuentro con Dafne. Lo conozco lo suficiente como para darme cuenta de que no sabía nada.

—Por eso me insistió tanto en saber dónde iríamos. Y por qué ha estado hoy tan controladora. Y yo pensando que era porque estaba preocupada.

Se mesa el pelo con la mano izquierda. Jack es zurdo.

—Me ha dicho que lo vuestro es formal. —Ni siquiera se ha servido una copa de vino y ya

entramos en terreno pantanoso.

—¿Te molesta?

—Hay muchas cosas por las que estoy molesto, pero que estés con ella no es una de ellas.

Se sirve una copa de vino y da un largo sorbo. El camarero llega justo cuando parecía que me iba a responder. Pedimos la comida y otra botella.

Media hora después, Jack me confiesa estar enamorado de ella desde siempre, que nunca se atrevió a decirlo porque se sentía humillado: ella me había elegido a mí. Fue Dafne quien lo buscó cuando yo terminé con ella. Por un momento, pensó que quizá tuvieran una oportunidad, después de tanto tiempo.

—... pero, desde la exposición, he estado pensando que solo quiere darte celos. Esa noche, después de irnos, estaba histérica, nunca la había visto así.

—Yo no sabía lo que sentías. Deberías habérmelo dicho, todos estos años, consciente de que nos veíamos y que no era nada para mí. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No me atreví.

¡Me siento tan mal! Mi amigo ha estado sufriendo en silencio por mi culpa. Me imagino tener que ser consciente de que un amigo mío mantiene una relación de solo sexo con Ivy, no puedo ni pensarlo. ¿Cómo ha sido él capaz de soportarlo?

—No quiero que esto afecte a nuestra amistad —digo.

Esta es la razón de esta cena, nuestra amistad, no Dafne. Ella me da igual, si él quiere intentarlo con ella, no le diré nada, aunque piense que es un error. Dafne solo lo está utilizando, pero no puedo decirle eso, yo no. Ya se lo dirán Lewis o Eric.

Me cuenta que lo quiere intentar. Prefiere intentarlo aunque salga mal y sufra. Él ya es consciente del final de esa historia, pero no quiere quedarse con la espina de que pudo ser y no fue.

Conozco a Dafne mejor que él. Le hará daño, y no me creo nada su papel de chica enamorada de hace un rato. Lo que más me preocupa es que intente socavar nuestra amistad, ya lo ha estado alejando de sus amigos estos meses.

Hablamos sobre mi viaje a Chicago, y su última venta.

Después de una cena deliciosa y tres botellas de vino, me voy con mal sabor de boca.

Nada más llegar a la recepción, informo quién soy. Dos minutos después, un hombre joven se me presenta como Alfred Thomas, el nuevo director. Debe de haber terminado la carrera este mismo año. Me hace un *tour* por el hotel, que termina en su despacho. Aún huele a pintura, y los muebles se ven brillantes, sin duda, son nuevos.

Thomas da un discurso bien ensayado, donde expresa su agradecimiento por esta oportunidad, su deseo por mejorar el funcionamiento y rendimiento de este hotel, lo agradecido que está de mi visita y lo mucho que me admira. Palabras aduladoras sin fondo. Es un pelota y mi intuición me dice que no ha conseguido el puesto por méritos propios. Voy a revisar personalmente el proceso de selección que ha seguido recursos humanos para este puesto.

Después de mi estancia aquí no estará tan agradecido.

Le pido el cuadrante de turnos, el libro de quejas y la contabilidad del mes corriente. Thomas no parece contento, ¿qué pensaba que sería esto? Pienso revisar con lupa lo que he venido a comprobar.

Ya he comprobado las quejas del hotel, en su mayoría son por la comida. No hay ninguna queja

hacia ningún recepcionista, así que, ¿cuál es su excusa para despedir a uno de ellos? Antes de preguntarle, quiero ver las quejas de estos últimos meses. Tampoco hay quejas en relación con la limpieza; sí algunas de mantenimiento, cosas habituales: las TV se rompen, los aires acondicionados fallan, es normal. Nada que no se pueda solucionar con un cambio de habitación y una compensación por las molestias.

En mi habitación, reviso toda la documentación que me ha dado y, como ya intuía, no hay ningún motivo para el despido de los empleados que Thomas quiere despedir. Estoy enfadado.

Llamo a Ivy, le cuento cómo va todo. Ivy se indigna tanto como yo. Su voz cambia al contarme que hoy ha sido la cita de dos de sus clientes, y que ha hablado con los dos después ella y ambos se han gustado, se han intercambiado los teléfonos y han quedado para verse de nuevo el fin de semana. ¡Parece tan ilusionada! Siempre está así después de una cita; para ella, es un subidón por el trabajo bien hecho.

Ivy disfruta tanto de su trabajo como yo del mío. Me gusta su espíritu, esas ganas de mejorar, de superarse, de avanzar. Ver cómo saca su empresa adelante me recuerda a las historias que la abuela me contaba: cómo el abuelo nunca se rindió; cómo no se conformó; cómo trabajó para llegar a más; cómo, poco a poco, con trabajo y sacrificio, llegó a tener una empresa tan grande. Ver a Ivy es ver lo que hizo él, en otro ámbito, otra época, pero, aun así, me recuerda a él. Y creo que él es consciente y por eso le cae tan bien, se ve reflejado en ella. Casi me obligó a llevarla a París. Cuando le dije que cancelaba el viaje, supo que era por él, por su estado de salud. Estaba incluso dispuesto a renunciar a la cena con Barton, pero él no me dejó. No le importaba que no fuera a las otras ciudades, pero a París quería que fuera con ella. Que la llevara a los sitios que él y la abuela visitaban. Ese restaurante, la torre Eiffel y el Louvre eran los sitios favoritos de la abuela. Una parte de mí se sintió más cerca de ella allí, una parte de mí podía sentirla feliz mirándonos allí, disfrutando de los lugares que a ella tanto le gustaban. Ivy lloró emocionada cuando se lo conté de camino a ver al abuelo. A ella el museo no le gustó demasiado y no quería que le dijera al abuelo que uno de los lugares que él recordaba con tanto cariño ni siquiera estaba en su lista.

Me despierto con un terrible dolor en el cuello, no recuerdo quedarme dormido. He dormido toda la noche sobre la cama, con la cabeza inclinada sobre el brazo.

Me doy una ducha, y bajo al bufé para desayunar. Una de las cosas por las que más quejas hemos recibido de este hotel es la comida. Anoche pedí un sándwich al servicio de habitaciones, fueron rápidos y estaba bueno. Tampoco hay que ser ingeniero para hacer bien un sándwich, pero los productos eran frescos y de calidad. La rapidez puede que se debiera a que todo el hotel es consciente de quién ocupa la habitación 707.

Me sirvo un café, que no está para nada bueno; un poco de fruta; un cruasán; un bol de yogur con cereales; huevos con bacón, y minisalchichas. No soy capaz de comerme ni la mitad de esta comida, pero así puedo probar una gran variedad de cosas. La fruta es fresca, el cruasán está bastante bueno, el yogur está bien, pero los cereales no. Y los huevos estaban fríos y las minisalchichas, más tiesas que un palo. Hay que cambiar el modo de conservar los alimentos, tanto en la cocina como en el comedor una vez que los han servido. Nadie quiere comerse unos huevos fríos.

Tras el desayuno, me doy una vuelta por el hotel, hablo con varios empleados, con los más mayores que encuentro y, como he supuesto, llevan muchos años en el hotel. Me hablan de su

experiencia aquí.

A Sarah, una mujer de cuarenta y seis años, que lleva trabajando de limpiadora diecisiete, le pregunto por Kevin, el hombre con autismo. Sarah me habla maravillas de él, excepto que no habla mucho y no se relaciona demasiado con el resto de los empleados. Lo cataloga como el mejor; después de ella, por supuesto.

A Anthony, el encargado de mantenimiento, un hombre bastante mayor, que debe de estar cerca de la jubilación, le pregunto por Susan, la recepcionista medio sorda. Anthony, que es perro viejo, se queda extrañado por la pregunta. Le soy más específico y le pregunto por la comunicación entre la recepción y el departamento de mantenimiento, ya que muchas de las quejas a este hotel están relacionadas con esta última área. Anthony se enfada; aun así, contesta a mis preguntas.

Después de dos entrevistas con dos empleados más, corroboro lo que ya intuía: los despidos que quiere hacer Thomas no están para nada justificados. Y lo peor es que creo que lo hace por sus propios prejuicios.

Antes del almuerzo, entro en su despacho para aclarar todo. Le cuento a qué se debe mi visita, todo el proceso que he seguido para corroborar que los despidos que él está solicitando están injustificados, y que no los autorizo. Thomas intenta contener la rabia, pero puedo ver su enfado a un kilómetro. Aprieta tanto la mandíbula que en cualquier momento se va a romper una muela. Sin embargo, acepta mi decisión, aunque no de buen grado.

No puedo contenerme y antes de irme le digo:

—Si no está de acuerdo con las políticas de Anderson S. L., es libre de irse cuando guste.

Nada más salir de su despacho, aviso al piloto que despegamos lo antes posible. Me ha llevado menos tiempo de lo que imaginaba. Con suerte, esta noche estaré en Nueva York.

Guardo lo poco que había sacado de la maleta y la dejo preparada. Me pongo a leer informes en el ordenador hasta que me avise para salir hacia el aeropuerto.

El vuelo de ida se me hizo largo, estos últimos vuelos he ido con Ivy y, como supuse, viajar sin ella es más aburrido, la echo de menos. Es extraño lo rápido que me he acostumbrado a su presencia. Toda la vida solo y, tras unos meses con ella, se me hace raro volver a estar solo. Ya no soy capaz de imaginarme una vida sin ella, sin su presencia al otro lado de la cama, leyendo con un pijama de dibujos animados; sin su risa en el desayuno; sin sus súplicas para ir a cenar hamburguesas otra vez, aunque ya hayamos cenado hamburguesas dos veces esa semana. Sin ver su cara de felicidad porque una de las parejas que han formado han pasado a saludar y aún están juntos, o el brillo de sus ojos cuando habla de su trabajo.



CAPÍTULO 34

IVY

—¿Cómo está Brooke? —Audrey aprovecha que Brooke ha salido a por cafés para preguntarme por ella.

Ayer salimos a cenar juntas. Estuvimos en un mexicano, nos tomamos unos cinco o seis margaritas cada una. La comida no era lo importante anoche, sino la bebida, y desconectar.

—Se está resistiendo, pero no creo que por mucho tiempo.

—No puedo creer que vaya a caer otra vez, ¿en serio no ha tenido bastante? ¿Cuántas veces lo ha pillado engañándola?

—Demasiadas. No entiendo por qué acaba volviendo cuando lo conoce y sabe cómo es. No sé si es porque lo quiere, porque se siente sola, porque acaba creyéndole, porque tiene un trastorno chungo que aún no se ha inventado, pero no podemos hacer nada, es su decisión.

—Luego nos tocará volver a ser su paño de lágrimas.

—No tienes por qué serlo.

—Es mi amiga, claro que tengo que serlo.

No, en realidad no tiene por qué serlo. No es una obligación estar ahí para tu amiga cuando rompe con su novio, aguantar la llorera, apoyarla y animarla hasta que se olvide de él. Puede simplemente no estar en esos momentos, pero lo estará porque es una buena amiga.

Despotricamos un poco contra Jake hasta que Brooke llega con tres cafés, bien cargados y calientes.

Estoy bastante inmersa en el trabajo cuando empiezan a llegarme un montón de notificaciones al móvil. Lo miro un poco preocupada por si ha pasado algo. Son mensajes de un número que no conozco. Los abro, y no estoy preparada para lo que veo. No creo que en ninguna circunstancia hubiera estado preparada para esto. Son un montón de fotos de Robert con Dafne, en el mismo restaurante que me dijo que había quedado con Jack. Lo reconozco porque hace un par de noches miró reseñas sobre el lugar y me las enseñó; había fotos, la misma decoración y la mesa en la que se ven sentados es la misma de las fotos de las reseñas. Hay varias fotos, ellos sentados uno frente al otro, mirándose, hablando tranquilamente, y otra en la que salen uno junto al otro, muy juntos, y otra en la que se besan. Mi corazón se salta un latido.

—¿Qué pasa? —pregunta Brooke, pero soy incapaz de contestarle.

Sigo mirando las fotos. Hay un par más, se ve a los dos entrando por la puerta, juntos. Y otra en

la que se ve como él sujeta la puerta para que ella pase.

—Ivy.

No soy consciente de que estoy llorando hasta que siento el sabor salado en mis labios. Hay una frase después de todas las fotos: «Esto es lo que hace tu novio cuando se va de viaje de trabajo».

Suelto el móvil. No puedo tenerlo en la mano, siento que me quema. Las lágrimas corren por mi cara sin ningún control. Audrey y Brooke están a mi lado; Audrey coge el móvil, ve lo mismo que yo acabo de ver.

—Lo voy a matar —dice antes de darle el móvil a Brooke.

—¡Oh! Cariño, lo siento. —Brooke se pone de rodillas en el suelo y me abraza.

Es un abrazo extraño, sus manos rodean mi cintura y su cara está contra mi barriga; aun así, es un abrazo. Está llorando, llora conmigo, porque entiende mejor que nadie mi dolor. El dolor de sentirme engañada, insultada, tomada por estúpida. El dolor de enamorarte de alguien que no siente lo mismo, de querer y no ser correspondida. Lloramos juntas, en silencio, mientras Audrey insulta a Robert, y a Jake. No puede dejar la ocasión para insultarle.

—Podrían ser de antes —dice Audrey de repente—. ¿Y si son de antes de que estuvierais juntos?

—No lo son. Él mismo me dijo que había quedado allí con Jack, incluso me enseñó las fotos del local.

—Aún así, podrían ser.

—No lo son. Algo aquí —pongo la mano en mi pecho— me dice que no lo son. Además, la frase «Esto es lo que hace tu novio cuando se va de viaje de trabajo». Quien me haya enviado el mensaje sabe que me dijo que se iba de viaje, ¿quién puede saber eso, sino alguien muy cercano a él?

—Puede que haya una explicación.

—¡Se están besando! No hay explicación para eso, salvo que están liados. Todas las veces que nos hemos encontrado con ella, ha insinuado que aún se veían.

Él dijo que no, y yo lo creí.

Lo creí como una estúpida.

Siento el estómago revuelto y cómo la bilis sube por mi garganta. Voy al baño y echo todo el almuerzo de hace una hora.

Hacía tiempo que no me sentía así, tan vulnerable, tan dolida. No podía dejar de ver esas imágenes en mi mente, de rememorar todas las veces en las que nos encontramos con ella, analizar su actitud, sus palabras, la actitud de él. No dejo de darle vueltas y, conforme más vueltas le doy, mi estómago más se resiente, como si estuviera montada en una noria que no para de dar vueltas y vueltas.

Supongo que no soy suficiente para él. Nunca he sido su tipo, él mismo me lo dijo cuando nos conocimos. He sido una estúpida al creer que lo nuestro era real. Que él podría sentir algo por mí. Yo no pertenezco a su mundo, yo no soy una chica perfecta de anuncios como Dafne.

Me siento tan patética, me ha estado utilizando. Supongo que la Ivy que fingía no era lo suficientemente creíble.

Brooke me obliga a irnos antes de la oficina; nos vamos a su casa.

—No te dejaré sola —me ha repetido una docena de veces.

Audrey se queda allí hasta la hora del cierre.

No sé qué haría sin ellas, son todo lo que tengo aquí, mi familia neoyorquina.

Una vez en su casa, me doy una ducha. La ducha suele ayudarme en mis peores momentos, me ayuda a relajarme, a ver las cosas con otra perspectiva, pero esta no lo hace. El agua caliente corriendo por mi cuerpo no me alivia, no me tranquiliza y, desde luego, no me da otra perspectiva de la situación porque no la hay.

Escucho mi móvil sonar, por cuarta vez desde que estoy en la ducha y siento un pinchazo en el estómago porque sé que es él.

Brooke no me ha dicho nada, ninguna de las veces que ha sonado. Si fuera cualquier otra persona, me lo habría dicho, quizá no la primera vez, pero sí la segunda.

Salgo de la ducha sin ningún ánimo o fuerza para enfrentarme a la situación. Me siento en el sofá, y tengo la necesidad de abrazar uno de los suaves cojines de Brooke. Su piso es tan pequeño como el mío, pero su cocina sí está separada del salón. Si el piso fuera suyo, ya la habría quitado para hacerse un vestidor. Su habitación está llena de barras con ropa, cajas con accesorios y pilas de cajas de zapatos.

Cojo el móvil, tengo cinco llamadas perdidas y dos mensajes de Robert.

Robert

He pasado a recogerte y ya te habías ido. Audrey me ha dicho que no te encontrabas bien. Te estoy llamando, pero no me lo coges.

Estoy preocupado.

He ido a tu apartamento, y no estás. Tu vecina ha salido con un bate amenazando que o me iba o me golpeaba. Me ha dicho que no has vuelto a casa.

Ivy, estoy muy preocupado.

El móvil ha sonado otras dos veces mientras intentaba leer sus mensajes.

Mis ojos vuelven a estar llenos de lágrimas. ¿Cómo puede ser tan cínico? Después de lo que ha hecho.

El móvil de Brooke suena desde la cocina; ha estado allí todo el tiempo dándome espacio. No contesta y, por un momento, pienso que quizá esté preocupado de verdad; solo por un momento, hasta que la imagen de él con ella regresa a mi cabeza como un bumerán que vuelve después de lanzarlo lejos. Eso es lo que llevo haciendo desde que recibí las fotos, lanzarlas lejos de mi mente, pero ellas se empeñan en volver una y otra vez, para martirizarme.

Brooke aparece con dos sándwiches de pavo.

—Ese pijama te queda mucho mejor que a mí.

Me ha dejado un pijama de *Juego de tronos*, su serie favorita. Brooke es bastante más alta que yo; a juzgar por cómo me queda el pijama, a ella debe de quedarle corto, de ahí su comentario y que esté tan nuevo. Seguro que lo compró aun sabiendo que no le quedaría bien solo porque era de *Juego de tronos*, más concretamente, de la casa Stark, su casa.

—No me entra nada. Tengo el estómago revuelto.

—Tienes que comer algo. Inténtalo mientras me doy una ducha.

Lo intento, de verdad que lo intento, pero no me entran más de dos bocados.

Brooke sale de la ducha con el pelo mojado y otro pijama de la casa Stark, este, con la frase «Se acerca el invierno» bien grande.

Sé cómo pasa Brooke las noches como estas, con maratones, y es lo que tiene pensado para esta noche. Si a ella le funciona, puede que a mí también. Ella es selectiva con los capítulos. El

primero es ese en el que Daenerys libera a los inmaculados. Había olvidado lo bueno que es este capítulo, es un chute de energía. A pesar de eso, no he podido olvidarme de Robert completamente; sí lo he hecho en algunos momentos, momentos en los que me he sentido un poco mejor, antes de volver a hundirme en el pozo.

Brooke elige el siguiente capítulo, aún no hemos terminado de ver la introducción cuando suena el portero. Me pongo nerviosa, por un momento pienso que es Robert, que me ha encontrado. Imposible, no sabe dónde vive Brooke.

Ella va hacia el interfono y, antes de terminar de excusarse, suena el timbre de la puerta. Jake entra con la naturalidad de quien entra en su propia casa.

Jake es la última persona después de Robert a la que quiero ver esta noche, y el resto de las noches de mi vida.

—Te he dicho que no vinieras. ¿Qué haces aquí?

No es mi intención escucharlos, pero la cocina está justo al lado del salón y, aunque han cerrado la puerta, las paredes son de papel. Puedo escucharlo todo.

—Creía que era solo otra excusa. Llevas mucho tiempo dándome largas, no puedo estar más tiempo lejos de ti. Te echo de menos. Tienes que perdonarme, no puedo estar sin ti.

El estómago se me revuelve otra vez amenazando con expulsar los dos bocados de sándwich que he tomado.

Rebusco en mi bolso los auriculares, cojo el móvil para conectarlos. No quiero escuchar más.

Tengo otras seis llamadas perdidas.



CAPÍTULO 35

ROBERT

Vuelvo a llamar a Ivy. Sigue sin contestarme. He perdido la cuenta de las veces que la he llamado. Sé que ha leído mis wasaps, pero no me ha contestado.

No entiendo nada, estoy bastante preocupado.

He llamado a varios hospitales, Ivy Walker no ha sido registrada en ninguno de ellos.

Esta tarde, cuando bajé del avión, fui directo a su oficina para darle una sorpresa. Audrey estaba muy rara, me dijo que no se encontraba bien y que Brooke se había ido con ella para no dejarla sola. Pensé que se trataba de algún virus y que Audrey también lo tenía y por eso estaba tan rara.

Fui directo a su casa, entré en el edificio cuando salía un vecino y estuve aporreando su puerta hasta que su vecina salió con el bate; esa tía acojona bastante. Me dijo que no había vuelto desde esta mañana y saltaron todas mis alarmas. Quizá estaba tan mal que Brooke la había llevado al hospital. Llamé a Brooke: sin respuesta. Volví a llamar a Ivy; tampoco obtuve respuesta.

Me vine a casa. Me he duchado y les he dado un poco de tiempo por si estaba en la consulta del doctor. Tras un rato, las he vuelto a llamar, pero otra vez sin respuesta.

Preocupado, he llamado a varios hospitales. Me estoy volviendo loco, no sé qué más hacer, dónde puede estar o qué le pasa. ¿Por qué no me coge el teléfono? Ella no es así. Ella no desaparecería así como así. Vuelvo a llamar a Ivy; nada. Vuelvo a llamar a Brooke.

—Hola.

—Brooke, dónde...

—¿Quién eres?

Una voz masculina me interrumpe antes de poder preguntarle a Brooke por Ivy.

—¿Cómo que quién soy? ¿Quién eres tú?

—Jake.

Ivy me ha hablado de él. Es el exnovio de Brooke. No tengo tiempo para estas tonterías. La preocupación no me deja pensar en otra cosa que no sea Ivy.

—Dile a Brooke que se ponga.

—Te está escuchando, está el altavoz. Lo que tengas que decirle, puedo escucharlo yo también.

¿Pero este tío de qué va? ¿Y por qué se deja Brooke ningunear de esta manera? Entiendo por qué Ivy no puede ni verlo. Si no estuviera bastante desesperado por saber de Ivy, le decía un par

de cosas a este personaje.

—¿Dónde está Ivy?

—¿Ivy? —pregunta el tal Jake extrañado—. En el salón. ¿Qué tiene que ver Ivy en esto? ¿Por qué no la llamas a ella en vez de a mi novia? ¿Te la estás tirando? ¿Esto es un jueguecito para disimular?

—¿En el salón de dónde? —No hago caso a sus estupideces, y me centro en lo que quiero saber.

—En el salón de mi casa —dice Brooke—. No quiere verte. No la llames más y a mí tampoco.

—¿Quién es este tío? —pregunta Jake a Brooke.

Estoy flipando. ¿Por qué no quiere verme Ivy? ¿Qué ha pasado? ¿Y qué le importa a este tío? Siento pinchazos en las sienes. No entiendo nada, llevo muchas horas con el estrés y la preocupación por Ivy. Ahora todo es aún más confuso que antes.

—¡Puede alguien decirme que está pasando! —digo prácticamente gritando.

Esto me está superando. He pasado de la preocupación a la incertidumbre, no entiendo qué está sucediendo y me estoy empezando a poner bastante nervioso. Por no hablar de las ganas que me están entrando de golpear al tal Jake.

—Sabemos lo que has estado haciendo en tu viaje o, debería decir mejor, tu no viaje. Ivy ha recibido unas fotos en las que se ve perfectamente qué haces y con quién. Ivy no quiere verte más y le importa una mierda el contrato.

—No sé de qué estás hablando. En cuanto he aterrizado, he ido a recoger a Ivy. No se dé que fotos estás hablando. Pásale el teléfono.

Me cuelga. ¡Joder!, me ha colgado.

Alguien ha mandado fotos a Ivy de mí con alguien, ¿con quién? Yo no he visto a nadie en Chicago. Ni siquiera he salido del hotel.

Están en casa de Brooke. No recuerdo la dirección, pero sé que alguna vez la hemos acercado a su casa. Cojo la chaqueta y las llaves del coche y me voy a la zona en la que la dejamos. Durante el trayecto, no dejo de pensar en el tipo de fotos que les habrán enviado, tienen que ser retocadas. Imagino cómo debe sentirse, si yo recibiera fotos de ella con otro tío... Joder, solo de pensarlo se me revuelven las tripas.

Doy un par de vueltas, no recuerdo exactamente dónde la dejamos. Toda mi atención la tenía Ivy.

Recuerdo que era un edificio de ladrillo rojo, y la puerta era negra. Eso no ayuda.

Doy un par de vueltas hasta que veo una tintorería; recuerdo haberla visto antes. Un par de edificios más adelante, un edificio de ladrillo rojo, y la puerta me suena. Tiene que ser aquí.

Aparco el coche dos calles más abajo.

Llego a la puerta del edificio casi asfixiado, he venido casi corriendo.

Examino los interfonos hasta dar con el de Brooke Harris.

Toco.

Un par de segundos, y es una voz masculina la que me contesta. Le exijo que abra. Afortunadamente, lo hace. Ya había estado barajando la posibilidad de que no me abrieran, no puedo tocar a un vecino o esperar a que salga alguien, es la una de la madrugada.



CAPÍTULO 36

IVY

No recuerdo haber estado tan incómoda en toda mi vida. Desde que llegó Jake, hace unos cuarenta minutos, Brooke está discutiendo con él en la cocina. Hasta con los auriculares puedo escuchar sus chillidos.

No distingo lo que dice, pero es obvio que yo sobro aquí.

Brooke debería poder discutir en su salón y no encerrada en su minúscula cocina. Deben de estar como sardinas enlatadas. Su cocina es cuatro muebles, el frigo y un metro de espacio hasta llegar a la pared, y nada más. Brooke no es muy dada a cocinar, así que no le importa que la cocina sea más pequeña que la de la Barbie.

Lo mejor será que me vaya a mi casa. Allí podré seguir llorando a gusto.

Me cambio de ropa en el cuarto de baño, que es la única habitación con cerrojo. Casi he terminado cuando escucho gritos en el salón y golpes. Todas mis alertas saltan, Jake le ha hecho algo a Brooke.

Salgo corriendo, sin importarme que no llevo pantalón.

La situación es peor de lo que esperaba. Robert tiene a Jake contra la pared, mientras Brooke le tira del brazo para que lo suelte.

¿Qué hace Robert aquí?

Todo me da vueltas, la vista se me nubla y no soy capaz de ver nada más allá de pequeñas luces. Me estoy mareando.

—Brooke. —Es lo único que soy capaz de susurrar mientras pierdo el equilibrio.

Abro los ojos. No recuerdo haberme dormido.

—Ivy. —Me giro hacia la voz de Robert.

Todo viene a mi cabeza como una ola, de golpe y sin avisar. Detrás de él están Brooke, bastante preocupada, y Jake, con un ojo un poco hinchado.

Recuerdo que antes de marearme Robert lo tenía contra la pared. ¿Él le ha hecho eso en el ojo? ¿Por qué?

Ordeno mis ideas lo mejor que puedo, dado que mi mente es un remolino, y ahora mismo no soy capaz ni de sumar dos más dos.

—Toma. Bebe. —Brooke prácticamente me obliga a beber agua. Tengo la boca mucho menos

pastosa después de beber—. No ha comido nada en todo el día —le cuenta a Robert.

—Ya me ocupo yo —dice cogiendo el vaso de su mano.

Brooke asiente y me mira antes de marcharse.

¿Por qué Brooke me deja sola con él? Debería sacarlo a patadas a la calle; eso es más del estilo de Audrey. Ella, que le ha dado infinitas posibilidades a Jake, que le ha perdonado todas las infidelidades, habrá creído las mentiras de Robert, pero yo no. No pienso creerme nada de lo que me diga.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta sosteniendo mi mano, como en esas escenas de las películas en las que el paciente está en la camilla del hospital muriendo y su familiar le sostiene la mano hasta su último aliento.

Me incorporo en la cama hasta quedarme sentada con la espalda sobre el cabecero. No sé cómo afrontar esta conversación, no he tenido tiempo para pensar en todo lo que quiero decirle. No sé por dónde empezar. Por que me haya mentido. Por las fotos. Por el supuesto viaje. Por haberme tomado por tonta.

Cojo aire.

—He recibido unas fotos muy interesantes —suelto sin pensar.

No quiero llorar.

No quiero que me vea llorar.

Aunque tenga los ojos rojos e hinchados, y sepa que es por él, no quiero que me vea. No quiero darle esa satisfacción.

—Brooke me lo ha dicho. Pero esas fotos son falsas, las habrán hecho con Photoshop. Yo no he estado con Dafne.

—¿En serio? ¿Crees que me voy a creer esa mierda? Tengo las fotos en mi móvil, estás con ella en el restaurante al que me dijiste que irías con tu amigo. Resulta hasta ingenioso, usaste las medias mentiras o medias verdades, supongo que así es más fácil para ti.

Me felicito yo misma por decir todo eso sin llorar, ni una sola lágrima. Ahora lo que predomina es la rabia, y me agarro a ella.

Su cara cambia.

—Enséñame las fotos.

—¡No! ¡Quiero que te vayas!

—Enséñame las fotos, Ivy —dice con la voz ronca y los dientes apretados.

Está enfadado. Lo he pillado y se le desmonta el chiringuito. De perdidos, al río.

Busco mi móvil, está sobre el escritorio. Robert sigue la mirada de mis ojos y, antes de que pueda levantarme, ya lo ha cogido y me lo da.

Lo desbloqueo. No cuesta encontrar la conversación, es la tercera que me aparece. La primera es de Audrey, la segunda la suya y la tercera de la persona misteriosa que ha tenido la consideración de informarme de lo estúpida que soy.

Le muestro la conversación con las fotos; las ve una a una.

—¿Me vas a decir que son falsas? —le desafío. La pequeña esperanza que tenía de que las fotos fueran falsas se ha desvanecido cuando he visto su cara al verlas.

—No. No lo son, pero no son lo que parece.

—¿No se te ocurre nada mejor?

La ira habla por mí.

—Dafne se presentó en la puerta del restaurante antes de que llegara Jack. Sin duda, esto es obra suya. No te lo conté porque no le di importancia. Me dijo que quería hablar, que ahora está

con Jack. No me creí ni una palabra, pero tampoco imaginé algo así, pensé que solo quería darme celos.

—¿Eso lo acabas de inventar o lo tenías ya previsto?

Cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás y suspira.

—Pensaba que te había pasado algo, he llamado a casi todos los hospitales de la ciudad. Yo solo quería verte, ver que estabas bien, estaba muy preocupado.

Cambia de estrategia. Me conozco las frases de amor para persuadir, casi todas las sé porque Jake se las ha dicho a Brooke.

—Quiero que te marches —digo tajante.

—Ivy. Esta noche me he dado cuenta de lo importante que eres para mí. Ya lo llevo sospechando desde hace un tiempo, pero esta noche, de pensar que te había pasado algo, el nudo en el estómago... La preocupación y los nervios... Estoy enamorado de ti, Ivy. Nunca lo he estado antes, no tenía con qué comparar, pero desde París ya sabía que eras especial. No voy a dejar que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

Una lágrima recorre mi mejilla. Ya es tarde para ocultarla.

Me duelen sus palabras, me duelen porque no son ciertas, porque ojalá lo fueran, porque ha descrito mi situación de hoy. Cuando he recibido esas fotos, el dolor me ha atravesado como un puñal. Pero yo ya tenía claro desde hace tiempo que estoy enamorada.

—Y no te has dado cuenta hasta hoy, ¿no? Hasta que he descubierto que me engañas. Que llevas engañándome todos estos meses. —No me puedo contener.

Estoy dolida y enfadada, ahora mismo no puedo pensar con total claridad.

—Yo no te he engañado, Ivy. Ella se presentó allí, y se fue antes de que llegara Jack. No nos hagas esto.

—¿Que no nos haga esto? —pregunto con la voz estrangulada.

No puedo creerlo.

Yo no he hecho nada, no soy yo la que sale en fotos con su ex en un restaurante. Ha sido él quien con mentiras me ha roto el corazón y ha jodido la relación.

—Váyase, señor Anderson.

Su cara se contrae de disgusto, pero no me importa.

No me importa que parezca tan abatido como yo.

No me importa ver el dolor en sus ojos al llamarlo señor Anderson.

No me importa que sus palabras, al decirme que está enamorado, parecieran sinceras.

No me importa ver su enfado cuando ha visto las fotos, o su preocupación cuando me he despertado.

No me importa nada de eso, porque recuerdo que él mismo se jactó de ser un gran actor. Porque recuerdo el contrato que firmamos. Porque no ha dejado de hacer los pagos a Just a Date por mis servicios.

Poco después de irse Robert, Brooke entra a su cuarto. Se tumba a mi lado y, sin pronunciar una sola palabra, me abraza. Lloro. Ella no intenta que deje de llorar, solo me acaricia el pelo, me abraza y suelta algún que otro sollozo.

Volvemos a llorar juntas hasta que me quedo dormida.

—¿Y si es verdad? —Brooke es demasiado ingenua.

Hace media hora que han llegado a mi casa, con una botella de vino cada una.

—¿Otra vez? —dice Audrey enfadada.

Brooke no ha dejado de plantear la hipótesis de que «¿y si la versión de Robert es cierta?». No me extraña que Jake la engañe una y otra vez.

—Ya basta. No quiero hablar otra vez de lo mismo.

Me bebo lo que queda en mi copa y la dejo sobre la mesa.

—Tú no estabas allí. No viste su cara al salir de la habitación, parecía derrotado. Hay cosas que no se pueden fingir.

Los buenos actores lo hacen. Fingen sentir alegría, tristeza, enfado. Siempre me he preguntado en qué pensarán cuando deben mostrar una emoción. Aprender los diálogos, caminar de un modo concreto, hacer según qué gestos, meterte en el personaje, todo eso lo puedo entender, pero transmitir tristeza, alegría, o cualquier otra emoción porque finges sentirla, ¿cómo se hace eso?

—Solo es buen actor.

—¿Y si no? —pregunta mientras rellena las copas vacías. Como sigamos bebiendo a este ritmo, en una hora vamos a estar por los suelos.

—¡No le hagas eso! —grita Audrey—. Si tú quieres creer las mentiras de Jake, es cosa tuya, pero no le llenes la cabeza de dudas.

—No os peleéis.

—Me contó lo que pasó. Esa arpía fue a buscarlo al restaurante porque sabía que él estaría esperando a Jack. Aprovechó ese momento, lo engañó y se sentó con él mientras alguien le echaba esas fotos.

—¿Cómo puedes creerte esa mierda?

—Porque tú misma dijiste que esa arpía no dejaría de intentar romper su relación.

Me duele la cabeza, no he dejado de darle vueltas a todo desde que me desperté ayer en casa de Brooke.

Ojalá pudiera ser como Brooke, y creerle. Creer que es cosa de Dafne, una trampa para separarnos. Pero no es solo eso. Ella siempre ha insinuado que se seguían viendo, él no ha dicho de romper el contrato en ningún momento.

—¿Y los celos? ¿Me vas a decir que también fingía?

—Quizá solo lo hacía porque veía a Chris como un contratiempo para sus planes. Si surgía algo entre nosotros, yo podría plantearme elegir: la farsa o el chico. —Me doy cuenta de que he estado pensando en voz alta.

—Tiene sentido. Era obvio que le gustaste a Chris en cuanto te vio. Yo lo vi, y Kirt lo vio y, si nosotros lo vimos, él también.

—Yo creo que estaba celoso porque le gustabas.

—Yo no le gustaba. Nunca lo he hecho, ya sabéis que yo no soy su tipo.

—No digas tonterías, eres preciosa. He visto cómo te mira, a mí Jake nunca me ha mirado así.

Me cuesta procesar sus palabras. Hasta Audrey se ha quedado sin palabras. Está defendiendo a Robert no porque ha pasado esta situación con Jake más veces de las que recuerdo, sino porque de verdad le cree. Piensa que siente algo por mí, y que Jake no lo siente por ella.

¿Por qué vuelve con Jake una y otra vez si piensa que no la quiere? Y si no se cree eso, ¿tampoco todo lo demás? ¿O acaba de darse cuenta de que no la quiere?

Me he centrado tanto en mí misma, en mi dolor, que no he prestado atención a Brooke. Estuvo discutiendo con Jake más de media hora el viernes, y lo echó de su casa.

—¿Qué pasó con Jake?

He sido una mala amiga.

—Nada, es muy imbécil, supuso que estaba liada con Robert. Por eso contesté su llamada, no se creía que era tu novio. El ladrón cree que todos son de su condición.

—¿Y qué hacía en tu casa? —pregunta Audrey

—Llevaba días llamándome, y yo no le he estado haciendo caso. Supongo que se cansó de esperar. Jake le abrió el portal y la puerta a Robert, estaba como loco. Nunca lo había visto así. Acusó a Robert en cuanto apareció de estar acostándose conmigo y, de un momento a otro, Robert lo golpeó y lo estampó contra la pared.

—¿Y tú dónde estabas cuando pasó todo eso? —me pregunta Audrey.

Es raro que no hayamos hablado de cómo pasó todo hasta ahora.

Seguimos hablando de ello hasta agotar las dos botellas de vino. Brooke sigue defendiendo a Robert. No sé si es por el alcohol o por lo persuasiva y convincente que es, pero la duda me invade.

Ahora no dejo de preguntarme si tiene razón y si fue una trampa de Dafne y he caído. Esto es aún peor. Antes tenía claro que era un cabrón, ahora no sé si lo es. Y, como toda borracha, confusa y despechada, en cuanto Audrey y Brooke se van, cojo el móvil.

¿Lo llamo o no lo llamo?

¿Le mando un mensaje o no?

Voy a la cocina, aún me queda una botella de vino de una de las misteriosas cajas que recibía. Esta pertenecía a una caja de vinos, todos carísimos.

Después de esta caja, estaba prácticamente segura de que era Robert quien las mandaba. ¿Quién podría gastar ese dinero en vino? Nunca le llegué a preguntar si era él quien las enviaba.

Le mando un wasap con una foto de la última botella de vino antes de abrirla y rellenarme la copa.

Ivy

¿Fuiste tú?

Su respuesta apenas tarda unos segundos en llegar.

Robert

¿Quien te mandó esa botella? Sí, fui yo.

Ivy

¿Y lo demás?

Ya sé la respuesta. Las cajas empezaron a llegar poco después de firmar el contrato, la última me llegó a los pocos días de llegar de París. Ya no volví a recibir nada más.

Robert

También.

Ivy

¿Por qué?

Robert

¿Importa?

Ivy
Quiero saberlo.

Robert

Cuando estuve en tu casa la primera vez, supe que pasabas dificultades.

Vaya, así que me enviaba comida porque creía que no era capaz de ocuparme yo misma de mi alimentación. Pues me las he apañado bastante bien todos estos años antes de él.

Robert

Te echo de menos.

Las lágrimas se me agolpan en los ojos, pujando por salir. Cierro los ojos y recojo las lágrimas de mis mejillas.

No le contesto, termino de beberme la copa, pero no me la relleno.

Me doy una ducha para intentar que se me pase la borrachera. No funciona demasiado. Con mi pijama limpio, me voy a la cama con un táper chino con lo que me ha sobrado del almuerzo.

Aunque no me gusten mucho, pongo una serie de miedo. No me hará llorar ni me recordará algo que lo haga.

No quiero llorar más, me duelen los ojos.

Robert

No puedo dormir.

Mi cama aún tiene tu olor, pero no puedo cambiar las sábanas y renunciar a lo único que me queda de ti.

Todos mis esfuerzos por no volver a llorar se marchan por el retrete.

No le contesto, dejo el móvil y, recordando todas las noches en las que dormimos juntos, me duermo.

Tengo que tomarme dos analgésicos antes de salir de mi casa. Tengo una resaca importante, la cabeza me duele horrores.

El camino en metro hacia la oficina se me hace larguísimo. Cada chirrido del metro, los murmullos de la gente, el ruido de las cremalleras de los bolsos abriéndose o cerrándose..., cualquier sonido, por pequeño que sea, me perfora los tímpanos y retumba con fuerza dentro de mi cabeza.

Llego a la oficina, Brooke y Audrey no tienen mejor aspecto que yo. Nos cuesta arrancar a trabajar, pero lo hacemos.

—Ivy. Acabo de recibir un correo del departamento legal de Anderson S. L.

Ni más pronto. Solo hace una hora que hemos llegado.

—Ábrelo —le pido. Prefiero que lo lea ella, me ahorre el tema legal y vaya directa al grano.

—El señor Anderson anula el contrato; aun así, pagará lo acordado a modo de compensación, siempre que firmes un papel renunciando a demandarlo por incumplimiento.

Suelto el aire que he estado reteniendo. Una parte de mí temía que me demandara, que me exigiera continuar con la farsa.

—Firmaré, pero no quiero el dinero.

—¿Estás segura?

—Sí.

Audrey se pone con ello como si su dolor de cabeza no le impidiera trabajar con la eficacia de siempre.

Brooke está echada sobre su mesa con una bebida rara que ha comprado como antídoto para la resaca. Tiene una pinta asquerosa, ni loca me bebo yo eso.

—Pues ni tan mal. Tú ya te veías viviendo debajo de un puente —dice Brooke sin levantar la cabeza de su brazo que está usando como almohada.

—No sé cómo puedes trabajar así.

—No lo hace. Está viendo videos de gatitos.

—Pillada. Me duele mucho la cabeza, ni el brebaje milagroso de Cheng me está aliviando.

—No sé cómo te fías de ese tío.

—Su cafetería lleva más tiempo en el barrio que yo. Siempre está llena y su bebida estrella es este brebaje contra la resaca.

—A saber qué lleva eso.

Audrey les pone voz a todos nuestros pensamientos; aunque Brooke prefiera no saber qué lleva el brebaje en este momento, en alguna ocasión me ha dicho que le pica la curiosidad. Hoy parece que no le está haciendo mucho efecto.

En el almuerzo, les cuento mi insensatez de anoche. Brooke me escucha y se muestra comprensiva, pero Audrey casi me muerde. Me acusa de ser tan masoca como Brooke, y hace que me sienta fatal por tener dudas. ¿Así es como se siente Brooke cuando Audrey la machaca por estar con Jake? Es horrible. Siento que no puedo expresar mis sentimientos, mis dudas sin ser juzgada. Hace que me sienta como una novata adolescente que no sabe nada de la vida.



CAPÍTULO 37

IVY

—Hoy tenías la reunión con Kitty, ¿no? —pregunta Audrey.

Brooke bautizó a Phoebe como Kitty la semana pasada, cuando vino por primera vez. El motivo: su ropa. Llevaba un vestido rosa con gatos siameses, la falda de vuelo hasta la rodilla. Brooke afirma que llevaba cancan, pero solo son teorías.

La chica le dijo que suele vestir así; mencionó el nombre del estilo, pero ahora no lo recuerdo. Esta no es la primera agencia de citas a la que recurre y, al parecer, no le ha ido nada bien. Ella sostiene que es por su forma de vestir, pero no está dispuesta a cambiarlo por nadie. Me parece una chica valiente y decidida, con mucho amor propio. Se merece un gran hombre y, si está en nuestro registro, lo encontraremos.

—No la llames así —la regaño.

Brooke siempre le busca un apodo a todo el mundo. Ann, la chica de la cafetería de la esquina, es Anastasia. Por su nombre y su acento, según Brooke, ruso; yo no lo tengo tan claro. Al repartidor lo llama el lechero; el hombre es albino y le recuerda a los antiguos lecheros que repartían leche de casa en casa. Kirt, el teclitas, y Robert era el tío Gilito. Agito la cabeza, no quiero pensar en él. Me esfuerzo mucho cada día por apartarlo de mi mente, pero él encuentra el modo de volver.

—Pero es hoy, ¿no? Tengo ganas de ver el modelito que llevará.

Brooke investigó sobre ese estilo. No le gustó, pero le resultó interesante. Ella adora todo lo que tenga que ver con la moda, aunque sea de un estilo diferente al suyo.

—Sí, es hoy, pesada.

Suena la puerta. Llega pronto, aún falta una hora para la entrevista.

No es Pheobe.

Es Robert, parece que lo he invocado al acordarme de él. ¿Para qué ha venido?

—Vengo a inscribirme —dice como si fuese capaz de leer mis pensamientos.

Mi corazón se salta un latido.

Brooke y Audrey se levantan de sus mesas, como si estuvieran coordinadas. Se acercan a él, lo saludan y salen por la misma puerta por la que acaba de entrar él. Viene directo a mi mesa y se sienta en una de las dos sillas vacías que hay frente a mí.

—Quiero inscribirme —repite con decisión.

Mi corazón golpea con fuerza mi caja torácica; mi estómago se retuerce sobre sí mismo. Llevo sin verlo desde que lo eché de la casa de Brooke.

—No.

No estoy preparada para verlo, no tan pronto.

—¿Por qué? Soy un cliente más.

—No.

—¿No te ves capaz de encontrar una mujer para mí? ¿O es encontrarla lo que te da miedo? Imaginarlo con otra me duele.

—No voy a jugar a este juego.

Finjo estar concentrada en la pantalla de mi ordenador. Noto su mirada, pero no lo miro. No pienso apartar la vista de la pantalla hasta que se marche.

Estas dos semanas me ha costado mucho dejar de pensar en él a todas horas. Casi lo consigo hace un par de días. El trabajo extra me está ayudando.

No debería estar aquí. Va a echar por tierra todo lo que he avanzado. Ya no me duermo llorando. Me gusta pensar que he gastado todas las lágrimas que tenía para él.

—Ivy —dice con esa voz grave con la que sueño cada noche.

—Por favor, vete.

—¿No podemos hablar? Una última conversación. No volverás a saber de mí.

No siento alivio con sus últimas palabras.

Una parte de mí quiere que me abrace hasta juntar todas las partes que él ha roto; la otra quiere romperlo tanto como me ha roto él a mí.

—Para mantener una conversación ambos deben tener cosas que decir, y yo no tengo nada más que decirte. Di lo que tengas que decir y vete.

No se me ocurre otra forma de terminar con esto. De cerrar este capítulo de mi vida.

No dice nada, solo se queda ahí, en silencio, observando cómo tecleo mientras miro mi pantalla. Un silencio pesado e incómodo con el ruido de mis dedos tecleando, amortiguado por los sonidos de la calle.

No he escrito una sola palabra desde que él ha entrado. Me pregunto si se habrá dado cuenta de que solo estoy moviendo los dedos. Puede que, con la memoria muscular, haya escrito algún «la», un «con».

Robert termina rompiendo el silencio que hay entre nosotros.

—No te voy a decir que no puedo vivir sin ti porque mentiría. No es una cuestión de necesidad, es una elección: te quiero en mi vida, Ivy. Contigo, los días se hacen cortos, y las noches intensas. No me acostumbro a dormir sin ti, quizá porque no quiero acostumbrarme, no quiero renunciar a ti. Te quiero en mi cama al acostarme, quiero que tu cara sea lo primero que vea al despertar. Echo de menos tu risa, tu olor, tu ceño fruncido cuando te chincho, tus caras de sorpresa, hasta tus discursos de lo saludables que son las hamburguesas. Te quiero, Ivy.

Se me saltan las lágrimas, aún me quedan unas cuantas, por lo que parece.

Robert se levanta y se acerca. Se arrodilla en el suelo frente a mí.

—Algo se rompe dentro de mí cuando te veo llorar —dice bajito, apenas un susurro, mientras me seca las lágrimas con sus dedos.

—No me digas eso.

Sus palabras me hacen llorar más.

Sus dedos cálidos acarician mi cara con suavidad. Nuestras miradas están conectadas, soy incapaz de pensar con claridad cuando me mira así, cuando me mira como si yo fuera todo su

mundo.

—¿Que me duele verte llorar o que te quiero?

—Ambas.

—Entonces, deja de llorar y déjame demostrarte lo mucho que te quiero.

Siento que estoy cayendo en su red, que esto es una trampa y voy de cabeza al precipicio. Pero, cuando me mira de ese modo, altera todo mi cuerpo y pierdo el raciocinio.

—¿Cómo?

Se acerca más. Su mirada se vuelve más intensa antes de decirme:

—Así.

Su boca se posa sobre la mía. Apenas un instante. Siento una corriente viajar por mi cuerpo para instalarse en mi estómago y hacerlo revolotear.

El beso es tan intenso que tengo que romperlo para recuperar el aliento.

Él se queda quieto, mirándome, esperando una respuesta que no sé si estoy preparada para darle.

Su mirada se torna triste antes de alejarse.

—Lo siento. Solo quería agotar el último cartucho. No volveré más.

Se levanta frente a mí, pero no me mira. Tiene la mirada fija en el suelo.

Se gira y da un paso hacia la puerta de salida, y otro, alejándose de mí para siempre. Otro paso que lo lleva a la salida, a una vida en la que yo no estaré. Apenas un par de pasos más y cruzará la puerta.

—Robert.

Se detiene, pero no se gira. Me acerco hasta colocarme frente a él. Quiero que me mire, que nuestras miradas se encuentren, quiero mirarlo a los ojos mientras pronuncio las cuatro palabras que ha venido a escuchar.

—Yo también te quiero.



EPÍLOGO

IVY

—¿Cómo va? —pregunto a Kirt desde el lado contrario de la mesa. Chris está en mi silla, al lado de Kirt.

Ambos tratan de resolver un problema que parece ser los servidores. Desde ayer no funciona nada, ni la web, ni la *app*, ni nuestro programa interno. Kirt ha venido esta mañana a primera hora. Media hora más tarde ha llamado a Chris y Mat. El último no ha podido venir.

—Estamos en ello.

Son las 10:45. En quince minutos viene Phoebe. La semana pasada fue su cita y, al parecer, le fue fatal. Es la primera cita fallida. Quiero saber qué ha pasado, y me gustaría gozar de la intimidad necesaria para hablar con libertad. Nos costó unos meses dar con su pareja ideal, no entiendo qué ha podido pasar.

Phoebe aparece con cuatro cafés y una bandeja de *muffins*.

—¡Vaya! No sabía que teníais compañía. Puedo acercarme a por un par más de cafés.

—Nosotros casi hemos terminado —dice Kirt.

—¿Sí? ¿Ya está arreglado? —pregunto eufórica.

—Y yo que creía que el obsesionado con el trabajo era tu novio.

Kirt y Robert han coincidido en algunas salidas. No se llevan del todo bien, pero se toleran por mí y Audrey. Robert fue muy borde con ellos cuando los conoció; estaba celoso por Chris, de ahí su enemistad. Lo curioso es que ahora con Chris se lleva muy bien, pero aún sigue de mal rollo con Kirt.

Robert y yo estamos genial, y no fue fácil llegar hasta aquí. Después de nuestra ruptura temporal por culpa de Dafne, mi desconfianza también tuvo mucho que ver. Nos costó un tiempo volver a donde estábamos. Yo sentía recelo, no me fiaba del todo. Él fue paciente, me dio tiempo.

Exactamente, cuarenta y tres días es lo que tardó en pedirme que me fuera a vivir con él de forma permanente.

Acepté.

Con miedo.

Muchas parejas se resienten con la convivencia y, aunque a esa altura pasaba más tiempo en su casa que en la mía, yo conservaba mi piso, mi lugar seguro al que volver si lo necesitaba. Me

costó desprenderme de él.

Ya hace cuatro meses y no he echado en falta mi antiguo piso ni una sola vez. Robert se ha convertido en mi lugar seguro. Siempre que tengo un mal día, estoy triste o algo anda mal, es en sus brazos donde encuentro consuelo, tranquilidad. Escuchar los latidos de su corazón me reconforta.

—No estoy obsesionada con el trabajo. Es solo que quiero que esté todo bien.

—Maniática le viene mejor —dice Brooke entre risas. Le reprende con la mirada, Phoebe está aquí delante—. Es broma.

—¡Guau!, ¡son escenas de *Hunter x Hunter*! —exclama Chris embobado, mirando los dibujos del vestido de Phoebe.

—¡Pues sí! ¿Te gusta la serie?

—Sí. Es una pasada —dice admirando el vestido, por lo que no sé si se refiere al vestido o la serie.

—El muy friki se la compró en Blu-ray.

—¿La adaptación nueva o la de 1999?

Verlos interactuar es la mar de divertido. No entiendo la mitad de las cosas que dicen, y están hablando mi mismo idioma.

—Las dos. También tengo las películas. Todas. —Los ojos de Chris brillan intensos.

Hablan un poco más de la serie, hasta que los chicos se van. Pero no han solucionado el problema. Al parecer, necesitan un par de cosas; volverán cuando las tengan.

Me siento con Phoebe en una nueva zona de espera que hemos instalado en la entrada, con un par de sofás y una pequeña mesa de café. Es más cómodo y acogedor que el escritorio. Brooke no tarda en unirse a nosotras. Le estoy preguntando por su cita, cuando se nos une Audrey.

—La cita fue genial, tan genial que nos fuimos a mi casa antes del postre. No sabía que es alérgico a prácticamente cualquier tejido que no sea 100 % algodón. Yo confecciono peluches, el taller es mi casa. Ya podéis imaginaros la situación; en menos de media hora, estábamos en el hospital más cercano con una reacción desorbitada.

Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Nunca hemos tenido en cuenta las alergias, quizá deberíamos considerarlas a partir de ahora. Emparejar a un veterinario con una alérgica a los perros podría ser un problema.

—Lo siento. No solemos tener en cuenta las alergias, eso cambiará a partir de ahora —me disculpo.

—No pasa nada, quizá ese hombre no era para mí. Quizá haya algún otro hombre mono en esta ciudad para mí.

—Sí. Un hombre mono al que le guste el anime, tal vez —dice Brooke descarada.

Es obvio que también se ha dado cuenta del *feeling* que desprendían.

—Tal vez... —Su sonrisa traviesa la delata por completo.

—¡Puedo concertar una cita! —lanza Audrey.

—No es así como trabajamos.

—¡Oh! —dice Phoebe contrariada.

—No me malinterpretes. Chris es un tío estupendo y Audrey puede hablar con él para que tengáis una cita. Pero no sería a través de Just a Date.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta cita, salga bien o salga mal, es obra del destino, no de la agencia. Si sale mal, estaremos encantadas de buscar a otro candidato para ti y, si sale bien, estaremos encantadas de

borrarte como candidata de nuestros registros y te devolveremos el dinero.

—¡Ah, no! Vosotras habéis hecho vuestro trabajo y, además, muy bien. No puedo aceptar el dinero. Y sí, estaré encantada de quedar con Chris, si él quiere.

Brooke se frota las manos.

—Esto pinta bien. Vamos a tener una nueva incorporación los sábados de Covet.

Nos reímos. Nuestras risas son tan contagiosas que hasta Pheobe termina riendo, sin saber de qué. Es una chica estupenda, espero que su cita con Chris vaya bien. No tengo dudas de que aceptará una cita con ella.

Phoebe se va con la promesa de Audrey de que le conseguirá esa cita, y nos deja a las tres solas y sin nada que hacer. Brooke y yo nos quedamos especulando, mientras Audrey va a buscar a los chicos, que se han ido a la cafetería para darnos espacio.

Audrey entra dando gritos.

—¡Lee esto! —dice Audrey entregándome el *Times*, pero Brooke lo intercepta y comienza a leerlo. Siempre hace igual, según ella, leo muy lento.

—«Hace casi un año escribí un artículo hablando de Just a Date, una agencia de citas. ¿Quieres saber cómo me fue? ¿Si fue un acierto o un fiasco? Pues sigue leyendo. Hice la inscripción cuando aún no tenían web ni *app*, su atención fue excepcional. Su método es distinto, buscan un *match* con una compatibilidad muy alta. Pues mi *match* no estaba dentro de rango, pero, como estaba cerca, me dieron la opción de intentarlo. Tuve dudas, ya había tenido muchas citas desastrosas ese mes, pero fueron las palabras de una de las chicas lo que me convenció: “Este hombre necesita un poquito de amor en su vida, tú podrías ser ese amor”. Ahora sé que fue la mejor decisión. Quizá mi *match* estuvo fuera de rango, pero tengo claro que me hizo encontrar al amor de mi vida. Este es un mensaje para todas las solteras y solteros de Nueva York: ya no tenéis excusa para seguir estándolo. Y a las chicas de Just a Date: ¡quizá deberíais bajar un poquito el porcentaje de compatibilidad!».

—Si el último artículo nos dio un pedazo de empujón, con esto creo que vamos a tener que ampliar la plantilla —digo riendo.

—¿No os habéis dado cuenta aún?

—¿De qué?

Repaso el artículo mentalmente.

—¡Es Verónica! Ella y Patrick son la única pareja con esa historia. Verónica es la señorita Turner.

—¡Qué fuerte! —exclama Brooke con un grito—. Ella sabe que vamos a saber quién es después de leer el artículo.

Debe de confiar mucho en nosotras si se ha arriesgado a que descubramos su identidad.

—Puede que piense que no es la única pareja con esas circunstancias.

—Lo sabe —digo. No hace ni un mes que la vi en una gala benéfica, ella iba con Patrick. Intercambiaron asientos y nos pasamos la cena hablando.

—En realidad, tuve un poco de miedo con el primer artículo. Si no encontrábamos pareja para ella, escribiría mal de nosotras, nos anunciaría como una pérdida de tiempo. —Siempre me preocupó que el empuje que nos dio el artículo fuera el primer paso para caer en picado.

Después de todo lo que pasó con Robert, la web, la *app*, me olvidé de él.

Lo que más me distrajo fue Robert, al principio, todo era raro. Un día nos llevábamos bien y al siguiente mal, un día cenábamos como amigos y al otro casi tenemos un accidente con el coche solo para acojonarme.

El viaje a París fue mágico y el momento en el que nuestra relación dejó de ser falsa para ser real. No fue un comienzo fácil, lo que es raro, pues los comienzos suelen ser siempre lo más bonito. Nosotros tuvimos algunos obstáculos, uno de ellos fue mi inseguridad, sus palabras del principio, cuando me dijo que no era su tipo, me hicieron mella. La desconfianza, creer que solo le movía el interés por que Barton no cancelara su reunión. No la canceló, y aprovechó que debía cruzar el Atlántico para pasar otra semana en Europa, esta vez, en Italia. Y fue un viaje perfecto, y no solo porque la reunión saliera mejor que bien. Roma es preciosa y la comida es tan deliciosa que le hice prometer a Robert que me llevaría en nuestra luna de miel.

—Nada de eso, siempre explicamos a nuestros suscriptores que solo tendrán cita si estamos seguros. —Audrey interrumpe mis pensamientos.

—Exacto, ¿y cómo puede ser una pérdida de tiempo ir a unas cuantas entrevistas que te pueden dar la posibilidad de encontrar al amor de tu vida?

—¡Vaya!, Brooke, la positiva —dice Audrey.

—Creí que yo era la cabra loca, voy ascendiendo. —Nos reímos porque Brooke siempre ha sido la más alocada de las tres—. No te rías, tú eres la gruñona, no te pega nada reír —dice a Audrey, quien ni se inmuta.

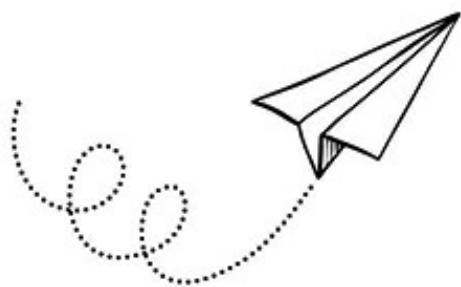
Gruñona es poco para ella. A veces, parece todo un basilisco.

—¿Y yo quién soy? —pregunto con curiosidad.

—Tú eres el pegamento que une a una cabra loca con una gruñona —dice Brooke.

—No sé si me gusta ser un pegamento. Al menos, será del extrafuerte.

El estallido de risa que viene del otro lado de la oficina nos recuerda que no estamos solas.



EPÍLOGO 2

BROOKE

Me miro en el espejo: estoy increíble, por cortesía de Ivy, que me ha regalado el vestido y los zapatos. Como Audrey, soy su dama de honor, pero nos ha dado cierta libertad. Solo nos ha puesto la condición de que vayamos de azul, un azul invierno precioso.

Este último mes ha sido una locura, hemos estado desbordadas de trabajo hasta el punto de que Ivy se planteó posponer la boda. Menos mal que Robert se negó. Toda la decoración esta organizada en torno al concepto de invierno. Por eso, el color de la boda es el azul. Los vestidos de las damas son azules, como las camisas y corbatas de los padrinos, las flores, los adornos de las mesas...

Me pongo los pendientes, y mi *look* está completo.

Cojo el bolso y voy corriendo a la habitación de Ivy. Las damas nos hemos ido turnando para no dejarla sola, nosotras también tenemos que vestirnos. Yo he sido la última.

Cuando entro a su habitación, ya está lista. Está preciosa, con un vestido de corte imperio de seda con mangas de tul. Es bastante sencillo, pero a ella le encanta. En cuanto lo vio en la percha, fue amor a primera vista. No quiso probarse ninguno más.

Aún no me creo que se vaya a casar, parece que fue ayer cuando llegaba a la oficina despotricando contra Robert. Yo siempre pensé que ese rechazo constante, esa obsesión por ponerse límites con él era deseo reprimido y, en cuanto se liberó, su relación dejó de ser falsa.

Me llega un mensaje de Jake avisando que ya ha llegado.

Cuando le comenté a Ivy que vendría con Jake, no me dijo nada. Sé que no le gusta, que lo odia, y es el día de su boda, pero aun así lo aceptó.

Nuestra historia es complicada; han pasado muchas cosas y me ha hecho mucho daño. La última vez, dije que sería la última, pero esta vez ha sido diferente. Su madre murió, él estaba destrozado, me llamó y no podía dejarlo solo. Y, como en ocasiones sucede, de una cosa a la otra acabamos intentándolo de vuelta. La misma promesa de siempre. Sé que lo más probable es que esto acabe como todas las anteriores: yo con el corazón roto, pero no puedo evitarlo, siempre es así. Jake es como mi droga. Sé qué me hace más mal que bien, pero, aun así, caigo, una y otra vez. Porque el tiempo que estamos juntos, el tiempo en que estamos bien, es maravilloso.

Le contesto a Jake diciéndole dónde tiene que esperarme para entrar juntos. Las damas de honor y los padrinos entramos con nuestros acompañantes antes que la novia; justo cuando la

última dama llegue a su posición, se iniciará la marcha nupcial. La *wedding planner* nos ha hecho ensayar esta parte un par de veces.

Llega el gran momento, Ivy está supernerviosa. No nos separamos de ella ni un instante. Su madre, que no se ha despegado de ella desde anoche, se intercambia con su padre. Mike se acerca para acompañar a Megan, y Kirt también viene de camino.

He estado esperando hasta el último momento para ir a buscar a Jake.

—Voy a por Jake, nos vemos en la entrada —Ivy espera con las damas, y su padre en una sala contigua que todos los que no participan en la ceremonia entren al salón.

Llego hasta Jake y, antes de poder siquiera saludarle, una Barbie rubia con voz de pito llama su atención y le planta un beso en toda la boca.

Me quedo bloqueada.

No sé qué hacer.

Es mi acompañante; en un minuto, debo recorrer el pasillo con él y está besándose con otra delante de mí.

—Brooke. —Alguien me llama. Noto una cálida mano en mi cintura haciendo la presión justa para hacerme notar que está ahí.

Jake se gira al escuchar mi nombre. Lo miro decepcionada y me giro hacia el desconocido. Es Lewis, no lo había reconocido.

—Hola —digo con la voz ahogada.

—Hola —responde, y me da un beso en la mejilla—. Déjame a mí —me susurra, apenas lo oigo.

—¿Y vosotros sois...? —pregunta a Jake y la Barbie.

—Él es Jake y yo Betty —se presenta la Barbie sonriente.

—No recuerdo ningún Jake ni ninguna Betty en la lista. Y eso que la repasé ayer mismo con los novios.

—¡Oh! No puede ser. Soy amiga de Ivy de la universidad.

Jake no dice nada. Tiene la mirada fija en el brazo de Lewis, que escapa a su visión tras mi espalda. Está confuso, piensa que tengo un lío con Lewis, lo veo en su cara. Tiene la misma cara que cuando Robert se presentó en mi casa en busca de Ivy. Pero no me siento mejor, ni aun sabiendo que se siente como yo me he sentido tantas y tantas veces; eso no me hace sentir menos humillada, menos utilizada y menos triste.

—Yo creo que no —dice Lewis muy serio—. Si no os marcháis, tendré que llamar a seguridad.

—¡Oiga!, no sé quién es...

—Soy Lewis Hudson, uno de los padrinos, y ella es Brooke Harris, dama de honor. Estamos seguros de que no estáis en la lista. —Lewis la interrumpe y deja claros los lazos que nos unen a los novios.

Somos de las personas más importantes para ellos. Los cuatro sabemos que están en la lista, pero también sabemos que Ivy y Robert nos respaldarán.

Jake toma del brazo a la Barbie, le dice algo al oído y se la lleva de nuestra vista.

—Tranquilízate.

—Yo...

—Estás hiperventilando. Lo has hecho muy bien.

No me había dado cuenta. Apenas siento que entre aire en mis pulmones. Cuento mentalmente hasta diez, despacio, intentando controlar la respiración. Hacerla más profunda, inundar mis pulmones por completo.

—No he hecho nada —digo un poco más tranquila.

—No te has derrumbado, y tampoco has dejado que vea lo afectada que estás.

—¿Tú? ¿Cómo?

Lewis me aparta la mirada, se mira la mano y suspira.

—No viniste a la cena de ensayo. —No es una pregunta, sino una afirmación. Es una sorpresa que él se diera cuenta—. Escuché algo que no debía. Bajé a por vino e Ivy entró en tromba con tu otra amiga. No sabía que estaba allí y expresó su preocupación. Sé que no debería haberme quedado escuchando, que debía haberle advertido de mi presencia, pero pensé que era algo de la boda, algo relacionado con Robert, y me quedé.

—Yo era la causa de su preocupación.

Entiendo la preocupación de mis amigas, y entiendo que ya no se molesten en advertirme o expresarme lo que piensan. Esta no es la primera vez y no sé si será la última. Debo ser sincera conmigo misma, siempre acabo cayendo en sus garras. Jake es mi debilidad.

—Sí. Lo siento, no debí escuchar. Cuando te he visto, no he podido evitar seguirte con la mirada y, cuando te he visto palidecer...

—No pasa nada. Gracias por tu ayuda.

No lo digo por decir, sin él, no sé cómo habría salido de ahí.

—Le diré a Annabelle que al final no necesito que me acompañe al altar —dice con la mirada fija en una rubia preciosa. Entonces se gira y me mira directamente a los ojos—: Iremos juntos.

Algo dentro de mí se resquebraja tanto que no es hasta cinco minutos después, en el pasillo camino del altar, que caigo en que la rubia preciosa es su prima Annabelle. La prima diabólica, en realidad, parece un ángel. Si no fuera por la emoción que siento ahora mismo, no podría contener la risa.

NOTA DE AUTORA

Si has llegado hasta aquí es porque has llegado al final de mi novela, espero que hayas disfrutado tanto leyendo a Ivy y Robert como yo escribiéndoles.

Ambos me han robado el corazón, me han hecho reír y llorar. Robert tan engreído, y Ivy tan orgullosa, por un momento pensé que pasarían los meses de contrato y ellos seguirían negando lo mucho que se gustaban. Menos mal que sus cuerpos la mandaban señales a través de sueños recurrente y acumulación de sangre en cierta zona masculina.

Este cliché es de mis favoritos, un romance falso, es tan divertido ver como se enamoran y se convierten poco a poco en lo que fingen ser, no me canso de ellos.

Imagino que después de ese segundo epílogo querréis saber que va a pasar después de la boda. Ha llegado el momento de contar la historia de Brooke, después de todo lo que ha sufrido con Jake se merece un final de cuento, ¿no creéis? ¿Sera Lewis ese hombretón que ella necesita, o quizá un nuevo cliente que entra en Justa a date buscando el amor? Hay tantas posibilidades, lo que si os puedo adelantar es que habrá una nueva compañera en nuestra agencia de citas favorita.

Déjame en comentarios qué es lo que más te ha gustado de la novela, qué cliché te gustaría ver en la siguiente entrega y cuáles han sido tus personajes secundarios favoritos, leeré todos y cada uno de los comentarios.

Puede seguir mi perfil en Amazon, y también mis redes sociales para estar al día de todas las publicaciones y nuevos proyectos.

Facebook: Monica Steller

Instagram: @monicastellerautor

Threads: @monicastellerautor